

# Benjamin Black

## Los lobos de Praga

Traducción de Miguel Temprano García

Lectulandia

Christian Stern, un joven alquimista, erudito y ambicioso, llega a Praga en el amargo invierno de 1599 con la intención de hacer fortuna en la corte del Sacro Emperador Romano, el excéntrico Rodolfo II, sobrino de Felipe II. La noche de su llegada, borracho y perdido, Christian tropieza en el Callejón del Oro, junto al castillo, con el cuerpo de una joven tendido en la nieve. Vestida de terciopelo y con gorguera de encaje, luce en el pecho un gran medallón de oro y un profundo tajo a lo largo del cuello.

Christian entrará al servicio del emperador, quien pronto le confía la tarea de resolver el misterio del asesinato, pero a medida que se acerca a la verdad advierte que su propia vida está en grave peligro.

*Los lobos de Praga* es la más pura esencia del mejor Banville y el mejor Black, y ofrece al mismo tiempo un fascinante retrato de una ciudad mágica y de una época perdida.

Benjamin Black

# Los lobos de Praga

ePub r1.0

Titivillus 13.06.2020

Título original: *Prague Nights*  
Benjamin Black, 2017  
Traducción: Miguel Temprano García

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

# Índice de contenido

## I Diciembre de 1599

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14

## II Enero de 1600

- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27

Nota del autor

Sobre el autor

**I Diciembre de 1599**

Hoy pocos recuerdan que fui yo quien encontró el cadáver de la desdichada hija del doctor Kroll tendido en la nieve aquella noche en el Callejón del Oro. La voluble musa de la historia casi ha borrado el nombre de Christian Stern de sus páginas eternas, aunque a menudo he tenido razones para pensar que habría sido mucho mejor para mí no haber aparecido nunca en ellas. Mi destino era elevarme muy alto, con un magnífico plumaje, pero al final volví a caer al suelo con las alas en llamas.

Estábamos en pleno invierno, y una luna creciente pendía ladeada sobre la mole del castillo de Hradčany, que se alzaba sobre el estrecho callejón donde yacía el cadáver. ¡Cuántas estrellas había!, como montones de alhajas esparcidas sobre una cúpula de tensa seda negra. Desde niño me había fascinado el misterio del firmamento y siempre quise conocer sus secretas armonías. Pero esa noche estaba borracho, y sus luces como gemas parecían girar y mecerse mareantes sobre mí. Tan embriagado estaba que es raro que reparase en la joven que yacía muerta entre las profundas sombras de los muros del castillo.

Había llegado a Praga ese mismo día y había pasado por una de las puertas del sur de la ciudad al caer la noche, después de un fatigoso viaje desde Ratisbona, con los caminos cubiertos de roderas y el Moldava helado de orilla a orilla. Encontré hospedaje en el León Dorado, un sórdido hostel en Kleinseite, donde no pedí nada, sino que subí a mi cuarto y me eché en la cama sin quitarme la ropa del viaje. Pero no pude dormir por culpa de una multitud de chinches que pululaba furtivamente a mi alrededor por debajo de las mantas y de un mercader de diamantes de Amberes, que agonizaba en la habitación contigua y tosía y gritaba sin descanso.

Por fin, pese a lo agotado que estaba, me levanté y bajé a la taberna, me senté en un taburete en el rincón de la chimenea y bebí aguardiente y comí *bratwurst* y pan negro en compañía de un viejo soldado, canoso y greñudo,

que me obsequió con sangrientas anécdotas de sus días de mercenario a las órdenes del duque de Alba en los Países Bajos muchos años atrás.

Era más de medianoche y el fuego se había consumido cuando, más bebidos de la cuenta, los dos tuvimos la idea, que en aquel momento nos pareció estupenda, de aventurarnos afuera para admirar la ciudad cubierta de nieve a la luz de las estrellas. Las calles estaban desiertas: nadie aparte de nosotros había sido tan estúpido de salir con semejante frío. Me detuve en una esquina a resguardo del viento para aliviar la vejiga y el tipo siguió andando, farfullando y canturreando en voz baja. Un ave nocturna pasó volando en la oscuridad, una aparición silenciosa de alas pálidas, que desapareció tan rápido como había llegado. Me abotoné los calzones —lo cual no es fácil cuando uno está borracho y tiene los dedos helados— y eché a andar en lo que me pareció el camino de vuelta a la taberna. Pero enseguida me extravié en ese laberinto de calles sinuosas y callejones sin salida que hay al pie del castillo, de donde juro que el hedor de las letrinas habría expulsado al mismísimo Turco.

Cómo, desde allí, me las arreglé para acabar en el Callejón del Oro es algo que no puedo explicar. La Parca también es una mujer caprichosa.

Yo era todavía un hombre joven, con veinticinco años recién cumplidos, despierto, sagaz y ambicioso, y tenía todo el mundo por delante, a la espera de que alguien lo conquistara, o eso me parecía. Mi padre era nada menos que el príncipe-obispo de Ratisbona; mi madre, una sirvienta en el palacio del obispo: un bastardo, por tanto, pero decidido a no ser el criado de nadie. Mi madre murió cuando yo era aún una criatura, y el obispo me entregó a una pareja sin hijos: Willebrand Stern y la arpía de su mujer, que me dieron su apellido y procuraron criarme en el temor a Dios, lo que equivalía a matarme de hambre y darme palizas de vez en cuando por mi supuestamente incurable pecaminosidad. Más de una vez me escapé de la triste casa de los Stern en Pfauengasse, y en cada ocasión me atraparon y me llevaron de vuelta para que me golpearan con redoblado vigor.

Desde el principio tuve una gran sed de conocimiento, y con el tiempo me convertí en un precoz adepto a la filosofía natural y en un curioso aunque más bien escéptico estudioso de las ciencias ocultas. Tuve la suerte de recibir una sólida educación, gracias a mi padre el obispo, que insistió en que asistiera al gimnasio de Ratisbona, pese a que mi padre adoptivo Stern habría preferido colocarme de aprendiz con un herrero. En la escuela destacué en el *quadrivium* y demostré una particular inclinación por la aritmética, la geometría y los estudios cosmológicos. Fui un estudiante aplicado e



inteligente —más que inteligente—, y a los quince años, cuando era ya más alto y más fuerte que mi padre adoptivo, me matriculé en la Universidad de Wurzburg.

Fue una época feliz, tal vez la más feliz de mi vida, en la amable y vieja Franconia, donde tenía profesores sabios y diligentes y pronto amasé una gran erudición. Cuando mis años de estudio llegaron a su fin, me quedé en la universidad y me las arreglé para ganarme la vida dando clase a los obtusos hijos de los comerciantes ricos de la ciudad. Pero la vida académica no podía complacer mucho tiempo a un hombre tan obstinado y resuelto como yo.

Los Stern lamentaron que me fuese a Wurzburg, pero no porque me tuviesen cariño, sino porque conmigo se fue también la asignación mensual del obispo. El día de mi partida me prometí que mis padres adoptivos jamás volverían a verme, y cumplí mi promesa. Solo volví una vez a Ratisbona, diez años después, cuando los Stern habían muerto y había una herencia que cobrar. El legado no era más que un puñado de florines por el que casi no valía la pena hacer el viaje desde Wurzburg, pero el dinero me sirvió para seguir mi camino a Praga, esa capital de la magia a la que había querido ir toda la vida.

El propio obispo había muerto hacía poco. Después de cumplir a mi pesar con el deber de visitar el lugar de su último descanso y, todavía más a mi pesar, el de los Stern, dejé Ratisbona tan deprisa como me lo permitió mi viejo penco. En una petaca de piel que guardé pegada al pecho llevaba una carta de recomendación que había solicitado a Su Ilustrísima cuando estaba agonizando, aunque sin muchas esperanzas de que me la escribiera. Sin embargo, en su lecho de muerte el gran hombre llamó a un escribiente para redactar el documento, que firmó como es debido y envió con urgencia a su importuno retoño.

Este favor de mi padre llegó acompañado de una pesada bolsa de oro y plata. La carta y el dinero me sorprendieron: me constaba que de entre su numerosa e ilegítima progenie yo no era su favorito. Tal vez se hubiese enterado de que me había convertido en un erudito y tuviera la esperanza de que pudiera seguir sus pasos y convertirme en prelado. Pero si eso fue lo que pensó el viejo, vive Dios que no conocía a su hijo.

También me envió —lo encontré por casualidad en el fondo de la bolsa— un anillo de oro que creo que debió de pertenecer a mi madre. ¿Podría ser que le diera este sencillo anillo de oro en prueba secreta de cariño..., incluso de amor? La posibilidad me turbó: había decidido considerar a mi padre un monstruo y no quería verme forzado a replanteármelo.

Y así llegué a Praga, a finales del año de Nuestro Señor de 1599, bajo el reinado de Rodolfo II, de la casa de Habsburgo, rey de Hungría y Bohemia, archiduque de Austria y gobernante del Sacro Imperio Romano. Era una época más feliz, una era de paz y abundancia antes de que esta terrible guerra de religiones, que dura ya casi treinta años, sumiera al mundo en matanzas, fuego y desolación. Es posible que Rodolfo estuviese un poco loco, pero era tolerante con todo el mundo, y pensaba que las creencias de cualquier hombre, ya fuese cristiano, judío o musulmán, eran cosa suya y no asunto del Estado, el monarca o el mariscal.

A Rodolfo, como es sabido, no le gustaba Viena, la ciudad donde había nacido, y no tardó en trasladar la corte imperial a Praga en..., ¡ay!, he olvidado el año; mi memoria es ahora como un cedazo. Aunque no he olvidado mi propósito al dirigirme a la capital de su imperio, que no era otro que ganarme el favor del emperador y asegurarme un puesto entre las decenas de eruditos que trabajaban para complacer a Su Majestad, y bajo su dirección, en el fabuloso caldo de cultivo que era el castillo de Hradčany. La mayoría eran alquimistas, pero no todos: en la corte también había sabios, en particular el astrónomo Johannes Kepler y el noble danés Tycho Brahe, el matemático imperial de Rodolfo, grandes hombres ambos, aunque Kepler era con mucho el más grande de los dos.

Lo que me había propuesto no era fácil. Conocía, como todo el mundo, la reputación de misántropo de Rodolfo. Su Majestad había pasado años recluido en sus aposentos del castillo, dedicado a estudiar textos antiguos y a meditar en sus fabulosas estancias, sin dejarse ver ni siquiera ante sus más íntimos cortesanos durante semanas; se sabía que había tenido esperando medio año o más a emisarios de los príncipes más ilustres antes de dignarse recibirlos en audiencia. Pero ¿qué me importaba eso a mí? Mi intención era abrirme paso hasta el sanctasanctorum imperial sin dilación ni impedimentos, por cualquier medio y mediante cualquier estratagema que pudieran ser necesarios, así de grandes eran mis ambiciones y mi fe en mí mismo.

La idea del favor real estaba lejos de mi imaginación esa noche en el Callejón del Oro. Me quedé tambaleándome y suspirando, con el intelecto nublado y los ojos cansados, mientras contemplaba ebrio y desanimado el cadáver de la joven que yacía tirado en la nieve.

Al principio pensé que era una vieja bruja encogida y arrugada. Imagino que fui incapaz de concebir que alguien tan joven pudiera estar muerto de manera tan cruel e irrevocable. Yacía de espaldas con el rostro hacia el cielo, y podría haber estado contemplando con lejana indiferencia las no menos

indiferentes estrellas desperdigadas por la bóveda del firmamento. Tenía los miembros retorcidos y extendidos, como si se hubiera desplomado exhausta en mitad de una danza grotesca.

Entonces la miré más de cerca y vi que no era vieja, y que de hecho se trataba de una doncella de no más de diecisiete o dieciocho años.

¿Por qué había salido en una noche semejante? No tenía capa y llevaba solo un vestido de terciopelo negro bordado y unas zapatillas de fieltro que debían de ofrecer una escasa protección contra el frío y la nieve. ¿La habían sacado de algún sitio cercano y la habían matado en este? Llevaba tendida allí bastante tiempo, porque la nieve se había apilado contra uno de sus costados. Supuse que la habría cubierto del todo de no ser porque el calor del cuerpo, aunque cada vez más débil, había ido derritiendo los copos conforme caían sobre ella. Nada más tocar la tela del vestido, aparté los dedos con un estremecimiento: el terciopelo estaba empapado, quebradizo y erizado por el hielo. Me recordó al pellejo helado de un perro muerto que tuve entre los brazos de niño, un perro que mi padre adoptivo, el viejo Stern, había dejado fuera de la casa toda la noche y al que había dejado morir de frío en pleno invierno.

Pero ¡esta pobre joven, esta criatura muerta! Lo único que podía hacer era quedarme allí, impotente, y mirarla con lástima y pesar. Sus ojos estaban entreabiertos, y la pálida luz de las estrellas se reflejaba en ellos y vidriaba su superficie dándoles un aspecto de madreperla empañada. Esos ojos me parecieron más muertos que el resto de su ser.

Por un largo momento me incliné hacia delante con las manos apoyadas en las rodillas, ebrio y tambaleante y respirando con dificultad. De vez en cuando soltaba un suspiro ronco y tembloroso, maravillado por el extraño poder que poseía esa criatura pese a estar muerta. ¿Cómo podía retenerme allí, por más que quisiera huir y volver al santuario del León Dorado? Tal vez parte de su espíritu continuase aún en su interior, una luz desfalleciente; tal vez yo, el único ser viviente que había cerca, estuviera llamado a quedarme con ella y presenciar cómo se extinguía esa última llama vacilante. Los muertos, aunque no tengan voz, todavía exigen sus derechos.

Una especie de halo rodeaba la cabeza, no radiante, sino, por el contrario, de una intensa y limpia negrura, en comparación con el blanco de la nieve. Cuando reparé por primera vez en él, no supe qué podía ser, pero en ese momento, al inclinarme, vi, justo por encima de la gorguera de encaje, un profundo tajo a lo largo del cuello, como una segunda boca abierta y grotesca, y comprendí que la cabeza descansaba en un charco de su propia sangre vital,

un círculo negro en el que centelleaba vagamente el vago resplandor del firmamento.

Incluso entonces me quedé inmóvil, presa de una desventurada agitación, como si mis pies estuviesen clavados al suelo. Me dije que debía dar media vuelta, dar media vuelta cuanto antes, en ese mismo instante, y largarme de allí. Nadie me había visto llegar y nadie me vería marcharme. Es cierto que la nieve estaba fresca y que mis botas dejarían huellas, pero ¿quién iba a poder decir que eran las huellas de mis botas, y quién iba a seguir mi rastro?

Aun así fui incapaz de moverme, no pude soltarme del intangible apretón de la mano muerta que me retenía allí. Pensé en cubrirle la cara, pero no llevaba capa, ni siquiera pañuelo, y no osé renunciar a la pelliza de piel de castor en una noche tan fría, por fuerte que fuese el imperativo natural de protegerla de la vergüenza de una muerte así y de la mirada inexpresiva e indiferente del mundo.

Apoyé una rodilla en el suelo e intenté levantarla por los hombros, pero el *rigor mortis* y la helada la habían endurecido; además, el vestido estaba pegado al hielo de las losas y no pude soltarlo. Mientras me esforzaba por alzarla —no habría sabido decir con qué propósito—, noté un olor intenso y dulzón; pensé que debía de ser el del oscuro charco de sangre sobre el que descansaba la cabeza, aunque, como todo lo demás, estaba congelado e inerte.

Cuando la solté y retrocedí, exhaló una especie de estertor contenido. En Wurzburg había estudiado medicina un año, y sabía que los cadáveres a veces hacían esos ruidos, cuando sus órganos internos se movían y empezaban a disolverse. Aun así, se me erizaron todos los pelos de la cabeza.

Volví a acuclillarme y examiné más de cerca la herida de la garganta. No era un corte limpio, como el que haría una cuchilla afilada, sino más bien profundo e irregular como si un animal voraz hubiese clavado los colmillos en la carne tierna y la hubiese desgarrado.

Vi también que llevaba una pesada cadena de oro, y que en la cadena había un medallón, también de oro. Era grande y circular, con los bordes como llamas; una cabeza de Medusa, podría haber sido, o una imagen del gran disco del sol mismo.

Por fin me desembaracé de esa fuerza muerta que había ejercido sobre mí. Di media vuelta y me alejé dando tumbos por el callejón, en busca de ayuda, aunque sin duda la pobre criatura estaba más allá de cualquier socorro humano. La muerte es la muerte, por más que los curas o los nigromantes —suponiendo que haya alguna diferencia entre los unos y los otros— quieran

convencernos de lo contrario, y ese final con que acaba nuestra existencia mortal.

Las casitas junto a las que pasé estaban cerradas y silenciosas, ni una rendija de luz se filtraba por las ventanas, mas pese al solitario aspecto del lugar y a lo avanzado de la hora, tuve la impresión de que incontables ojos despiertos y vigilantes me observaban en secreto.

Tenía los pies entumecidos por el frío, y las manos, frías también, me ardían debajo de la piel con una especie de calor febril. Me sentí extrañamente distanciado de todo lo que me rodeaba y de mí mismo; era como si la muerte me hubiese tocado a mí también, como si me hubiese rozado con las yemas heladas de los dedos. Pensé en los vasos de aguardiente —¿cuántos?— que habíamos apurado el viejo soldado y yo, sentados al calor de la lumbre en el León Dorado, y anhelé echar un sorbo, por pequeño que fuera, de ese ardiente licor, para calentarme la sangre y calmar mis confusos y acelerados pensamientos.

Después de andar con dificultad a lo largo de la base de la muralla del castillo, con la nieve crujiendo bajo mis botas y el aliento dibujando formas fantasmales en el aire, llegué a una puerta con un rastrillo. A la derecha de la puerta había una garita, en cuyo interior brillaba tenuemente un farol, aunque en medio de aquella oscuridad parecía una luz muy intensa. El centinela dormía de pie, apoyado en su pica. Era bajo y grueso, con una barriga tan redonda y prieta como un barril de cerveza. En un brasero que tenía al lado brillaban unas brasas, parte de cuyo grato calor llegó a donde yo me encontraba.

Chillé un saludo y pateé el suelo con fuerza, y por fin los párpados del centinela se abrieron. Me miró con gesto inexpresivo, todavía adormilado. Luego volvió más o menos en sí, recordó quién era, y qué se suponía que era, y se puso firmes con un tintineo de la cota de malla. Se enderezó el casco e hizo un gran alarde de apuntarme amenazadoramente con la lanza, mientras preguntaba con voz pastosa quién iba y qué quería.

Le di mi nombre, pero tuve que repetirlo, la segunda vez casi gritándoselo a la cara.

—¡Stern! —bramé—. ¡Christian Stern!

He de admitir que en esa época estaba muy pagado de mi nombre, pues me parecía verlo ya grabado en el lomo de la hilera de volúmenes eruditos que sin duda estaba llamado a escribir algún día.

El centinela se me quedó mirando con ojos obtusos y parpadeantes. Le conté cómo había encontrado por casualidad a la joven, tirada sobre las losas

entre la nieve, al pie de los muros del castillo, con el cuello cortado de un lóbulo de la oreja al otro. Al oír mi historia, el tipo carraspeó y escupió un gargajo por encima del batiente inferior de la puerta que cayó con un ruido desagradable justo al lado de mi bota derecha. Me imaginé usando esa misma bota para propinarle a ese bribón una buena patada en las partes blandas de debajo de la barriga colgante.

—¿Qué más me da a mí —dijo, desdeñoso— que le hayan rebanado el pescuezo a una furcia?

—No era una furcia —respondí, pensando en el vestido de terciopelo y en el medallón y la cadena de oro—. Al contrario, creo que era una dama.

—Todas las putas de Praga se creen señoras de alta alcurnia —replicó el centinela con desdén renovado.

En los días de mi juventud yo tenía el genio vivo e irascible, y pensé en arrebatarle la lanza y darle un golpe en el casco en respuesta a su insolencia. En lugar de eso, me dominé y le dije que había que avisar a alguien con autoridad de que se había cometido un grave crimen.

El centinela se rio y replicó que ya había avisado a alguien con autoridad, ¿acaso no acababa de decírselo y no era él una persona con autoridad? Quedó claro que lo consideraba una respuesta muy aguda e ingeniosa.

Suspiré. A esas alturas yo tenía los pies totalmente entumecidos y apenas sentía nada por debajo de los tobillos. Me pregunté qué significaba para mí esa joven y por qué me preocupaba tanto por ella, si no era más que un cadáver.

Entonces llegó otro guardia; oí sus botas y el crujido del hielo antes de que apareciera entre la niebla y la oscuridad nevosa igual que el fantasma de un guerrero surgiendo del humo de la batalla. No obstante, no tenía un aspecto muy marcial, pues era de piernas delgadas, desgarrado y escuálido. Llevaba al hombro un arcabuz oxidado. Había llegado para relevar a su grueso camarada y demostró una absoluta indiferencia sobre quién pudiera ser yo mientras se secaba la nariz con el nudillo. Los dos intercambiaron unas palabras, y el recién llegado ocupó su sitio en la garita, dejó el arma de fuego en el suelo y expuso agradecido su flaco trasero al brasero y a los carbones encendidos.

Una vez más, insistí al centinela gordo en que fuera conmigo a ver el cadáver de la joven y decidiera lo que convenía hacer.

—Déjasela al guardia nocturno —replicó—. Él la encontrará en su ronda.

Si no iba conmigo ahora mismo, dije, iría directo a buscar a un oficial de la guardia y me quejaría de él. Era un farol, claro, pero imprimí tanta

autoridad a mi tono que el tipo, después de dudar un poco más, se encogió de hombros y con un gruñido de enfado me pidió que lo llevara hasta allí.

Volvimos al callejón. El centinela era patizambo y andaba igual que un pato. Era tan bajo de estatura que su cabeza, redonda como una col, apenas me llegaba por encima del codo.

El cadáver de la joven seguía tal y como yo lo había dejado y nadie había estado allí en ese rato, pues las mías seguían siendo las únicas huellas visibles en la nieve.

A mi lado, el tipo gordo carraspeó de forma desagradable, cerró un ojo y sorbió aire entre los dientes. Dio un paso adelante y, con un gruñido, se acuclilló. Cogió el medallón y lo sostuvo en la palma de la mano mientras lo examinaba a la leve luz de las estrellas. Soltó un leve silbido.

—Es oro auténtico; sí, señor —dijo—. Hay que ver lo que pesa.

Qué tendrá el oro, quisiera saber, que todo el mundo se cree un maestro en el arte de tasar. Lo mismo ocurre con las piedras preciosas, aunque cualquier trozo viejo de cristal tallado puede pasar por una gema de la mejor calidad, como os dirá cualquier joyero o cortabolsas.

De repente, el tipo soltó el medallón como si le hubiese quemado la mano. Se puso en pie con dificultad y retrocedió asustado con paso vacilante.

—¡La conozco! —murmuró—. Es la hija de Kroll. ¡Por la sangre de Cristo!

Se volvió hacia mí con un gesto desquiciado y luego escudriñó la oscuridad, como si temiera que una banda de asesinos estuviese al acecho, a punto de atacar.

—¿Kroll? —pregunté—. ¿Qué o quién es Kroll, si puede saberse?

El centinela soltó una risita desesperada.

—¿No conoces al doctor Kroll —dijo—, el matasanos del emperador y uno de sus magos principales? —volvió a reírse con un tono lúgubre—. Tengo para mí que pronto lo conocerás, amigo.

Y, en efecto, lo conocí muy pronto.

Aún faltaba mucho para que amaneciera cuando fueron a buscarme a mi alojamiento. Me llevé una gran sorpresa y un susto aún mayor, pero descubrí que en alguna parte de mi ser no estaba del todo sorprendido. Sospecho que en todos nosotros, desde que Adán se comió la manzana, acecha la expectativa culpable de esos lejanos golpes en la puerta en mitad de la noche, de las voces bruscas en el vestíbulo y del estrépito de los pasos en las escaleras. En el fondo nadie se cree inocente del todo.

Al oír ahora el violento estrépito, salté de la cama y miré presa del pánico a mi alrededor, pero no tenía siquiera un cuchillo para defenderme. Me pregunté confuso cómo habían sabido dónde encontrarme. De noche, después de que el grueso centinela identificara por mí a la joven muerta, lo había acompañado a la puerta, donde se puso a hablar entre apresurados murmullos con su camarada de armas por encima del batiente de la garita. Ese fue el momento en que recobré el juicio —a esas alturas el efecto del aguardiente había desaparecido del todo— y retrocedí sigiloso, di media vuelta y desaparecí en la noche, mientras los dos guardias departían preocupados.

Tuve que esperar un buen rato muerto de frío a la puerta del León Dorado, mientras llamaba y miraba angustiado calle arriba y abajo, hasta que la mujer del hospedero bajó a abrirme. Se había levantado de la cama y llevaba la ropa de dormir, con el pelo recogido en un delicado gorro de muselina blanca. Ya me había fijado en ella a mi llegada. Era guapa, con las mejillas sonrosadas y rizos negros y brillantes, aunque me pareció un poco madura para mis jóvenes ojos.

Cogió una palmatoria y me condujo a mi habitación. Cuando llegamos, se demoró en el umbral, mirándome con una sonrisa descarada y ofreciéndome la vista de su camisa abierta. Noté su olor femenino e incluso me pareció sentir el cálido rubor de su piel. La palmatoria suavizaba sus rasgos y alisaba los finos abanicos de arrugas en las comisuras de la boca y los ojos. Estoy seguro de que habría aceptado su silenciosa oferta y la habría hecho pasar a



mi cuarto y a mi cama, con chinches o sin ellas, si en ese momento no hubiese recordado con claridad, como una pavorosa advertencia, el brillo empañado de los ojos entreabiertos y sin vida de la joven que yacía en la nieve al pie de la muralla del castillo y esa otra boca espeluznante debajo de la barbilla, abierta y ensangrentada.

El mercader de la habitación contigua se había callado ya —tal vez hubiese logrado morir por fin—; aun así apenas pude dormir, y cuando lo conseguí, me asaltaron unos sueños —que muy pronto se demostrarían proféticos— plagados de estridentes gritos y alarmas y de huidas precipitadas en la oscuridad de un lugar iluminado por las antorchas a otro.

Cuando oí a los soldados en el piso de abajo, en lo primero que pensé fue saltar por la ventana y huir, pero la habitación estaba en uno de los pisos altos: de haber saltado, habría acabado quebrantado y cubierto de sangre en la calle. Aturdido por el miedo, apenas había hecho ademán de levantarme de la cama cuando la puerta se abrió y una patrulla de figuras con casco, correaes y botas irrumpió en la estancia. Un puño enfundado en un guante de cota de malla me asió con fuerza del hombro y me obligó a ponerme en pie.

Luego me apalearon, me maldijeron y me gritaron órdenes incomprensibles, me echaron la ropa encima y me ordenaron que me vistiera cuanto antes. Salté sobre una pierna tirando de mis calzas y me llevé un golpe en la cabeza por no apresurarme lo suficiente. Luego me hicieron bajar las escaleras a empujones entre el aire viciado con una mezcla de sudor, acero y el rudo aliento de unos toscos hombres de armas.

Mientras me conducían a la salida, miré por encima del hombro y vi a la mujer del posadero, con su gorro de dormir, asomando asustada detrás de la puerta de la taberna. Fue la última vez que la vi, pero incluso hoy, después de todos estos años, su imagen vuelve a menudo a mi memoria, con dolorosa claridad, y sigo sintiendo un triste y dulce pesar por esa oportunidad perdida. ¿No es incorregible la vejez?

Por suerte, había podido coger mi pelliza, pues el firmamento todavía oscuro estaba cargado de nubes hinchadas y abultadas y un viento cortante arrastraba rachas de nieve contra mi rostro, como un escupitajo medio congelado.

Cuando los soldados entraron en la habitación, me pareció que debían de ser al menos una docena, pero ahora vi que eran solo cuatro. Avanzaron con un sonido metálico, implacables y mudos, en formación en cuadro, una especie de calabozo ambulante conmigo tropezando jadeante en el interior.

Avanzaban todos a una, con pasos acompasados, lo que hizo que me sintiera aún más torpe e impotente entre ellos.

Franqueamos una entrada, más ancha y alta que aquella donde horas atrás había encontrado al centinela dormido; luego atravesamos un patio de adoquines, resbaladizo por la nieve, para subir tres anchos escalones de piedra. Encerrado en esa celda de hombres armados, entré en una austera sala con el techo inmensamente alto e iluminada por velas de junco en candeleros de hierro clavados en las paredes. Qué raras son las cosas a las que elige aferrarse el miedo: esas luces, trémulas y humeantes, que hacían tanto ruido como un incendio lejano, me parecieron la imagen misma del espanto y de los presagios más sombríos.

Me condujeron a una ancha puerta de roble, con tachones metálicos grandes como puños. La puerta daba a otra sala, un poco más pequeña que la anterior y con el techo más bajo. En el centro había una mesa enorme, firme como un toro sobre las cuatro gruesas patas y rodeada de sillas de respaldo alto. Algo en esa disposición me pareció inquietante: la mesa vacía y reluciente y en cierto sentido siniestra, las grandes sillas acurrucadas e inmóviles pero en apariencia alerta y malintencionadas, como perros de caza mostrando a la presa a la espera del silbido de su amo.

Al otro lado de la puerta había una chimenea lo bastante grande para que cupiera un hombre de pie. Un único leño de haya ardía sujeto por dos altos morillos de bronce decorados con figuras de marsopas, nereidas y retorcidos tritones. Allí no había antorchas encendidas y la única luz de la habitación procedía del fuego.

La patrulla de soldados se retiró y cerró la puerta al salir.

Me quedé delante de la mesa, como si fuese el tribunal de Cristo, esperando no sabía qué. Lo único que se oía era el crepitar de las llamas en el hogar y el ruido de mi propia y trabajosa respiración. Me alegró notar el resplandor del fuego y me había adelantado para acercarme cuando una voz habló y me hizo retroceder: había pensado que en la sala no había nadie más que yo.

—Stern —me espetó la voz—. Así dices que te llamas, ¿no?

Escudriñé las sombras cambiantes que arrojaba la chimenea, en busca del origen de las palabras pronunciadas con tanta rudeza y brusquedad.

En la penumbra, a la izquierda del hogar, distinguí a un corpulento anciano, casi oculto por el respaldo de la silla lujosamente tapizada, como si fuera un trono, en la que estaba sentado delante del fuego. Parecía dormido, a juzgar por la languidez de la postura, con la barbilla clavada en el pecho y un

brazo colgando inerte a un lado de la silla. No obstante, vi que tenía los ojos abiertos y que las pupilas reflejaban las agitadas llamas del fuego.

Sin embargo, no era él quien había hablado. Había otra figura de pie a la derecha de la chimenea, alejada, donde apenas llegaba la luz del fuego. Me pareció distinguir una constitución esbelta y delgada, una cabeza pequeña, una barba puntiaguda sobre una gorguera de seda, cuya blancura brillaba de manera inquietante en la oscuridad. Recordé otra gorguera que había visto hacía poco, aunque esa estaba negra y endurecida por la sangre.

—Sí —respondí, y tuve que hacer una pausa para aclararme la garganta—. Sí, así me llamo.

El hombre situado entre las sombras soltó un leve y, por alguna razón, incrédulo bufido y avanzó hacia la luz.

Sus ojos parecían negros a la luz del fuego y estaban muy juntos, como dos cuentas negras, brillantes y minúsculas. El pelo gris, muy corto, le formaba un estrecho pico sobre la frente que encontraba un eco en la barba puntiaguda. Llevaba jubón y calzas; sus piernas eran curiosamente esbeltas y delicadas, más parecidas a las de una mujer que a las de un hombre. Era de mediana edad, y en apariencia vivaz y despierto. No me gustó nada su aspecto, con esos ojos penetrantes, el pico de viuda y esa barba satánica recortada al estilo español.

—¿Y dices haber viajado hasta aquí desde Ratisbona? —preguntó, esta vez con tono escéptico y divertido.

—Sí —respondí—. Partí de Ratisbona hace una semana y llegué a Praga anoche.

—Ratisbona —repitió el hombre, con una risa suave y sarcástica.

Me sentía confundido: a juzgar por las respuestas de aquel tipo, daba la impresión de que estuviese afirmando haber llegado de la Atlántida o de la fabulosa ciudad de Ur.

—Nací en Ratisbona —dije con voz clara y lenta, como si le estuviera hablando a un niño—, aunque he estado muchos años fuera, primero estudiando y luego dando clases particulares en la Universidad de Wurzburg.

—¡Ratisbona! —repitió el hombre, con otra risita—. ¡Wurzburg! —se volvió hacia el individuo sentado en la silla—. Qué convincentes suenan estos sitios del oeste en su boca, ¿eh, doctor?

Yo estaba atónito. Era obvio que el hombre de la gorguera estaba seguro de que mentía..., pero ¿por qué iba a mentir sobre cuestiones tan baladíes como mi nombre y mi lugar de nacimiento? Y además, ¿por qué me interrogaba de manera tan desabrida? No había hecho nada malo, al menos

que yo supiera. Sin duda encontrar un cadáver por accidente no podía ir contra las ordenanzas municipales. Y, no obstante, en lo más profundo de mi ser, volví a tener la misma sensación vaga y culpable de no haberme sorprendido cuando oí el estrépito de las botas de los soldados en las escaleras del León Dorado.

Volví a intentarlo.

—Me llamo Christian Stern —dije, hablando incluso más despacio que antes y subrayando más las palabras—. Llegué anoche a Praga desde Ratisbona. Ratisbona es donde nací y donde viví hasta que de joven fui a estudiar a la Universidad de Wurzburg, donde he sido estudiante y profesor particular unos años —dudé y luego añadí—: No pienso quedarme mucho tiempo en Praga, voy camino de Dresde.

No era cierto, y nada más decirlo lo lamenté. No era mi intención viajar a Dresde, ni a ningún otro sitio. Praga era el destino que anhelaba y en Praga pensaba quedarme. Sin embargo, en vista de las sospechas y de la actitud amenazadora de ese hombre, me pareció más inteligente hacerme pasar por un forastero de paso por la ciudad que no tardaría en marcharse. Ahora me reproché aquella falsedad que, según temí, probablemente me causaría aún más problemas. Pero ¿qué le importaba a ese tipo tan entrometido si me quedaba en Praga o no? Y, además, ¿qué tenía todo esto que ver con la joven muerta en la nieve?

—Acércate —dijo el hombre con brusquedad—, donde podamos verte bien.

Rodeé la mesa y me detuve delante de la chimenea. El hombre me miró en silencio un largo rato, con la pulcra y diminuta cabeza muy ladeada, como un mirlo cuando deja de buscar comida y aguza el oído.

—¿Sabes quién soy? —preguntó.

—No, señor —dije—, lo desconozco.

Se irguió y alzó la barbilla.

—Soy Felix Wenzel —dijo—. Gran senescal de Su Majestad el emperador Rodolfo.

«¡Ah!», pensé, y el corazón me dio un vuelco. Felix Wenzel, como todo el mundo sabía, era uno de los más inteligentes, astutos y temidos consejeros del emperador. Me quedé tan impresionado como alarmado. ¡Felix Wenzel!

—Es un honor conoceros, señor —repliqué con una envarada reverencia. No me avergüenza admitir que las reverencias nunca han sido mi fuerte.

Wenzel sonrió con frialdad y se acarició la comisura de los labios con un dedo y el pulgar, haciendo un leve sonido de raspado en la barba canosa.

Siguió observándome con su mirada dura y brillante.

—Dinos por qué mataste a la chica —inquirió.

El leño se quebró y silbó en la chimenea, la luz de sus llamas brilló sobre los pechos desnudos de una ninfa marina que se apoyaba en la base de uno de los morillos de bronce. Por un momento me quedé tan desconcertado que no pude decir nada. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza que pudieran acusarme del asesinato de la joven.

Volví a carraspear.

—Os equivocáis, señor —respondí—. La encontré muerta, donde yacía. Llevaba así un tiempo, pues sus miembros estaban rígidos.

Wenzel asintió con la cabeza, aunque fue solo un gesto de impaciencia, como si estuviera descartando un detalle irritante y sin importancia.

—Mientes, por supuesto —objetó.

Entonces el hombre de la silla de delante del fuego, que parecía absorto en sus pensamientos como si no nos estuviera oyendo, habló de pronto.

—Wurzburgo —repitió con un gruñido grave y fatigado, levantando la cabeza y volviéndose para mirarme—. ¿Dices que vienes de Wurzburgo?

—Así es, señor —repliqué—. Wurzburgo es donde he pasado estos diez últimos años, y donde tengo mi trabajo en la universidad —me volví otra vez hacia Wenzel—. Si lo dudáis, hay personas allí, colegas, profesores, hombres de letras que responderán por mí.

—¡Oh, claro! —exclamó con desprecio Wenzel—. ¡Los sabios de Wurzburgo responderían por las cabras de sus abuelas! —se dio la vuelta y volvió a la oscuridad de su rincón.

Arrepentido, recordé la carta de recomendación de mi padre el obispo, ¿por qué no había pensado en llevarla conmigo cuando los soldados me sacaron de la habitación en el León Dorado? Ahora podría haberla utilizado para probar mi identidad. Idiota olvidadizo, la había dejado debajo del apestoso colchón de paja, donde, al llegar al hostel, la había escondido para mayor seguridad.

El hombre de la silla seguía mirándome. Tenía la cabeza grande, la frente ancha y abombada, la nariz prominente y una poblada barba. Sus ojos estaban hinchados e irritados por el cansancio.

—Era mi hija —dijo en voz tan baja que apenas entendí sus palabras—. La que encontraste —soltó un largo, suave y desfalleciente suspiro—. Magdalena, se llama... se llamaba. Mi hija.

Asentí con la cabeza. Ya había supuesto que debía de ser el doctor Kroll, de quien el centinela gordo había dicho que era el padre de la joven muerta.

Wenzel volvió a hablarme desde las sombras.

—Y del renegado, Madek —preguntó—, ¿qué sabes?

El doctor Kroll, en su silla, dio un extraño respingo, de sorpresa, me pareció, o quizá fue de pasmo, al oír ese nombre. Miró con intensidad a Wenzel, y luego volvió a fijar la vista en el fuego.

Yo no tenía nada que responder a la pregunta de Wenzel. No conocía a ningún Madek, papista, renegado, o lo que fuera. Es más, no sabía nada de nada: ni de la mujer asesinada, ni de estos altos funcionarios, ni de tan desconcertante y espeluznante interrogatorio. Me sentía como un hombre que, cabalgando al atardecer, se hubiese quedado dormido en la silla, y hubiera despertado en un camino desconocido, en mitad de la noche, extraviado y confuso.

Wenzel volvió a acercarse a la luz del fuego, y empezó a ir y venir despacio con la mirada baja y las manos a la espalda, poniendo un pie delgado delante del otro con mucha premeditación y tiento, como si siguiera una línea trazada, recta e invisible, en el suelo. Sus zapatos eran de suave piel de cordero, con hilo de plata e incluso una cinta escarlata en los ojales. Así que era un tipo vanidoso y pagado de sí mismo. Toma buena nota, me dije: siempre es útil conocer y recordar las debilidades de un hombre.

Pero aunque Wenzel fuera un engreído, también era peligroso. Este era el hombre que, siendo aún un joven imberbe, había ordenado, o eso se decía, el asesinato de sus dos hermanos por una disputa por el testamento de su padre.

Al llegar a la chimenea, Wenzel se detuvo, alzó la cabeza y me observó con la mirada calculadora del verdugo.

—Podría descoyuntarte en el potro —dijo—. Podría cegarte y arrojarte a la noche para que fueses en busca del agujero del que hayas salido. Podría hacer lo que quisiera contigo, Christian Stern, o como te llames —a pesar de la crudeza de sus palabras, las había pronunciado con un tono tranquilo, casi divertido, suave y jocoso.

Detrás de su hombro, entre los cristales romboidales de una ventana situada al otro extremo de la sala, vi el oscuro y agitado movimiento de la nieve que el aire arrastraba. A lo lejos, en las calles de la ciudad, se oyó vagamente el grito quejoso del guardia nocturno.

Wenzel siguió observándome con los ojos entornados.

—¿Y bien? —dijo—. ¿No tienes nada que decir?

—Puedo decir, señor —respondí—, que sea quien sea por quien me hayáis tomado, os equivocáis. Soy un estudiante de Wurzburg. He llegado esta noche a la ciudad, como os he dicho ya, y me he alojado en el León

Dorado en Kleinseite, o Malá Strana, según tengo entendido que se llama en checo esa parte de la ciudad. Como no podía dormir, y había bebido más de la cuenta, salí de la taberna a la oscuridad y la nieve, y llegué al pie de la muralla del castillo, y ahí estaba el cadáver de la desafortunada hija de este caballero...

—Este caballero —dijo, interrumpiéndome bruscamente, Wenzel— es el doctor Ulrich Kroll, médico de corte de Su Majestad el emperador —hizo una pausa, echó atrás la cabeza y me miró de soslayo con considerable desprecio—. Escucha, patán —prosiguió—, ¿tienes idea de la enormidad del crimen que has cometido?

—Mi señor senescal —repliqué con paciencia—, no he cometido ningún crimen. Si hubiese asesinado a la joven, ¿habría ido a avisar al centinela de la puerta y lo habría conducido adonde estaba el cadáver? ¿No habría vuelto al hostel, habría recogido mis cosas y habría salido de la ciudad, en lugar de volver a mi cuarto y a mi cama, donde los soldados que enviasteis me encontraron con tanta facilidad? —hice una pausa—. Si me conocieseis, señor —dije—, sabríais que puedo ser muchas cosas, pero no soy ningún idiota.

Me volví hacia Kroll, que, con la barbilla otra vez clavada en el pecho, contemplaba desolado el fuego y el palpitante y blanco corazón de las llamas.

—Os juro, doctor —dije—, que jamás vi a vuestra hija con vida. Cuando la hallé hacía mucho que había exhalado su último aliento. Podría haber pasado de largo y dejado su cadáver en la nieve, solo y desprotegido. Que no lo hiciera demuestra sin duda mi inocencia.

El leño se partió por la mitad, donde las llamas ardían con más fuerza, y los extremos de las dos mitades cayeron en ángulo sobre el suelo de piedra del hogar entre una lluvia de chispas chisporroteantes. Kroll, con un músculo temblándole en la mandíbula, observó las llamas agitadas que se alzaban de los tocones cenicientos solo para caer de nuevo tan deprisa como habían ascendido.

—Sí —dijo con su voz profunda, lenta y fatigada—. Sí, sí.

Wenzel iba a retomar la palabra, pero Kroll levantó una mano para indicarle que guardara silencio. Uno de los fragmentos rotos del leño se hundió aún más, produciendo otra lluvia de chispas.

—Este no es el hombre que ha asesinado a mi niña —dijo Kroll—. No está mintiendo —volvió a mirarme de soslayo—. ¿Dices que ya estaba fría?

—Sí, señor —respondí—. Hacía tiempo que su agonía había concluido, y estaba en paz.

No obstante, al decir estas palabras, recordé que la joven me había asido de algún modo, como si no estuviera muerta del todo, como si parte de su espíritu siguiera aún en ella, por muy helada que estuviera y por mucho que ya no fuese a moverse nunca.

Kroll volvió a levantar la mano, en esta ocasión para taparse los ojos.

—Sí —dijo, tan despacio y de forma tan irrevocable como antes—. Sí.

Wenzel manifestó su impaciencia y se dio la vuelta, tirándose de la gorguera de seda. Miró malhumorado a su alrededor, como si pidiera a unos seres invisibles situados detrás de las llamas que fuesen testigos de la locura de ese momento.

El doctor Kroll se apoyó con manos temblorosas en los reposabrazos tapizados de la silla y se puso en pie, levantando con esfuerzo su triste corpachón. Wenzel se volvió hacia el hombre afligido y extendió una mano para ayudarlo, pero la retiró enseguida; se giró para ver si yo había advertido su gesto y se hizo de nuevo a un lado, mientras se mordisqueaba la parte de atrás del pulgar. Me había visto reparar en su amable ademán y en la precipitación con que se había apartado; me había visto detectar una flaqueza, y no lo olvidaría.

—Debo ir a casa a descansar —dijo el doctor Kroll.

—Esperad un instante —dijo Wenzel—. Haré que traigan vuestro carruaje a la puerta.

Kroll no le hizo caso y volvió una vez más hacia mí sus ojos enrojecidos.

—Vete y sigue tu camino —dijo—. Ve a Dresde... o adonde sea. Praga no es sitio para ti —miró un instante en dirección a Wenzel—. Aquí todo está corrompido y sucio.

Luego salió despacio, arrastrando por el suelo el dobladillo de la oscura túnica.



### 3

Una vez más me encerraron en un cuadrado de hombres con resonantes armaduras, una vez más me llevaron por el patio de adoquines y volví a salir por la alta puerta por la que había entrado poco antes. Aún nevaba. Los copos que caían girando podrían haber sido los fragmentos deshilachados de una catástrofe celestial, una especie de ceniza blanca y húmeda que cayera sobre el mundo.

En la sala, delante de la chimenea, después de que se marchara el doctor Kroll, Wenzel estuvo un rato yendo y viniendo, acariciándose la barba abstraído; luego fue a la puerta para llamar a la guardia y volvió a ponerme bajo su custodia, sin mirarme siquiera.

Después de pasar por la puerta, el destacamento, conmigo en el centro, giró a la derecha y anduvo a lo largo de la muralla del castillo. Pronto llegamos a una torre redonda y baja situada en una esquina de la muralla, como el muñón de un dedo cortado que señalara al cielo quejoso y dolorido. Allí medio me empujaron, medio tiraron de mí por una escalera de piedra hasta llegar, mareado y aturdido, a otra puerta con tachones, baja y estrecha.

Abrieron la puerta de una patada y me arrojaron a una pequeña celda fría y hedionda. Tras una vida de fortuna muy dispar, puedo dar fe de que todas las mazmorras huelen igual.

Cuando cerraron la puerta la oscuridad fue total, un medio en sí mismo, denso, pero vertiginoso y penetrable. Me puse en pie y escuché el lento y sordo latido de mi corazón. Luego di un cauto paso al frente, con los brazos extendidos y un cosquilleo en la punta de los dedos, temerosos y expectantes por lo que pudieran encontrar. No obstante, lo único que tocaron fue una pared curva, continua, fría y sudorosa, cuyas piedras habían sido pulidas a lo largo de siglos incontables por manos que, como las mías, las habían tanteado con ciega impotencia.

Pronto descubrí que aquel reducido espacio no tenía más muebles que una especie de banco de madera, en el que me senté. Apoyé los codos en las

rodillas y la cabeza en las manos. En la total oscuridad, tanto daba tener los ojos abiertos o cerrados: la negrura que tenía ante mí seguía siendo la misma. Eso me dio una mareante sensación de liviandad, como si estuviera flotando, ahogándome inmóvil, en un mar suave, oscuro y silencioso.

Al rato, un resplandor grisáceo empezó a colarse por una ventana muy alta con barrotes que había a mi espalda en la pared. La ventana era pequeña y cuadrada y solo podía alcanzarla subiéndome al banco, agarrando los barrotes y alzándome mientras buscaba con los pies un punto de apoyo en la pared resbaladiza. Fuera, un sombrío amanecer empezaba a alborear sobre los tejados y los campanarios de la ciudad. Me quedé allí colgado, jadeando por el esfuerzo, con los músculos de los brazos temblorosos, deseando soltarme y al mismo tiempo resistiéndome a dejar de ver ese solitario panorama invernal.

Las campanas de incontables iglesias repicaban la hora; me pareció que jamás había oído un ruido tan desolado e inquietante. Empezó a deslizarse en mi indefensa conciencia la idea de que quizá nunca me dejaran salir de esa mazmorra maloliente, como no fuese para sacarme una gélida mañana de invierno muy parecida a esta, llevarme a algún sórdido rincón del castillo y obligarme a arrodillarme y a apoyar el cuello en el tajo de madera, donde lo último que vería en este mundo sería al verdugo encapuchado probando el filo de la cuchilla con el dedo.

Aún estaba encaramado a la ventana con los brazos trémulos, los dedos entumecidos y las muñecas crujiéndome cuando oí un ruido en la puerta, un chasquido metálico. Solté los barrotes y caí en el banco. Acobardado, me senté con la espalda contra la pared, temiendo que volvieran a entrar los soldados y me arrastraran a otro encuentro tan amenazador y desconcertante como el que acababa de sufrir.

Pero la puerta no se abrió. En vez de eso, corrieron un panel que había abajo con un brusco ¡clac!, que me recordó al confesionario: nada como una celda para recordarle a un hombre sus pecados. Empujaron un plato de peltre abollado con un mendrugo de pan, seguido de un tazón de barro.

Me abalancé sobre esas raciones casi con alegría. El pan estaba mohoso, duro y seco como la tiza, pero aun así lo mordisqueé igual que una rata hambrienta, masticando la masa hasta convertirla en densas bolitas que tragué como pude con el agua repugnante del tazón.

Después de comer, si es que puede llamarse así, me tumbé de costado en el banco, con las rodillas encogidas contra el pecho, y me cubrí con la pelliza. Al cabo de un rato empecé a temblar, los escalofríos llegaban en espasmos que arrancaban en la nuca y bajaban rápidamente a lo largo de mi espalda,

como olas en la orilla. Poco a poco la luz del día fue aumentando, aunque no me procuró consuelo alguno, como se supone que debe hacer. Por alguna razón, solo sirvió para que se intensificara la sensación que tenía de estar ahogándome; como si, en vez de luz, un líquido espeso y transparente se estuviese derramando a mi alrededor.

Por fin caí en un espeluznante duermevela. Sospecho que me habían echado algún filtro en el agua de la taza que me hizo delirar, pues en ese dormir entraré en un extraño estado en el que parecía no hallarme en la celda, sino soñando que lo estaba, aunque sabía de sobra que era cierto y que no se trataba de ningún sueño.

En las profundidades de mi delirio apareció un rostro que se cernió sobre mí en la trémula luz del amanecer, un rostro que reconocí por las incontables imágenes cuyas que podían verse en todo el imperio, pintadas sobre lienzo, talladas en piedra y estampadas en monedas. Era un rostro ancho y grueso, con la mandíbula colgante, el labio inferior caído, y unos ojos grandes y oscuros desbordantes de infinita melancolía. Por un tiempo se quedó inmóvil sobre mí, un rostro serio y pálido, como una luna flotante, mirándome con la mirada fría, remota e insoportable de la luna.

No puedo decir cuántas horas pasaron antes de que emergiera por fin de ese torpor confuso. La luz no parecía mucho más intensa que antes de dormirme. El frío, no obstante, era más crudo. Apenas podía mover las piernas, tan rígidas estaban, y noté una punzada en la boca del estómago como si tuviera encajada ahí una piedra, que sin duda debía de ser la insistente presencia de la corteza de aquel pan indigerible que, con poco sentido común, había comido un rato antes. Me incorporé en el banco, con las articulaciones doloridas, y me senté temblando y me ceñí con fuerza la pelliza alrededor del cuello.

Extrañamente, empecé a convencerme de que había alguien más en la celda conmigo, una figura sin sustancia, pero ineludible, acurrucada a mi lado en el banco. No tenía cara de luna, ni ojos tristes, ni una suave barba castaña; en vez de eso, parecía otra versión de mí mismo, un gemelo conjurado e invisible. Ese otro yo no era una compañía ni un consuelo, sino alguien totalmente ajeno, un doble aterrador, pavoroso, astuto e insustancial.

¿Cuánto tiempo, me dije, tardaría en perder la razón en ese lugar?

Nunca hasta entonces había sido capaz de considerar en serio la idea de mi propia muerte —me había parecido un chiste malo y mal contado—, pero ahora juzgué más que posible que acabara muriendo, que, incluso si mi cabeza no caía bajo el hacha, ese frío atroz bastase para matarme antes de que

volviera a anochecer. Da la medida de mi desesperación que pensara que agradecería la muerte como una feliz liberación. Imaginé el entumecimiento extendiéndose por todo mi cuerpo y colándose en los músculos y los huesos; pensé en mi corazón aleteando en mi interior como cuando un halcón se cierne en el cielo antes de plegar las alas y lanzarse inmóvil en picado. ¿Persistiría algo de mí un momento, una luz minúscula y desfalleciente como la que había creído ver temblar aún en el cadáver de Magdalena Kroll? De ser así, en mi caso no habría nadie para presenciar cómo se extinguía, excepto ese fantasma informe que tenía al lado, aunque, sin duda, él moriría en el mismo instante que yo.

Por improbable que pueda parecer, me sorprendí recordando con añoranza los días de mi niñez, días que, en la presente oscuridad, me parecieron de pronto felices y luminosos. Incluso la lúgubre casa de Pfauengasse se convirtió en mi memoria en un remanso de cariño y tranquilidad. ¿Y los Stern? Bueno, si la puerta de la celda se hubiese abierto de pronto y hubiesen entrado ceñudos, entonando oraciones y regañándome, como hacían siempre, creo que me habría hincado de rodillas ante ellos y les habría besado las manos de alegría.

Fuera seguía cayendo la nieve: veía su sombra moviéndose por la ventana. Imaginé la ciudad acurrucada en muda sumisión ante esa caída silenciosa, sucumbiendo, como yo, al frío implacable y paulatino.

Por fin, avergonzado de estas divagaciones autocompasivas, me obligué a levantarme del banco y deambular por la celda, dando patadas en el suelo y moviendo los brazos para que la sangre corriera por mis venas mientras aspiraba lentas, largas y vigorizantes bocanadas de un aire tan helado que me cortaba los pulmones. Al cabo de un rato, no obstante, sucumbí a una renovada y mortal fatiga que me obligó a tumbarme. Una vez más, estaba medio adormilado cuando de pronto se oyó una llave en la cerradura y la puerta se abrió de par en par. Me senté, frotándome los ojos y parpadeando, convencido en esta ocasión de que llegaban más soldados, más órdenes a gritos, más golpes y patadas. La soledad me había irritado, pero ahora solo deseé que no la interrumpieran.

No entraron soldados, sino el carcelero, un tullido de ojos tristes, jorobado y con un manojo de llaves tintineando en un aro de hierro que llevaba al cinto. Me indicó por gestos que me pusiera en pie y le acompañara.

Descendimos por la escalera de caracol, primero yo y detrás el jorobado tambaleándose con torpeza un escalón tras otro. Abajo esperaban dos guardias; me pusieron en el medio y nos fuimos. Los guardias no dijeron una

palabra, ni a mí ni entre ellos; se limitaron a andar imperturbables con sus alabardas a cuestas. La nieve había dejado de caer, como si se tomara un breve descanso después de un esfuerzo tan turbulento. Bajo el cielo plomizo y cargado, la luz parecía agua en la que hubiesen echado una gota de tinta. Había poca gente y nadie me miró siquiera; podría haber sido un fantasma ambulante.

De camino reparé en un patinillo en cuesta cerrado por tres paredes. En él había un patíbulo, y colgando de él al final de una sogá corta y gruesa estaba el centinela gordo, con la cara púrpura y la lengua hinchada asomando como una manzana de la redonda O de su boca abierta. Recordé al tipo andando hosco a mi lado como un pato en la oscuridad y en la nieve del Callejón del Oro, después de ver el cadáver de Magdalena Kroll, y pensé, con un escalofrío, en cómo debían de haberse retorcido y pateado sus piernas cortas y patizambas al izarlo el verdugo.

Pasamos por otras entradas, puertas y antecámaras, por salas que daban a otras salas. En una de ellas los soldados se detuvieron por fin.

El lugar parecía, curiosamente, la celda de un monje. Había un reclinatorio de madera de roble pulida, una mesita con una pila de libros encuadernados y dos sillones de madera delante del fuego. La poca luz que había entraba por una pequeña ventana de cristales emplomados. En la chimenea ardían unos cuantos leños húmedos, que apenas despedían calor; aun así, lo agradecí. Un tapiz descolorido que describía la muerte de Acteón atacado por sus propios perros cubría por entero, o eso creí, la pared posterior. Al verlo, sentí una súbita punzada de compasión por el desdichado héroe que agonizaba de forma tan espantosa, y no me habría sorprendido que los centinelas se hubiesen hecho a un lado y una jauría de perros babeantes hubiese entrado para hacerme pedazos. Esta visión, o alucinación, fue tan vívida que creo que todavía debía de estar bajo los efectos de cualquiera que fuese la poción que habían echado en el agua que había bebido en la celda.

Pasó el tiempo. Los dos soldados intercambiaron algunas palabras en un idioma que no reconocí —supuse que sería checo o algún dialecto— y se rieron resollando en el puño. Los observé lúgubre, dudando de si el objeto de la broma que tanto parecía divertirles no sería yo y mi probable destino. Se quedaron haraganeando en la puerta, con sus no muy relucientes túnicas españolas y sus calzones de cuero. No obstante, al oír unos pasos fuera, los dos se pusieron en el acto en posición de firmes.

La persona que entró llevaba un hábito negro de una sola pieza, que llegaba casi hasta el suelo, por lo que al principio lo tomé por una especie de

clérigo, un cura o un monje. Era alto y delgado, un hombre anguloso, de rostro estrecho y tez más bien oscura. Habría podido pasar por la idea misma de un asceta, de no ser por sus ojos oscuros y oscuramente apasionados y por el aspecto carnal de su boca, de labios escarlatas, sorprendentemente anchos y curvos como una hoz.

Movió una mano con gesto desdeñoso y los soldados se retiraron a toda prisa, casi empujándose para quitarse cuanto antes de delante de esa persona alta y delgada del largo hábito negro. Ni siquiera miró hacia donde yo estaba, sino que fue a la mesita y toqueteó los libros que había encima, frunciendo el ceño y moviendo los labios sin hacer ruido, igual que un actor que ensaya sus versos. Esperé; por más que el hombre parecía no haber reparado en mi presencia, tuve la sensación de que un animal lustroso y reluciente estaba olisqueándome y dando vueltas a mi alrededor..., una pantera, digamos, u otro animal bruñido y sinuoso.

Entonces se dio la vuelta, con un respingo exagerado e histriónico, como si acabara de percatarse en ese preciso momento de que yo estaba allí de pie. Sonrió, si es que puede decirse que una pantera sonríe.

—Bueno, Herr Doktor Stern —dijo—, ¡por fin estáis entre nosotros!

Otra vez pensé en la pegajosa intimidad del confesionario. No solo por la ropa clerical del hombre, por el reclinatorio con su insinuación de la postración penitencial y por los libros de la mesa, que podían ser las tablas sagradas del perdón ritual y la absolución, sino por el hombre mismo, con sus modales melifluos y un tanto sugerentes.

Adelantó uno de los sillones y lo colocó junto al fuego, mientras me invitaba a sentarme con un ademán casi cómico, luego acercó el otro sillón y se sentó. Ahora estábamos el uno enfrente del otro, y tan cerca que nuestras rodillas casi se rozaban.

—A propósito —dijo, como si fuese una cuestión de muy escasa importancia o interés—, soy Philipp Lang.

Llevaba un sombrero de fieltro negro con cuatro picos, parecido a un bonete cardenalicio; el anillo del dedo corazón de su mano izquierda tenía engarzado un rubí del tamaño de un huevo de zorzal. Debajo del sombrero, el pelo estaba cortado en rizos negros, apretados y brillantes, como virutas de carbón. Seguía sonriendo.

Philipp Lang, o Lang von Langenfels, como le gustaba hacerse llamar, era, por mérito propio, el hombre de confianza del emperador Rodolfo. También era un mentiroso, un extorsionador y un malversador desvergonzado, pero era intocable, y continuó siéndolo mucho tiempo, hasta su caída. Se había criado como judío en el gueto de Praga, aunque no tardó en abjurar de su fe y convertirse a la Iglesia de Roma. Después de varias aventuras que habrían llevado a cualquier otro hombre a la cárcel, si no al patíbulo, se había abierto paso en la corte imperial, donde enseguida se ganó el favor del emperador. Su Majestad lo convirtió primero en su ayuda de cámara, y luego lo metió en su cama, pues a Rodolfo, como todo el mundo sabe, le gustaban los jovencitos, sobre todo cuando él también era joven. Muy pronto resultó que allí adonde iba el emperador, iba también Lang: el conocido regio, alto, esbelto, sonriente y por lo general con una túnica negra.

Los enemigos de Lang, que eran legión, acusaban al antiguo judío de ser un hechicero que tenía sometido a su amo imperial mediante conjuros y pociones que le proporcionaban los demonios. Pero ya fuese por medio de la magia, la sodomía o una combinación de ambas, el joven se alzó con facilidad en la jerarquía de la casa real hasta alcanzar por fin el elevado y supremo —él mismo se aseguró de que así fuera— puesto de chambelán de la corte, con un poder y una influencia mucho mayores incluso que los de Felix Wenzel y otros como él.

La mitad de la corte —la mitad que no había conseguido ganarse aún con sobornos, amenazas o seducciones— se esforzaba incansablemente por derribarlo. Se urdían contra él incontables conjuras. Se enviaban espías para espiarle y asesinos para asesinarle. Todo fracasaba. El chambelán pasaba sus días con serenidad como en el interior de una impenetrable armadura de cristal, fuera del alcance de todos, menos de aquellos a quienes consideraba útiles para él y sus fines.

Su codicia no tenía límites. El chambelán extorsionaba a todos los que buscaban su protección; entre ellos, algunos de los más íntimos del círculo más cercano a Rodolfo, y les exigía grandes sumas de oro, casas elegantes, tierras. Supervisaba la recaudación de diezmos y rentas, y lo convertía en otra ruta hacia el enriquecimiento. En sus días de mayor gloria había amasado una fortuna en oro, además de vastas propiedades y numerosas y lucrativas prebendas en todo el imperio.

Y, no obstante, a pesar de todos sus crímenes y corrupciones, poseía un encanto sutil y casi irresistible. Solo los más implacables de sus enemigos eran inmunes a su temperamento bromista y burlón. «Sí, miradme —parecía decir—, miradme en este puesto tan encumbrado. ¿A que es absurdo? ¿Quién iba a pensar que un judío del gueto podría llegar tan alto?».

Muy pronto descubriría que yo era tan sensible como cualquiera a sus actos y palabras melifluas. Cuando se sentó al lado del fuego, entrelazó los dedos y se inclinó hacia delante con esa sonrisa suya, me dio la impresión de que, lejos de amenazarme con sus garras de pantera, el chambelán se estaba restregando contra mí, lustroso, sinuoso, con un ronroneo suave y persuasivo.

Enseguida, y con un gesto de profunda preocupación, se interesó por mi estado. Estaba al tanto de los sucesos de esa noche, dijo, y esbozó una leve mueca de disgusto. ¿Me habían golpeado los soldados?, ¿me habían maltratado los carceleros? ¿No? ¡Ah!, bueno, bueno. ¿Y el viaje desde Ratisbona? ¿Había sido muy difícil con un tiempo tan malo? ¿Me había



enfrentado al frío, había superado todos los obstáculos? Se alegraba mucho de oírlo.

—¡Y qué impresión debió de suponer encontrar a esa pobre joven destruida con tanta crueldad!

Desde el principio me vi respondiéndole con una fluidez y una desenvoltura que incluso a mí me sorprendieron.

Pronto, y aún con mayor sorpresa, pasé de las cuestiones inmediatas a las circunstancias generales de mi vida. Me oí hablándole de mi padre el príncipe-obispo, de mi madre y de su temprana muerte, de mis padres adoptivos y de su trato duro y sin amor. Le hablé del gimnasio de Ratisbona y de mis estudios allí, y me demoré en mis años felices en Wurzburg. Me jacté de mi amor por el conocimiento y de mi fascinación por las artes alquímicas, en cuyos arcanos, no dudé en afirmar, me había adentrado mucho, lo que me había permitido descubrir innumerables cosas valiosas y de provecho para mi entendimiento.

La luz de la sala parecía entonces más brillante que antes, el fuego más cálido, y la imagen del centinela gordo colgando como un saco de carne de cerdo del patíbulo en aquel patio frío y sin salida había desaparecido por completo de mi pensamiento.

Cuando aludí a la alquimia, los brillantes ojos de Lang brillaron de forma aún más oscura, y mientras me extendía sobre la cuestión me observó con una mirada fija y aguda, asintiendo mucho con la cabeza y murmurando como si estuviese de acuerdo y él también fuese un incansable explorador del luminoso abismo de la magia blanca.

Se inclinó hacia mí, más interesado que nunca, con los finos dedos todavía entrelazados, al tiempo que murmuraba y asentía, asentía y murmuraba. El mismo aire de la sala parecía vibrar con la fuerza de su interés y su aprobación.

Al cabo de un rato se hizo un silencio, y yo miré de reojo, un tanto incómodo, hacia el fuego pálido y humeante. ¿Por qué me había permitido a mí mismo parlotear de ese modo? ¿Por qué había revelado tanto sobre mí? Si esto era el confesionario, no sentí el alivio del penitente absuelto y felizmente limpio de sus pecados.

Pensé en eso tan extraño que había dicho Lang la primera vez que se volvió con fingida sorpresa hacia mí. ¿Qué había querido decir al referirse a mí como Herr Doktor y darme la bienvenida diciendo que por fin estaba entre ellos?

Como si leyera mis pensamientos, el chambelán dijo:

—Sí, os estábamos esperando, aunque ignorábamos —de nuevo esbozó una fugaz sonrisa de triunfo— cómo seríais.

Se levantó del sillón con una especie de saltito y empezó a deambular por los estrechos confines de la sala, con pasos cortos como los de un pájaro y frotándose las manos. Con el tiempo acabaría acostumbrándome a sus movimientos bruscos y rápidos.

—Debería informaros —dijo— de que Su Majestad tuvo un sueño en el que un espíritu le anunciaba que llegaría una estrella del oeste, una estrella enviada por Cristo Nuestro Salvador en persona. Sería un buen augurio para el trono, y entre otras buenas nuevas, el anuncio de una victoria sobre el Turco.

Hablaba, me pareció, de un modo extraño y declamatorio, en voz muy alta y con una especie de fuerza e insistencia artificiales. Sentado allí, mientras él hablaba y deambulaba, tuve la sensación de ser el único espectador, un público formado por una sola persona de una obra teatral no muy sutil. Después se detuvo al lado de mi sillón, me sonrió con la ancha boca extendiéndose en una media luna escarlata y dijo:

—A juzgar por vuestro nombre, Christian Stern, parece que debéis de ser esa estrella enviada por Dios, ¿cómo si no interpretar tan feliz coincidencia?

Le miré sorprendido y asustado, sin saber qué responder a una idea tan absurda y extravagante.

Christian Stern: ¡la estrella enviada por Cristo! Entonces entendí por qué Wenzel, el gran senescal, me había tratado con tantas sospechas y desconfianza, y me había acusado de mentir sobre mi nombre y mi origen, como si pretendiera ser el nuevo Mesías.

Lang siguió de pie unos segundos, sonriéndome. Saltaba a la vista que le divertía mi gesto de pasmo y sorpresa. Luego, para mayor perplejidad por mi parte, guiñó un ojo —sí, guiñó un ojo, casi con alegría— antes de volver a ocupar su asiento.

En ese momento me dio la impresión de que el tapiz a mi espalda se movía y balanceaba, como agitado por una brisa pasajera, una brisa que me pareció oír. O quizá no fuese una brisa sino un aliento, una especie de suspiro desfallecido.

—Wenzel —dijo el chambelán, inclinándose otra vez hacia delante y transformando su sonrisa en una mueca—, Wenzel, el gran senescal, no debería haberos encarcelado —bajó la voz hasta reducirla a un susurro, arqueó las cejas formando dos puntas diabólicas y asintió ominosamente con

la cabeza—. Su Majestad —esto no lo dijo, sino que extendió los vivaces labios alrededor de la forma de las palabras— está disgustado.

Mi imaginación era un torbellino. Lo que hacía un rato, en aquella celda, en la profunda oscuridad, me había parecido una pesadilla plagada de amenazas, dolor y con toda probabilidad muerte se había convertido de pronto a la luz del día en una fantasía encantada, un cuento de hadas, tal vez, en el que yo era el muchacho pobre ante quien se presenta por arte de magia el emisario del emperador, entre música de trompetas, con la nueva del favor real y la promesa de una buena fortuna ilimitada. ¿Qué podía significar?

Estaba siendo víctima de un engaño, lo daba por cierto. Lang y Wenzel se habían confabulado contra mí, Wenzel era el encargado de amenazarme e intimidarme, y Lang el de camelarme y engatusarme. Pero ¿con qué objeto? ¿Qué sospechaban de mí? ¿Qué enormidad imaginaban que podrían hacerme confesar?

Lang volvió a levantarse, fue a la mesa y cogió la pila de libros, al menos media docena. Regresó con ellos y se sentó delante de mí igual que antes. Dejó los libros en su regazo, puso las manos encima y me dirigió una mirada larga y, según me pareció, especulativa, aunque no habría sabido decir sobre qué estaba especulando. Una vez más tuve la sensación de ser el espectador de una representación, de presenciar una obra interpretada solo para mí, cuyo argumento no alcanzaba a comprender.

El chambelán empezó a pasarme los libros uno por uno. Entre ellos estaban la *Archidoxia mágica*, de Phillippus von Hohenheim —más conocido como el sublime doctor Paracelso—, y un raro ejemplar manuscrito de *De occulta philosophia*, de Cornelio Agripa. Estaba el *Atalanta fugiens*, de Michael Maier; uno de los incontables tratados de medicina de Galeno, y por último, aunque no fuese ni mucho menos el de menor importancia, el famoso *Monas hieroglyphica*, del inglés John Dee, en la bella primera edición que Willem Silvius imprimió en Amberes, un ejemplar que yo había ambicionado amarga y secretamente mucho tiempo en la biblioteca Gottfried de la Universidad de Wurzburg.

Mientras me tendía los volúmenes, Lang me fue haciendo una serie de preguntas sobre su contenido y su autor, dirigidas, claro está, a descubrir si de verdad era tan versado en alquimia y filosofía natural como afirmaba. Por suerte, estaba familiarizado con todas esas obras, excepto con la de Galeno, pero ese no era más que un manual de medicina, vulgar e insignificante. Sospeché que lo había añadido como señuelo, para ver si me pasaba de listo y le daba más importancia de la que tenía.

El propio chambelán no era ningún experto en estos volúmenes o sus autores, como quedó claro por la manera mecánica en que planteó su lista de preguntas memorizadas, y también por el alivio que traslució su sonrisa al concluir el interrogatorio.

Volvió a coger los libros, los dejó en el suelo al lado del sillón y me felicitó por la amplitud de mis lecturas y mis profundos conocimientos de tantas materias arcanas. El párpado izquierdo le tembló. «Sin duda —pensé—, debo de estar confundido». Era imposible que aquel hombre hubiera vuelto a guiñarme el ojo.

—Semejante derroche de erudición es muy notable —dijo en voz alta, y luego insistió subrayando sus palabras con voz forzada—, incluso para ser un estudiante de... ¿Wurzburg, habéis dicho?

Si esto último era una pulla —me refiero a que fingiera haber olvidado el humilde nombre de la ciudad—, no hizo mella, y suspiró y frunció el ceño. Volvió a entrelazar los dedos, con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos; su sonrisa también mostraba claros síntomas de tensión en las comisuras.

Luego soltó las manos y levantó un dedo como si hubiese recordado algo de pronto. Se hurgó en la túnica y sacó un gran objeto circular de oro que colgaba de una cadena también de oro.

—¿Lo reconocéis?

Claro que lo reconocí, y con espanto: era el medallón que había visto la noche antes, sujeto a esa misma cadena alrededor del cuello de la hija asesinada del doctor Kroll.

—Tiene —continuó Lang— un mecanismo, ¿lo veis? —con el pulgar apretó un resorte oculto, y la cabeza de Medusa, o el rostro de Febo Apolo, lo que quiera que pretendiera ser, se abrió sobre una bisagra, dejando a la vista un compartimento lleno hasta el borde de una especie de pasta, muy fina y suave, y de un color parduzco y sonrosado.

Me pregunté si esto sería otra prueba, otro insidioso intento de hacerme tropezar y revelar... ¿qué?

¿Y cómo había llegado el medallón a sus manos?

Estaba cansado; me dolía la cabeza. ¿Qué quería de mí este hombre, esta gente? Me sentí como si estuviera atrapado en el engranaje de una terrible máquina de la que nunca volvería a liberarme.

Lang se balanceó adelante y atrás en la silla, mirando el medallón, al tiempo que asentía con la cabeza y tarareaba, o más bien carraspeaba.

—Es una sustancia muy curiosa —dijo, tocando con la yema del dedo la superficie de la pasta y dejando un hueco minúsculo, húmedo y reluciente—. Han pasado la noche analizándola en los laboratorios de Su Majestad —alzó la vista y me miró por debajo de las cejas, con su roja y apretada sonrisa de bufón—. Sabéis que Su Majestad tiene aquí decenas de adeptos —añadió—. Siempre están trabajando: alquimistas, astrólogos, doctores en medicina, filósofos naturales como vos. Tiene mucha fe en las artes alquímicas.

Apretó aún más los labios sonrientes y abrió los ojos con lo que pareció una especie de pícara diversión.

—Es un bálsamo de hechicero —dictaminó, señalando la pasta—, compuesto, si es que recuerdo bien la fórmula, por arsénico blanco y rojo, raíz de díctamo, rana disecada, un pellizco de perla, un poco de coral y unos cuantos granos de ámbar, todo machacado y mezclado con goma tragacanto y disuelto en un raro aceite. ¡Ah!, y hay también un toque de menstuo femenino —una vez más bajó la voz hasta convertirla en un plumoso susurro—, quizá de la propia dama Kroll.

Me ofreció el medallón sobre la palma de la mano. Yo me incliné y olisqueé la pasta; tenía un olor soso, rancio, pero ligeramente dulzón, como el agua de flores muertas.

En otras circunstancias me habría reído. Sabía muy bien que lo que había dicho Lang era absurdo, que por muy hábiles o diligentes que fuesen los farmacéuticos del emperador, no podrían haber identificado las partes de una mezcla tan compleja como la que decía Lang. Se trataba, supuse, de una pasta sencilla hecha de algún elemento, alumbre o algo similar, muy molido, con una mixtura de esencia de rosas, el viejo clásico, y algunas especias comunes: en otras palabras, la típica poción inofensiva que una joven deseosa de conquistar a su enamorado podría conseguir por casi nada de un boticario de pueblo.

Volví a recostarme en la silla y me miré las manos con el ceño fruncido. ¿Qué debía decir?, ¿que los farmacéuticos del emperador le habían engañado con su cháchara de perlas, coral, díctamo, rana disecada y demás?

—Es probable que fuese una especie de profiláctico —continuó Lang—, un electuario contra la peste, o la viruela, o... —una vez más pronunció las palabras casi en silencio— una concepción no deseada.

—Sí —respondí en voz baja—; es posible, sí. No obstante, no sé... no sé si los farmacéuticos del emperador no habrán..., en fin, si no habrán exagerado un poco.

Lang abrió mucho los ojos y se llevó un dedo a los labios.

—¡Chis! —dijo en voz baja, y luego recobró su anterior tono alto y asertivo—. ¡Oh, no creo! —casi gritó—. Creo que su análisis es correcto.

—Aun así, he de decir que lo dudo —insistí—. A mí me parece que no es más que...

—¡Ejem! —exclamó el chambelán, dirigiéndome una mirada severa y admonitoria. Cerró el medallón y se lo guardó en la túnica—. No hablemos más del asunto.

Cogió la pila de libros del suelo, se levantó, cruzó la habitación y los dejó de nuevo en la mesa. Luego se detuvo y se quedó petrificado, con la mirada alta y moviendo en silencio los labios.

Una vez más noté a mi espalda esa especie de aliento, ese leve y breve suspiro, y una vez más el tapiz pareció balancearse.

Lang se volvió entonces de pronto, con un susurro de la negra túnica. Fijó en mí su sombría mirada y dijo:

—Os pido que hagáis al emperador el honor de abandonar vuestro plan de seguir viaje hacia Dresde, era Dresde donde habéis dicho que os dirigíais, ¿no?, y que, en lugar de eso, os quedéis aquí, en Praga, al servicio de Su Majestad. Se os proporcionará alojamiento, por supuesto, y una asignación de los gastos personales del emperador; luego concretaremos los detalles. Bueno, ¿qué decís? Insisto —su tono se volvió aún más lento y grandilocuente— en que es el expreso deseo de Su Majestad que os quedéis entre nosotros, Herr Doktor Christian Stern.

Pasaron unos instantes. Lang, apoyado en la mesa, con la cabeza alta y las aletas de la nariz dilatadas, me miraba expectante. Agitado y cohibido, le devolví la mirada y guardé silencio. ¿Qué podía decir? Mi cabeza era un torbellino.

En la chimenea, uno de los leños emitió un ruido sibilante y burlón.

Lang abandonó de pronto su pose histriónica y se plantó a mi lado. Con una exagerada pantomima, me instó, o eso parecía, a decir algo, poniendo los ojos en blanco y haciendo gestos con las manos como para arrancarme las palabras. Pero ¿qué palabras?

Intenté levantarme del sillón, pero me lo impidió poniendo dos dedos sobre mi hombro.

—¡Hablad! —me ordenó.

Me pasé la lengua por los labios, que estaban tan secos como el papel.

—Si... —dije, dubitativo— si es el deseo de Su Majestad, por supuesto no puedo sino quedarme.

—¡Bien! —exclamó Lang con una sonrisa falsa y feroz y haciendo un brusco gesto con la cabeza—. ¡Bien, bien, bien!

Siguió otro momento de silencio. Nos quedamos como estábamos, igual que en una suerte de retablo, yo sentado y el chambelán inclinado sobre mí con una especie de sonrisa diabólica y exaltada, y las cejas arqueadas. ¿De verdad podía creer que el emperador había expresado el deseo de que me quedara en Praga solo por un sueño absurdo? ¿Y qué decir de la joven asesinada, cuya muerte parecía preocupar tan poco al chambelán?

Entonces oí un ruido: era sin duda el ruido de una puerta al abrirse y volver a cerrarse despacio.

Me di la vuelta y me quedé mirando el tapiz que tenía a mi espalda. No estaba, advertí, colgado de la pared como había imaginado, sino suspendido del techo. Lo habían puesto ahí para que actuara como una cortina y separara otra parte de la habitación y la convirtiera en una cámara secreta, donde alguien, una tercera persona, había estado escondida todo ese tiempo, escondida y escuchando.

El chambelán, que también había oído el ruido, hinchó las mejillas y soltó un largo suspiro de alivio fatigado entre los labios, que aletearon de forma cómica. De pronto se había convertido en un hombre diferente, había bajado del escenario.

—Bueno, bueno, Herr Doktor —dijo con una expresión nueva de desprecio malintencionado y centelleante—. Espero que estéis contento de haber atraído con tanta facilidad sobre vos —hizo un gesto hacia el tapiz— la atención del emperador.

Y así, con tanta teatralidad, agitación y extravagante pantomima, empezó mi estancia en la capital de la magia. A veces me gustaría saber si mientras estuve allí me relacioné siquiera con seres humanos, o si lo que tomé por hombres eran solo simulacros, una hueste de autómatas que hablaban y respiraban, invocados por los hechiceros de Rodolfo siguiendo órdenes del emperador mismo, versiones fantásticamente corpóreas de los maniqués y marionetas que bailaban y se retorcían en los teatrillos de cada esquina los días de fiesta y de mercado, en esa ciudad de máscaras y engaños. Cuando recuerdo esos días, me parece haberlo imaginado todo. Pero ¡con qué facilidad di por sentada en la época mi buena suerte y me dije que el Destino me había sonreído! ¿Acaso no me había sido concedido de la noche a la mañana, y, por así decirlo, en un abrir y cerrar de los ojos del chambelán de Su Majestad, justo lo que deseaba al ir a Praga: el favor del emperador Rodolfo y la entrada en su corte? Ciertamente que ese maravilloso golpe de suerte no se debía a ningún acto por mi parte, sino solo a la fortuna de llamarme como me llamaba. Pero ¿qué es la suerte, pregunto, y qué sabemos nosotros de cómo rigen los cielos nuestra vida?

En la Praga de Rodolfo hallaría toda clase de señales y presagios de prodigios inminentes. El primero y no el menor fue que iba a vivir nada menos que en el Callejón del Oro.

Sí, ¡en el Callejón del Oro! Allí fue donde, al final de aquel desconcertante interrogatorio realizado por el chambelán Lang, volví a encontrarme, esta vez a la luz del día: conducido a una casita con dos ventanas cuadradas a ambos lados de una estrecha puerta. Aquí era donde iba a alojarme por orden del chambelán. Un paseo de solo diez pasos a lo largo del callejón y habría llegado al lugar donde, la noche antes, había encontrado el cadáver de Magdalena Kroll. ¿Debía creer que era solo la casualidad lo que me había llevado de vuelta allí, al sitio mismo donde habían empezado esos



notables acontecimientos, y que no debía tomarlo por un augurio y además favorable?

Pero por más que mi fortuna hubiese cambiado de forma tan mágica, yo seguía perplejo. Mi imaginación era una brújula: a un lado de la esfera estaba Felix Wenzel, al otro el chambelán Lang, aunque la aguja, a pesar de sus temblores, apuntaba solo en una dirección: hacia la fantasmal presencia oculta en la antecámara de detrás del engañoso tapiz ante la que me había hallado esa mañana crucial sin saberlo ni sospecharlo.

¿Podía ser cierto —volví a preguntarme— que Su Majestad hubiese soñado conmigo, o con alguna visión anticipatoria de mí, como afirmaba Lang, y que hubiese tomado el sueño por un augurio propicio? Parecía demasiado fantasioso, incluso para alguien con tanta fama de fantasioso como el emperador Rodolfo. Pero tal vez fuese cierto: después de todo, ¿por qué no iba a haberse colado por un resquicio de la ventana una chispa de la esfera celestial que se hubiese posado sobre la frente real y hubiera inspirado la idea de la inminente llegada de una estrella enviada por Cristo? ¿Y quién iba a decir que yo, Christian Stern, no era el mensajero de la estrella a quien Rodolfo había visto en sueños? Siempre he pensado que la apariencia de las cosas no es más que un velo de gasa detrás del cual una realidad más cierta actúa maravillosamente y a escondidas.

Mi casa en el Callejón del Oro lo era tan solo de nombre, pues únicamente había una habitación, no muy grande, de techo bajo, con un catre en un rincón, dos sillas, una estufa, un fogón y una mesa para trabajar. Había un lavadero a un lado, y un hueco tapado con un lienzo amarillento, detrás del cual había un cagadero con el marco de madera y un orinal de porcelana debajo del asiento. El sitio era solo fachada, pues se apoyaba en las murallas del castillo. Con las paredes enjalbegadas, aunque más bien tenían un tono grisáceo, y con esas ventanas como cuencas y la puerta parecida a una boca, tuve la sensación de que me habían instalado en el interior de una calavera.

Pero, por supuesto, no me importó —¿qué me importaban a mí las condiciones de mi alojamiento?—: ardía de emoción y de ansiosas expectativas. ¡Iba a conseguir tales cosas, de la naturaleza que fuesen, a obrar tales maravillas en esta celda de color hueso! Sin duda era cierto —¿ve el lector lo deprisa que se acallaron mis dudas?— que yo era el elegido del emperador, la estrella más brillante del firmamento imperial. ¿Qué más daba que Rodolfo estuviera medio chiflado y fuese propenso a los desvaríos más descabellados? Por mí podía estar tan loco como una cabra.

¡Praga! Sí, me hallaba en Praga, y el sacro emperador romano en persona había profetizado mi llegada.

El gato fue otro presagio. Un día abrí la puerta y se coló, frotando el lomo contra mi pierna en una leve caricia. Era un gatazo negro de ojos verdes y malvados. Tenía una profunda cicatriz en la frente y le faltaba la punta de la cola. En cuanto lo vi husmeando la habitación, con esa escrupulosidad tan característica de los gatos, comprendí que iba a quedarse. Lo llamé Platón. Era bueno cazando ratones, aunque perezoso. Nada le gustaba más que verme trabajar y se acurrucaba en un rincón de mi mesa con las patas encogidas, ronroneando como un mecanismo bien engrasado, a mirarme de hito en hito mientras yo me afanaba con mis libros.

La primera emoción que me embargó, cuando quedaron atrás los primeros espantos y fanfarrias, fue una impaciencia casi insuperable. Ya había estado una vez al lado del emperador, dos, si tenía que creer que el rostro que había visto inclinarse sobre mí cuando yacía en la celda sumido en un drogado estupor era el del propio Rodolfo. Y no tenía duda de que era Rodolfo quien había estado escuchando detrás del tapiz, tal como me había dado a entender Philipp Lang al final de su extravagante representación. La inevitable consecuencia de ello, estaba seguro, no podía ser otra que una inminente audiencia con Su Majestad Imperial.

Ensayé este anhelado encuentro en mi imaginación, una y otra vez, en esas primeras horas, en mi inesperadamente adquirido alojamiento, aquel lugar de calma y cobijo en el Callejón del Oro. Sin embargo, cuando se produjo el cara a cara con el emperador, las circunstancias fueron tales que no podría haberlas anticipado.

Había pagado al muchacho de la taberna para que trasladara mis cosas en una carreta desde el León Dorado, y como estaba muerto de hambre, y lo único que tenía en la panza era el recuerdo dolorosamente vívido del mendrugo mohoso que había consumido en mi celda al amanecer, saqué la bolsa y le di una moneda de las que me había dado mi padre el obispo y lo envié de vuelta a la taberna para que me consiguiera un poco de comida caliente.

Empecé a ir de aquí para allá. ¡Qué difícil es pensar con calma en los reyes!

Al cabo de un rato, el chico volvió con una escudilla de estofado de cordero cubierta con un paño de muselina y una botella de vino. También llevaba un recado del tabernero que decía que, puesto que yo no había pagado por mi cuarto y había sido el objeto y la causa de un violento incidente en

plena noche que había motivado las protestas de los demás huéspedes, se quedaría con mi caballo como compensación. No me llevé un gran disgusto, pues así me ahorraría pagar el establo, y además el pobre animal estaba medio muerto.

Antes de que se marchara, encargué al muchacho como última tarea que encendiese la estufa, o que al menos lo intentara; no era tarea fácil, ya que la leña estaba húmeda y el pedernal se resistía. Al fin, después de dos o tres intentos fallidos, consiguió encender una llama indecisa, pero en cuanto salió con mi dinero tintineando en el bolsillo y montó a lomos de mi viejo penco, el fuego se apagó con un chisporroteo y volvió a dejarme temblando de frío.

Me senté a comer a la mesa y acerqué una silla a una de las dos ventanas bajas que daban al callejón. El estofado se había enfriado ya, y la carne, como descubrí enseguida, estaba rancia. Me serví un vaso de vino púrpura, y tan cansado y aturdido estaba que los primeros tragos se me subieron a la cabeza.

El paño de muselina, muy delicado, lo tomé por un sutil recuerdo de la mujer del tabernero. Al pensar en ella, en sus ojos insinuantes y en su oferta no formulada, que yo había rechazado sin pensarlo, no pude sino sumirme en una ensoñación melancólica.

De nuevo acudió a mi memoria, por más que intentaba quitármela de la cabeza, la imagen del centinela gordo colgado en el patíbulo como un jabalí muerto en un saco.

¿Qué había hecho aquel tipo para merecer una ejecución sumaria? ¿Era solo que había visto a la joven muerta en la nieve? ¿Había bastado el simple hecho de haberla visto asesinada para que lo ahorcaran? Si tal era el caso, no cabía duda de que, de no haber sido por el sueño profético del emperador, yo habría compartido el patíbulo con él.

Haber salvado el cuello por una fantasía nocturna era, tuve que admitir, o un milagro o una locura, muy probablemente lo segundo. Fuese lo que fuese, yo no tenía motivos para pensar que el regio soñador no pudiera recobrar el juicio en cualquier momento y ahorcarme a mí también, aunque solo fuera por ser un impostor. El vino me obligó a considerar mis circunstancias sin engañarme: por muy tentador que fuese, yo sabía, en el fondo de mi alma, que no era ninguna estrella enviada por Cristo.

Estos oscuros pensamientos, junto con el cordero en mal estado, me quitaron el apetito, y aparté el plato de estofado sin comerlo. Glóbulos de grasa coagulada flotaban en la superficie de la salsa tibia, y por una leve asociación de ideas me recordaron a cuando el chambelán Lang rozó con la yema del dedo la dulzona pasta que había en el interior del medallón de oro

de Magdalena Kroll y dejó un pequeño hoyo, un hueco liso, como el ombligo de una criatura. Por alguna razón, aquel gesto me pareció otro presagio, en esta ocasión no de buena fortuna, sino, por el contrario, de alguna imprevisible y funesta eventualidad.

En ese instante miré hacia la ventana y, con un sobresalto, vi la cara pálida y ancha de un hombre pegado al cristal, casi a mi lado. Me miraba con un aire ingenuo e interesado. Tenía una expresión extraña, tal vez escéptica, o desdeñosa, aun cuando sonreía, sus labios lívidos contraídos en la comisura. Llevaba un sombrero negro cónico de ala ancha circular.

No acerté a comprender cómo podíamos hallarnos a la misma altura, puesto que yo estaba sentado y la ventana era baja. ¿Estaba arrodillado en los adoquines, o acurrucado al lado del alféizar en una extraña postura para poder verme mejor y distinguir lo que hacía?

Indignado, me levanté de un salto y corrí a la puerta. Salí al callejón dispuesto a enfrentarme a aquel descarado sujeto y echarlo de allí con una patada y un pescozón.

Él se dio la vuelta y me saludó sin inmutarse con elaborada y elegante cortesía, se quitó el extraño sombrero e hizo una profunda reverencia.

—Buenos días tengáis, señor —dijo.

Era un enano.

Le devolví indeciso el saludo, mirándolo de arriba abajo. Él soportó mi escrutinio con gesto tolerante y orgulloso, con la misma sonrisa fría y forzada.

—Me envía Su Majestad —dijo.

—¡Ah! —respondí—. Comprendo.

Se trataba de una criatura singular, y de un insólito emisario imperial. De cintura para arriba parecía un hombre normal —de hecho, era muy robusto, ancho de hombros y de pecho fuerte—, pero por debajo estaba retorcido y contrahecho, con las piernas atrofiadas, los muslos anchos y los tobillos finos, como la parte inferior de una raíz de mandrágora. Tenía la cabeza bien conformada, y llevaba el pelo negro y brillante peinado hacia atrás, como un casco moldeado con pez. Sus ojos eran verdes como el cristal.

Nos quedamos mirándonos, yo en la puerta y él al lado de la ventana. A nuestro alrededor revoloteaban los copos de nieve, que caían y se alzaban como cachipollas. El gesto del enano se había convertido en uno de fría diversión y leve pero franco desprecio: era como si lo deforme no fuese él sino el mundo.

—Hace frío, señor, ¿no os parece? —observó, incisivo.

—Perdonadme —balbucí, atropellado—. Por favor, pasad.

—Vaya, muchas gracias —respondió con sarcasmo, y volvió a hacer una reverencia, sujetando el sombrero con una mano y trazando con los dedos de la otra ese gesto elaborado y floreado desde la barbilla hasta el pecho que hacen los cortesanos. Su forma de actuar me pareció una burla deliberada.

Se adelantó, yo me hice a un lado y él entró. Diría que con jactancia, de no ser por su extraña forma de andar, tan penosa de ver, tambaleándose y contoneándose apoyado en un bastón de ébano con el mango de oro.

Su nombre, anunció, era Jeppe Schenckel.

Una vez dentro, y cuando cerré la puerta para que no entrara la nieve, hizo una pausa para mirar a su alrededor, sin disimular su curiosidad. Pareció tomar nota de todo, o más bien, debería decir, de las pocas cosas que había, pues el único indicio de que yo vivía allí era el desordenado montón de enseres, ropa, libros y demás, que el muchacho de la taberna había dejado sin mucha ceremonia sobre la cama.

—Debo decir —observó Jeppe Schenckel, sorbiéndose la nariz— que no hace mucho más calor aquí que fuera.

Le conté que había mandado encender la estufa pero que se había apagado, y para mi sorpresa, dejó el sombrero y fue directo al hogar. Se agachó y se afanó con el pedernal y el eslabón, y al cabo de un momento las llamas ardían otra vez, ahora con vigor renovado.

Desconcertado al principio por los modales señoriales de aquel tipo, lo observé perplejo y divertido mientras se acucillaba delante de la estufa. Yo nunca despreciaría ni me burlaría de un hombre por sus deformidades —después de todo, incluso el más bello de los mortales dista mucho de ser divino—, pero mientras contemplaba a esta criatura deforme no pude sino maravillarme de la inagotable variedad del ser humano. Los gnósticos defendían que el mundo lo había creado un demiurgo, una especie de espíritu, cuyo pícaro placer consiste en apartar de la verdad los destinos de los hombres, y a menudo me sorprende pensando que estaban en lo cierto.

Satisfecho de que la leña hubiera prendido, el enano echó un leño de tilo a las llamas. Cerró la puerta de la estufa y, quitándose las motas de ceniza de las manos, se dirigió a la mesa y trepó a una silla, subiendo una pierna regordeta después de la otra. Dije que sentía no tener nada que ofrecerle —una telilla fría y gris se había extendido sobre toda la superficie del estofado—, y cuando le di la botella negó con la cabeza y dijo con gesto remilgado que no bebía vino y que nunca lo había bebido.

Siguió allí sentado, haciendo gala de modales delicados y elegantes, a pesar de su deformidad. Estaba muy pálido, y su piel era de una transparencia

cérea, contra la cual brillaban sus cejas. Su ropa era cara: un jubón de terciopelo negro, con encaje de plata en las muñecas y el cuello. A la luz crepuscular de la tarde, me sentí al mismo tiempo repelido y atraído por este hombrecillo escrupuloso, contrahecho y extrañamente seguro de sí mismo.

¿Sería verdad que lo había enviado el emperador? Y si así era, ¿con qué misión? Deseé preguntárselo para salir de dudas, pero la calma y la contención con que se comportaba me lo impidieron.

Los copos de nieve se acumulaban grises contra los cristales de la ventana. Volví a llenar el tazón de la botella y, con vaga sorpresa, comprobé que estaba casi vacía. Seguía cansado después de una noche tan turbulenta y el vino me estaba aturdiendo, y antes de darme cuenta volví a contar, esta vez con lengua de trapo y muchos esfuerzos, la enrevesada historia de mi vida, mis orígenes y mis elevados logros.

Ignoro por qué me sentí tan dispuesto a repetirlo todo. Quizá deseaba afirmar algo de mí mismo entre las perplejidades e incertidumbres con las que había estado tropezando desde mi llegada a la ciudad; o puede, es lo más probable, que solo estuviera nervioso. El enano me escuchó con rápidos gestos de asentimiento con la cabeza y una sonrisa levemente fatigada e impaciente, como si nada de eso fuese nuevo para él. Luego descubriría que esa era su forma de ser: en la insensatez de su desafiante vanidad, le gustaba dar la impresión de que nadie podía contarle nada que no supiera, de que todo cuanto oía era solo una confirmación de hechos que ya conocía y que, al menos a él, le parecían de poco interés o importancia.

Después, cuando me serené y volví a mi ser, lamenté con amargura haberme dejado llevar por la fanfarronería de mi cháchara ebria. Tuve la sensación de haberme separado de algo que me habría convenido conservar y cuidar: no solo la leyenda de mi vida hasta el momento, que no era una gran maravilla, sino, más importante, cierta parte de mi esencia. Y Jeppe Schenckel, sentado delante de mí con una desenvoltura y una majestuosidad sardónicas, con las manazas cerradas en torno al mango del bastón, me la había arrancado con habilidad y la había guardado, pulcramente plegada, en un bolsillo de su elegante jubón de terciopelo.

—Bueno —dijo—, sois la nueva estrella sobre Praga.

Me sorprendió la brusca referencia cómplice al sueño del emperador a propósito de mi llegada. Tal vez al tipo no lo hubiese enviado Rodolfo, después de todo; tal vez fuese un agente del chambelán Lang o, peor, de Felix Wenzel para espiarme e informar a quienquiera de los dos que fuese su amo. O puede que fuese el agente de otras personas a quienes yo aún no conocía

pero que sabían de mí y querían saber más. Tuve la sensación de estar en una galería de los espejos, volviéndome aquí y allá y viéndome desde ángulos inesperados, imprevistos y alarmantes.

El enano contempló una vez más la habitación con aquella torva sonrisa suya y asintió un poco con la cabeza, como quien vuelve a ver escenas conocidas desde antiguo.

—Confío, señor —dijo—, en que seáis consciente del honor que supone alojarse aquí.

—¿Un honor? —respondí mirando con ojos dubitativos la estrecha y minúscula habitación vacía.

El enano echó la cabeza atrás y enarcó las cejas exhibiendo una sorpresa exagerada.

—¿No os han contado —dijo— que fue aquí donde se alojó el mago inglés, el doctor John Dee, cuando llegó a Praga? —esbozó una leve sonrisa, congratulándose sin duda por mi gesto de franca sorpresa—. Sí —prosiguió—, el gran doctor Dee se alojó aquí mientras aguardaba la llegada de su familia y antes de mudarse a una casa más lujosa en la Ciudad Vieja. Qué obras maravillosas no habrán presenciado estas paredes, ¿eh?, qué raros hechizos debieron de oír incluso en el breve tiempo que el ilustre mago estuvo aquí.

En mi frente y en mi labio superior había brotado una fría humedad. Era como si un espíritu se hubiese manifestado ante mí en aquel cuarto, una aparición luminosa, majestuosa e impresionante. Aunque su reputación esté hoy un tanto empañada, en sus días de gloria John Dee fue uno de los eruditos más conocidos del mundo, un experto en filosofía natural, un maestro alquimista, matemático y astrónomo. Era la primera autoridad en las enseñanzas del alto sacerdote del antiguo Egipto Hermes Trismegisto y estaba versado en los misterios de la Cábala; hablaba regularmente con los ángeles; había sido muchos años el mago de confianza y el más valorado por la reina de Inglaterra. Que hubiese vivido en este lugar, en esta modesta casita, me pareció un augurio más del brillante futuro que me esperaba en Praga.

«John Dee, caramba —pensé—; ¡podría haberse sentado en la misma silla en la que estaba yo! La idea hizo que mi joven ser temblara de respeto».

El enano me observaba con la misma expresión extraña, especulativa y divertida que había exhibido la primera vez que alcé la vista y vi a aquella criatura mirándome por la ventana. ¿Habría conocido a John Dee? En tal caso, había mil preguntas que me habría gustado hacerle.

Pero él ya había pasado a otra cosa.

—¿Sabéis quién era —preguntó— esa persona cuyo cadáver frío encontrasteis anoche aquí en el callejón?

Eso me hizo dar un respingo de sorpresa. Sí, pensé, sudando aún más, sí, sin duda, debía de ser un agente de Wenzel o de Philipp Lang.

—Sé que se llamaba Magdalena Kroll —contesté, sintiéndome como quien se abre camino con cuidado sobre una capa de hielo de dudosa firmeza—. También sé, porque me lo dijeron, que era la hija del doctor Ulrich Kroll, el médico del emperador.

Mientras le respondía, el enano asentía con la cabeza con un gesto de impaciencia.

—Sí, sí —dijo—, pero ¿sabéis qué era?

Dios sabe por qué, pero en ese mismo instante vi en mi imaginación el medallón que llevaba la joven al cuello y que el chambelán Lang tenía ahora en su poder; vi también el suave rombo de pasta que contenía, y el pequeño y brillante hueco que había dejado en ella la yema del dedo del chambelán. La imaginación tiene sus propios motivos y nos los oculta.

—No —dijo Jeppe Schenckel, con voz engreída y cantarina—. Ya veo que no lo sabéis —descruzó las piernas, pequeñas como pulgares—. Pero yo puedo decíroslo: antes que ninguna otra cosa, era la amante del emperador.



A pesar del torpor que me habían producido el vino y las aventuras que había vivido desde mi llegada a Praga, tuve la sensación de que algo se aflojaba y luego ocupaba su sitio como si la maquinaria de mi entendimiento, igual que los lubricados engranajes de una cerradura, se hubiese relajado y desacoplado de pronto. Al fin comprendía por qué habían enviado a los soldados a detenerme al León Dorado; por qué Wenzel me había interrogado de forma tan insistente; por qué el chambelán Lang me había sonreído con esa extraña intensidad, arqueando las cejas como para advertirme de algo. Entonces supe qué era lo que había asustado tanto al centinela al reconocer el cadáver tirado en la nieve, y probablemente, también, por qué habían arrastrado de manera tan sumaria al pobre desgraciado al patíbulo.

La amante del emperador había sido asesinada, y el mundo estaba patas arriba.

El enano, pude darme cuenta, se reía en silencio de mí y saboreaba con perversidad mi renovado gesto de pasmo y aturrida sorpresa.

—Sí —dijo—. El último juguetito de Su Majestad, cruelmente despachado.

Después de bajar a duras penas de la silla, pidió que le mostrara el lugar donde había encontrado el cadáver. Me levanté, me puse la pelliza de castor y el viejo gorro de piel y lo guie por el callejón. Otra vez había dejado de nevar, y había quedado una estela de hueco y vasto silencio. Doblamos a la izquierda y seguimos andando hasta llegar a un sitio que a esas alturas había adoptado para mí el aspecto de un altar profano: un lugar de ejecución, de sacrificio ritual.

Nos detuvimos, y el enano se quedó apoyado en su bastón, mirando el lugar que le indicaba, y asintiendo despacio con los labios apretados.

Había desperdigados pequeños fragmentos de sangre congelada, como esquirlas de cristal de color rubí, y jirones de terciopelo negro del vestido de

la joven que se habían pegado a los adoquines de donde lo arrancó sin miramientos el guardia de noche para llevársela en una carreta.

—Bueno, no es la primera furcia que muere en el Callejón del Oro —dijo el enano, como si tal cosa—, y probablemente no será la última.

Le conté que tenía la garganta desgarrada como por un animal, y él volvió a asentir con la cabeza.

—Debía de estar jugando con ella —dijo, con el ceño tenso y fruncido.

Se dio la vuelta y se alejó por el callejón en dirección al castillo. Yo corrí tras él.

—Maese Schenckel —dije—, antes dijisteis que veníais de parte del emperador. ¿Puedo preguntar si os envió él en persona a verme y, en tal caso, con qué propósito?

Hizo caso omiso, como si no hubiese hablado. En el tiempo que pasé en la corte de Rodolfo llegué a reconocer un rasgo común a todos los cortesanos, que era el gesto distraído con que parecían estar siempre intentando oír algo que se decía justo allí donde no podían oírlo. La mayoría de las veces, lo que no podían oír se decía solo en su imaginación sobrecalentada; no obstante, era como si no pudieran librarse de la convicción de que en alguna parte, probablemente muy cerca, había alguien susurrando secretos de enorme significado y trascendencia. Todos eran iguales, todos se habían contagiado de esa atención errante, Felix Wenzel, Philipp Lang y los demás, y también este pobre tullido que cojeaba apoyado en su bastón. Su interés siempre estaba en otra parte, y los síntomas eran estos: cuando les hablabas, apartaban un poco la cara, con la cabeza ligeramente ladeada, hasta que conseguías decir o hacer algo que de pronto llamaba su atención. Entonces se volvían muy despacio, apartándose a regañadientes del murmullo conspiratorio que no podían oír, y te miraban con aire perplejo y sorprendido mientras parpadeaban como tortugas.

Esta despreocupada y desdeñosa falta de naturalidad me indignó al principio, pero luego me resultó divertida. A veces casi me daban lástima, pobres locos, al pensar en lo agotadora que debía de ser esa vigilancia tan constante y angustiada. Llegaría un momento, claro está, en que acabaría por admitir que ellos eran listos y yo un idiota, pues si hubiese prestado más atención a lo que ocurría y a lo que se decía de mí, en rincones discretos y detrás de puertas entreabiertas, podría haberme ahorrado muchas complicaciones y sufrimientos. Pero la mayoría de las cosas en la vida se aprenden demasiado tarde, y la sabiduría, si es que llega, llega a deshora.

Así que el enano y yo seguimos andando en silencio.

Un poco antes, la nieve había empezado a derretirse, pero ahora estaba helándose de nuevo, y los copos se arrastraban por los adoquines como jirones de cinta blanca y sucia. Temí que el enano pudiera resbalar y caer en el suelo helado, pero a pesar de sus andares desmañados era ágil como un mono. Qué aspecto tan raro tenía con su pelliza de terciopelo negro, su sombrero apuntado de ala ancha y esas piernas cortas, gruesas y patizambas con las que avanzaba a trompicones. Si el hombre y el macrocosmos se reflejan el uno en el otro, como aseguran los platónicos místicos, ¿qué mundo sería el que representaba Jeppe Schenckel?

Mientras andábamos me contó que el emperador se había fijado en la bella y joven hija del doctor Kroll una noche en el castillo, durante un banquete, y la había llevado directamente a su cama.

—Ya estaba comprometida —dijo—, pero, por supuesto, eso no fue ningún impedimento. El joven en cuestión, un tal Jan Madek, un tipo alocado e impetuoso, organizó un escándalo cuando se enteró de que le habían quitado a su prometida, y fue por la ciudad quejándose amargamente de Su Majestad Imperial. Al final se largó llevándose muchos objetos de valor del padre de la joven, entre ellos un cofre de hierro en el que había un fajo de textos mágicos, eso se decía, que el emperador ansiaba poseer. Entretanto, Caterina Sardo, la concubina de Su Majestad y madre de toda su progenie de bastardos, tiene que hacerse la tonta. O tenía, diría yo, pues ahora que la joven Kroll está muerta, todo ha vuelto a la normalidad.

Dimos unos pasos más, y luego el enano se rio.

—En la corte se rumorea que fue la Sardo quien le cortó el cuello a su rival —dijo—. Pero ¿por qué iba a hacerlo ella misma si tenía verdugos disponibles? —me echó una mirada astuta y luego volvió a reírse en voz baja—. Os habéis aventurado en un mundo oscuro, amigo Stern. Necesitaréis una buena luz para abriros paso en él.

Me pregunté si no estaría ofreciéndose a encabezar la marcha sosteniendo él mismo la linterna. Pero si iba a ser mi guía, al menos podía empezar por decirme adónde me llevaba.

Llegamos a la cima de la colina de Hradčany, rodeamos los imponentes muros de la catedral y cruzamos la ancha calle empavesada de delante del palacio real. En su pompa y su esplendor, el palacio me pareció más magnífico que ningún otro edificio que hubiese visto jamás, ni siquiera en Wurzburg. A menudo había intentado imaginar Praga y sus glorias, pero la realidad era más majestuosa y elegante que nada con lo que pudiera haber soñado.

Pasado el castillo, nos detuvimos en lo alto para contemplar la ciudad. El cielo era de color blanco y el aire estaba envuelto en una niebla helada, atravesado por numerosos campanarios que parecían negros en esa miasma gélida y omnipresente. A pesar de la oscuridad invernal, vi el río, los puentes y, más allá, la torre del reloj en la plaza de la Ciudad Vieja.

—¡Ah, Praga, Praga, mírate! —dijo el enano, negando con la cabeza y soltando un suspiro. Podría haber estado hablándole a una antigua amante que antes hubiese sido joven y hermosa y ahora fuese débil y vieja—. ¡El centro del mundo! —volvió a reírse.

Bajamos por las estrechas callejuelas de Kleinseite, y el enano me habló de nuevo del hechicero John Dee y de su socio en el negocio de la magia, el granuja de Edward Kelley, un vidente irlandés y notorio impostor. Schenckel conocía muchas anécdotas curiosas y aventuras de esta extraña pareja. Me habló del escandaloso pacto que Kelley había obligado a aceptar al desdichado y engañado Dee, merced al cual —supuestamente a instancias de un espíritu angélico llamado Madimi, a quien había invocado el propio Dee— los dos hombres debían compartir todo lo que poseían.

—Lo cual incluía, por supuesto, a sus mujeres —continuó el enano—, pues la esposa de Dee era joven y guapa y Kelley la deseaba. El doctor aceptó el pacto, con el resultado de que Kelley engendró un hijo con la mujer de Dee, que su marido, para cubrir las apariencias, tuvo que criar como si fuese suyo.

No pude sino reparar en que el enano disfrutaba con estos jugosos cotilleos, y se demoraba en ellos con fruición, al mismo tiempo que observaba un tono de piadosa contención, frunciendo los labios exangües por un lado y sorbiendo aire por la nariz con falsa desaprobación. Muy a mi pesar, me divertieron la lengua afilada y el humor perverso de aquel tipo.

—Eran nigromantes, claro está, los dos —añadió con un nuevo sorbo—, y practicaban la magia negra, por mucho que ambos lo negaran. Dee, además, enviaba despachos secretos a la reina de Inglaterra y a Walsingham, su maestro de espías (oh, sí, lo sé de buena tinta), y tiene suerte de haber conservado la cabeza sobre los hombros. El emperador lo apreció mucho un tiempo, pero no tardó en reparar en sus mañas y en sus artes siniestras.

Saltaba a la vista que Jeppe Schenckel no había sido ningún admirador del venerable doctor Dee. Yo, por supuesto, apenas podía creer que alguien hablase de ese erudito legendario de forma tan burlona, sardónica y poco respetuosa.

—En cuanto a Kelley —prosiguió el enano—, tan solo se alzó para sufrir una caída más dura. Y vaya si cayó: ¿sabíais que Su Majestad lo mandó

encarcelar dos veces, que él intentó escapar las dos veces y que en ambas ocasiones se precipitó desde la ventana de su celda y se rompió una pierna? Una distinta cada vez, por desgracia..., o por suerte, según se mire —se rio en voz baja, moviendo los hombros y disfrutando con las desdichas de aquel saltimbanqui—. No obstante, aún vive, por lo visto es imposible matarlo: está en una mazmorra en lo alto del castillo de Hněvín, en Most, lejos de Praga, aunque no lo bastante para no poder seguir vigilándole. Dicen que está volcado en la escritura de un voluminoso tratado sobre la piedra filosofal, que piensa dedicar al emperador para ganarse así el favor real y procurarse la liberación —de nuevo esa risa leve y perversa—. Si espera compasión, me temo que se va a llevar un buen chasco. Cuando uno cae en desgracia con Su Majestad, se acabó. Algo, joven maestro —me dedicó otra mirada astuta—, que os convendría tener siempre presente.

Un perro que era todo piel y huesos apareció por un callejón y se nos acercó gimoteando y arrastrándose, pero el enano blandió su bastón y lo echó.

—Praga es una ciudad de perros —dijo con el ceño fruncido—. Yo acabaría con todos, pero el emperador cree que tienen poderes mágicos y los protege.

Continuamos andando. Debo decir que desconfío y repruebo a cualquiera que maltrate innecesariamente a un animal: cualquiera capaz de darle una patada a un perro podría dármela también a mí en cualquier momento.

—¿Sabéis que Kelley no tiene orejas? —preguntó Schenckel—. Se las cortaron hace mucho tiempo, en Inglaterra, por falsificar moneda. Ahora lleva el pelo largo para ocultar las cicatrices. Menudo sinvergüenza. Si pudiera, seguiría espiando. Aún tiene tratos con todo tipo de conspiradores, según el chambelán —me sonrió—. Quiero decir Herr Lang, vuestro amigo y protector. Dicen que también el joven Madek tuvo tratos secretos con él.

Ahí tenía otra alusión a Jan Madek, a quien Magdalena Kroll había despreciado en favor del emperador y a quien el gran senescal Wenzel había tildado de renegado. Me habría gustado saber más de él, pero cuando pregunté, el enano, como esperaba, fingió no oírme. Era un fingidor empedernido, como averiguaría muy pronto. Le gustaba dar la impresión de que guardaba muchos secretos, que solo él conocía, aunque al principio me pareció que era pura fachada.

Ahora se detuvo para asomarse a la ventana de una taberna; estaba claro que a este extraño y tullido hombrecillo le gustaba asomarse a las ventanas.

—El doctor Kroll viajó a Most e interrogó a Kelley —continuó, entornando los ojos en un esfuerzo por ver a través de los gruesos ventanales

de cristal de botella—. Al parecer, Su Majestad sospecha que Kelley se hizo con el cofre donde se guardaba toda la magia de Kroll. Una estupidez, no hace falta decirlo... Kelley está acabado.

La alusión de Schenckel al doctor Kroll me animó a presionarle para que me contara algo más sobre el encaprichamiento del emperador con la hija del buen doctor, pensando que así podría averiguar más de Madek y de los motivos por los que el gran senescal Wenzel se había interesado tanto por él. La única respuesta que obtuve, sin embargo, fue una mirada distante y vagamente irritada, como si estuviese interponiéndome ante alguien o algo mucho más relevante.

Cuando llegamos a la parte más baja de Kleinseite, el enano y yo cruzamos el puente de piedra. Volví a preguntarle adónde íbamos, pero una vez más hizo oídos sordos. Sin duda, debería haber insistido, quizá incluso dado media vuelta y dejado que fuese solo adonde quisiera. Pero la curiosidad siempre se impone a la indignación, o al menos así me ocurre a mí.

Un río congelado, lo he pensado siempre, es un fenómeno extraño, una violación de las leyes de la naturaleza. Mientras contemplaba desde el puente la superficie astillada y cubierta de cicatrices del Moldava, imaginé la lucha titánica librada desde el inicio del invierno entre la corriente de agua y la irresistible helada, una lucha cuyo final era esta enorme extensión de hielo que se prolongaba de orilla a orilla y río arriba y abajo hasta donde alcanzaba la vista. Al contemplarla, me pareció el emblema mismo de la muerte y la agonía. Pensé en Magdalena Kroll, después de que le rajaran el cuello y el asesino la abandonara, tendida allí, en la nieve, su conciencia acallada para siempre pero su cuerpo todavía debatiéndose, su carne misma gimiendo para sí, luchando con fuerzas desfallecientes contra el frío que la rodeaba, hasta que por fin no pudo luchar más y la vitalidad cesó y su cuerpo se quedó rígido.

Me estremecí. La neblina estaba llenando mi pecho de una pesadez húmeda y gélida.

A esas alturas, los efectos del vino que me había llevado el chico de la taberna se habían esfumado —¡cuánto bebí esos primeros días en Praga; yo, que hasta entonces había sido, por necesidad, no por inclinación, tan moderado en todo!— y de nuevo estaba impaciente por saber adónde íbamos. Pues era obvio que no deambulábamos, como podría haber parecido al principio: nos dirigíamos, aunque fuese dando un caprichoso rodeo, a un sitio concreto, de eso estaba seguro. Se me encogió el corazón. ¿Qué nueva prueba me esperaba?, ¿qué nuevo y desconcertante interrogatorio podía estar

aguardándome? Jeppe Schenckel siguió sin revelar nada, y cuando le pregunté por tercera vez, con marcada sequedad, adónde me llevaba, volvió a desviar la mirada con insulsa y fingida distracción.

Habíamos llegado al otro lado del puente y entramos en la Ciudad Vieja. Una vez más me maravillaron el aspecto de los edificios y las anchas calles que conducían a la enorme y noble plaza central. Me detuve para contemplar las erizadas agujas de la iglesia de Týn, que se desvanecían en lo alto entre la niebla, mientras a mi espalda el reloj del campanario del ayuntamiento empezaba a dar la hora: las campanadas resonaron en la plaza, como lentos y enormes aros de bronce.

Era día de mercado; la plaza estaba abarrotada de gente de la ciudad, y se oía el clamor combinado de los comerciantes anunciando sus mercancías, de los compradores regateando, de los animales mugiendo y de las estridencias de una banda de gaiteros, mientras por encima, en el aire trémulo, flotaba una nube transparente y parduzca de humo de estiércol, aliento de personas y animales, y vapor de carne caliente. Pensé: «¡Qué cosa tan increíble es una gran ciudad!», y volví a estremecerme un poco, esta vez no de frío, sino de sorpresa de hallarme donde me hallaba, aquí, en Praga, en el centro no solo del mundo, como había dicho con desprecio el enano, sino del propio universo, o eso me pareció.

Cuando por fin dejé de contemplar boquiabierto las imponentes y ajetreadas escenas que tenía a mi alrededor y me volví para ver qué había sido del enano, no lo vi por ninguna parte.

Al principio me alegré al pensar que me había librado de él. Luego lo vi desviándose hacia una de las callejuelas de adoquines que se alejan sinuosas detrás de la Týn Kirche, una inconfundible figura negra que se arrastraba como un murciélago con un ala rota. Dudé. ¿Por qué no dejarlo marchar?, ¿qué era ese tipo para mí? Pero, por supuesto, me picó demasiado la curiosidad y un momento después me vi abriéndome paso entre la muchedumbre y apresurándome por la callejuela por la que le había visto desaparecer.

No tardé en darle alcance y no me sorprendió que apenas me dedicase una mirada. Continuó adelante, conmigo a la zaga repitiéndome lo idiota que era por seguirle obedientemente, incapaz de dar media vuelta. La nieve zigzagueaba en el aire sombrío, y la luz del día se había vuelto tan tenue que ya habían encendido las lámparas en las ventanas de las tabernas.

Volví a alcanzarle cuando pasamos bajo el balcón de una de las casas, donde una mujer con enaguas sucias se asomó y le llamó. Él fingió no oírla, y

ella soltó una áspera risotada y le escupió. ¿Qué debía de sentirse siendo él?; me habría gustado saberlo. Su cara ancha y pálida exhibió solo una indiferencia inexpresiva. Lo imaginé de joven, un niño más pequeño que los demás. Lo vi rodeado de un círculo de niños chillones que le doblaban en estatura, como una cría de oso hostigada por una jauría de perros babeantes, sin escapatoria, llorando lágrimas de rabia y vergüenza y planeando ya su venganza contra el mundo. ¿Es solo el recuerdo lo que proporciona ese brillo tan significativo a mi primera incursión, lejos de las alturas del castillo, en el negro corazón de la ciudad, siguiendo a ciegas a aquella criatura contrahecha? ¿O supe, por un acceso de perspicacia y una lúgubre premonición, lo grande que llegaría a ser este hombrecillo en mi vida?

Volvió a pararse en seco —se le daban muy bien los parones y las arrancadas, los giros, las desapariciones y reapariciones inesperadas, como al mono de un prestidigitador—, y yo me detuve también.

Habíamos llegado delante de la puerta de una casa alta y elegante. Las ventanas tenían gruesos barrotes, que daban al lugar un aire aislado y amenazador. El enano se puso de puntillas y tiró de una cuerda que había al lado de la puerta. Dentro, a lo lejos, oí el tintineo de la campanilla.

—¿Qué casa es esta? —pregunté.

No esperaba ninguna respuesta, y no la obtuve.

Otra vez nevaba de firme. Confieso que estaba deseando hallarme a cubierto y me alegró la idea de entrar, fuesen cuales fuesen los sobresaltos o sorpresas que pudieran aguardarme detrás de la puerta alta y negra. Apenas llevaba un día en la ciudad y ya me habían detenido y acusado de asesinato, amenazado con torturarme en el potro, arrojado a una mazmorra, y luego liberado e instalado en una casa propia, sin que lo pidiera. ¿Qué novedad, por descabellada que fuese, iba a conseguir sorprenderme?

Por fin oí descorrer los cerrojos en el interior y la puerta se abrió muy despacio sobre los quejumbrosos goznes. Escudriñando desde la oscuridad del vestíbulo había una criatura diminuta y anciana de sexo indeterminado. Tenía los ojos como ostras recién abiertas, y estaba calva excepto por unos mechones de pelo oscuro y plateado peinados sobre el cráneo curtido. Habló, no obstante, con voz de mujer, aguda y suave.

—¡Ah, maese Schenckel! —le dijo al enano, con una risita tan leve que fue poco más que una serie de respiraciones rápidas e inaudibles—. Buen día tenga su señoría.

El enano no respondió con ningún saludo, sino que apartó a la extraña y pequeña criatura y se abrió paso hacia el vestíbulo. Tampoco a mí me dijo una



palabra, ni me dio ninguna indicación de lo que debía hacer, ya fuese seguirle o retroceder. Solo por un amable gesto de la anciana supe que también yo debía entrar.

Crucé el umbral y saludé a esa mujer tan menuda, que, aunque vieja y marchita, tenía, según pude comprobar, cierta elegancia e incluso cierto aire de autoridad. En el vestíbulo, amplio y mal iluminado, las paredes estaban cubiertas de grandes retratos, oscurecidos por el tiempo, de damas y caballeros apenas distinguibles con ropa antigua.

—Pasad, señor —dijo la mujer, con voz susurrante, invitándome a avanzar con una mano tendida como una garra—. Pasad.

El enano estaba ya al otro extremo del vestíbulo y lo perdí de vista debajo de una oscura arcada. Corrí a darle alcance, y los tres —Schenckel en cabeza, seguido de mí y de la criada un poco más atrás— recorrimos en fila una serie de salas gélidas y anónimas. Llegamos por fin a una puerta igual de anónima. El enano llamó despacio y me miró de soslayo con esa torva y peculiar sonrisa suya, al mismo tiempo divertida y amarga.

Esperamos, pero no hubo respuesta. Luego la vieja sirvienta se adelantó y llamó también, con más fuerza que el enano, y al cabo de un momento, sin recibir respuesta, acercó la cara a la madera y pronunció unas palabras con un leve murmullo como si estuviera recitando una invocación mágica. En esta ocasión, se oyeron unos pasos dentro, se abrió la puerta y el enano se coló rápidamente en la estancia. Una vez más, la mujer me hizo un gesto animándome a pasar, y, tras un instante de duda —¿qué o quién me esperaba aquí?—, seguí el ejemplo del enano y crucé el umbral.

Justo enfrente, en el extremo más alejado de la estancia, ardían unos leños en el hogar; hacia allí se encaminó el doctor Kroll a paso lento. Siempre que en años posteriores pensé en ese hombre, lo vi con el resplandor de la chimenea jugando con sus rasgos afligidos, devastados. La escena recordaba tanto a la que yo había presenciado aquella mañana en el castillo que instintivamente desvié la mirada, esperando ver también a Felix Wenzel entre las sombras.

La chimenea estaba flanqueada por un par de ventanas en arco, con vidrieras que daban una luz débil y de algún modo refulgente a la estancia y creaban un lúgubre efecto eclesial.

Kroll se volvió.

—Bienvenido a mi casa, joven —dijo con gravedad—. ¿Tomaréis un poco de vino?

Jeppe Schenckel se había retirado al rincón más oscuro de la habitación, aunque noté sus penetrantes ojillos fijos en mí.

La criada fue hasta la mesa y sirvió el vino en una copa de cristal que me llevó sujeta entre las dos manos, como si fuese un cáliz. ¡Más vino! Al coger la copa, mis dedos rozaron los suyos y noté, con una especie de estremecimiento, la delicada y cálida textura de su piel de anciana y la fragilidad quebradiza de los huesos que había debajo.

Sonreí para darle las gracias y ella asintió con la cabeza, sonriendo a su vez.

¡Qué vívido me pareció todo de pronto! Vívido, y también doloroso y apremiante: el calor del fuego, el sabor áspero y fuerte del vino, la tenue luz de las ventanas, la carne apergaminada de la sirvienta. A menudo me parece que nunca estuve tan vivo, para mí y para el mundo, como esos primeros y turbulentos días en Praga, ciudad de la llama y las sombras.

La criada se marchó y al salir cerró la puerta sin hacer ruido. Lamenté que se fuera. A un hijo sin madre, todas las mujeres, sean quienes sean o lo que sean, le devuelven un vago recuerdo del calor maternal.

En su rincón alejado de la estancia, Jeppe Schenckel había trepado a un diván y estaba sentado en él, apoyado en un cojín de brocado. El doctor Kroll se había vuelto una vez más hacia el fuego y miraba las llamas, pensativo. Tomé otro trago de vino; al hacerlo, reparé en un temblor en mi mano, una sacudida leve y rápida. Era como si estuviese a punto de producirse un gran acontecimiento, igual que ese instante en el teatro en que está a punto de empezar la representación, con el público anhelante y los actores entre bambalinas, dispuestos a salir a escena y poner en marcha la maquinaria de la obra.

Quizá, pensé, quizá el chambelán Lang hiciera otra entrada e iniciase otra de sus histriónicas interpretaciones.

Pero no fue Lang quien apareció. En vez de eso, a la derecha de la chimenea se abrió una puerta y un hombre bajo y grueso con un suntuoso manto ribeteado de armiño entró en la sala.

Lo reconocí en el acto. Era el rostro que había visto en la celda, el rostro del emperador Rodolfo: ahora por fin podía estar seguro de que no había sido un sueño producido por la droga.

Yo le sacaba una cabeza a Su Majestad Imperial, que era de figura más bien endeble, y tenía las manos notablemente pequeñas y elegantes y unos piececillos finos y delicados. Su aspecto era el de un voluptuoso atormentado. Tenía la frente despejada y una buena nariz, cuyo efecto, sin embargo, echaba a perder el labio inferior, débil, húmedo, sonrosado y protuberante debajo de un bigote de color castaño oscuro. Su abundante barba no lograba ocultar la mandíbula prominente de los Habsburgo; sus ojos, sobre unos párpados inferiores hinchados y caídos, eran grandes, penetrantes y de color azul oscuro, y expresaban al mismo tiempo curiosidad, sospecha e, inesperadamente, humor. Debajo de la capa llevaba un grueso jubón de terciopelo negro como la tinta, bordado con hilo de oro y plata, con una gorguera de encaje rígido y un alto sombrero negro de fieltro adornado con una pluma gris de cisne y varias piedras preciosas engarzadas en plata en el ala.

He dicho que entró en la sala, pero sería mejor decir que se coló a hurtadillas. Los andares de Rodolfo tenían tanto de retirada como de avance, de modo que, incluso cuando fue hacia mí, me dio la impresión de que se alejaba.

Hiné una rodilla en el suelo, incliné la cabeza y por un instante me vi como un caballero de antaño, jurando fidelidad a algún legendario monarca en una saga antigua. Detrás de mí, oí al enano reírse en voz baja.

—Majestad —empecé—, permitid que os ofrezca mi más humilde...

—Sí, sí, sí, sí —replicó Rodolfo con impaciencia—. Sí, muy bien, perfecto. Pero levantaos, levantaos.

Me levanté y lo miré. Creí notar que me temblaba el labio inferior, y, con lo nervioso que estaba, es muy probable que así fuese.

Me contempló un largo rato, durante el que no me atreví a parpadear siquiera.

—Christian Stern —dijo—. Ese es vuestro verdadero nombre, ¿no?

—Sí, Majestad —respondí—. Christian Stern, ese soy yo.

Asintió con la cabeza y frunció el ceño, pensativo.

—Os estábamos esperando —dijo—. ¿Lo sabíais?

—Sí, señor, el chambelán Lang me lo dijo.

—¡Ah, el chambelán Lang! —exclamó, moviendo la cabeza de manera casi cómica—. El chambelán Lang dice muchas cosas —se adelantó y me cogió del antebrazo para que me inclinara hacia él—. Soñamos con vos —susurró—. La estrella que llegaría del oeste, la estrella enviada por Nuestro Salvador como una señal.

Me oí tragar saliva.

—Venid —dijo, apartándose y llevándome a un lado—, venid y habladnos de vos y de vuestros estudios alquímicos, pues como sin duda sabéis estamos muy interesados en esos asuntos, sí, la verdad.

Tenía una forma áspera y susurrante de hablar, como si le costara mucho respirar —sospecho que estaba aquejado de hidropesía, entre muchas otras enfermedades que lo habían envejecido prematuramente—, y todo lo que decía parecía dicho en confidencia para que nadie más lo oyera.

Me precedió hacia el rincón oscuro donde estaba el diván. Cuando vio al enano encaramado en un extremo, soltó una sonora risotada.

—¡Vaya! —gritó, entornando los ojos—. ¿Es este nuestro bellaco tullido? Schenckel, os volvéis más pequeño cada día, pronto podremos guardaros en nuestra bragueta. ¿Qué decís? ¡Vamos, granuja!

El enano bajó del diván con un hombro levantado como si temiera que pudiese golpearle.

—Tenéis razón, Majestad —replicó con su leve ceceo—. Así tendríais algo con que llenarla por primera vez en mucho tiempo.

Rodolfo volvió a reírse y le dio un pescozón al enano, luego le pellizcó la carne de debajo de la mandíbula y se la retorció con fuerza.

—¡Animal! —dijo alegremente—. ¡Abominación simiesca! —se volvió hacia mí—. Este tipo, que se supone que es nuestro bufón, se burla siempre de nos. Algún día lo mandaremos ahorcar por sus bromas desdeñosas. ¡Marchaos! —le gritó al enano—. Id con el doctor Kroll y dejadnos en paz con nuestra nueva y brillante estrella.

El doctor Kroll, todavía delante de la chimenea, se dio la vuelta, hizo una leve reverencia y, sin mediar palabra, retrocedió hacia la puerta; el enano, con

aquella sorprendente agilidad suya, llegó antes que él y la abrió. Los dos, el uno tan alto y el otro tan bajo, salieron juntos.

—Y ahora, Christian Stern —dijo Rodolfo—, sentaos a nuestro lado.

Y así fue como acabé a solas en compañía del gobernante del mundo, el Dominus Mundi, mientras el fuego chisporroteaba, el día invernal desfallecía y fuera la nieve caía espesa y silenciosa.

¿De qué hablamos? De muchas cosas, pero sobre todo, como era inevitable, de magia. Me pidió que le detallara qué materias había estudiado, de qué sabía y cuáles habían sido mis logros en el arte de la alquimia. Me temo que fingí ser más adepto a este arte de lo que en realidad era: mi auténtica vocación era la filosofía natural, que, aunque proporciona conocimientos de algunas manifestaciones del arte de la magia, se centra sobre todo en la investigación del mundo visible y palpable en todos sus fenómenos y aspectos diversos.

Rodolfo me hizo numerosas preguntas, pero no pudo afectar más que un interés pasajero por mis respuestas: al fin y al cabo, ya me había oído jactarme de mí y de mis méritos desde su escondrijo, detrás de la escena de la muerte del pobre Acteón, cuando respondí a las preguntas del chambelán Lang. Y, por supuesto, como a tantos otros hombres que ocupan posiciones de mucho poder, no se le daba muy bien escuchar. Cuando alguien le dirigía la palabra se quedaba inmóvil, mirando con fijeza los labios del que hablaba, como si dependiera de cada palabra que le decían, pero de hecho, como descubrí muy pronto, tan solo esperaba a que su interlocutor hiciese una pausa para respirar, momento en el que continuaba su discurso exactamente en el mismo punto donde lo había dejado. Para Rodolfo, que alguien le hablara equivalía a ser interrumpido. Valoraba el sonido de su propia voz por encima de todo, y era evidente que le gustaba oírse exponer sus opiniones sobre el mundo y sus infinitas curiosidades. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, era el emperador.

En la época, en mi orgullosa juventud, y como licenciado de la respetada sede del conocimiento de Wurzburg, yo despreciaba a los eruditos aficionados, pero a pesar de mí mismo me sorprendió e impresionó la medida en que conocía Rodolfo muchos asuntos arcanos. Sin duda, estaba familiarizado con un gran número de textos antiguos. En el curso de esa primera conversación, si es que puede llamarse así a tal soliloquio, recordé que Platón en el *Timeo* había concebido el mundo como un ser viviente, una doctrina que —según me recordó innecesariamente— habían resucitado y desarrollado los neoplatónicos del siglo anterior, en particular aquellos bajo el

mecenazgo del gran señor florentino Lorenzo de Médici. Aludió a muchos de los textos herméticos más importantes, como el *Corpus hermeticum* y el *Asclepio*, y a las obras de Marsilio Ficino y Pico della Mirandola, para quien, como se encargó de subrayar con aprobación, el hombre era la medida de todas las cosas, el *magnum miraculum*. También habló con entusiasmo de la Cábala, la profunda y secreta doctrina de los judíos, e incluso mencionó la *gematria*, ese arte mágico y antiguo basado en la calculada atribución de un número a las letras del alfabeto hebreo.

Para Rodolfo —como también, repito, para mí—, el mundo tangible representaba un código infinitamente intrincado por el que estaban conectadas las incontables partes de la creación, todas con una y una con todas, en un continuo viviente y armónico. Antes de nada, era necesario aprehender la naturaleza secreta del mundo por medio de los portales de la filosofía natural, en la que la alquimia y la astrología desempeñaban un papel a mi entender no tan importante como creía Su Majestad, aunque no se lo dije.

La vieja criada entró a avivar el fuego sin prestar atención al diván donde estábamos sentados el uno al lado del otro. En la puerta, detrás de ella, apareció un mastín gigantesco, un animal enorme que aun a cuatro patas le habría llegado a la cintura a cualquier hombre. Se detuvo un momento en el umbral y escudriñó la oscuridad de la sala.

—¡Ah, Schnorr! —murmuró el emperador—, el bueno de Schnorr.

El perro levantó las orejas, se acercó con paso blando y se tumbó a los pies del monarca con un ruido de miembros huesudos y un suspiro suave y complacido.

—Sabéis que el luto reina en esta casa —me dijo Rodolfo en voz baja, mirando hacia la sirvienta arrodillada ante la chimenea y de espaldas a nosotros—. La vieja Fricka fue la nodriza de la hija del doctor cuando era niña —soltó un profundo suspiro, igual que el perro, y se secó los ojos húmedos con la yema de los dedos—. Pobre Magdalena —musitó—, nuestra querida Magda.

Es bien sabido que el emperador Rodolfo era un monarca reacio, y se le ha criticado mucho por eso. Hay quienes afirman que sacrificó el imperio a su obsesión por la magia y los magos y dejó que Europa se sumiese en esta guerra interminable que hoy desgarrar naciones enteras. Pero, sea como fuere —no soy historiador, ni pretendo serlo—, a mí me inspiró un profundo respeto, aunque no se me ocultaron los indudables fallos y fisuras de su carácter. Y es que un rey que dudaba de su derecho a gobernar con un poder absoluto sobre sus congéneres no podía sino ganarse la admiración y el

respeto del joven ardiente que yo era entonces, y que, de hecho, sigo siendo, en alguna parte de las mohosas profundidades de mi hoy envejecido y decrepito yo.

Los años que había pasado de joven bajo el gélido patronazgo de su tío, el rey Felipe de España —cómo iba yo, que también había sido adoptado, a sentir sino comprensión—, habían dejado una profunda huella en Rodolfo. La vida en el palacio de El Escorial era una interminable sucesión de rezos y penitencias, y los modales que tuvo que afectar en la corte eran rígidos, austeros y fríos. Todo eso había embotado —más aún: había dañado— la sensibilidad de su alma, y su única defensa era ponerse una máscara de imperioso orgullo para enfrentarse al mundo.

Aun así, era, y puedo dar fe de ello, un príncipe ilustrado, cuya imaginación estaba siempre abierta a la infinita variedad de personas y cosas. Conocía bien los males que conlleva el fanatismo, y en más de una ocasión me refirió, con un estremecimiento, el día en que el rey Felipe insistió en llevarlo a presenciar un auto de fe en Toledo, donde condujeron a un grupo de herejes luteranos a la hoguera y los quemaron vivos. Nunca olvidaría, me aseguró, el hedor de la carne humana al ser consumida por las llamas.

El día fue decayendo conforme avanzaba el crepúsculo. Oleadas de nieve golpeaban con suavidad los cristales emplomados de las vidrieras. La casa estaba tranquila y en silencio. La anciana se incorporó con un gemido cansado y se marchó arrastrando los pies. El fuego crepitaba y chisporroteaba. El perro, que era viejo y estaba enfermo, no pudo aguantar despierto y pronto apoyó con un golpe la cabezota en el suelo. Su pelaje despedía un olor pardo a bizcocho, cálido y no desagradable; no estoy muy seguro de por qué, pero me pareció el olor mismo de la infancia. El emperador tocó el lomo del animal con la punta de una de sus zapatillas negras de piel de cordero. La bestia alzó la cabeza del suelo y lo miró, luego volvió a apoyarla con otro leve golpe.

—El inglés Dee —dijo Rodolfo— podía adoptar la forma de un perro..., ¿lo sabíais? ¡Oh, sí! Muchas noches lo vieron corriendo de esa guisa por las calles de la Ciudad Vieja, cuando llegó a Praga y se alojó con nuestro antiguo médico, el doctor Hájek. Hicieron mucha magia en la Casa del Montículo Verde —se rio en voz baja y movió la cabeza—. ¡Menudo descarado era el tal Johannes Dee! —dijo—. La primera vez que lo llamamos a nuestra presencia llegó una hora tarde, ¡y en lugar de implorar nuestro perdón empezó a reprocharnos nuestros pecados! Dios le había dicho, afirmó, que si renunciábamos a ir por el mal camino, ¡por el mal camino!, nuestro poder

sería el más grande que el mundo hubiera conocido, y haríamos prisionero al demonio, que él conjeturaba que era el Gran Turco. ¡Ja!

Guardó silencio un momento, sin dejar de negar con la cabeza, todavía divertido por la ironía. Me gustó su forma anticuada de hablar y el leve acento castellano. El perro, dormido ya, gimió y se estremeció, soñando sin duda con los días de gloria en los que derribaba incontables monstruos astados en un charco de sangre. Siempre he sentido curiosidad por la vida interior de los animales y, de hecho, he querido estudiarla, pero los años se me han echado encima. Tantas cosas han quedado por hacer..., mi investigación del cerebro de los animales es la menor de ellas.

—No sabíamos —dijo el emperador— si azotar a aquel tipo por su insolencia o nombrarlo nuestro brujo principal, como había hecho Isabel de Inglaterra. Aseguraba que conversaba con los ángeles, y que uno de ellos era una joven que le hablaba en su lengua y también en griego y le animaba a tomar nota de lo que le decía. Tenía también una piedra mágica, negra y pulida, que según él le había dado el arcángel Uriel, y en la que su ayudante Kelley, esa criatura ignorante, adivinaba el futuro —de pronto volvió la cabeza y escudriñó mi cara de cerca—. Decidnos, joven señor, ¿alguna vez habéis conversado con un ángel?

—No, mi señor —respondí—. Nunca.

Enseguida comprendí que había respondido demasiado deprisa y con demasiada ingenuidad, pues algo se oscureció en los ojos de Rodolfo mientras volvía a reclinarsse en el diván, y, aunque asintió con la cabeza, dio más bien la impresión de que negaba decepcionado. Me maldije por mi precipitación: no me habría costado nada asegurarle que estaba en constante comunicación con coros angélicos. «Di siempre a los poderosos lo que quieren oír», ese es uno de mis lemas, pero en la época aún no lo había formulado, aunque solo fuese porque aún no había conocido a ningún poderoso, excepto, sorprendentemente, a este, el más poderoso de todos.

Al cabo de un momento, me alivió ver cómo se disipaba el lúgubre estado de ánimo del emperador, pues volvió a sonreír e incluso, para mi sorpresa y no poca consternación, me puso una mano en la mejilla, con una cercanía y un aparente cariño tan inesperados que tuve que hacer un esfuerzo para no apartarme. La palma de su mano era suave, rolliza, cálida y ligeramente húmeda. Debo decir que si cualquier otro hombre se hubiese atrevido a acariciarme así, le habría abofeteado por afeminado y lisonjero.

—Bueno, sois joven —dijo—, y sin duda adquiriréis muy pronto nuevos conocimientos de cosas tanto angélicas como mundanas. Yo tenía vuestra



edad cuando heredé el imperio —sonrió y me dio unas palmaditas en la mejilla, despacio, con la palma de la mano suave y sedosa—. ¡Por ahora, seréis nuestro talismán, nuestro amuleto, nuestra nueva estrella!

El roce de su mano me puso tenso, y me quedé quieto como una estatua, sin atreverme apenas a respirar. Rodolfo volvió a sumirse en el desaliento, y bajó la ancha barbilla hasta que aplastó la gorguera de encaje y la hundió en el terciopelo del jubón.

Cuando habló, su voz sonó débil y lastimera con un súbito ataque de angustia.

—¡Ay, joven, joven! —dijo—. Sé que estoy muerto y condenado, pues mi espíritu está dominado por el mal.

Este estallido repentino me llenó de alarma y desánimo. ¿Cuál era la causa de semejante confesión horrorizada? ¿Y qué estaba confesando?

En el suelo, el perro gimió y jadeó en sueños, sin duda soñando otra vez con la caza.

—No os entiendo, señor —dijo—. ¿Por qué vais a estar condenado? ¿Cuál es ese mal que pensáis que os posee?

Me miró con ojos sorprendidos y afligidos, y por un instante lo vi con claridad como debió de ser algún día, mucho tiempo atrás: asustado, solitario y perdido en el vasto, silencioso y sombrío palacio del rey español.

—He hecho cosas terribles —dijo con voz trémula—. Me he sumergido en la más oscura de las artes oscuras, en la magia negra y nigromántica, y en lo peor de la brujería. Escuchad —se inclinó ansioso hacia delante, acercándose tanto que noté su aliento en mi cara—, empleé el *Picatrix*, el manual de magia de los árabes, para lanzar un hechizo contra mi hermano Matías, a quien odio. Hice que Dee y su ayudante Kelley invocaran a espíritus de las profundidades que me ayudasen en la búsqueda de la piedra filosofal. Una vez vi al Maligno en persona, cara a cara, igual que estamos ahora vos y yo. ¡Oh, sí!

Volvió su mirada atormentada hacia el fuego y las llamas, y fue como si estuviese viendo a unos demonios danzando en ellas.

—En algún lugar de Estiria nació un niño —dijo hablando con un susurro leve y horrorizado—, y la noticia llegó al castillo: un niño había nacido del vientre de su madre con un diente dorado ya crecido. Ordené que me llevaran a la criatura para poder verla, pero el capitán de la guardia, un imbécil, malinterpretó las órdenes y me llevó la cabeza del niño. No tenía ningún diente de oro.

Se detuvo y se removi6 tembloroso, toqueteando agitado la tela de la capa. Lo oí respirar, tomando profundas bocanadas de aire como si fuesen los últimos estertores de un hombre agonizante. El perro, al notar su inquietud, despertó de su sueño, alzó la cabezota esculpida y miró sombrío al hombre doliente.

—Señor —dije muy serio—, debéis recordar que Dios ansía perdonar todos los pecados, incluso los peores.

Rodolfo siguió en silencio un rato, pero luego se envaró de pronto, irguiendo el mentón barbado y prominente, con las aletas de la nariz dilatadas y el labio húmedo adelantado. Su gesto había adquirido de pronto un desdén altanero.

—Nos no creemos en Dios —dijo con una voz nueva, fuerte, tonante, profunda y solemne—. Nos no tenemos la menor fe en Dios ni en el Hombre. El mundo es maldad y locura, y el cielo y el infierno son una mentira para consolarnos o asustarnos.

Se levantó de su asiento y fue hacia la chimenea. Tenía los andares de una mujer corpulenta, se balanceaba de un lado a otro y dejaba que su peso cayera sobre una cadera y luego sobre la otra. Su mirada siguió fija en las llamas; quizá viera otra vez un presentimiento del abismo, aunque en esta ocasión pareció despreciarlo con todos sus demonios.

—Tenemos una tarea para vos —dijo, sin darse la vuelta.

Me levanté yo también del diván, me encaminé hacia el hogar y me quedé a su lado. En ese momento me sentí tan protector como si fuese su hijo. No me miró.

Le dije que fuese cual fuese la tarea que quisiera confiarme la cumpliría con la mayor diligencia y cuidado.

Entonces se volvió; entonces sí que me miró a la cara.

—No hay nadie en quien podamos confiar —dijo—. Estamos rodeados de aduladores e intrigantes. Nuestros cortesanos nos chupan la sangre como sanguijuelas —arrastró los pies para acercarse y se plantó delante de mí, escrutando mi cara—. Pero ahora habéis venido vos, Christian Stern —dijo—. Habéis venido salido de un sueño. Decidme, ¿sois un fantasma o sois real?

—Soy real, mi señor —respondí—, tan real como el suelo que pisamos, tan real como esas llamas.

Siguió escrutándome y acariciándose el labio inferior entre el índice y el pulgar.

—¿Hemos de confiar en vos, nuestro visitante de más allá de las esferas cristalinas? —me preguntó, aunque me pareció que hablaba para sus adentros.

—Podéis confiar para todo en mí, señor —respondí con una voz fuerte y firme que me pareció apropiada para la solemnidad del momento—. Estoy dispuesto a juraros lealtad si queréis...

—¡Tonterías! —me espetó Rodolfo, aunque sin rabia, o esa impresión me dio, y casi, para mi sorpresa, riéndose—. Todos los días oímos decenas de juramentos, ¿y para qué? En todas partes nos desprecian, engañan y calumnian. Escuchad, escuchad... —me cogió del brazo, me llevó hasta el diván y me pidió que volviera a sentarme a su lado—, decidnos qué pensáis de nuestros funcionarios, de los que habéis conocido hasta ahora. Wenzel, nuestro gran senescal, ¿qué tenéis que decir de él? El muy idiota os metió en una mazmorra y podríamos no haberlo sabido si el carcelero no hubiese advertido al chambelán de vuestra presencia. ¿Qué opináis de él, de nuestro chambelán, maese Lang?

Dudé. ¿Cómo responder a estas preguntas? ¿Qué nueva prueba era esta?

—Creo, mi señor —dije despacio y con tiento—, que los dos actuaron creyendo servir los intereses de Su Majestad. Había mucha agitación, pánico, alarmas. Esa desdichada dama, la hija del doctor Kroll...

—Sí, sí —repitió Rodolfo con impaciencia—, todo eso nos lo sabemos. Pero nuestros intereses son antes que sus intereses, y ellos lo saben.

Me soltó el brazo, que desde que nos habíamos sentado sujetaba con apremio. Escrutó la sala con los ojos entornados, como si pudiera haber otros allí, alguien que escuchara en secreto, acechando entre las sombras.

—Wenzel —murmuró—; sí, Wenzel. Está muy ligado al bando protestante, mientras que Lang está al servicio del Vaticano. Lang y el nuncio de Roma, Malaspina, son un par de Maquiavelos y conspiran juntos, lo sabemos. ¡Son conspiradores, todos ellos!

Se interrumpió y no dijo nada en un rato; tan solo emitió un extraño ruido, una especie de zumbido, un bisbiseo sin palabras. El perro se sentó y lo observó atento y solemne, movió sus fuertes patas y sus uñas arañaron el suelo de madera.

La última luz de la tarde se apagaba rauda en las ventanas. El fuego crepitaba.

De pronto, Rodolfo volvió a cogerme del brazo.

—Vos, Christian Stern —dijo, con las llamas reflejadas en los ojos—, seréis aquel en quien depositaremos nuestra confianza. Seréis quien actúe en nuestro nombre contra todos los espías e intrigantes que nos rodean. Os pedimos lo que no pediríamos a nadie.

Esperé, un poco tembloroso delante de esos ojos, que ardían mirando a los míos con una súplica feroz.

—Estoy dispuesto, mi señor —respondí—, a hacer lo que me pidáis.

Continuó observándome con esa mirada ardiente, mientras sus dedos se clavaban con más fuerza en la carne de mi brazo. Volvió a acercarme a él y una vez más me obligó a inclinarme, acercó su rostro al mío y me puso los labios casi en el oído. De nuevo me llegó el levemente fétido olor de su aliento.

—Averiguad —dijo con un susurro ronco— quién destruyó tan cruelmente a la dama Magdalena. Era el objeto de nuestro afecto, nuestra adorada. Descubrid quién fue su destructor. Esa será vuestra tarea.

Se hizo un largo silencio, solo interrumpido por el silbido del fuego y el leve susurro de la nieve contra la ventana. Entonces, de pronto, el perro alzó la enorme cabeza, abrió las fauces y soltó un aullido lento, suave y prolongado.

—¡Ah, Schnorr! —dijo el emperador mientras descansaba la mano con cariño en la cabeza del animal. Se volvió de nuevo hacia mí—. ¿Lo veis?, Schnorr lo sabe. Él lo sabe.

A ese momento crucial, casi increíble, y al mismo tiempo ambiguo y turbador, siguió un incómodo intervalo de días vacíos antes de que volviera a encontrarme en presencia de Su Majestad. Pero por más impaciente que estuviese, tuve que reconocer que también me sentí agradecido por ese período de tregua. La tarea que Su Majestad me había encomendado, descubrir al asesino de Magdalena Kroll, era un enorme peso en mis pensamientos y una carga aún más pesada para mi corazón. Los fugaces espantos que había sentido nada más hallar su cadáver me habían dejado en un estado de constante temor que me afectaba como unas fiebres, oscurecía mis días y obsesionaba de noche mis sueños. Había ido a Praga decidido a ganarme el favor de Rodolfo, y lo había logrado superando con creces mis esperanzas más fantasiosas, pero si alguna vez hizo falta una prueba de la vieja advertencia de que conviene guardarse de conseguir lo que se desea, yo lo era.

No tenía la menor idea de cómo rastrear al asesino de la joven. ¿Por dónde empezar? ¿Qué debía investigar? ¿A quién me convenía interrogar? Yo era un estudioso de la filosofía natural, no un investigador de crímenes. Recién llegado a Praga, apenas sabía nada de los secretos y las intrigas de la ciudad. Aun así, estaba convencido de que las causas de la muerte de la joven hundían sus raíces en los enmarañados asuntos de la corte.

El propio doctor Kroll había examinado su cadáver —¿qué labor debió de ser!— y había establecido que no la habían violado antes de matarla de aquella forma tan brutal. Tampoco le habían robado sus pertenencias: no habían tocado ni el medallón ni unas monedas de oro de no poco valor que llevaba dentro de una bolsa en uno de los bolsillos del vestido.

Ni violación, ni robo... ¿Cuál había sido, pues, el motivo de su asesinato?

Detrás de estas preguntas, y tan acuciante como cualquiera de ellas, estaba la cuestión de qué me ocurriría si fracasaba en el encargo que habían echado sobre mis inexpertos hombros. Una vez más, me asaltó el recuerdo del

centinela gordo, aquel pobre tipo inofensivo, ahorcado en el patio del castillo, con las piernas colgando, el rostro purpúreo y aquel espantoso objeto como una manzana incrustado en el círculo abierto de la boca. Podían ahorcarme a mí también, y de forma igualmente sumaria, si mi caprichoso y real patrón cambiaba de parecer y decidía que, después de todo, yo no era mucho más significativo en su firmamento que una estrella fugaz.

Como necesitaba comenzar por alguna parte, busqué al guardia cadavérico que había salido de la nevosa oscuridad esa noche para relevar al camarada que no tardaría en ser ahorcado. Me dijeron, no obstante, que había huido de la ciudad, lo cual, de ser cierto, era sin duda lo más inteligente que podía haber hecho.

Luego solicité ver al gran senescal del emperador, Felix Wenzel. No sé qué habría podido decirle, aunque confieso que habría sido gratificante pavonearme ante él en mi inesperado papel de confidente real. En cualquier caso, ni siquiera respondió a mi petición. Esto, conseguí convencerme, no era tanto una señal del desprecio que yo le inspiraba como un indicio de temor: a fin de cuentas, era él quien había encarcelado impulsivamente a la estrella enviada por Dios a Su Majestad Imperial.

También envié una nota al chambelán Lang y le pregunté si querría hablar conmigo y contestar a unas preguntas. Al contrario que Wenzel, respondió en el acto, con palabras amables, diciendo que estaba deseoso de ayudarme en todo lo posible, pero que tenía que atender un asunto del emperador que le obligaría a ausentarse de la ciudad unos días.

Supe que, por encima de todo, la persona a quien debía interrogar era Jan Madek, el joven con quien Magdalena Kroll había estado prometida antes de que se la robara el emperador. Pero Madek, como sabía, había desaparecido, y nadie supo decirme dónde encontrarlo.

La única distracción que tenía de mis preocupaciones era la extraña casita del Callejón del Oro. La tarea de instalarme allí se vio enorme y misteriosamente facilitada cuando de pronto, como por arte de magia, empezaron a suministrarme todo lo necesario: provisiones, un barril de vino, mantas calientes, ropa de cama, leña y cosas por el estilo. Era obvio que alguien —supuse que debía de ser el chambelán Lang— había dejado dicho que yo era una persona importante y que como a tal debía tratarse.

Pero lo raro es esto: yo nunca estaba en casa, ni una sola vez, cuando dejaban todo aquello. Regresaba de uno de mis largos paseos exploratorios por la ciudad —el mal tiempo persistía, pero me estaba acostumbrando a la niebla gélida en el aire y a la nieve helada bajo mis pies— y encontraba,

digamos, un pollo asado aún caliente en un plato cubierto sobre la mesa, o un haz de leña al lado del hogar, o una nueva y bella copa de plata colgando de un clavo sobre la estufa. Sin embargo, nunca encontré nada que indicara cómo había llegado aquello allí, o quién lo había llevado. Era como si hubiese un centinela secreto vigilando mis idas y venidas, que, al verme salir de casa, hiciera una señal a un no menos secreto grupo de portadores para que entraran a toda prisa, hicieran sus entregas clandestinas sin dejar rastro y salieran por donde habían venido. Pero ¿quiénes eran y cómo habían accedido? Debían de tener una llave de la puerta principal; ¿quién se la habría dado, y cuál era el propósito de tanto misterio?

Este sería otro de los muchos secretos de Praga que no lograría resolver, y lo cuento solo a modo de ejemplo de la general extrañeza de la vida en esa ciudad a orillas del Moldava. Todo el mundo hacía todo, incluso las tareas más normales, con tanto sigilo y disimulo que parecía vivir en medio de una vasta, necesaria e interminable conspiración. «Magická Praha», llaman los praguenses a su ciudad, aunque la magia que practican es mundana.

Por mucho que agradeciera estas entregas y servicios, el modo clandestino en que se producían contribuyó a aumentar mi nerviosismo. Era como un pastor que nota los ojos de un lobo invisible fijos en él, y mi desasosiego era inseparable de la cada vez más profunda sensación que tenía de hallarme en el centro de un juego intrincado, inmensamente sutil, cruel y perverso. Allí, en Praga, me sentí como si me hubiesen puesto una venda en los ojos, me hubieran conducido al centro de una enorme habitación, me hubiesen hecho dar vueltas empujándome por los hombros y me hubiesen dejado para que me abriese paso a tientas, aturdido, con los brazos extendidos, igual que cuando me arrojaron a la oscura mazmorra de la torre en la muralla, mientras a mi alrededor unos jugadores invisibles se tapaban la boca con la mano para disimular la risa, saltaban y se apartaban con habilidad de mi camino.

Sí, es cierto, en todo el tiempo que pasé en esa ciudad nunca dejé de tener la sensación de que estaban utilizándome, de ser el objeto de una broma perversa y elaborada. Había muchos bromistas y adoptaban formas muy diversas.

Estoy pensando en la brumosa mañana iluminada por la nieve en que me asomé a la ventana y vi un carruaje cerrado delante de mi puerta. No lo había oído llegar y me habría gustado saber cuánto tiempo llevaba esperando allí, pues estaba claro que estaba esperando, y ¿quién sino yo podía ser su pasajero?

El carruaje, o debería decir la carroza, era muy lujoso, pintado de negro reluciente, con muchos adornos de oro y llantas doradas. Vi con emoción que en la portezuela estaba esmaltado el escudo de armas del emperador, con el águila bicéfala y exployada. Dos grandes caballos castrados esperaban humeantes de sudor con los ollares dilatados, piafando de vez en cuando contra el suelo y agitando nerviosos la cabeza empenachada. En la creencia de que iban a llevarme al castillo, me puse la pelliza y el gorro y salí a toda prisa. Era un día frío y neblinoso, aunque el cielo era el más brillante que había visto desde mi llegada a la ciudad.

El cochero estaba acurrucado en el pescante, embozado en un abrigo negro y tocado con un casquete de cuero con visera que le tapaba la parte superior de la cara y los ojos, por lo que era un milagro que pudiese ver por dónde iba. Le hablé pero no me respondió; de hecho, no dio la menor muestra de haber reparado en mi presencia: el único indicio de que era un ser viviente y no un golem vestido de hombre era el aliento, que se mezclaba con el vaho que despedían los costados relucientes de los caballos. Todavía sin mirarme ni decir palabra, se inclinó y, ayudándose de la empuñadura del látigo, abrió con habilidad la portezuela. Apenas subí y ocupé mi asiento se oyó el ruidoso chasquido del látigo y, con una violenta sacudida, nos alejamos a paso lento por el callejón, con los cascos de los caballos resbalando y golpeando los adoquines cubiertos de nieve.

Doblamos una esquina y luego otra, y me pareció advertir que estábamos descendiendo. Cuando aparté la cortina de la ventanilla, vi que no íbamos hacia arriba, rumbo al castillo y al emperador, como yo había imaginado, sino que descendíamos hacia el río.

Pronto cruzamos el puente de piedra y entramos en la Ciudad Vieja. Me senté en el borde del asiento tapizado y observé por la ventanilla las calles por las que pasábamos: no reconocí ninguna de mi anterior incursión en esta parte de la ciudad con Jeppe Schenckel. A esas alturas empecé a sentir cierta aprensión. ¿Qué nuevo y desconcertante encuentro me aguardaba esta vez? Para tranquilizarme, decidí creer que, puesto que iba en la carroza imperial y me hallaba de nuevo en la Ciudad Vieja, debíamos de estar yendo a una segunda visita a la casa del doctor Kroll para tener otra conversación confidencial con Su Majestad.

Aun así, pronto se hizo patente que tampoco nos dirigíamos a la casa del doctor Kroll. Continuamos internándonos en las más intrincadas profundidades de la Ciudad Vieja, y por fin la carroza se detuvo derrapando delante de las escalinatas de una antigua iglesia. Me quedé inmóvil en mitad



del rechinante silencio, esperando alguna indicación de lo que debía hacer. Pero no llegó nadie, y por fin abrí la portezuela con impaciencia y me apeé a la nieve.

La calle era estrecha y sinuosa en ambas direcciones. Había muy poca gente, y la que había iba embozada y con gorro para protegerse del frío. El aire estaba saturado de una niebla lechosa muy densa y reinaba un silencio amortiguado. Uno de los caballos volvió la cabeza y me miró con un ojo grande y oscuro, pulido y brillante como un cristal negro.

Volví a probar suerte con el cochero; le llamé, pero él siguió acurrucado como antes, callado e inmóvil.

—¡Maldita sea! —exclamé—. ¿Qué sitio es este y qué hago aquí? —entonces el hombre se movió y señaló con el látigo la puerta de la iglesia—. ¡Gracias! —le espeté, sin la menor nota de gratitud en la voz.

Subí la escalinata y entré en la iglesia. Una vez más me vi como alguien con los ojos vendados en el centro de un juego perverso, avanzando a trompicones, empujado por manos invisibles y desconcertantes.

Dentro de la iglesia el frío parecía más intenso que fuera. Al oír mis pasos, una paloma que estaba posada en un pequeño rosetón situado debajo de los arcos de piedra entrecruzados del techo alzó el vuelo y dio una vuelta con un ruidoso aleteo antes de posarse en un contrafuerte de granito y perder una pluma, que cayó flotando en el aire gélido y denso.

Escudriñé la penumbra en todas las direcciones, pero no había un alma. Me senté en uno de los bancos que había delante del altar y me arrebujé en la pelliza, pero ni siquiera la gruesa piel del castor pudo librarme del frío.

En aquel entonces, yo no era, ni tampoco lo sería después, un hombre de fe. Creía en Dios, más o menos —más, me avergüenza decir, en momentos de peligro o necesidad y menos cuando las cosas me iban bien, no estaba en peligro y tenía dinero en el bolsillo—. Pero todo el respeto que hubiera podido tener por la Iglesia, ya fuese la de Roma o la versión reformada de Lutero, lo habían echado abajo mis padres adoptivos, cuya piedad hipócrita me había inspirado desde muy niño el más profundo odio y desprecio. No esperaba que me perdonaran mis pecados en este valle de lágrimas, ni tampoco buscaba la redención cuando me llegara la hora de ser enterrado en sus arcillosas profundidades. El mundo, a mi entender, era lo único a lo que podíamos aspirar; aún más: lo era todo. Me adentraría en la muerte como una sombra se adentra en la oscuridad, y ese sería mi final; esto creía entonces y aún sigo creyéndolo. No obstante, sentado en aquella nave fría, bajo el ojo imperturbable de la luz del santuario, me pareció notar que algo me tocaba,

creí sentir el roce de una presencia trágica, antigua y sufriente. Digamos que fue el espíritu del lugar, no sé si benigno o no, lo que hizo que un escalofrío numinoso recorriera todos mis nervios.

En alguna parte, una puerta se cerró y envió ecos rozando los bancos hasta la cúpula del techo, lo que volvió a asustar a la paloma. Al instante, una figura salió del santuario entre un revuelo de túnicas negras. Cruzó el altar, casi olvidándose de hacer una genuflexión, y fue a toda prisa hacia mí con andares de pato, esbozando una rápida bendición en el aire mientras se aproximaba. Se detuvo delante de mí, me cogió de los brazos y me observó con un ojo cerrado al tiempo que echaba atrás la cabeza ladeada.

—Saludos, *professore* —dijo—. Sed muy bienvenido a mi pequeña iglesia —hablaba el latín con galanura y donaire, y terminaba las palabras con un tono descendente y entrecortado, añadiendo una especie de vocal fantasma a cada una de ellas—. Soy Malaspina, obispo de San Severo y nuncio del Santo Padre ante el emperador Rodolfo. ¿Tenéis hambre?

Debo admitir que, desde el primer momento, me cautivó este prelado mundano, en gran parte por el hecho de ser muy distinto del otro obispo, mi impío padre.

Girolamo Malaspina era un hombre de fuerza, de carácter y, sobre todo, de peso, y no en sentido figurado, sino en el de su verdadera corpulencia: sus proporciones eran verdaderamente notables. Nunca he conocido a nadie que diese tanto la impresión de ser casi una esfera perfecta, o dos esferas, debería decir, pues con la cabeza redonda sobre el cuerpo rechoncho, redondo y aparentemente sin cuello, a nada se parecía más que a uno de esos absurdos diagramas del movimiento planetario que concibió Ptolomeo para explicar las anomalías en las órbitas de los cuerpos celestes, en los que un pequeño círculo se sobrepone a la circunferencia de otro mucho mayor. Tenía los brazos y las piernas muy cortos, y el tamaño de su vientre, enorme y también redondo, era tal que parecía que en cualquier momento echaría a rodar sin remedio por el suelo, agitando las patitas como un escarabajo. Su rostro podía haberse hecho amasando puñados de sebo amarillento hasta formar una pelota; era tan grueso que los rasgos estaban casi del todo hundidos en la carne, como trozos de fruta en un pan de levadura bien fermentado y a punto de ser horneado. Sus ojos, en particular, pequeños, oscuros y brillantes de júbilo, podrían haber sido un par de uvas pasas incrustadas por el pulgar de un niño en la pálida bola de grasa de debajo de la frente.

Llevaba una túnica negra con capucha, un jubón de terciopelo con un grueso cuello de piel y un gorro de fieltro negro que se asentaba sobre la

cabeza globular como un enorme emplasto, cubriéndole casi las orejas.

Me hizo dar media vuelta y, poniéndome la mano en la parte baja de la espalda, me empujó por delante de él hacia la calle, donde nos esperaban el moribundo cochero y su altivo par de caballos.

—Su Majestad ha sido muy amable al prestarme su carruaje —dijo Malaspina—. Al mío se le ha roto el... el..., ¿cómo se llama? —preguntó, señalando con el dedo.

—¿Eje? —sugerí.

—El eje, *sì, sì, sì!* ¡Qué palabra tan rara!

Hizo falta tiempo, esfuerzo e ingenio para que el nuncio, con mi ayuda, encaramara su enorme corpachón al carruaje. En un momento del proceso tuve que apoyar el hombro contra el ancho y episcopal trasero revestido de negro y darle un buen empujón, que hizo que el hombre santo emitiera primero un grito de protesta y luego una risa impotente y trémula.

Nos pusimos en marcha y doblamos una esquina hacia un callejón aún más estrecho. Nada más entrar en él, el nuncio golpeó el techo de madera con el puño para indicarle al cochero que parara, cosa que el otro hizo en el acto con una sacudida que nos estremeció todos los huesos. Me asomé por la ventanilla y miré atrás. Habíamos avanzado una distancia tan corta que incluso el nuncio, con toda su corpulencia, podría haberla recorrido a pie y nos habría ahorrado el esfuerzo de subirlo al carruaje, un esfuerzo que ahora tuvimos que repetir en orden inverso para bajarlo. Ninguna de esas situaciones embarazosas parecieron avergonzar a este clérigo indomable ni mermar su buen humor.

Habíamos llegado a lo que resultó ser la nunciatura. Era una casa alta y estrecha encajada entre una iglesia a la derecha y una tienda de pasteles a la izquierda, lo cual, dados la vocación de aquel hombre tan gordo y su extraordinario contorno, no pude sino pensar que era de lo más apropiado.

Al entrar en el edificio pasamos a una estancia de techos altos, donde ardían dos fuegos, en extremos opuestos de la sala. Había una mesa larga de mármol con vetas rosadas, en mitad de la cual habían colocado dos sillas, también una enfrente de la otra, y platos de peltre relucientes, cuchillos y cucharas de plata vieja, y copas de cristal de Bohemia que brillaban y centelleaban a la luz de los fuegos gemelos. El nuncio se detuvo un segundo a contemplar estos esplendores, y luego soltó un profundo suspiro de placer, al tiempo que se palmeaba la amplia curva superior del vientre con las zarpas regordetas.

—*Ecco, signore* —dijo—. ¡Ahora, a disfrutar del banquete!

Y vaya si disfrutamos. Ese día sufrí una conversión damascena y me transformé en el hombre de buen comer que he sido desde entonces. Todos los jóvenes deberían darse prisa en ejercitarse en los placeres de la mesa, pues sobreviven a cualquier otro, incluso a los del lecho, les doy mi palabra.

La comida que nos sirvieron fue opulenta, inusual y sorprendentemente variada. Para empezar, había lonchas de hígado de pichón sobre pan tostado y un pastel de carne picada de cerdo con trozos de grasa traslúcida. Luego llegó una gruesa y dulce carpa nadando en una salsa aromática de hierbas, después de lo cual limpiamos nuestro paladar con un sorbete de membrillo. Para rematar la comida sirvieron en bandeja de plata un capón asado relleno de trufas; ¡ay, incluso ahora se me hace la boca agua al pensar en el lejano recuerdo de aquella noble ave! Después, una compota de fruta untada de nata montada, un pastel de almendras empapado en miel y, para terminar, unos trozos de un exquisito queso parmesano muy curado que se desmenuzaba con facilidad... Fue la primera vez que lo probé.

En cuanto a la bebida, nos escanciaron en abundancia los vinos de reserva más singulares. Probamos un vigoroso y afrutado Riesling Württemberg del color de la paja, a continuación un maravilloso tinto llegado de las colinas toscanas, cálido y espeso como la sangre, y, después de apurarlo hasta los posos, un *aqua vitae* fría y clara de Friuli, destilada de los hollejos de la uva, que produjo un gélido tintineo en mi boca pero corrió como fuego líquido por mis venas. Había unas tacitas como dedales de un brebaje amargo —muy apreciado por los turcos, según me contó el nuncio—, que no había visto antes y que era tan fuerte y estimulante que el corazón me palpitó y las manos me temblaron como si me hubiese golpeado un rayo.

Se encargó de servir la comida un trío de novicias. Dos de ellas eran jóvenes campesinas de huesos grandes, alegres y sonrosadas, pero la tercera, con la cara con forma de corazón y las manos pequeñas y delicadas, era esbelta, morena y voluptuosa como una de las incontables y sinuosas ninfas

que pintaba en aquel entonces Bartholomeus Spranger para insaciable deleite del emperador Rodolfo. Mantuvo los ojos bajos con recato; las otras dos se reían impotentes cuando el nuncio les pellizcaba el trasero, cosa que hizo cada vez con más desvergüenza a medida que los platos iban y venían y corría el vino.

El nuncio se explayó con locuacidad sobre diversos asuntos: la comida, el vino, el tiempo y demás, aunque no dijo nada sobre la razón de mi presencia allí. Di por sentado, puesto que me había recogido el carruaje imperial, que Su Ilustrísima tenía algo que decirme de parte del emperador, algún recado que comunicarme con tanta discreción como si estuviésemos en el confesionario, así que me contenté con comer, beber y disfrutar del calor de los fuegos gemelos, convencido de que no tardaría en saberlo.

Quizá fuese el vino lo que hizo que mi mirada vagase con más y más interés por los cuadros que colgaban en las paredes. La mayoría estaban pintados con habilidad, y uno o dos me parecieron muy buenos, aunque ni era ni soy entendido en tales asuntos. Todos, tanto por el asunto como por la ejecución, eran de una voluptuosidad apasionada que rozaba, y sobrepasaba, la indecencia declarada.

Una de esas obras colgaba en la pared que tenía justo enfrente, y la contemplé una y otra vez, con una excitación culpable. Se trataba de un lienzo alto y estrecho que retrataba lo que tomé por una Venus, la diosa del amor, posando al pie de un manzano cargado de fruta. Iba desnuda, excepto por un collar de oro trenzado y un recargado sombrero circular de plumas blancas grande como una rueda de carro; el sombrero estaba pintado con una peculiar delicadeza y detalle, como si el pintor hubiese querido provocar al espectador distrayéndolo de los evidentes encantos de la diosa. A su lado estaba Cupido, un crío gordo y bajito con una picha marchita y un par de alas de cisne en miniatura. Le estaban atacando unas abejas y miraba a su madre quejoso mientras le ofrecía un panal que debía de haber arrancado de una grieta musgosa del tronco del árbol que tenía detrás.

Lo más sorprendente de la escena, y lo que agitó al mismo tiempo mi sangre y turbó mi conciencia —aunque solo un poco, por cierto—, era el modo en que la diosa, con la cabeza ladeada hacia la izquierda, miraba al espectador —es decir, a mí—, con una sonrisa astuta, incitante y desvergonzada que ocuparía mis fantasías muchas noches venideras.

El nuncio reparó en que mi mirada volvía una y otra vez a la dama de miembros pálidos, aunque era evidente que no se trataba de una dama, ni

tampoco de una diosa. Sus ojillos oscuros y hundidos brillaron libidinosos y divertidos.

—Veo que os gustan los cuadros —dijo—. Tengo una buena colección, ¿no os parece? Hay un agradable equilibrio entre lo atractivo y la... —dudó, buscando la palabra— *salacità*. ¿Eh? ¿Qué decís? ¿Son lo bastante picantes, salaces, para vuestro gusto? El propio emperador ambiciona algunos de ellos, en particular ese —se volvió en la silla para mirar la Venus y el Cupido que tenía detrás—, que tanto parece llamar vuestra atención.

Me aclaré la garganta y dije con voz un tanto engolada que los lienzos eran muy buenos, muy... —también yo busqué la palabra adecuada, aunque balbuciente— pintorescos. El nuncio se rio y las adiposas mejillas le temblaron.

Parecía un viejo pícaro de moral dudosa, pero con las piernas cómodamente instaladas debajo de su generosa mesa me sentí más predispuesto que nunca hacia él. Yo tenía esa edad en la que el menor gesto de bondad parece una prueba de amistad eterna.

Cuando las novicias recogieron la mesa, el nuncio y yo nos acercamos con las copas de licor al más cálido de los dos fuegos y nos sentamos en unos sillones blandos y suaves a ambos lados del hogar. Mi cerebro estaba lento y embotado después de tanta comida y bebida, y me costaba mantener enfocada la vista. En cambio, Malaspina, que había bebido y comido tanto como yo, parecía tan despierto como al empezar el banquete. Se sentó delante de mí en su ancho sillón con las túnicas plegadas sobre su enorme estómago y me miró fijamente con ojos burlones.

—Bueno, joven —dijo—, tenéis que contarme todo lo que habéis hecho y visto desde vuestra llegada a esta pecaminosa ciudad.

Lo cual, por supuesto, con lo mucho que me había soltado la lengua el vino, no dudé en hacer. Le conté que había llegado de Ratisbona al caer el día y me había alojado en el León Dorado —le hablé de las chinches y del mercader de diamantes agonizante, pero no de la mujer del tabernero—, que el viejo soldado y yo nos habíamos pasado la noche bebiendo, y que había encontrado a Magdalena Kroll con el cuello desgarrado. Le conté también, con un temblor de autocompasión, que los soldados habían irrumpido en mitad de la noche en mi alcoba y me habían llevado a que me interrogase el gran senescal Wenzel.

¡Qué lejano parecía todo para mi ebria imaginación!

Al oír el nombre de Wenzel, los ojillos del nuncio brillaron con más intensidad, pero no hizo ningún comentario y me indicó con un gesto que

continuara.

Describí cómo me habían arrojado a una mazmorra en la torre de la muralla del castillo y habían dejado que me sumiera en la desesperación hasta que el chambelán Lang me rescató y dio órdenes de que me instalaran en la casa del Callejón del Oro.

—Ah, sí —dijo el nuncio, asintiendo con la cabeza—. El chambelán es un hombre inteligente, muy inteligente. Pero... —se tocó la chata naricilla con el dedo— también es peligroso. *Sì, sì, molto pericoloso.*

Luego le conté que Jeppe Schenckel se había presentado en el Callejón del Oro y me había llevado a una audiencia con el emperador en casa del doctor Kroll. El nuncio se incorporó en el asiento con un gruñido de sorpresa.

—¿Su Majestad en persona estaba allí? —preguntó.

—Sí —respondí—. Me conocía, porque había soñado con mi llegada.

—*Vi aveva sognato?* —exclamó, retornando a su lengua natal—. ¿Había soñado con vos?

—Sí —dije, no sin cierta jactancia—. Soñó con una estrella llegada del oeste, enviada por Cristo, y dedujo que era yo, por mi nombre.

Hice una pausa y parpadeé con el ceño fruncido, asustado una vez más por el hecho terrible de que mi cuello se hubiese salvado de la soga por la pura casualidad de que mi nombre aludiera a Cristo y a una estrella.

Malaspina movió la cabeza, tarea nada fácil teniendo en cuenta que apenas tenía cuello.

—Sí, Su Majestad es muy dado a dejarse impresionar por esos presagios engañosos —dijo—. Se rodea de hechiceros que le llenan la cabeza de perversos disparates —me miró con atención—. Tened cuidado —dijo— de que no os convierta en uno de ellos.

Estuve a punto de exclamar indignado que yo no era un hechicero, pero tuve suficiente discreción para no decir nada, dado que mi intención era precisamente llegar a ser uno de los sabios más destacados del emperador.

Después de aludir a las artes oscuras, el nuncio arremetió contra John Dee y su secuaz Kelley, y afirmó que eran dos brujos cuya maléfica influencia en la corte había sido mucho tiempo un motivo de profunda preocupación para el Vaticano y para el Santo Padre.

—Los hice venir a la nunciatura —dijo—, a esos dos *mascalzoni*, por orden de Su Santidad y con el beneplácito del emperador, y los retuve presos e interrogué a fondo. Concluí que eran espías de esa ramera de Isabel de Inglaterra y que estaban dedicados a promover la causa protestante en Bohemia —asintió con la cabeza despacio, recordando con los ojos brillantes

—. Dee era más cauto y medía sus palabras —dijo—, pero Kelley, ese *cacochymicus*, pese a que afirmaba haber renunciado al luteranismo y haberse consagrado a Roma, habló con franqueza de su desprecio por el Papa y sus ministros y denunció a la Madre Iglesia por su supuesta corrupción. *Dio mio, che coppia di furfanti!*

Se levantó con esfuerzo de la silla y, contoneándose como un pato, fue hasta la chimenea. Cogió un atizador y hurgó con irritación entre los leños encendidos.

—A instancias mías, Su Majestad desterró a esa pareja de malvados —continuó— y les dio solo una semana para salir de la ciudad. Huyeron a tierras alemanas, pero no tardaron en volver y buscar refugio con el gran señor Vilém Rožmberk en su castillo de Krumlov, en el sur de Bohemia. Dee acabó regresando a Inglaterra, pero a Kelley, que había conseguido la absolución del emperador, lo llamaron a Praga para proseguir con sus impíos y abominables trabajos alquímicos —soltó enfadado el atizador y se desplomó en el gran sillón, que apenas era lo bastante ancho para dar cabida a su enorme corpachón—. Al principio Kelley tuvo mucho éxito —dijo con gesto torvo, jadeando un poco y con el rostro rollizo casi lívido—. ¡Su Majestad le concedió una patente nobiliaria, le otorgó el título de Caballero Dorado, nada menos, y lo estableció como alquimista de la corte! Su fama era tan grande que la propia Isabel, *quella strega*, envió agentes a Praga con instrucciones de convencer por cualquier medio al hechicero de que volviera a Inglaterra.

Se quedó pensativo un momento, pero luego se calmó y volvió a entrelazar las manos sobre el enorme montículo de su estómago. Tras una pausa, se rio.

—Pero siguió siendo un charlatán —dijo—, y un idiota. Se dejó enredar en una disputa con un oficial de la Corona y le atravesó el corazón al tipo en un duelo. Después de eso la cárcel era inevitable, y esta vez para siempre, aunque se dice que el emperador aún añora a su mago favorito.

Pese a los efectos del vino, me obligué a escuchar con la mayor atención posible, no porque no conociera los hechos de antemano —las desventuras del doctor Dee y su camarada Kelley eran uno de los muchos asuntos escandalosos que a los praguenses les encantaba contar una y otra vez—, sino porque me parecía oír en ellos una advertencia dirigida directamente a mí. ¿De qué quería prevenirme este clérigo viejo y astuto? ¿Acaso me veía también a mí, el hombre del emperador, deshonorado y en el exilio un día?



Sentí un leve y agudo escalofrío, como si me cayera por la espalda una gota de agua helada. De pronto, fue como si ambos fuegos desprendieran menos calor, y me dio la sensación de que la comida empezaba a dar vueltas en mi estómago, convertida en una papilla pesada, caliente y grasienta.

Enseguida volvieron a aparecer las tres novicias con instrumentos musicales, dos violas y un laúd, y se sentaron a entretenernos con unas jigas y gallardas, y, para terminar, una lenta y majestuosa pavana. Las dos que tocaban la viola lo mismo podrían haberse dedicado a serrar leña o a esquilar ovejas, pero la más menuda y morena inclinó el rostro ovalado sobre el laúd e interpretó la pavana con una pasión tan seria, y extrajo tal dulzura de las notas, que las lágrimas asomaron a mis ojos. Siempre he tenido debilidad por las melodías melancólicas, sobre todo después de haber bebido.

Cuando terminaron de tocar y se retiraron, me repantigué en el sillón, sosegado y soñoliento, y caí en una especie de sueño, en el que un gigante sin orejas con ropaje dorado se plantaba delante de un ventanal y me arengaba, aunque nada de lo que decía atravesaba los gruesos y empañados cristales que nos separaban. Qué cómica parecía, ahí fuera en la nieve, esa monstruosidad dorada; cómica y al mismo tiempo aterradora, hablando en un violento silencio.

Dormité. Soñé. El fuego me calentó las espinillas.

Me despertó la joven novicia morena. Abrí sobresaltado los ojos y la vi inclinada sobre mí, sacudiéndome despacio por el hombro. Me había hundido tanto en el sillón que casi estaba tumbado, pero ahora me incorporé a toda prisa, tosiendo y parpadeando.

Enfrente de mí, la silla de Malaspina estaba vacía.

La novicia tenía unos ojos almendrados tan hermosos, oscuros y brillantes que estuve tentado de estrecharla entre mis brazos.

Al ver que había conseguido despertarme, retrocedió sonriendo. Yo sabía que debía de ser tarde, y le pregunté qué hora era, con la lengua espesa y balbuciente. Ella negó con la cabeza y se señaló los labios sin decir nada. Me había llevado otra tacita del oscuro y fragante brebaje turco. La apuré de dos rápidos tragos, aunque era lo bastante fuerte para quemarme la lengua. Me pareció tener el cráneo lleno de un humo espeso, denso y blanco.

Intenté ponerme en pie, solo para volver a desplomarme en el asiento. La joven continuó delante de mí, con los brazos cruzados y las manos ocultas en las mangas del hábito. En mi estado de confusión, me pareció de una belleza encantadora, una visión celestial, como esa Beatrice a quien el poeta del *Paradiso* cantaba tan ardientemente.

Por fin, recogió la taza vacía de mis manos y se marchó. Yo me quedé un rato mirando con los ojos enrojecidos las cenizas grises, que eran lo único que quedaba del fuego. Me estremecí. De pronto tuve frío. ¿Dónde estaba mi pelliza?

Al cabo de un rato me recuperé lo bastante para incorporarme e ir en busca del nuncio. Por fin di con él en una alcoba, lejos del salón principal, sentado ante un facistol en el que había un libro de horas lujosamente iluminado.

Me disculpé por mis malos modales al haberme quedado dormido, pero él movió la mano regordeta, restándole importancia.

—*Eravate stanco* —dijo con una sonrisa—. Estabais fatigado, habéis pasado muchas pruebas.

El precioso libro que tenía delante estaba abierto por una página que mostraba a un caballero a lomos de su montura y con una armadura plateada, clavándole una lanza larga y fina a un imaginativo y retorcido dragón con brillantes alas verdes y garras escarlatas mientras una esbelta dama de ojos oscuros observaba indiferente cómo el monstruo agonizante escupía sangre. La dama, con su túnica oscura y su elaborado peinado, me recordó a la joven silenciosa que acababa de despertarme de mi ebrio sueño.

—La joven, la morena —dije—, no habla. ¿Es que ha hecho voto de silencio?

El nuncio negó con la cabeza.

—Se llama Serafina. No tiene lengua. Su hermano se la cortó —alzó la vista—. Sí —repitió—, su hermano. La había desflorado a la fuerza y pensó que así no podría delatarlo. Era un idiota..., olvidó que incluso una joven sin lengua puede señalar. Su padre lo ahorcó con sus propias manos —sonrió, se encogió de hombros y puso el dedo sobre la página que tenía ante sí—. Ya veis que las atrocidades no solo ocurren en los cuentos antiguos.

Se levantó de la silla, como un corcho de una botella, balanceándose y jadeando.

—Eso me recuerda una cosa: esta mañana me han dado la noticia de que ha aparecido otro cadáver, esta vez en el Foso de los Ciervos.

Miré el dragón que se retorció en su estilizada agonía.

—Dicen que es Madek, *quel povero giovane* —dijo el nuncio—. ¿Os suena el nombre? ¿Jan Madek? Sí, ya veo que sí.

Fue entonces cuando empecé a descubrir los límites de mis poderes como favorito del emperador. Impulsado sin duda por un capricho desesperado — hay quienes dirán que gobernaba su imperio enteramente por capricho—, Rodolfo me había encomendado encontrar al asesino de Magdalena Kroll y, como averigüé enseguida, yo no tenía ni la más mínima autoridad oficial en la que basar mi investigación. Nadie pensó en consultarme o en mantenerme informado de los acontecimientos relacionados con el asesinato de la joven y, de no ser por el nuncio, lo más probable es que no me hubiese enterado de la muerte de Jan Madek hasta que lo hubiesen velado y enterrado. Esa muerte y sus ramificaciones, claro, eran los motivos que había detrás de la taimada decisión del obispo de enviar el carruaje imperial para que me llevara a la nunciatura: quería juzgar mi carácter y decidir si podía tomármeme en serio como alguien capaz de descubrir a un asesino.

Creo que no quedó muy impresionado con lo que vio; aun así, tomé prestado su carruaje a instancias suyas, ordené al cochero que me llevara al castillo y me apresuré a bajar a pie al Foso de los Ciervos. Llegué justo antes de que se pusiera el sol y comprobé que aún no habían sacado del agua el cuerpo hinchado de Madek; por lo visto, habían perdido todo el día esperando al gran senescal Wenzel, que había insistido en ver el cadáver en persona. De hecho, acababa de marcharse, y solo entonces un soldado empezó a rodear con una red el bulto que flotaba indolente. Por fin, el tipo lo sacó —la superficie helada del agua se rompió alrededor del cadáver con un tintineo musical— y lo dejó en la orilla. No parecía una forma humana, sino una criatura reptante y pulposa sacada por accidente del fondo del mar. El rostro era del color del vientre de un pez y estaba tan hinchado que parecía a punto de estallar, golpeado y cubierto de cortes. En lugar de ojos había solo dos huecos negros y arrugados.

No pude dar con nadie que supiera cuánto tiempo llevaba allí Madek. Averigüé que lo habían encontrado esa mañana —un cadáver hinchado, con

un jubón de ante y las calzas desgarradas— flotando boca abajo en la parte más honda del torrente que en aquellos tiempos corría por el foso. Quienes lo vieron tomaron aquel bulto por el cadáver de algún animal, un ciervo tal vez, o un jabalí, que se había aventurado en el hielo, lo había roto y había muerto en el agua helada. Por fin un miembro de la guardia imperial había bajado a la orilla y había hurgado en aquella cosa con la punta de la alabarda. La mole enseguida se había dado la vuelta y había emitido una nube de gas tan hedionda que el sorprendido soldado retrocedió apoyado en el trasero, escupiendo y vomitando por la herbosa pendiente.

Habían pedido una carreta, y mientras esperaban su llegada tuve que pelearme con el sargento al mando para que me permitiese examinar el cuerpo antes de que se lo llevaran. El sargento era un buen tipo, pero Wenzel había dado órdenes de que no dejasen a nadie acercarse al cadáver. Tuve que invocar la autoridad del emperador y afirmar que era un médico enviado para determinar la causa exacta de la muerte. El farol debió de ser convincente, pues al final el sargento cedió.

Cuando el nuncio me dijo que habían descubierto el cadáver, supuse que debía de haber sido Madek quien le había cortado el cuello a Magdalena Kroll en un ataque de rabia y celos; luego habría huido hasta allí y, atormentado por los remordimientos, se habría ahogado. No obstante, arrodillado junto a lo que quedaba del joven, vi las quemaduras en la carne y las marcas de las cuerdas en las muñecas, y comprendí que los ojos no se los habían comido los peces o las ratas de agua, como había pensado al principio, sino que se los habían sacado antes de morir. A Jan Madek lo habían torturado con saña y luego lo habían estrangulado, como demostraba el cordel de cuero enterrado en un surco en torno a su cuello.

No tenía un asesinato que investigar, sino dos.

Entonces llegó la carreta y, mientras colocaban el cadáver de Madek sobre los toscos tablones, el caballo se volvió y lo miró con lo que me pareció una mirada estoica y compasiva. Los animales saben cosas que nosotros ignoramos.

Subí el terraplén del foso, resbalando más de una vez en la hierba cubierta de escarcha. Sentí un escalofrío que no se debía a la frialdad vespertina. El miedo también vuelve gélido el aire.

Los días anteriores yo había hablado con todos los conocidos de Jan Madek que fui capaz de encontrar, pero no había podido averiguar casi nada que no supiera. Madek había trabajado como aprendiz de médico bajo la tutela del doctor Kroll y vivido en unas dependencias alquiladas en uno de los

pisos superiores de la casa del doctor; su padre era un médico adinerado de Augsburgo que pagó lo que hizo falta para que su hijo fuese a Praga a estudiar con el mundialmente famoso Ulrich Kroll; pero, nada más instalarse en la casa, Madek sucumbió al hechizo de la cautivadora y, según coincidía todo el mundo, inteligente y calculadora hija del doctor. Magdalena Kroll, me dijeron, era tan bella como ambiciosa y, aunque le divertía coquetear con el apuesto y joven augsburgués, lo había dejado sin dudarlo la misma noche en que se fijó en ella el emperador en la sala de banquetes del palacio real.

Madek era joven y se tomó mal la pérdida de la bella Magdalena. Se había prometido a él una noche en un momento de frivolidad, cuando los dos bailaban con otros estudiantes en una cervecería de Kleinseite. Localicé a un conocido de Madek, un tal Krister Kristensen, un danés rubio y fornido, de mejillas sonrosadas y pestañas invisibles, que era uno de los ayudantes del astrónomo Tycho Brahe y había estado presente en la ocasión.

—¡Ah, sí! —tronó con su cómico acento, riéndose y mostrando los dientes grandes y cuadrados—. Estaba loco por esa furcia, pero para ella no era más que una broma.

Cuando Rodolfo le robó a su enamorada, el joven empezó a descuidar sus estudios. Se dio a la bebida, y más de una vez en las cervecerías se le oyó insultar al emperador y maldecirlo por alcahuete. La situación empeoró tanto que al final el doctor Kroll acabó echándolo de casa. Después se supo que al irse se había llevado consigo un cofre de hierro —el cofre del que me había hablado Jeppe Schenckel el día en que me llevó a casa del doctor Kroll a ver al emperador—, que se decía que contenía varios preciados papeles sobre alquimia y magia natural que el doctor había acumulado a lo largo de los años. Pasó más de una semana sin que nadie en la ciudad viera al joven ni supiera nada de él. El doctor Kroll publicó un aviso pidiendo información sobre su paradero, pero fue en vano. Corrió el rumor de que el renegado había abandonado Praga y regresado a su casa en Augsburgo.

Sin embargo, no había vuelto a casa. En vez de eso, lo habían apresado y torturado, para después estrangularlo y arrojarlo al Foso de los Ciervos. No había cumplido los veinte años.

—Era un tipo muy impulsivo —dijo jovial Krister Kristensen, limpiándose los rubios bigotes con el pulgar.

Volví a la nunciatura, donde me dijeron que el obispo se había retirado ya a su alcoba. Aun así, me condujeron hasta ella, que era poco mayor que un cubil, ocupado casi por completo por una enorme cama con dosel de la que

colgaba un baldaquino de brocado escarlata. Por supuesto, el fuego estaba encendido y el aire vibraba con su calor.

—Soy meridional —dijo el nuncio, llevándose una mano al pecho—. ¡No soporto el frío del norte! —estaba apoyado en un montón de almohadones; todavía llevaba puesto el gorro negro de fieltro y una voluminosa túnica de lana del mismo color escarlata que el cortinaje.

Le hablé de Jan Madek, de las quemaduras que tenía en el cuerpo, de los ojos arrancados. Asintió sombrío con la cabeza.

—Sí —dijo—, era de esperar. No se puede hablar en público como hacía él —se inclinó hacia mí con una mirada aguda en los ojillos oscuros y penetrantes—. Y vos mismo, *dottore*, debéis ir con cuidado —sonrió—. A lo mejor necesitáis un *angelo custode*..., un ángel de la guarda.

Y así, cuando dejé la casa poco después, me acompañó, siguiendo las instrucciones del nuncio, la angelical y joven novicia Serafina. El carruaje imperial me esperaba fuera; pensé que encontraría al cochero congelado y convertido en una figura de hielo, pero seguía animado, aunque tan callado e impasible como antes.

Cruzamos traqueteando el puente de piedra y una vez más ascendimos la pendiente en dirección al castillo. La joven iba sentada a mi lado, una tierna presencia, como la de un asustadizo animalillo del bosque que se me hubiese acercado en busca de calor. Cuando me asomé a la ventana vi un parche de cielo despejado encima del castillo, una estela del azul más denso, con una única estrella con forma de daga y levemente temblorosa brillando en la oscuridad, y su hoja pareció atravesar mi corazón hasta lo más hondo.

Me puse a observar a la joven, a hurtadillas, sin volver la cabeza, mirando solo de soslayo. Era hermosa, a su manera delicada, y cuando me sorprendió mirándola, sonrió y se ruborizó, y sin duda debí de hacerlo yo también. Se había quitado el hábito y llevaba un sencillo vestido gris debajo de una gruesa pelliza de piel de cordero. Su pelo, que antes había llevado oculto bajo una toca rígida, colgaba suelto, negro y lustroso. Tenía una morenez meridional y cuando sonreía sus dientes brillaban como perlas húmedas.

En la casa del Callejón del Oro se había apagado la estufa, pero Serafina volvió a encenderla enseguida. Hacía un frío espantoso y no nos habíamos quitado las prendas de abrigo. Me senté a la mesa y me froté los ojos. Estaba cansado, entre la resaca del vino y mis averiguaciones con el cadáver mutilado del joven Jan Madek, y no me resultaba fácil pensar, aunque tenía mucho a lo que dar vueltas.

Creo que volví a adormilarme un rato. Cuando desperté, la estufa seguía encendida y había caldeado el aire de manera muy agradable. Alcé la vista y vi a Serafina de pie, a mi lado. Me incorporé. Era con mucho la más menuda de los dos y tenía los ojos brillantes como un mirlo.

Había intentado hacerme entender, hablándole tanto en alemán como en latín, pero ella se había limitado a sonreírme negando triste y despacio con la cabeza. Tal vez solo entendiera el italiano, una lengua de la que yo no sabía más que una palabra o dos. Le expresé mi gratitud por señas —la estufa ardía con fuerza—, pero ella volvió a negar con la cabeza. Por lo visto, no iba a poder comunicarme con ella, al menos con palabras. Miró a su alrededor en busca de algo con lo que escribir, y como no dio con ello, se estiró por encima de la mesa y, en el vaho de uno de los cristales de la ventana, dibujó con la yema del dedo la tosca figura de un hombre y al lado la de una joven, arrodillada y con la cabeza gacha. Me volví extrañado hacia ella. Sonriendo y mordiéndose el labio, agachó la cabeza como la figura del cristal, y juntó delante las manos.

Pasó un rato, e hicieron falta más señas, sonrisas y asentimientos con la cabeza hasta que logré entenderla. Me decía que se alegraba de estar allí, y que solo tenía que indicarle lo que quisiera que hiciese y lo haría. Su inocencia me conmovió, pero también me causó escalofríos. Pensé en Jan Madek, con las cuencas de los ojos vacías en la orilla del torrente helado: él también era joven; él también había creído que el mundo era un lugar más sencillo y amable de lo que ha sido o será jamás.

La primera tarea que acometió Serafina —he de decir que sin que yo se lo pidiera— fue la de lavarme el pelo, pues mi estancia en el León Dorado, por corta que hubiese sido, me había dejado infestado de piojos.

A pesar de mis reparos —soy de esos a quienes no les gusta que los toqueteen—, Serafina calentó agua en una tetera encima de la estufa, hizo que me sentara en la cama y que me inclinara sobre una palangana que había colocado entre mis pies, y luego vertió el agua sobre el pelo y lo frotó con unos dedos sorprendentemente fuertes y una solución de aceite y lejía. Luego acercó una silla a la estufa y me sentó allí mientras me pasaba un peine fino y canturreaba para sus adentros. Sonreí al ver cómo se llevaba el peine delante de los ojos y escudriñaba la cosecha de animalillos que había recogido en mi cuero cabelludo, al tiempo que fruncía el ceño, negaba con la cabeza y hacía un ruido reprobatorio con los labios. Después, cuando terminó con mi pelo, se aproximó aún más —despedía un olor dulce y cálido— y, con unas pinzas de

cobre minúsculas, arrancó los últimos piojos de mis cejas, aunque yo ni siquiera sabía de su presencia.

Ese primer día estuvo muy ocupada. Reparé en que parecía familiarizada con la casita y las cosas que había en ella, pero no le di mayor importancia. Hizo la cama y barrió el suelo, dobló mi ropa y la guardó en un armario cerca de la estufa. Cogió el cuenco de estofado que me había llevado el mozo del León Dorado y que yo había dejado olvidado en la mesa. Lo llevó afuera, con la nariz arrugada por el hedor de la carne podrida, y lo tiró al sumidero.

Se había quitado la pelliza mientras trabajaba, pero volvió a ponérsela y me tocó el brazo para darme a entender que se marchaba. No obstante, yo la cogí de la mano, la llevé a la mesa y la obligué a sentarse. La noche caía deprisa y yo había encendido la lámpara de aceite. Deseaba oírle decir algo, aunque sabía que era imposible.

¿Qué quería de ella? ¿Hacer el amor?, ¿el vigor, el consuelo y el placer de su cuerpo joven? Creo que en realidad no. En vez de eso, me dominó una sensación de dulce melancolía. La presencia de Serafina allí, en la casita, me hizo comprender lo solo que había estado todo ese tiempo; me temo que en aquellos días de mi juventud tenía una lamentable tendencia a compadecerme de mí mismo. Al no tener madre, siempre había buscado la compañía de las mujeres. Pero también estaba hastiado de ellas. Una mujer había sido la causa principal de mi precipitada partida de Wurzburg. Una joven de la ciudad había desarrollado una pasión por mí que yo había sido tan loco de corresponder o de fingir que correspondía. Mathilde se llamaba. Mathilde Westhof. Su padre, Matthias Westhof, era un hombre poderoso, pues era el rector de la universidad. Me llevé un buen susto cuando, durante unas semanas, Mathilde creyó estar encinta. Aunque al final resultó que no era cierto —se trataba de una joven fantasiosa—, juzgué que sería mejor poner fin al asunto y marcharme de la ciudad, usando como excusa para mi fuga la muerte de mis padres adoptivos y la enfermedad mortal de mi padre el obispo.

A pesar de todo, aún echaba de menos a mi Mathilde, que era dulce, aunque demasiado efusiva para mi gusto. Si me hubiese casado con ella, no tengo la menor duda de que habría complacido a su padre, pero estoy seguro de que al final habría frustrado mis ambiciones y entorpecido mis estudios. Espero que no se me juzgue con demasiada dureza: yo era joven, insensible y decidido; me tenía por un futuro segundo Erasmo, y ahora soy viejo, débil y me quedo fantaseando delante del fuego, aquí en las heladas orillas del Báltico.



Serafina no se parecía en nada a la pechugona Fräulein Westhof, pero su presencia había devuelto con dulzura a mi imaginación a la mujer lejana que había perdido, así que la joven muda y yo nos sentamos, mirándonos impotentes a la luz temblorosa de la lámpara, dos almas tristes perdidas, necesitadas y sin palabras.

Por fin, se levantó y me rozó la cara con dos dedos —fue como una bendición, o incluso una especie de beso—, fue hacia la puerta y se marchó.

El carruaje, comprendí demasiado tarde, no la había esperado; de lo contrario, habría oído el ruido al partir. Tendría que recorrer a pie todo el camino colina abajo, cruzar el puente e internarse en el enmarañado corazón de la Ciudad Vieja. La imaginé apresurándose, sola e indefensa, en la oscuridad invernal y me maldije por ser tan bribón.

Volví a sentarme a la mesa. Las figuras que la muchacha había dibujado en el cristal seguían siendo vagamente visibles, dos sombras borrosas, juntas en cierto modo, en el crepúsculo.

Al día siguiente solicité, y me fue concedida, una audiencia con Su Majestad. Había pasado una noche insomne, retorciéndome y suspirando en mi cama del rincón, acosado por toda suerte de temores y fantasías, mientras el ojo rojo de la estufa se iba cerrando y la oscuridad me rodeaba por completo. Es curioso, pero ver el cadáver hinchado de Jan Madek me había afectado más que el hallazgo de su amada Magda Kroll tendida muerta en la nieve. La chica era una desconocida a la que ya no podría conocer jamás, pero en cierto modo el joven parecía, no familiar, no es esa la palabra que estoy buscando, pero sí cercano, sí, atterradoramente cercano. Supongo que con eso quiero decir que yo podría haber acabado igual que él, un fardo de carne lívida tirado en la orilla de un río con un cordón de cuero apretado en el cuello hinchado.

Cuando llegué al castillo me condujeron al Gran Salón, donde encontré al emperador de pie delante de una de las grandes ventanas de cristales emplomados, contemplando la ciudad. Llevaba un pesado manto oscuro y un sombrero alto tachonado de joyas. Debajo de la gran bóveda del techo reinaba un vasto silencio, y mis pasos resonaron tan ruidosos que fui solemne, lento y respetuoso hacia el otro extremo del salón donde él se encontraba; su temperamento era tan caprichoso e impredecible que había aprendido a tener cuidado y a acercarme siempre a él como si fuera la primera vez.

Yo sabía que me había oído, pero continuó dándome la espalda. Me detuve. El silencio que nos rodeaba pareció vibrar. Una leve neblina impregnaba los rincones más alejados del enorme salón. Era tan grande que en Navidad y Carnestolendas se montaban mercados en él, y a veces hasta se celebraban torneos, con los caballeros yendo y viniendo a caballo por el suelo cubierto de paja con las lanzas desnudas, mientras los espectadores, situados a ambos lados, vitoreaban y hacían ondear sus sombreros.

—Majestad —dije—, el joven al que encontraron ayer, el joven ahogado, Jan Madek: sabéis que estaba... —dudé— relacionado con Fräulein Kroll.

Asintió despacio, sin apartarse de la ventana, como si no pudiera fijarse en mí más de lo que ya había hecho.

Se hizo un largo silencio. Carraspeé. «¿Debería volver a hablar?», me pregunté. Pero, antes de que tuviera ocasión, habló él.

—Miradlos —dijo—, nuestros súbditos, tantos desconocidos...

Esperé. Él siguió sin volverse y continuó asomado a la ventana con los hombros encorvados, contemplando la ciudad, igual que un niño observa un hormiguero.

—Sospecho, Majestad —dije, hablando despacio y en voz baja—, que fue el joven quien asesinó a Fräulein Kroll. Creo que la asesinó por celos, y que luego lo mataron..., quién, lo desconozco. Esto es lo que creo.

¿Qué esperaba que respondiera? Habría preferido que se hubiese dado la vuelta, para ver su expresión y tal vez adivinar lo que pensaba. Me había encargado que encontrase al asesino de la chica, y ahora yo estaba convencido de haberlo hecho, aunque el misterio de la propia muerte de Madek siguiera sin resolver. ¿Es que no podía decir nada? ¿Cualquier cosa?

Suspiró, encorvó los hombros aún más.

—Antes me mezclaba con ellos —dijo—. Me ponía ropa de plebeyo y hacía que me llevasen en un carro a la Ciudad Vieja, por donde paseaba disfrazado. Resulta extraño que nadie te reconozca. Era como si fuese un fantasma, el fantasma de mí mismo. Me gustaba y al mismo tiempo me asustaba..., qué, lo ignoro. A lo mejor pensaba que me perdería y no volvería jamás. Aunque desaparecer sin más habría sido una alegre liberación.

Se interrumpió. El silencio parpadeó; creí verlo, como una ondulación en el aire que nos rodeaba.

—Majestad... —empecé a decir, decidido a arrancarle una respuesta a lo que le había dicho.

En ese instante se volvió con brusquedad y un susurro de la capa, y retrocedí un paso, convencido de que iba a golpearme. De hecho, en mi imaginación me pareció verle levantar indignado el brazo y abofetearme.

Por el contrario, y para mi enorme sorpresa, reparé en que estaba sonriendo.

—Venid —dijo con una súbita ilusión infantil, extendiendo la mano y cogiéndome despacio del brazo—. Venid, os mostraremos nuestros salones de las maravillas.

Me condujo afuera del palacio a través del patio nevado. Apenas pude seguirle, mientras trotaba sobre las piernas rollizas, arrastrando la capa tras él y con el sombrero torcido. Después de pasar por un arco, subimos una ancha

escalera de piedra hasta uno de los pisos superiores del Pasillo Largo, que conectaba las estancias reales con las murallas del norte, donde hacía poco que se había terminado de construir el Salón Español.

—Ahora veréis —murmuró, excitado—. ¡Ahora veréis!

Se ha hablado y escrito mucho de la fabulosa colección de objetos lujosos y extraños de Rodolfo. Pero quien no haya recorrido esas magníficas y abarrotadas estancias no puede ni empezar a entender siquiera la majestuosa locura que había detrás de la acumulación de tantos tesoros y baratijas. En cuatro grandes salas sucesivas había un sinfín de los más raros artefactos del mundo mezclados con las curiosidades y el oropel más vulgares. Armarios que llegaban a mitad de la pared guardaban cajones y cajones de piedras preciosas y monedas antiguas, pintorescas figuritas de oro o marfil tallado, jaspe y jade. Había bezoares, es decir, cálculos biliares arrancados de las entrañas de hombres y animales, que se decía que protegían del veneno y de la peste; había esqueletos, fetos disecados, fósiles, plumas de los más vivos colores; había un cuerno de unicornio tan largo como el brazo de un hombre, y la mandíbula de una sirena, pulida y delicada como una concha marina; había una estatua de tamaño natural, accionada por un complicado mecanismo hidráulico en su interior, que movía los miembros y entonaba una extraña y monótona canción.

En cada sala había cosas cada vez más raras y sorprendentes: me mostró un clavo del arca de Noé, y un pellizco del barro con el que Dios había creado a Adán, el primer hombre. Había cuadros apoyados contra las paredes, docenas y docenas, recostados unos contra otros e incluso colgados del techo, de sus pintores de corte Spranger y Sadeler, de Durero y de muchos otros maestros, entre ellos Archimboldo, cuyo fantástico retrato de Rodolfo como Vertumno, el dios romano de las estaciones, con formas de verduras, frutas y flores de muchas variedades, ocupaba un lugar preeminente. Había estantes de libros preciosos: el *De revolutionibus* de Copérnico, la *Geographia* de Ptolomeo, el gran *Codex argenteus*, con la antigua traducción gótica de la Biblia del obispo Ulfilas, un volumen de valor incalculable que Rodolfo había pedido prestado a la abadía de Werden en Renania y que no había devuelto.

Al emperador le fascinaba la línea fluctuante que separa lo animado de lo inanimado, lo humano de lo animal, la carne y el mineral. En una de las salas guardaba toda suerte de aparatos mecánicos, figuras de tamaño natural y muñecos de resorte, una estatuilla de cera que lloraba cuando se exponía al sol, el cadáver momificado de un niño hermafrodita, un par de monos de Berbería que Su Majestad insistía en que sabían contar hasta cien golpeando

el suelo de la jaula. Cuando llegamos a la cuarta sala, en la que se almacenaban los más ingeniosos y exquisitamente contruidos instrumentos astronómicos, la cabeza me daba vueltas.

Apenas había tenido tiempo de ver más que una pequeña parte de esta enorme y desconcertante colección cuando Rodolfo, que al principio estaba emocionado como un niño, perdió de pronto el interés por mostrar sus tesoros. Con un gesto de impaciencia, volvió sobre sus talones y regresó por donde habíamos venido. Supuse que quería seguir hablando de la muerte de Jan Madek, pero cualquier recuerdo de Madek, e incluso de Magdalena Kroll, parecía haber sido desterrado de la memoria real. Así era Rodolfo: su mirada con frecuencia se desviaba de la idea principal y se fijaba en cosas circunstanciales y sin importancia.

Estábamos pasando por la segunda estancia, la que albergaba su colección de pintura, cuando se me ocurrió mirar hacia arriba. En lo alto de una pared vi lo que me pareció un retrato particularmente logrado. Eran la cabeza y los hombros de una mujer: pálida, con la frente despejada, la barbilla afilada y los ojos un poco protuberantes, la melena pelirroja recogida en una larga trenza elegantemente despeinada. El corpiño del vestido mostraba su cuello largo y esbelto y las suaves y cremosas curvas de los senos. Sus labios, voluptuosos y de color rosa oscuro, se curvaban en las comisuras en una leve, penetrante y en apariencia cómplice sonrisa. Estaba mirando hacia abajo, de modo que su mirada pareció encontrarse directamente con la mía, y, de hecho, cada vez que desvié la vista hacia arriba mientras andaba, sus ojos me siguieron de una forma muy realista e inquietante.

Al llegar al umbral me detuve, dejé pasar a Rodolfo y me volví para echar un último vistazo a la imagen extraña y sorprendente de aquella mujer. Pero, para mi gran consternación, comprobé que el marco del retrato estaba vacío.

De las muchas cosas sorprendentes que había visto ese día, esa fue sin duda la más extraordinaria: ¡un cuadro que podía borrarse en un abrir y cerrar de ojos! ¿Qué magia tan poderosa podía haber obrado semejante maravilla?

Escudriñé la pared con más atención y comprendí que lo que había visto no era un cuadro. Era una ventana, pequeña, cuadrada y rodeada de un marco ornamental de estuco, que daba al rellano de una escalera, donde una mujer, verdadera, de carne y hueso, se había detenido para mirarme con esa sonrisa leve, fría y socarrona, antes de apartarse del marco.

Cuando me recuperé de lo que a partir de entonces llamé siempre el «prodigio de la ventana» y seguí a Rodolfo, descubrí que no estaba por ninguna parte. Bajé la escalera de piedra y pasé por debajo del arco hasta el gran patio, pero seguí sin encontrar el menor signo de su presencia. Sentí un cosquilleo en la nuca. ¿Habrían descubierto los magos que tenía a su servicio un hechizo con el que podía desaparecer, tan brusca y totalmente como la mujer que acababa de desvanecerse de la pequeña ventana de arriba?

Me quedé sumido en una vaga perplejidad, mirando a mi alrededor y preguntándome qué hacer. Aún no conocía bien la etiqueta de la corte — aunque, ¿cuándo llegaría a conocerla con seguridad?— y era consciente de que Su Majestad no me había dado ocasión de despedirme; ¿significaba eso que podía salir del castillo, o debía esperar por si volvía a aparecer de manera tan repentina como había desaparecido y, al ver que me había ido, me tomaba por un grosero, si no por un insolente? Ya me imaginaba a otro pelotón de soldados yendo a buscarme, en esta ocasión a la casita del Callejón del Oro, llevándome de vuelta a la mazmorra de la torre del muro y dejando que me pudriera en ella.

Oí unos leves pasos a mi espalda y me di la vuelta, muy aliviado, pensando que sería el emperador. No obstante, no era Su Majestad, sino una joven, una criada, con la naricilla rosada y respingona y el pelo recogido en gruesas trenzas enrolladas en espirales a ambos lados de la cabeza.

—Si tenéis la bondad, señor —dijo, con lo que me pareció una sonrisa—, mi señora quiere que vayáis a verla.

—¿Tu señora? —dije.

—Sí, señor. Por aquí, por favor.

Se volvió y yo la seguí de regreso por debajo del arco y por las escaleras de piedra.

En lo alto de la escalera pasamos al lado de la puerta de los salones de las maravillas, luego recorrimos un corto pasillo y subimos otro tramo de

escalera más empinado. En el rellano, a mitad de camino, estaba, como yo había supuesto, la ventana que daba a la sala de abajo, donde se guardaban las pinturas del emperador, la ventanita en la que yo había vislumbrado a la mujer que me observaba. Al mirar hacia abajo vi a mi vez, justo en el sitio donde había estado yo, a otra persona, un desconocido, que me miraba igual que yo había mirado a la mujer. Lo vi tan solo un instante, los pocos segundos que me detuve delante de la ventana, pero su porte decidido y su mirada osada me causaron una profunda impresión. Qué extraña criatura. Aunque no habría sabido decir si era un hombre o un niño. Tenía la estatura de un niño, era delicado y esbelto, pero su cara..., ¡ay, esa cara extraña y sin edad! Tenía el pelo negro, lacio y brillante, y unos ojillos apagados con los que me miró con frialdad y, me pareció, de una manera peculiar, al mismo tiempo penetrante e indiferente.

La joven que me precedía se detuvo y me esperó, con una expresión inquisitiva.

—Esa persona de ahí —dije, apresurándome a seguirla y señalando la ventana por encima del hombro—, ¿la has visto?

—Sí —respondió—. Era don Giulio, el hijo de mi señora.

¿Su señora? ¿Quién era su señora? Dejé la pregunta de lado de momento.

—Pero —insistí— ¿qué es?, ¿un hombre o un muchacho?

Ella optó por no responder, se dio la vuelta y siguió andando.

Yo la seguí, extrañamente turbado.

Bajamos por otro pasillo más largo y por fin entramos en una sala pequeña y luminosa en la que había tres mujeres sentadas en recargadas sillas italianas. Reconocí a una de ellas. Era la mujer a la que había visto en la ventana.

Ahora que sabía que era real, me pareció incluso más atractiva que cuando la confundí con un retrato pintado. No era joven, pero su cara y su pelo tenían un no sé qué de pálida luminosidad, una especie de pátina límpida, como si hubiese pasado toda su vida a la luz del claro de luna. En una mano sostenía un bastidor de bordado, y con la otra pasaba una aguja y un largo hilo escarlata por la tensa tela. Mientras la observaba, tiró del hilo, se inclinó y lo cortó limpiamente con los dientecillos blancos y brillantes.

Hice mi acostumbrada y desmañada reverencia, con los talones de las botas rozando el suelo de madera. Me respondió asintiendo con la cabeza.

—¿Os ha pedido Su Corpulencia que admiréis sus cachivaches? —preguntó.

Esto hizo que las dos jóvenes, sentadas una a cada lado, se estremecieran un poco, como dos cisnes ahuecando las plumas. Una de ellas soltó una risita.

—Señora —respondí, buscando las palabras—, si eso son cachivaches, estoy seguro de no haber visto jamás ninguno tan precioso e interesante.

—Sí —dijo la mujer, sacando la palabra como si fuese uno de los muchos y largos hilos de seda que había enrollados en ovillos en una caja de palo de rosa en el suelo junto a su silla—. Sí, supongo que deben de parecerlo, a primera vista.

La joven que me había llevado hasta allí retrocedió, se sentó en una cuarta silla y cogió su propio bordado. Vi que yo estaba allí para entretenerlas y que el ambiente de la sala estaba cargado de divertidas expectativas. Me sentí dos veces más alto de lo que era y diez veces más torpe.

—Supongo que sabéis quién soy —dijo la mujer.

Me había quitado el sombrero y le estaba dando vueltas de puro nervio mientras toqueteaba el ala raída entre los dedos. Reparé en que era italiana y en que hablaba igual que el obispo Malaspina, con un tono entrecortado al final de cada palabra.

—Diría —respondí— que debéis de ser mi señora Caterina Sardo.

—¡Oh, sí! —respondió con un leve movimiento de cabeza—, debo de ser la señora, la amante... *da sempre e per sempre*.

Sus tres doncellas se miraron con los ojos abiertos de temeroso placer, ahuecaron otra vez las plumas y volvieron a recomponerse. La de la derecha tenía una mandolina en el regazo; la otra, un fino volumen encuadernado y cerrado, con un dedo insertado como señal. La tercera se inclinaba seria y diligente sobre su labor. Parecía que estuviesen posando a propósito, igual que en un cuadro.

La sala tenía un leve pero penetrante olor almizclado; siempre me ha gustado el olor a carne y violetas de las mujeres.

Caterina Sardo se puso en pie y dejó el bastidor de madera con la tela y los hilos encima de la silla. Se adelantó y se situó justo delante de mí, mirándome a los ojos. Era de una estatura impresionante: yo apenas le sacaba dos dedos.

—Así que sois la milagrosa estrella llegada del oeste —dijo. Dejó que su mirada recorriera mi cara, y luego bajase hasta mis pies y subiera de nuevo—. Os concedo que tenéis cierto aire rutilante —sonrió y apretó los labios con picardía—. Pero lo que quisiera saber es si sois un buen cristiano. Aquí en la corte somos todos cristianos. Muy piadosos.



A pesar de su aspecto radiante, había en ella una sensación de un uso excesivo, como de algo levemente dañado; era casi palpable, como una capa de sudor. Esta aura mancillada no me molestó ni repelió..., antes bien, me impresionó profundamente, de forma casi alarmante. Parecía una mujer que había hecho mucho y haría más: una mujer capaz de hacer cualquier cosa.

Entonces se me acercó un poco más, todavía con una vaga sonrisa. Entornó los ojos y fue como si leyera directamente mis pensamientos. Me ardía la frente.

—Dejadnos —dijo con tono cortante, sin apartar sus ojos de mí. En el acto, las tres doncellas se levantaron sin una réplica, dejaron sus cosas a un lado y, con la cabeza gacha, desfilaron una por una a nuestro lado hacia la puerta, que la última cerró sin ruido al salir.

Un silencio llenó la sala, rodeándonos a la mujer y a mí como una gasa suave y liviana.

—Fuisteis vos quien encontró a esa furcia con el cuello cortado, ¿no? —dijo. Su tono ronco y acariciante desmentía lo despiadado de sus palabras—. Toda su belleza desfigurada, su hermosa carne cercenada y ensangrentada —chasqueó la lengua con un pesar burlón y negó despacio y mecánicamente con la cabeza; me recordó a una de las estatuas articuladas de su marido—. Qué pérdida tan grande —volvió a sonreír—. Venid —dijo—, sentaos y contadme algo. En este lugar nadie habla con nadie como no sea para conspirar y entrometerse.

Nos sentamos. Había una estufa de azulejos en un rincón; el aire, con su aroma femenino, era cálido y denso.

Temí que volviera a pedirme que me embarcara en un relato sobre mi vida y mis antecedentes, pero resultó que había poco que no supiera ya. En cualquier caso, como descubriría después, se encontraba demasiado fascinante a sí misma para perder el tiempo interesándose por los demás.

De pronto fingió acordarse de algo y dijo:

—¡Oh!, pero no os he ofrecido nada. Querréis tomar alguna cosa después de esa hora polvorienta entre los tesoros reales —enarcó una ceja—. ¿Decís que os han impresionado sus chismes y sus baratijas? —soltó una risita—. A todo el mundo le pasa..., menos a mí.

—¡Esa colección es sin duda una de las maravillas del mundo! —exclamé.

La ceja enarcada aleteaba cuando se reía.

—¡Oh, claro, sí! —dijo con un gesto despectivo—. ¿Habéis visto sus cuadros? Se los buscó mi padre, que era su agente y secretario. Por eso estoy

yo aquí, tan lejos de mi patria toscana —suspiró—, aquí, donde no se ve el sol en seis meses.

Cogió una campanita de la mesa que tenía al lado y la agitó produciendo un callado tintineo. Un instante después se abrió la puerta y volvió a entrar la joven de la nariz respingona que me había llevado hasta allí.

—Esta es Petra —dijo Caterina Sardo—. Es mi doncella de cámara, la roca de la que dependo. Conoce todos mis secretos..., ¿verdad, Petra? *Tutti i miei segreti* —se volvió otra vez hacia mí—. ¿No os parece hermosa? Excepto por la nariz, claro; eso no tiene arreglo. Pero deberíais verla desnuda..., a lo mejor lo hacéis, algún día. A menudo nos arrimamos de noche, ella y yo, debajo de las mantas, y nos contamos historias.

La joven se estaba ruborizando y se mordió el labio, pero detrás de esta exhibición de mojigatería detecté algo más, un escalofrío, me pareció, al recordar placeres secretos y actos prohibidos.

—Trae un poco de tokay para nuestro invitado —dijo Caterina Sardo—. Y un plato de esos dulces que tanto nos gustan, los que llevan almendras y cerezas.

Petra, sin dejar de morderse la comisura del labio con los dientecillos irregulares, hizo una reverencia y se marchó.

—¿Os escandaliza mi forma de hablar? —preguntó Caterina Sardo, observándome divertida.

—Debéis perdonarme, señora —respondí—. No estoy acostumbrado a la vida en la corte..., todavía no he aprendido modales.

—¡Ah! Pensáis que soy lasciva.

—Nada más lejos de...

—Sí. Lo noto en vuestra mirada. Bueno, sin duda tenéis razón. La vida en la corte, como la llamáis, conduce a la indecencia. Es lo único que tenemos para evitar el tedio, la monotonía y el aburrimiento.

Se oyó llamar suavemente a la puerta y la joven Petra volvió a entrar con una bandeja de peltre en la que había una botella de vino de color dorado y dos copitas de cristal de Bohemia tallado poco mayores que un dedal.

—Gracias, Petra —dijo Caterina Sardo—. Déjalo ahí, por favor, en la mesa. Y, sí, puedes servir el vino —observó la cara de la joven mientras llenaba las copas—. Herr Professor cree que soy una desvergonzada —dijo, todavía mirando a la joven. Empecé a protestar, pero puso una mano sobre la mía para silenciarme—. Él lo niega, pero cree que soy una perdida. ¿Qué dices tú, Petra?

La joven miró de reojo a su señora y luego a mí. Su mirada era una mezcla de cálculo y maldad divertida.

—A la señora le gusta provocar —dijo—, pero lo hace en broma.

Caterina Sardo se volvió hacia mí con las palmas de las manos extendidas.

—¿Lo veis? —exclamó—. ¿Os dais cuenta? Hasta las doncellas de cámara se burlan de mí —sonrió a la joven con los ojos entornados—. Eres una descarada y una insolente. Luego pensaré un castigo apropiado para ti. Ahora vete.

Saltaba a la vista que la joven estaba más que acostumbrada a la forma de hablar sugerente y provocadora de su señora; sirvió el vino sin prisa y nos dio una copa a cada uno.

—No hay pasteles —dijo.

—¿Qué?! —gritó Caterina Sardo—. ¿No hay pasteles? ¿Y por qué, si se puede saber?

—El panadero se ha olvidado de hacerlos.

—¡Que se ha olvidado! Haré que lo cuelguen de los pulgares; recuérdame que lo ordene.

La chica volvió a mirarme de reojo con una sonrisita astuta —desde luego, había algo cómplice y lascivo en su mirada—, después hizo una reverencia burlona y salió, cerrando la puerta con un portazo contenido pero claramente insolente.

Probé el vino oscuro y dulce como la miel, y pensé muy sorprendido en el modo tan extraño y alarmante en que había cambiado mi vida en cuestión de unos pocos días. Y si en ese momento hubiese sabido lo mucho que estaba aún por llegar —cómo, por ejemplo, en un día no muy lejano, con el sol invernal brillante como la nieve y la gran campana de la catedral haciendo vibrar el aire por encima de los tejados, me encontraría de rodillas entre los muslos de esta mujer para lamer una gota de este mismo vino del minúsculo recipiente en espiral de su ombligo, antes de descender y beber un icor diferente en otra parte—, ¿qué habría pasado?

—¿Sabíais que la joven Kroll estaba encinta? —preguntó de pronto Caterina Sardo. La miré fijamente. Había estado contemplando pensativa la estufa que teníamos al lado, y ahora volvió la cabeza despacio y me miró—. ¿No? ¡Ay, Professor, para ser tan erudito, dais la impresión de saber muy poco!

«Y vos, señora —pensé—, podríais contarme tantas cosas...».

Se reclinó en la silla, con los hombros encorvados hacia delante, y se acomodó con un suspiro complacido mientras me sonreía por debajo de las

pestañas. Su boca, debería decir, tenía una forma deliciosa: el labio superior formaba un perfecto arco de Cupido que descansaba leve sobre el inferior y se curvaba en las comisuras haciendo una muesca en la carne suave y plena de la mejilla.

—Sí —dijo, dando un pequeño sorbo al vino, como un gato lamiendo la leche—, la inmaculada hija del venerable doctor llevaba en su vientre una pequeña sorpresa —soltó una risa entrecortada—. Todos habrían creído saber de quién era —dijo—, pero yo les podría haber contado que Su Bajeza jamás habría podido alzarse lo suficiente para dejar encinta a una joven vigorosa como ella. —Extendió el brazo con la copa—. Servidme más tokay, tened la bondad, Herr Professor.

—Entonces ¿el niño era de Madek? —pregunté—. ¿De Jan Madek, su prometido?

Ella se encogió de hombros y se rio en voz baja con alegre malicia.

—Oh, sí, de Madek, tal vez —respondió—, o de algún otro. A la señora Magdalena, tan tímida y dulce, en realidad nada le gustaba más que tener el bocado entre los dientes. Podrían haberla tenido en una posta y haberla enganchado cuantas veces quisieran, una montura dispuesta a recibir a cualquiera —se detuvo, y se volvió hacia mí, tapándose la boca con la mano—. ¡Oh! *Dio mio*, ya veo que he vuelto a escandalizaros. Soy terrible..., no hay forma de controlar esta lengua —sonrió y me mostró la punta de la lengua, afilada, rosada y brillante.

Me puse en pie, no sé muy bien para qué. De pronto sentí una gran constricción, como si algo que hubiese estado enrollándose en torno a mí con disimulo hubiese apretado de pronto los anillos. Miré la copa que tenía en la mano. El vino en mi lengua me pareció un humor espeso y glutinoso; se me movieron las tripas al saborearlo.

Y aun así tenía la sangre encendida. Nunca había oído a una mujer hablar con esa libertad, con la cruda despreocupación de un hombre, y estaba enardecido y horriblemente excitado.

Caterina Sardo me miró con fingida alarma.

—Caramba, señor —dijo llevándose la mano al pecho, como una damisela en una fábula—, sí que sois impetuoso. ¿Por qué os sobresaltáis? ¿Tanto os he impresionado? No querría... —soltó otra risa grave y gutural— asustaros ni desconcertaros.

A través de una ventana que había sobre la estufa vi un pequeño remiendo de cielo azul, como el que había visto por la ventanilla del carruaje el día anterior, después de cruzar el puente de piedra con Serafina a mi lado. En esta

ocasión, no obstante, me pareció estar en otra lejana región del universo, contemplando nuestro mundo a través del extremo equivocado de una de las lentes espía de Galileo.

—Sentaos —dijo Caterina Sardo con voz zalamera—, tened la bondad de sentaros y nos calmaremos y hablaremos de cosas más sosegadas.

Me senté, pero no sin incomodidad, pues aún estaba agitado y el cuello de la camisa me ahogaba. Volvió a poner una mano sobre la mía.

—Decidme qué pensáis de Su Majestad —dijo—. ¿Creéis que está loco del todo?

Con el pretexto de dejar la copa vacía sobre la mesa, aparté la mano, no porque me disgustara que me tocara —más bien al contrario—, sino porque la temía a ella, y a mí mismo. Noté que tenía la frente encendida y húmeda.

—Creo que os burláis de mí, señora —dijo, obligándome a sonreír.

Ella se rio en voz baja, echó la cabeza atrás y me mostró la suave, esbelta y pálida columna de su cuello. Al mismo tiempo alargó la mano para tocar los zarcillos de pelo que se habían salido de la gruesa trenza que le colgaba sobre la espalda.

—¡Oh, pero yo soy así! —dijo—. Me gusta provocar, todo el mundo lo sabe. Mas debéis entender que solo me tomo esa molestia con las personas que me interesan, y son pocas... —bajó la voz hasta convertirla en un ronco susurro, se inclinó y acercó su cara a la mía—, muy pocas.

Tosí, fruncí el ceño y serví otros dos dedos del vino dulce y espeso. Noté que me miraba muy divertida por mi desconcierto.

—¿Sabíais —dijo, aceptando el vino de mi mano— que fue ese alcahuete de Felix Wenzel quien le presentó a la chica?

—¿A Fräulein Kroll? —pregunté.

Ella hizo una mueca.

—Pues claro, ¿a quién si no? Y cuando digo que fue Wenzel quien la puso en su camino, no me refiero al camino de Madek, ese pobre melindroso impotente —dio un sorbo a su copa y me sonrió con astucia por encima del borde—. Sí —prosiguió—, fue Wenzel quien la adiestró en los complejos gustos y preferencias del pobre Rudi. Aunque, por supuesto, él no pudo dejarla encinta... Eso estaba por encima incluso de su poder —se rio con amarga alegría—. Caramba, si hasta creo que fue Wenzel quien eligió el vestido que se puso esa noche y la empujó delante de Su Codicia en el banquete, con el consentimiento y la aprobación del padre. Ese viejo gordo e idiota se habría tropezado con ella si ella no le hubiese detenido con su

brillante sonrisa, y su aún más brillante seno, expuesto con tanto descaro que podría haberle clavado esa afilada nariz suya entre los pechos.

Volvió a beber y se quedó pensando en silencio un rato, mirando por la ventana hacia aquella mancha de cielo azul y asintiendo para sus adentros.

—Wenzel —dijo con repugnancia, como si escupiera el nombre. Luego se volvió hacia mí casi enfadada—. Lo conocéis, claro, fue él quien os llevó a la torre cargado de cadenas, ¿no? Esa es su debilidad... Siempre se extralimita. Algún día será su perdición —se quedó pensativa unos instantes, como si divagara—. Debéis hablarle a Rodolfo de él —continuó—, decirle algo de él. Rudi está fascinado con vos, ya me entendéis: cree de verdad que sois un enviado del cielo. Pero id con cuidado: su favor es caprichoso y tiende a flaquear. Golpead ahora, antes de que se enfríe la pasión que siente por vos.

Luego meditaría largas horas sobre ese primer encuentro con Caterina Sardo en su sala de costura, y le daría vueltas y vueltas, como si fuese una bola de cristal biselado, estudiando los destellos de luz que arrojaba, destellos que no iluminaban sino que cegaban el ojo.

Había vuelto a separarse de mí, y comprendí que sus pensamientos estaban en otra parte. Dejé la copa y, una vez más, me puse en pie.

—Espero que me excuséis, señora —dije—. Debería irme ahora y regresar a casa, antes de que vuelva a nevar.

—¿A casa? —dijo, mirándome vagamente—. ¿Dónde es eso?

—En el Callejón del Oro —respondí.

Ella asintió con la cabeza.

—Ah, sí, sí, lo sabía y lo había olvidado. Nuestro amigo el chambelán os instaló en una casa ahí. ¿Es de vuestro gusto? ¿Estáis cómodo? Debería ir a visitaros —algo brilló de nuevo en sus ojos; esbozó una sonrisa torva y me dirigió una mirada juguetona por debajo de las cejas fruncidas—. ¿Os gustaría, Herr Professor? ¿Os gustaría que fuese a veros a vuestra casita?

—Por supuesto, señora —dije con rigidez—. Podéis visitarme cuando gustéis. Aunque...

Inclinó la cabeza a un lado con coquetería.

—¿Aunque?

—No es un sitio muy..., ¿cómo decirlo...?, palaciego.

—¡Oh! No siempre he vivido en palacios. Y además, hace que no salgo de aquí..., ¡ay, no sé cuánto tiempo! —se puso en pie y se me acercó muy despacio, moviendo un poco las caderas y sonriendo—. Sí, contad con ello —dijo—. Petra y yo caeremos sobre vos un día desde el cielo, como un par de arpías benévolas.

Hice una reverencia y me aparté de ella con cautela, con el sombrero en la mano, en dirección a la puerta.

Cogió mi copa, en la que quedaba una gota de vino, y me dio la suya, que aún estaba por la mitad.

—Bebed —dijo. La miré fijamente—. Vamos —dijo en voz baja—, bebed donde he bebido yo.

Dudé, sin saber qué quería decir o cuál era su intención, antes de llevarme la copa obedientemente a los labios. Ella me observó mientras me bebía el vino y asintió con la cabeza y las aletas de la nariz dilatadas. A su vez, alzó mi copa, metió la lengua afilada hasta el fondo y lamió la última gota.

Luego se adelantó y me besó, con suavidad, con rapidez, sus labios apenas rozaron los míos, leves como las alas de una mariposa y húmedos por el vino. Noté que sonreía al mismo tiempo.

—Ahora nuestro pacto está sellado —susurró—. Nuestro pacto secreto —levantó un dedo y puso la yema primero en mis labios y luego en los suyos—. Porque vamos a ser grandes amigos, ¿verdad, Herr Professor? ¡Oh, sí, grandes amigos! Estoy segura.

El Foso de los Ciervos era un profundo barranco que corría a lo largo del flanco norte del castillo. En otros tiempos más turbulentos había sido una ancha línea de defensa contra los ataques, pero Rodolfo había mandado cercarlo para que criaran los ciervos que ramoneaban sueltos por las herbosas y empinadas orillas. Ese día, la hierba invernal estaba blanca por la escarcha y crujía como ceniza al pisarla. Bajé de la sala de costura de Caterina Sardo entre divertido y tembloroso; ¿qué pacto creía ella que habíamos sellado? Estaba enardecido, expectante y temeroso al mismo tiempo. Me movía en aguas pantanosas en cuyo fondo había criaturas que podían arrastrarme consigo a sus grutas oscuras.

Después de atravesar el patio, salí por la Torre de la Pólvora y anduve pendiente abajo entre los árboles cargados de nieve. Y casi sin darme cuenta de adónde me conducían mis pasos llegué al lugar en el que habían encontrado flotando el cadáver de Jan Madek. Habían cegado con sacos de arena un tramo del estrecho torrente en el fondo del barranco, y varios soldados con jubón de cuero estaban cavando canales para drenar el agua gélida y embarrada.

Felix Wenzel, con la cabeza metida en el cuello de un enorme abrigo de piel de oso, aguardaba en la orilla del torrente, viendo trabajar a los hombres.

Cuando le saludé, ni siquiera miró hacia donde yo estaba. No obstante, me quedé a su lado mientras los soldados seguían excavando. Su tarea no era fácil, pues el suelo estaba helado y costaba romperlo, y apenas podían mantener el equilibrio en el fango helado. El día estaba muy tranquilo, bajo un cielo despejado y azul como la porcelana, y las palas de los hombres al golpear el suelo hacían una mezcla de ruidos metálicos que resonaban en el aire diáfano.

Por fin Wenzel habló.

—Debería haberos ahorcado cuando tuve la oportunidad —volvió la cabeza y me miró con frío desprecio—. ¿Qué se os ha perdido aquí?



Sus ojos, que me habían parecido negros cuando los vi la primera vez al lado del fuego, eran de un tono azul oscuro, y brillaban como esquilas de lapislázuli.

—Su Majestad me ha encargado descubrir quién asesinó a Magdalena Kroll —dije.

Me arrepentí nada más pronunciar esas palabras. Esa fue siempre mi debilidad, fanfarronear y hablar más de la cuenta.

Algo se revolvió en las profundidades de los ojos de Wenzel. ¿Era sorpresa, resentimiento, ira..., alarma, tal vez? Se quedó callado un momento.

—Incluso un monarca se extralimita a veces en sus poderes —dijo—. Soy el gran senescal de este reino, y si hay que llevar a cabo una investigación, lo haremos mis oficiales y yo.

No respondí. Me quedé pensando que pocas veces en la vida ocurre que un hombre se adelante y diga de forma tan clara e inequívoca que es tu enemigo declarado. En ese sentido, al menos, el gran senescal me había hecho un favor. Pero me extrañó que sintiera una antipatía tan profunda por mí. ¿De verdad creía que yo era el asesino de Magdalena Kroll cuando envió a sus hombres a detenerme aquella noche en el León Dorado? Me pareció improbable que un hombre tan astuto como él hubiese cometido semejante error, pero ahí estaba amenazando con ahorcarme y advirtiéndome de que no me entrometiera en sus funciones. La diferencia ahora era que yo ya no le temía, o no tanto, pues tenía otras cosas mucho más amenazadoras que temer.

—Esto —hizo un gesto con la barbilla en dirección a los soldados— es obra del chambelán Lang.

—¿Qué están buscando?

Se encogió de hombros.

—Preguntádselo al chambelán —me miró de reojo con una especie de sonrisa—. ¿Por qué no se lo consultáis a él, ya que se ha convertido en vuestro patrono y protector?

No respondí, lo cual era en sí mismo una respuesta. Después de un rato volvió a hablar, con una sonrisa amarga.

—Decidme —prosiguió—, ¿tenéis idea de quién asesinó a la chica?

Entonces yo también señalé hacia los soldados que cavaban y sacaban el fango.

—Creo que la guardia imperial encontró al culpable aquí. A Jan Madek se le oyó proferir amenazas contra la muchacha por haberle traicionado.

Me miró un largo momento, toqueteándose pensativo la afilada punta de la barba.

—Sí, es posible —dijo—. Era impulsivo, no hay duda. Podemos dar gracias de que no hiciera nada peor. Si hubiese herido, o incluso intentado herir a cierto personaje imperial, se habría tambaleado el Estado. Los católicos están deseando tener una excusa para poner a alguien de su facción en el trono —asintió despacio con la cabeza, todavía acariciándose la barba—. Decidme, Stern, ¿de qué lado estáis vos?

—Desconozco a qué lados os referís —dije.

Se mofó al oírme.

—¡Vamos, hombre! —exclamó—. Sabéis que está Roma, y estamos nosotros.

—¿Nosotros?

—El partido de la reforma, y de la estabilidad.

—¿Queréis decir los protestantes?

Siguió mirándome a los ojos.

—Vuelvo a preguntaros —insistió—. ¿De qué lado de la raya estáis?

Uno de los soldados se incorporó y gritó algo a sus camaradas. Wenzel bajó hasta el menguante borde del agua y lo llamó. El tipo solo había encontrado una herramienta enterrada, un azadón, por lo que parecía. Wenzel negó con la cabeza, volvió a subir a la orilla y continuamos como antes, el uno al lado del otro pero no juntos.

—Mi padre era obispo —dije—. Seguía la fe de Roma.

Se rio.

—El bastardo de un obispo, ¿eh? No me sorprende —me miró de arriba abajo—. ¿Y cuál es vuestra fe?

—Soy un filósofo de la naturaleza. Dios está en todas las cosas.

Asintió con la cabeza —no porque estuviese de acuerdo conmigo—, con una mirada burlona en los ojos entornados.

—En todas las cosas, ¿eh? —dijo—. ¿También en la úlcera que mató a mi padre a los treinta años? ¿En ese pedazo de hierro recién sacado del barro? ¿En el cuchillo que degolló el joven cuello de Magdalena Kroll? ¿Son mis pedos una flatulencia divina? El Dios de todas las cosas es el Dios de nadie.

—No os tenía por teólogo, señor senescal —dije con sequedad.

—Ni yo a vos por idiota —replicó él. Hizo ademán de marcharse, luego se volvió y me miró otra vez—. ¿Queréis un consejo? —preguntó—. Cuando hay bandos, y siempre los hay, si no escoges, otros escogen por ti —hizo una pausa, echó la cabeza atrás y me miró por encima de la nariz como acostumbraba—. Acabáis de estar con la señora Sardo. ¡Oh, sí! En la corte no ocurre nada sin que yo me entere —se adelantó un paso, sonriendo—. Tened

cuidado —dijo en voz baja—. Vuestra cabeza pende de un hilo, y ella no tiene más que tirar de él para que la perdáis.

Anduvo a lo largo de la orilla. Lo observé alejarse, antes de volverme al oír un rumor. Al alzar la vista, vi una grulla que volaba por encima de los árboles. Dios sabrá por qué, pero ver a esa ave sublime, con su magnífica envergadura, volando por el aire azul, frío y despejado me produjo un escalofrío.

Sentí curiosidad. Wenzel me había preguntado quién creía que había matado a la chica, pero no había aludido a quién podía haber matado a su asesino.

Pronto ascendí de nuevo la pendiente y llegué al Callejón del Oro por la Torre Blanca. Me habría gustado saber si esa era la torre donde había estado preso, pues, por extraño que parezca, no recordaba dónde me habían encerrado esa primera noche, o tal vez no sea tan extraño, pues la memoria tiene la peculiar capacidad de suprimir aquello que cree que es mejor no recordar. Intenté utilizar esa función y apartar de mis pensamientos la advertencia de Wenzel sobre Caterina Sardo y el hilo reluciente del que, según él, pendía mi vida.

Serafina estaba en casa, limpiando la mesa con agua y jabón. Me alegró verla trabajando arremangada. Algo en el modo en que se inclinaba y estiraba —la forma en que describía amplios círculos con la mano que sostenía el trapo húmedo sobre la madera clara— me recordó a la grulla alzándose sobre los árboles cubiertos de nieve; de pronto, casi por arte de magia, dejó de ser un ave de mal agüero y se convirtió, en esta nueva manifestación, en una imagen de la ligereza de la vida, de sus elevadas posibilidades. ¡Qué enérgico es el espíritu vital a la hora de elevarse desde las profundidades, incluso en los días más oscuros!

El gato Platón me saludó como de costumbre, enredándose en mis tobillos con un profundo y gutural ronroneo.

Unas tortas de espelta se estaban cocinando en la estufa, y el aire del cuartito olía a ellas. Había también un caldo de huesos, y huevos, mantequilla y miel que Serafina había llevado de la nunciatura en una cesta, junto con una jarra de vino caliente especiado con clavo y canela. La fragancia de la bebida me devolvió un agudo recuerdo del palacio de mi padre el obispo en Ratisbona, y de las pocas visitas que me habían permitido hacerle de niño; al obispo le gustaba el grog, y siempre había una cazuela calentándose abajo, en la cocina.

Serafina se secó las manos y me sirvió un tazón de vino caliente. Hice ademán de coger una de las tortas que parecían ya cocidas, pero ella me dio un golpe en la mano y me señaló con el dedo, sonriendo muy seria. Me advirtió con signos que las tortas aún no estaban listas, y que me habría quemado la boca si las hubiese comido recién sacadas del fuego.

La rapidez con que había aprendido los rudimentos de su repertorio de signos fue sorprendente. Ya habíamos empezado a comunicarnos con cierta facilidad, y la variedad de cosas que nos decíamos era notablemente amplia, aunque cuando ella no estaba allí, yo nunca recordaba con exactitud cómo nos las habíamos arreglado para entendernos.

La buena de Serafina tenía, creo, la naturaleza más dulce que cualquier otra mujer que haya conocido. Digo mujer, pero era poco más que una niña: debía de tener, como comprendí con pasmo, la misma edad que Magdalena Kroll cuando segaron de manera tan brutal su corta vida.

Y, no obstante, qué diferentes eran Magdalena Kroll y mi Serafina: mundos distintos. A ciertas horas del día, Serafina interrumpía lo que quisiera que estuviera haciendo, iba a un rincón, se arrodillaba y rezaba en silencio unos minutos, con la cabeza gacha, los ojos cerrados y las manos juntas delante de ella, con las yemas de los dedos rozando los labios que se movían en silencio. En cuanto a Magdalena Kroll, aunque yo no la había conocido en vida, me parecía improbable —por lo que me había dicho de ella Caterina Sardo— que se hubiese arrodillado con regularidad sobre las frías piedras en devota comunión con su Padre celestial.

Volví a llenarme el tazón de vino caliente y, sentado al calor de la estufa, me sumí enseguida sin remedio en pensamientos y especulaciones sobre los acontecimientos del día: el paseo por los salones de las maravillas; el encuentro, tan cautivador como alarmante, con Caterina Sardo; la confrontación en el Foso de los Ciervos con el vengativo gran senescal. Pensé también en Madek, en su carne quemada, en las órbitas de los ojos vacías, en el cordel en torno al cuello. Estaba convencido de que había allí dos formas de asesinato, dos tipos de salvajismo diferentes. A la hija del doctor la habían asesinado en un arrebato de pasión y locura, pero al joven que la amaba lo habían torturado y le habían dado muerte por un proceso judicial: el cordel de cuero era solo la marca del verdugo. Pero ¿quién le había encomendado esa lúgubre misión? Esa era la pregunta que me reconcomía ahora.

Mientras meditaba sobre estas cuestiones, reparé, no por primera vez, en que, igual que el universo es un código gigantesco e intrincado del que nos parece entender vagamente un fragmento, mediante la fuerza del intelecto,

mediante la magia y la filosofía natural, pero también por otros medios más prosaicos —sobre todo, y supongo que sorprendentemente, en los arrebatos y éxtasis del amor profano—, también detrás del mundo más próximo, en el que vivimos nuestras insignificantes vidas y llevamos a cabo nuestros actos mundanos, hay un reino más profundo y secreto donde gobiernan los maestros de marionetas, y tiran de los hilos que nos controlan y dirigen lo que imaginamos que es la libertad de nuestros actos. También a ellos, a los maestros ocultos, se nos permite entreverlos, cuando en toda su oscura soberanía se dignan mostrarse para intimidarnos y coaccionarnos.

Wenzel había dicho que yo era un idiota, y sin duda lo era, desde su punto de vista. Pero yo sabía lo suficiente para comprender que había hecho bien al no dejarme enredar a la hora de pronunciarme respecto a cuál era mi bando en cuestión de religión. Incluso entonces, antes de que empezara el siglo, el mundo estaba poniéndose la armadura y escogiendo la espada en preparación para la terrible guerra de treinta años que ha hecho pedazos a Europa en una disputa sobre qué versión de Dios debería prevalecer. La peste caiga sobre los curas, digo yo, y si mi maldición me condena, bailaré en el infierno con las almas torturadas y no añoraré un cielo que nada tiene que ver conmigo.

Apuré la bebida y me acurruqué más cerca de la estufa encendida. Pero la frialdad de mis huesos era la frialdad del miedo y no había calor capaz de disiparlo.

Y aún no había acabado el día, ni mucho menos.

Un poco después, me senté con Serafina a la mesa, cuya madera continuaba húmeda. Estábamos acabando el plato de caldo y una bandeja de tortas de espelta cuando se aproximó por el callejón un carruaje cerrado que se detuvo delante de la puerta. Pensé con el corazón en un puño que sería Jeppe el enano, llegado para llevarme a otra cita indeterminada, y sentí alivio, aunque también sobresalto, cuando me asomé a la ventana y vi al doctor Kroll aparecer y detenerse un instante a contemplar la humilde fachada de la casita.

Tuvo que agacharse para entrar; en esos confines parecía aún más corpulento que en las ocasiones anteriores en que yo había tenido oportunidad de tomarle la medida. Lo saludé con la mayor compostura de que fui capaz; sentí una ridícula torpeza ante su imponente presencia, que hacía que mi casa y todo lo que había en ella, sobre todo yo, pareciera más pequeño. Aquel hombre serio, sonriente y afligido se impuso como la sombra de una nube en un día de verano, oscureciendo de pronto la luz y haciendo que todo diese la impresión de temblar y marchitarse.

Miró a Serafina con el ceño fruncido y aire inquisitivo; ella se levantó en el acto, cogió su cesta, se puso la capa y se marchó, deslizándose afuera tan rápida y silenciosa como un gato.

—Es una de las mujeres de Malaspina, ¿no? —dijo, inclinándose para escudriñar su silueta por la ventana, mientras se alejaba a toda prisa—. ¿Qué estaba haciendo aquí?

—El nuncio me la ha prestado, como ama de llaves —señalé la mesa y la comida que me había preparado—, como podéis ver.

Hizo caso omiso.

—¿Yacéis con ella? —preguntó. Esperó. Dejé que esperara—. Muy bien —dijo—, no respondáis. Tanto me da si es así como si no. No me cabe duda de que os condenaréis por otros pecados peores. Pero tened cuidado con Malaspina, su nombre está bien escogido: es una espina envenenada —miró a su alrededor con desprecio—. ¿Es esto lo mejor que Lang ha podido encontraros?

—Doctor —dije—, ¿queréis sentaros y beber una taza de vino conmigo? —me miró con dureza, y el músculo de la mandíbula se le movió como si mordisqueara algo que se le hubiera quedado entre los dientes—. Vamos, señor —insistí, y me atreví a ponerle la mano en el brazo—. Sentaos, estáis abatido.

Se sentó, y se quedó mirando sin ver, con la mejilla todavía moviéndose. Llené un tazón de vino especiado y se lo puse delante. En todo caso, no lo tocó ni dio la impresión de reparar en él siquiera.

—Esta mañana he enterrado a mi hija —dijo—. Descansa junto a su madre, en el cementerio de Josefov, el Beth Chaim —me miró—. Sí, mi mujer era judía. ¿Os sorprende?

—Siento el mayor de los respetos por los judíos —dije.

Soltó una especie de risa y se volvió otra vez hacia la ventana.

—No os he pedido vuestra opinión —dijo—. Me trae sin cuidado lo que penséis de los judíos o de cualquier otro. No estoy interesado en vos, salvo porque sois quien encontró muerta a mi hija —calló un instante y luego movió enfadado la cabeza, como un caballo atormentado por las moscas—. Doy gracias a Dios por que mi Rahel no viviera lo suficiente para ver a nuestra hija tan vilmente asesinada. Ojalá yo mismo no hubiera vivido lo suficiente para verlo.

El sol invernal casi se había puesto, y el callejón estaba encendido momentáneamente con una luz fina y meliflua.

—El emperador está decidido a saber quién le quitó la vida —dije.

Rio de nuevo, de manera más torva.

—¿Y qué va a hacer para averiguarlo?

Me disponía a responderle cuando se puso en pie de pronto y volcó sin querer el tazón de vino que le había servido. Se detuvo y observó cómo se extendía la mancha purpúrea por la mesa recién fregada. Luego se volvió hacia la puerta.

—Vamos —dijo—, venid a pasear conmigo —otra vez recorrió la habitación con la mirada—. En Praga hasta las paredes oyen.

Me puse la pelliza y el gorro, y abrí la puerta. Salimos al último resplandor dorado del crepúsculo invernal.

Anduvimos por el callejón en silencio, y luego seguimos a lo largo de la muralla hasta la Torre de la Pólvora y la catedral, y entramos allí por las altas puertas dobles de bronce.

Bajo la inmensa bóveda, el sacro lugar estaba desierto. Nuestro aliento formaba vaho en el aire helado. Seguimos adelante y nos detuvimos delante del altar mayor, bañado en la luminosidad multicolor que caía sobre nosotros desde las imponentes vidrieras de cristal tintado. Altos cirios ardían en candelabros de plata.

—Me dicen que Su Majestad os ha encomendado a vos encontrar al asesino de mi hija —dijo—. ¿Es así?

—Así es, sí —respondí.

Wenzel; tenía que ser Wenzel quien se lo había dicho; de nuevo me maldije por haber hablado con tanta imprudencia con ese hombre.

—¿Y qué habéis descubierto? —preguntó el doctor.

—Parece evidente —respondí— que fue el joven Madek quien lo hizo, en un arrebató de cólera por los celos.

—¿Eso creéis? ¿Eso habéis averiguado?

Me recorrió un estremecimiento de duda.

—Sí, doctor —respondí—. ¿Tenéis motivos para dudarlo?

Kroll estaba contemplando el crucifijo de plata que había por encima del altar.

—¿Alguna vez habéis pensado —dijo— en lo raro que es que la fe cristiana se base en una atrocidad? El Hijo de Dios clavado a un poste de madera —se volvió hacia mí; sus ojos afligidos estaban entornados—. Llevé a cabo un examen del cadáver del joven —dijo—. Cuando él murió, mi hija aún estaba viva.

Al principio no lo entendí.

—Pero ¿cómo es posible? —pregunté—. Fue él... quien la asesinó, no cabe duda. Y lo detuvieron, lo torturaron y lo ejecutaron.

—Eso es lo que queréis creer.

—Sí, sí —dije—. Pensaba que... —me interrumpí. A esas alturas ya no estaba seguro de lo que pensaba.

Negó con la cabeza. Otra vez miraba el crucifijo.

—Escuchadme —dijo, con su voz profunda y fatigada—, murió antes que ella, asesinado no sé por quién. Tendréis que buscar en otro sitio al asesino de mi hija.



Al salir de la catedral, volví al Callejón del Oro sumido en la confusión y presa de innumerables especulaciones angustiadas. La oscuridad invernal había caído de pronto y se veía un vasto firmamento de estrellas centelleantes, igual que la noche en que tropecé con el cadáver de la hija del doctor al pie de la muralla del castillo. Ahora no me quedaba más remedio que creer que el asesino no podía haber sido Madek. «Reconozco un cadáver de una semana cuando lo veo», había dicho el doctor Kroll, y no había por qué dudarlo. Así que había dos asesinos para dos cadáveres. Habría tenido que decírselo al emperador. Era un encuentro que solo me producía temor.

Todo lo que había creído respecto a tan sanguinario asunto se había visto reducido a la nada. Deseé que no me hubiesen encargado a mí resolver el misterio de la muerte de la joven. De hecho, deseé no haber ido nunca a Praga, y tan desesperados fueron mis pensamientos esa noche que consideré la posibilidad de recoger mis pertenencias y huir de allí cuanto antes bajo el manto de la oscuridad. La muerte me había acompañado desde mi llegada: ¿no sería mejor marcharme, no fuese a quedar yo también atrapado en las redes de la Parca?

Pero ¿cómo iba a irme, y adónde? Huir sería fútil: ellos darían conmigo, me perseguirían allí adonde fuese.

Quienesquiera que fueran ellos.

Me sentí como si ya estuviese muerto a medias.

Luego lo pensé mejor y me reproché mi falta de ánimo. ¿Acaso era un niño, para lloriquear por miedo a la oscuridad y a sus monstruos imaginarios? ¿Es que no había aprendido nada de mis años de estudio en Wurzburg? El mundo es un mundo de hombres, no de demonios, por muy diabólicos que puedan ser los hombres. Que no pudiera ver el rostro de quienes habían asesinado a Magdalena Kroll y acabado con su amante despedido no implicaba que no lo tuvieran. En alguna parte de la ciudad, en ese mismo momento, esos asesinos seguían con su vida igual que yo; eran tan

vulnerables, tan capaces de cometer errores y, por lo que sabía, incluso estaban tan perplejos como yo. El emperador había depositado su confianza en mí, en mí, y no en el gran senescal ni en su chambelán, ni en ninguna otra persona, me había elegido a mí. No le fallaría, no podía fallarle.

Las brasas de la estufa todavía estaban rojas. Las aticé para devolverlas a la vida, calenté el caldo que quedaba y me lo tomé con una torta de espelta desmigajada por encima, me bebí también el vino especiado que había sobrado, sin importarme que estuviera frío. Luego despabilé la mecha de la lámpara de aceite y me metí en la cama, sin quitarme la ropa, para leer unas páginas de Plinio el Viejo, que en aquella época era uno de mis autores favoritos, y aún sigue siéndolo hoy.

Los pequeños rituales de la vida: ¿cómo podríamos sobrevivir sin ellos?

No estoy seguro de cuánto tiempo pasó antes de que oyera un ruido fuera que me sacó del sopor en que me había sumido, pero casi no quedaba aceite en la lámpara, así que debieron de ser varias horas. El libro seguía abierto en mis manos, aunque tenía apoyada la barbilla en el pecho; me ardían los párpados, y parecían tan pesados como copos de plomo.

El ruido parecía una especie de jadeo, o respiración entrecortada, como si hubiese algún animal en el callejón olisqueando la puerta. Si me hubiese encontrado en una cabaña en el bosque, y no en el centro de una gran ciudad, habría dicho que era un jabalí hurgando entre los desechos, pues el ruido era muy similar a los gruñidos de un cerdo. Agucé el oído, pensando que la imaginación me estaba gastando una mala pasada.

Pero no: fuera había algo, o alguien.

Platón, que se había quedado dormido en mi regazo, despertó también, se apoyó en las patas y arqueó el espinazo con el pelo erizado.

Me levanté en silencio de la cama, fui hasta la puerta y la abrí de golpe.

Fuera estaba muy oscuro, pues el cielo se había nublado, y o bien el farolero no había hecho todavía la ronda para encender los fanales, o bien alguien había apagado el del final del callejón. El resultado fue que al principio no pude ver nada —había dejado mi propia lámpara en la mesilla de noche—, pero oí un roce y luego las rápidas pisadas de unos pies, o unas patas. Crucé el umbral y miré hacia donde se alejaba el ruido, y me pareció ver una silueta baja y encorvada que correteaba dando saltitos a toda prisa. Pensé en Jeppe el enano, mas supe que no era él. Ni siquiera tuve la certeza de que fuese humano. Me dio la impresión, no podría decir por qué, de un regocijo general, como si la noche misma se hubiese compinchado con la criatura huida para burlarse de mí.

Le grité desafiante, pero aquel ser había desaparecido ya en la oscuridad. Volví al interior de la casa e intenté reavivar un poco el fuego de la estufa, aunque en vano, pues solo quedaban cenizas. El aire estaba muy frío.

Puede que fuese un animal, pensé, algún animal semisalvaje que hubiese escapado de la casa de fieras del emperador, en la que se criaban todo tipo de animales exóticos, entre ellos monos; tal vez uno hubiese trepado afuera de su jaula y estuviera deambulando en plena noche. Pero no lo creí, no. Estaba convencido de que tenía forma humana, aunque era poco mayor que un niño de corta edad; no obstante, la impresión de burla siniestra y maligna que había dejado al irse no tenía nada de infantil.

Me quedé despierto un buen rato escuchando los ruidos de la noche, temiendo que aquello pudiera volver. Dejé la lámpara encendida a mi lado; el parpadeo de la llama arrojaba sombras encorvadas y ondulantes contra las paredes y el techo. Empezaba a amanecer cuando caí por fin en una especie de somnolencia y soñé que paseaba por la orilla de un río. Al ver algo que parecía un saco gris e hinchado flotando, me metía en el agua, lo cogía y le daba la vuelta, solo para encontrar a una chica ahogada, sin ojos ni boca y atada con un cordel de cuero.

Desperté agradecido, al oír a Serafina vaciando la estufa de ceniza.

Enseguida puso a calentar agua en una cazuela para mi afeitado matutino, y poco después empezó a impregnar el aire el olor pardo y cálido de un cazo de ese café turco que había probado por vez primera después de comer con el nuncio. Era muy estimulante, y ya me había acostumbrado a tomarlo, sobre todo por la mañana. Serafina me dio una taza, se llevó un dedo a los labios y me hizo jurar que no diría nada, pues había cogido una bolsa de los preciosos granos de la despensa de la nunciatura y los había molido con un ingenioso aparato que había llevado consigo. El cielo volvía a estar despejado, y un oblicuo y temprano rayo de sol se coló por la ventana.

Me senté a la mesa y leí unas cuantas páginas más de Plinio mientras Serafina calentaba los restos de las tortas de espelta del día anterior, que añadieron su propio aroma dulzón al aire. Mi taza estaba ya vacía, y se acercó y me sirvió otra dosis del brebaje caliente y oscuro, con su aliento cálido contra mi oído. Luego se sentó a mi lado, con el gato Platón en el regazo; los dos se pasaban el tiempo jugando. Me sonrió; tenía una sonrisa tan dulce y tímida..., me parece estar viéndola como si la tuviese delante.

Justo entonces, en mitad de esos placeres matutinos, sentí la punzada de un presentimiento tan agudo como el rayo de luz en la ventana. Me dio igual lo que pudiera pasarme a mí; temí por Serafina. Había aceptado sus servicios

como si fuese lo más natural, pero entonces tuve la impresión de que, de algún modo, un modo que no sabía nombrar, la estaba llevando inexorablemente hacia el peligro.

Un instante después se puso en pie y se apartó de donde yo estaba. Yo la cogí de la mano y la miré muy serio, como para expresarle... ¿qué? ¿Una advertencia? Sí, una advertencia, aunque no habría sabido decir de qué tipo. Al principio, sonrió, pero luego, al notar la preocupación de mi mirada, frunció el ceño, se alejó y fue hasta la estufa. Se quedó allí, con la mano en la boca, mirándome de reojo por encima del hombro.

Habría querido poder explicarle lo que ocurría, pero ¿cómo iba a hacerlo si yo mismo no entendía la naturaleza de la fría corriente que me había causado ese escalofrío? ¿Y qué le habría dicho de haber podido hablar? Solo esto: que el mundo aguarda, oculto y acechante, esperando para saltar, y que hay momentos en que sin previo aviso notamos en la mejilla un soplo de su voraz aliento.

¡Ay, mi pobre Serafina, mi pobre niña perdida!

Por impulso, me levanté de la mesa y fui a la alacena donde había escondido la bolsa con el dinero que me había enviado mi padre el obispo desde su lecho de muerte, y saqué el anillo de oro que creía que había sido de mi madre. Volví a coger la mano de Serafina —intentó resistirse, pero no la dejé— y le puse el anillo en el dedo. Ella lo miró fijamente, y luego me miró a mí.

—Era de mi madre —le dije, con voz temblorosa—, ¿entiendes? Era de mi madre.

Negó con la cabeza casi enfadada, frustrada por su propia incomprensión. Me llevé la mano al pecho, levanté la suya y señalé el anillo del dedo.

—*Mia madre*— dije—. Era suyo, ¿sí? *Mia madre*.

Entonces sonrió por fin —fue como ver salir el sol— y asintió deprisa con la cabeza. Se había ruborizado y tenía lágrimas en los ojos. Se hizo a un lado para taparse la cara. Le puse una mano en el hombro, y nos quedamos así un buen rato, ella de espaldas a mí, y yo tocándola y notando cómo temblaba.

Por fin se movió y miró hacia la ventana, donde algo había llamado su atención. Casi antes de que me diera cuenta, igual que había hecho el día anterior cuando se presentó el doctor Kroll, cogió la capa y, sin mirarme, abrió la puerta y se marchó.

Hice ademán de seguirla, y llegué a la puerta justo cuando un carruaje se detenía delante.

—Veo que hemos espantado a vuestro ratoncito domesticado —dijo Caterina Sardo, asomando la cabeza por la ventanilla del carruaje—. ¡Mirad cómo corre! ¿Vais a enfadaros conmigo? —metió la cabeza y abrió la portezuela. Me dio la suave mano, se apeó y se quedó sobre los adoquines con la cabeza ladeada y un mohín de reproche—. ¿Cómo? —dijo—. ¿Ni siquiera un saludo?

—Disculpadme, señora —respondí—. Es muy temprano, y me habéis pillado desprevenido.

—Os advertí que caeríamos sobre vos —dijo, con picardía—. Siempre cumplo mi palabra; tendréis que aprenderlo.

Detrás de ella, Petra se estaba apeando del carruaje, con la mirada burlona y descarada, las trenzas enrolladas y la naricilla rosada y respingona.

—Así sea; bienvenidas, señoras —dije—. ¿Queréis pasar adentro?

Caterina se volvió hacia la doncella y abrió los ojos con fingida sorpresa.

—Caramba, Petra —dijo—, ¡te trata como a una dama! Dentro de nada tendremos reverencias y besamanos.

Me quité del umbral para cederles el paso y fui tras ellas. Al vernos entrar, el gato Platón salió corriendo como un rayo por la puerta. Tenía mejor olfato para los peligros que yo.

Caterina Sardo llevaba un elegante vestido de gruesa seda negra y una gorguera almidonada con encaje en el borde. El vestido tenía las mangas abullonadas, lo que hacía que sus pálidas manos, pequeñas y delicadas, parecieran aún más pequeñas y delicadas.

Contempló la habitación y arrugó la nariz.

—¡Ah!, bebéis ese mejunje que tanto gusta a los musulmanes —dijo—. Noto su olor a pelo quemado.

—Lamento que os desagrade, señora —dije—, a mí me resulta estimulante.

Me dedicó una mirada burlona.

—Ah, ¿sí? —se volvió hacia la doncella—. Petra, ¡no mires así las cosas de Herr Professor! ¿No sabes que es de mala educación? Puedes irte. Ven a recogerme dentro de... —me miró con una ceja arqueada— ¿digamos una hora? El *gentile professore* me distraerá con hechos y fantasías maravillosas, ¿verdad?

Petra se estaba mordiendo el labio en un esfuerzo por no sonreír.

—Sí, señora —dijo, y después de hacer una apresurada reverencia, se volvió para marcharse. Al pasar por mi lado, no obstante, se detuvo y susurró —: Señor, ¿podrías decirme qué es ese objeto?

Señaló el pequeño astrolabio de latón que yo había dejado en el alféizar. Era una de mis posesiones más preciadas —todavía lo conservo—, construido según mis instrucciones y a cambio de mucho dinero por ese maestro artesano que es Isaiah Ortelius de Núremberg. Lo cogí y lo puse en la palma de la mano de la chica.

—Es un instrumento —dije— para predecir la posición del sol, la luna, los planetas e incluso las estrellas fijas. Un artilugio muy ingenioso.

Contempló el brillante objeto un momento en silencio, luego volvió a ponerlo en mis manos y se marchó tan deprisa como se había ido Serafina.

—La habéis asustado —dijo Caterina Sardo, encogiéndose de hombros—. Cree que esos artefactos son obra del demonio —se acercó y se detuvo delante de mí, muy cerca, sonriéndome a la cara—. Aunque tal vez seáis un demonio, Christian Stern. Uno menor.

En mi confusión no supe qué replicar. ¿Qué hacía allí a una hora tan temprana, vestida como para una ocasión oficial? Que no se me ocurriera la evidente respuesta demuestra no tanto la pureza de mi imaginación como que yo sabía que era la amante del emperador y la madre de sus hijos. Además, era incluso mayor que la mujer del tabernero del León Dorado; parecía improbable, por decirlo suavemente, que semejante personaje se presentara una mañana de invierno en un cuchitril del Callejón del Oro con la intención de seducir a un joven erudito sin un penique. Y, no obstante, no había olvidado el beso que me dio en la sala de costura, ¿cómo olvidarlo por breve y leve que hubiese sido?

—Debéis disculparme —dije—, pero no tengo ningún refrigerio que ofreceros, ya que no os gusta la bebida turca.

—Vaya, señor... ¿Os doy la impresión de necesitar un refrigerio?

—Solo quería decir que...

—¡Bah! ¿Tenéis que ser tan serio? No os voy a comer... —soltó una risita argentina—, a no ser que vos queráis. El doctor Kepler, el astrónomo, que todo lo sabe, o eso dice, me ha contado que la araña hembra devora al macho al terminar el apareamiento. Qué mundo este... ¿Podéis creerlo?

Antes de que pudiera responder —¿qué habría podido responder, en todo caso?—, se apartó con una especie de contoneo alegre y apresurado. Me pareció que con el polisón del vestido y las mangas abullonadas se asemejaba de hecho a una araña enorme y siniestramente encantadora.

Deambuló por la habitación, cogiendo esta o aquella de mis cosas para echarle un vistazo y luego dejarla a un lado. Asomó la cabeza al lavadero, y después apartó la cortina que ocultaba el cagadero.

—Vaya, vaya —dijo—. Desde luego, el chambelán Lang podría haberos buscado algo mejor. Hablaré con él —cogió el astrolabio—. ¿Pretendíais despreciarme no haciéndome caso mientras aclarabais la tonta curiosidad de mi doncella sobre este objeto?

No me miró.

—Desde luego que no, señora —repliqué, con cierta rigidez—, pero soy un erudito y un profesor, y tengo la costumbre de responder cuando alguien apela a mis conocimientos.

—Por favor, no volváis a hacerlo —dijo, aunque con suavidad—. Cuando me enfado, me enfado de verdad.

Se sentó de pronto a la mesa, y me invitó con un gesto a acompañarla. Ocupé la otra silla y ella entrelazó las pálidas manos sobre el regazo.

—¿Os gusta mi vestido? —preguntó—. Es nuevo; es la primera vez que me lo pongo.

—Es muy bonito —respondí—. Os favorece mucho.

—¿No os parece demasiado ajustado en el pecho? —se miró con el ceño fruncido—. Parezco muy plana —volvió a alzar la vista y se rio. Nadie se ha reído tanto y con tanta despreocupación de mí como Caterina Sardo—. ¿Estudiasteis medicina? —preguntó—. En... ¿dónde era?

—En Wurzburg. Sí. Un poco.

—Entonces podréis aconsejarme. Creo que padezco del corazón. He consultado al doctor Kroll, pero él dice que no hay nada anormal, aunque, entre vos y yo, estoy convencida de que es un charlatán y de que no sabe nada. ¿Queréis tomarme el pulso? Dicen que el pulso lo revela todo sobre el estado del corazón.

Extendió una muñeca blanca trazada de finas venas azules. Apreté el pulgar contra ella. Su piel estaba fría y era delicadamente frágil, como el papel.

—A mí me parece normal —observé—. No veo indicios de fiebre ni nada semejante.

—Pero yo sí —dijo con otro mohín huraño—. Estoy muy febril. Estoy segura. Tocad —cogió mi mano y se la puso en el pecho—. ¿No os parece que late demasiado deprisa?

—No es fácil de decir, señora —respondí.

Me miró a la cara. Estoy seguro de que me ruboricé; sí, sí, lo sé, me ruborizo como una niña; siempre ha sido uno de mis defectos. Con cuidado, aparté la mano.

—Esperad, debéis probar otra vez —dijo. Se desabrochó la parte superior del vestido, volvió a cogerme la mano y la coló en el hueco. No llevaba camisa, y la palma de la mano encontró su carne desnuda, curva y cálida y la punta dura de su pecho—. ¿Notáis lo deprisa que late, pobre corazón mío?

—Señora —dije, con voz atragantada—, no estoy tan cualificado como pensáis. Estoy seguro de que el doctor Kroll...

—¡Oh, me importa una higa el doctor Kroll! Os digo que no sabe nada —tiré con suavidad de mi mano, pero me sujetó con fuerza la muñeca—. ¿Os parezco guapa? —preguntó, mirándome de cerca a la cara.

—Por supuesto, señora —respondí.

Miré hacia la ventana y el pálido día invernal de fuera. Pensé en Jeppe el enano, en cómo se había detenido y asomado por allí. ¿Y si alguien hacía lo mismo ahora, y me veía toqueteándole el pecho a la amante del emperador?

—No lo soy tanto como antes..., guapa, quiero decir —insistió—. Pero aún tengo buena figura, ¿no os parece? Los niños son una carga fatigosa, pero los míos los criaron nodrizas, como sin duda habréis notado —adoptó una inmovilidad felina, con una mirada al mismo tiempo incisiva y suavemente distante—. Estáis temblando —dijo—. Lo noto. ¿Os pongo nervioso? ¿Me teméis?

—Me preocupa, señora, que alguien en la calle pudiera...

—¿Vernos? ¿Veros a vos con la mano en mi corpiño? No debéis preocuparos. A Su Majestad le da igual lo que yo haga y con quién. Tiene sus juguetes, sus juegos, los cuadros indecorosos que le pintan sus pintores de cámara. Y sus chicas, claro, y chicos, también los tiene, a decenas.

En la carne de su pecho latía una vena; era como tener una cálida y rolliza criatura en la mano.

—¿Cuánto habrá pasado ya de la hora? —miró distraída a su alrededor—. No tenéis reloj. Rudi tiene cientos; ¿no os los enseñó? ¡Menudo escándalo organizan al dar las campanadas! Cuando no me produce migraña me hace gracia, lo cual le enfada. Es un bobo.

De pronto se puso en pie, soltándome la mano y dejando que cayera sobre mi regazo. Volvió a abrocharse los corchetes del vestido.

—Así que pensáis que no moriré y que el viejo Kroll tiene razón —se encogió de hombros—. Bueno, me gustaba imaginarme como un cadáver, pálida, inmóvil y en paz. ¿Nunca deseáis libraros de este mundo malvado?

—¿Morir, queréis decir? —pregunté. Alcé la mirada para verla. Mi propio corazón retumbaba agitado en mi pecho.



—Sí, morir —dijo—. Yo lo deseo, a menudo. Mi vida es solo tedio; no puedo tenerle aprecio —su tono desmentía tanto sus palabras que no pude sino sonreír. Me puso los dedos en la mejilla, y luego volvió a sentarse—. Preguntadme algo —me pidió.

—Que os pregunte ¿qué?

—Lo que queráis. Cualquier cosa que se os ocurra.

No dudé, aunque no hay duda de que debería haberlo hecho.

—¿Por qué Su Majestad no se casa con vos? —quise saber.

Me miró inexpresiva un instante, luego echó la cabeza atrás y se rio. Me imaginé sujetándola por los hombros y apretando los labios contra su suave cuello, pero al mismo tiempo sudaba de terror: cualquiera podía asomarse a la ventana en cualquier momento.

—Bueno —dijo, riéndose todavía—, he sido yo quien os ha pedido que me preguntaseis cualquier cosa —se puso la punta del dedo en la barbilla, frunció los labios y miró hacia arriba, pensativa—. Veamos —cruzó una rodilla sobre la otra y movió el pie—. Creo que nunca ha querido casarse. Su madre, esa bruja, convenció a Felipe de España de que comprometiera con él a su hija, la infanta Isabel, cuando la niña tenía cinco años, pero aquello se quedó en nada. Después le ofrecieron como esposa a María de Médici, pero él también se escabulló. Puede ser muy astuto e inteligente cuando quiere. Por supuesto, no podría casarse conmigo ni aunque quisiera...; la corte no lo permitiría.

—¿No sois vos más persuasiva que la corte?

—¡Ay, me temo que no! —dijo con tono triste y divertido al mismo tiempo mientras negaba con la cabeza—. Además, ¿por qué pensáis que yo querría que ese viejo chivo se casara conmigo? Estoy bien como estoy. A mis espaldas me llaman la Amante Invisible, para burlarse, y no se dan cuenta de que eso es exactamente lo que quiero ser y seguir siendo: invisible.

Volvió a cogerme la mano, pero esta vez solo para sostenerla entre las suyas de un modo que era poco más que amistoso, como dos niños jugando a ser adultos.

—Y ahora me toca a mí preguntaros —dijo.

—Por supuesto, señora.

Me sacudió la mano con reproche.

—Debéis llamarme Caterina o Cate. Así me llaman mis amigos, si es que los tengo... Aunque vos vais a ser uno de ellos, claro.

Hago memoria de ese día e intento verme como era entonces: es decir, intento recordar lo que pensé, pero es en vano. Me arrastró un arrebató

inconsciente que era una mezcla de sorpresa, miedo y deseo confuso. Que una mujer así, con una posición tan elevada en el gran mundo, aunque fuese una posición no reconocida, estuviera sentada delante de mí, haciéndome confidencias como si ya fuese su amante, me pareció al mismo tiempo absurdo y muy apropiado.

Las manos que sostenían la mía eran delicadas y frías. Noté el tejido suave y al mismo tiempo ligeramente frágil de su vestido entre los dedos y, debajo del vestido, la calidez de su regazo. Ese día llevaba el pelo recogido en dos trenzas a ambos lados por encima de la frente; sus labios brillaban sonrosados. Aún sentía en la palma de mi mano la huella del pecho desnudo que me había hecho acariciar de manera tan dulce, tan incitadora.

—¿Qué queréis preguntarme, señora? Quiero decir, Cate.

—Solo esto —dijo—: ¿encontraron los hombres del chambelán lo que él les había enviado a buscar en el foso?

No era ni mucho menos la pregunta que esperaba e hizo que me recorriera un escalofrío. Aparté la mano una vez más, aunque ella se las arregló entre bromas para seguir teniéndola cautiva.

—No sé qué encontraron —dije—, si es que encontraron algo.

—¿Y qué creéis que buscaban?

—Un cuchillo, quizá —dije—, el que creían que había utilizado Jan Madek contra Magdalena Kroll. Pero su esfuerzo fue inútil.

—¡Ah! ¿Y por qué?

—Madek no mató a la chica. Murió antes que ella.

La mujer frunció el ceño.

—¿Antes? —dijo.

—Sí. El padre de la chica examinó el cadáver. El joven estaba ya muerto cuando asesinaron a Magdalena Kroll. Y no se ahogó, como imaginé al principio.

—Entonces ¿cómo murió? —preguntó ella.

—Primero le torturaron y le arrancaron los ojos; después lo estrangularon con un cordel.

Lo dije con ánimo de impresionarla, lo cual demuestra lo poco que conocía aún a esa dama.

—¡Ah, ya veo! —fue lo único que dijo. Volvió a fruncir el ceño, pensativa—. Creí que era otra cosa.

—¿Otra cosa?

—Lo que buscaba el chambelán. Finge ser mi confidente, pero hay cosas que no me cuenta. Un cofre de hierro... ¿Habló de algo así?

—No —respondí—. Pero ya había oído hablar de él.

Dio un respingo.

—¿A quién?

—A Schenckel, el enano.

Hizo una mueca.

—Ese sapo —dijo con tono distraído, todavía absorta en sus pensamientos.

—¿Y qué contiene ese cofre cerrado? —pregunté—. Algo de relevancia, algo valioso, supongo.

Ella asintió, apartando la vista, con las cejas muy juntas formando un chebrón.

—¡Oh, sí! —dijo—. Muy valioso, creo.

Entonces se oyó un golpe en la ventana, y ella alzó la vista con lo que me pareció, a pesar de su tono resuelto, un momento de alarma. Pasó cuando comprendió quién era.

—Pero ved —dijo—, ahí está Petra, siempre tan diligente.

Se recogió las faldas y se puso en pie. Era una mujer distinta, había dejado de coquetear, aunque no por la repentina aparición de la doncella; supuse que seguía pensando en el cofre perdido.

Habría querido presionarla para que me dijera qué había exactamente en su interior —pues estaba seguro de que lo sabía—, pero no me atreví. A veces incluso la pregunta más inocente produce un destello de advertencia.

Petra estaba en el umbral. Caterina extendió la mano, que tomé en la mía, e hizo una reverencia.

—Buenos días, *professore* —dijo, toda frialdad.

—Buenos días, señora —respondí, también con tono formal.

Cruzó el umbral y salió a la calle. Petra, detrás de ella, se volvió hacia mí con una sonrisa fugaz y descarada. Luego subieron al carruaje y se marcharon.

Esperé toda la tarde a que volviera Serafina, pero no apareció. Por la noche fui a cenar al León Dorado, pese al recuerdo de aquel horrible plato de estofado de cordero. La esposa del tabernero no estaba, y eso me alegró: ya había tenido suficientes mujeres por un día.

Al día, no obstante, aún debía seguirle la noche.

Después de terminar la cena, cogí mi jarra de cerveza y me senté en el rincón de la chimenea, junto al fuego, igual que había hecho con el viejo soldado una noche que me parecía tan lejana como si hubiese sido en otra época, en otra vida. Me pareció detectar aún el olor de Caterina Sardo en los

dedos. ¿Por qué había ido a verme, en realidad? No era tan necio, o tan idiota, para pensar que había sido solo por el placer de que le pusiera la mano en el corazón. ¿Por qué me había hecho esas preguntas sobre el chambelán Lang y lo que esperaba encontrar enterrado en el fango del Foso de los Ciervos? A esas alturas había oído hablar tanto del cofre de hierro que había perdido la cuenta: ¿qué interés tenía Caterina por él? Una vez más, me vi como un viajero extraviado que despertara de noche en un lugar que no reconocía y con solo oscuridad por delante, oscuridad y peligro.

De vuelta ya en el Callejón del Oro, me quedé dormido en la cama con la lámpara apagada hasta que me despertó un ruido. Vi una figura borrosa en la habitación que se acercaba a mí. Me incorporé con un grito, pensando que me atacaban —recordé al siniestro visitante de la noche anterior—, pero alargó la mano y me tocó.

Era Serafina.

Desnuda debajo de la fina enagua, se coló en la cama a mi lado. Sus manos delicadas estaban frías, y las mías debían de estarlo también, pues se estremeció al tocarla. Cuando me besó la obligué suavemente a abrir la boca, pues, aunque me avergüenza decirlo, desde el día en que el obispo Malaspina me habló de esa mutilación, había querido explorar el interior de ese pobre hueco herido, donde solo quedaba el muñón de una lengua.

Se abrazó a mí y lloró. Le toqué la cara, los botones de los pechos, la suave, cálida tira de vellón del regazo. Sí, nos besamos y nos tocamos, pero, aunque sé que nadie me creerá, acariciarnos fue lo único que hicimos esa larga noche. Me sorprende imaginarme tan caballeroso. ¿O fue que me distrajeron los recuerdos de otro pecho y otro cálido y cálidamente prometedor regazo?

## **II Enero de 1600**

Sin duda, no podía haber mejor proclama para levantar el ánimo una clara mañana de invierno que el estruendo metálico de la corneta. Ese día del primer mes de un nuevo año y un nuevo siglo, incluso Rodolfo el Melancólico sonrió al oír esas notas ásperas. Corrió a la ventana más próxima, con las manos pálidas y femeninas entrelazadas sobre el pecho con animada anticipación, y escudriñó el amplio patio de abajo. Una muchedumbre de ciudadanos se había agolpado allí y ocupaba toda la plaza. Una compañía de alabarderos estaba abriendo paso al corneta real; detrás, cuatro robustos jóvenes cargaban al hombro con una pértiga de madera de la que colgaba, sujeta con gruesas tiras de cuero, un enorme cajón cuidadosamente envuelto en lienzo.

Yo estaba entre el grupo de cortesanos congregados debajo del magnífico techo abovedado del Gran Salón del palacio real, y me tenía por uno igual de cualquiera de los presentes, incluso de Felix Wenzel, o, ya puestos, del todopoderoso chambelán Lang. El gran cambio experimentado por mi fortuna puede juzgarse por el atuendo que me había puesto ese día.

Llevaba una camisa del mejor lino con un suave cuello de encaje y puños a juego en las muñecas; un jubón de terciopelo azul oscuro, ajustado en la cintura; unas calzas de color rojo vino con una coquilla rígida; medias de seda; y zapatos de cuero español con hebillas de plata. Estaba, me duele confesarlo, especialmente orgulloso de mi sombrero, que era de suave terciopelo como el jubón, recogido en una copa alta y decorado con una cinta enjorada y una garbosa escarapela blanca a un lado. Esas semanas me había dejado crecer una perilla incipiente que ese día estaba aceitada y puntiaguda y complementada con un fino y rígido bigote; la barba y los bigotes, para mi complacida sorpresa, habían brotado de un suave color rojizo. Llevaba el pelo corto y cepillado hacia atrás —los piojos del León Dorado eran ya solo un recuerdo— y una trenza colgando con elegancia sobre el hombro derecho.

Llevaba también un anillo de rubíes, regalo del propio emperador. No era tan grande ni tan ostentoso como el que le gustaba llevar al chambelán, pero a mí me parecía de mucho mejor gusto.

Como se ve, había experimentado una maravillosa transfiguración, supervisada y financiada por una gran dama. Era, en suma, todo un caballero.

—Venid —dijo Su Majestad—, vayamos abajo —corrió hacia la puerta, y todos le seguimos apresuradamente.

En el patio, los cuatro jóvenes se habían detenido muy serios y solemnes. Habían hecho un largo viaje, a pie, a través de los Alpes desde Venecia, con su preciosa carga.

Rodolfo les dio las gracias, uno a uno, y les entregó un tálero de oro a cada uno, especialmente acuñado para la ocasión, mientras la muchedumbre, a la que mantenían a raya los alabarderos, empujaba, daba codazos y alargaba el cuello para entrever al solitario soberano del pueblo.

Dio instrucciones para que subieran el cajón, que visto de cerca era muy grande, al Pasillo Largo. Así que los cuatro portadores, dos delante y dos detrás, volvieron a echarse al hombro los dos extremos de la pértiga de madera y subieron por la escalera de piedra, con los cortesanos a la zaga. Rodolfo pasó delante y volvió la vista preocupado, como si temiera que, después de acarrear con la preciosa carga sana y salva a través de los pasos de montaña en pleno invierno, los portadores pudieran sufrir algún desastre en la breve y última etapa del viaje.

Jeppe Schenckel, que subía las escaleras a mi lado, se burló:

—Miradlo —murmuró, señalando al emperador—. Como una virgen la noche de bodas, preocupada por su doncelléz.

En la sala de pinturas dejaron el cajón en el suelo y retiraron la cubierta de lienzo, luego una capa tras otra de mullidas alfombras y relleno de algodón, hasta que por fin, con un suspiro general y deliberadamente exagerado de admiración y pasmo, se reveló el maravilloso tesoro, en su grueso marco dorado.

Era *La fiesta del Rosario* —con qué claridad lo recuerdo incluso ahora—, una escena encargada hacía un siglo al maestro Alberto Durero por el banquero Jakob Fugger y un gremio de comerciantes de Núremberg, la ciudad natal del maestro Durero. Desde que se completó, el cuadro había estado en un panel sobre el altar de la iglesia de San Bartolomeo en Venecia, uno de los lugares de culto predilectos de los numerosos residentes alemanes de esa ciudad marítima.

Hacía años que Rodolfo ambicionaba esa obra maestra, en la que no solo se retrata a su antepasado el emperador Maximiliano I, sino también, al fondo, al propio pintor, que nos observa con una mirada curiosamente indecisa. Por fin el cuadro era suyo, y se quedó contemplándolo, apoyado en toda su gloria contra la pared con el envoltorio en el suelo, como las enaguas de una dama que ella misma hubiese dejado caer a sus pies.

Sin apartar la ávida mirada del cuadro, Rodolfo hizo un gesto en dirección a los cortesanos que nos agolpábamos detrás de él y nos echó de su presencia.

En silencio, nos marchamos de la sala y lo dejamos con su deleite.

Por la mañana se ofrecería un banquete para celebrar la ansiada adquisición de Su Majestad —sus agentes habían pagado novecientos ducados por el cuadro—, pero por ahora quería disfrutarlo él solo, como si de verdad fuese su prometida y debiéramos dejarlo a solas con ella.

Al pie de la escalera se me acercó el inglés sir Henry Wotton, diplomático y, como sabía todo el mundo, maestro de espías; me tiró de la manga y me llevó a un lado.

—Qué satisfactorio ver a Su Majestad tan satisfecho —dijo, jovial—, ¿eh, doctor Stern?

El tal sir Henry era un tipo inteligente, y a su manera bastante apuesto, con su atuendo de seda púrpura, una barba más crecida que la mía y una mirada burlona aunque siempre alerta. Los ingleses melifluos me producen un rechazo instintivo. Pero el latín de este era impecable y elegante, y siempre he estado dispuesto a perdonar mucho por una frase bien construida.

—Sí, sir Henry —respondí—. A Su Majestad le gustan los cuadros.

—Y este en particular, por lo que parece.

—Es una obra maestra, y él es un entendido.

—Desde luego, desde luego.

Tenía un modo untuoso de hacer reverencias, inclinando un poco la cabeza y cerrando los ojos un instante.

Salimos a la plaza, en cuyo otro extremo se alzaba sombría la gran mole oscura y parduzca de la catedral bajo una pálida luz invernal. La muchedumbre no se había dispersado y reinaba un ambiente casi de carnaval. Después de largas semanas de cielos grises y amoratados, un poco de sol a primera hora causaba un notable efecto en esta ciudad bloqueada por el hielo.

—Me han dicho, señor —dijo Wotton, mirando precavido a su alrededor—, que tenéis acceso a los oídos del emperador.

Me habría gustado saber quién se lo había dicho, pero luego pensé que no hacía falta que se lo hubiese dicho nadie, pues, a fin de cuentas, mi posición



ante el emperador era un hecho bien conocido.

—Su Majestad tiene buena disposición hacia mí, sí —respondí con cierta rigidez para que supiera que no le estaba ofreciendo mi amistad.

Volvió a asentir y esbozó una sonrisa remilgada.

—Sois casi, por lo que he oído, un miembro de la familia real.

Comprendí el doble sentido de la insinuación y le dediqué una mirada fría.

—Por lo visto habláis con mucha gente, señor —dije.

De nuevo hizo una leve reverencia, todavía con su insulsa sonrisa de diplomático.

—Es cierto, me gusta escuchar, y atrapar las cosas al vuelo... Es para lo que me han preparado, para escuchar.

En la corte todo el mundo se preguntaba qué hacía sir Henry en Praga. A quienes eran lo bastante descarados para preguntarle les respondía que se dirigía a Italia para tratar cierto asunto en el Vaticano de parte de Jacobo de Escocia, pero Praga no quedaba precisamente camino de Roma. Su principal protector, el conde de Essex, se había granjeado el descontento de la reina Isabel después de una campaña desastrosa en la que se suponía que debía sojuzgar a los rebeldes irlandeses, pero que había fracasado. Se me ocurrió que el astuto enviado tal vez hubiese juzgado prudente abandonar su patria y marcharse a un lugar lejano y más seguro hasta que la cólera de la reina se enfriara y su aristocrático protector no corriese peligro. Se decía que Essex, llevado por la rabia, había hecho ademán de desenfundar la espada en presencia de la reina. «Perdió la cabeza, pero la conservó», como me había dicho el chambelán Lang, guiñándome el ojo.

No obstante, pese a la pulcritud de los modales de Wotton, noté por un brillo de apremio en su mirada que esperaba conseguir algo de mí.

—¿Conocéis el campo de los alrededores? —preguntó con tono despreocupado, como por darme conversación—. Imagino que debe de ser muy bello, sobre todo en primavera.

—Sin duda —respondí—, pero lo he visto muy poco. Nací en Ratisbona, y no he viajado mucho por Bohemia.

Habíamos rodeado la catedral y descendíamos ahora la pendiente adoquinada que hay pasada la basílica de San Jorge. El inglés parecía muy inquieto.

—¿Conocéis la ciudad de Most? —preguntó.

«¡Ajá! —pensé—, ya veo por dónde vais».

—No, no he estado allí —respondí.

—¿Sabéis cuánto dista de Praga?

—Unas veinticinco leguas, creo. ¿Puedo saber por qué lo preguntáis?  
¡Con qué tono tan inocente lo dije!

Reparé para mi sorpresa en que habíamos llegado al Callejón del Oro; esa calle parecía ejercer un poder magnético sobre mí, aunque hacía semanas que me había mudado a un alojamiento más lujoso, en la colina de Hradčany.

—Aquí es donde me alojé —dije, señalando la puerta— cuando llegué a Praga.

—¿Y cuándo fue eso? —preguntó sir Henry sin el menor interés, saltaba a la vista, por conocer la respuesta.

—No hace mucho —dije—. Llegué el mes pasado de Wurzburg, donde era profesor.

Nos habíamos detenido delante de la casita que había sido mía, y que contemplé con cierta emoción, pensando en la pobre muda Serafina.

—¿Solo lleváis en Praga desde entonces? —exclamó sir Henry con exagerada sorpresa—. ¡Es muy poco tiempo para haber llegado tan alto!

Por su forma de fruncir el ceño, noté que lamentaba haber hablado con tanta imprudencia; supongo que los diplomáticos deben de sorprenderse a menudo torciendo el gesto. Pero, al fin y al cabo, tenía razón. La rapidez de mi ascenso no dejaba de asombrarme; tampoco de atemorizarme: cuanto más alto llegara, más dura sería la caída.

—Most —dijo con el aire de quien tiene prisa por cambiar de asunto—. Most está bastante lejos; a unas veinticinco leguas, decís.

—Eso creo, sí —respondí.

—¡Ajá! Pero ¿son buenos los caminos?

—¿Estáis pensando en ir? —pregunté.

Volvió a dudar.

—Necesitaría un salvoconducto, ¿no?

—Sí, es muy probable.

—¿Y quién es el encargado de concederlos?

Habíamos llegado al final del callejón. Una nube pasajera tapó el sol; fue como si hubiesen apagado una lámpara.

—Si queréis, sir Henry —dije—, puedo preguntar al chambelán de Su Majestad.

—¡Oh, no, no, no, no, no, no, no! —exclamó con precipitación, alzando las manos a modo de leve protesta—. Estoy seguro de que Su Excelencia Herr Lang tiene asuntos de mucha mayor importancia que atender... No se me ocurriría molestarle por esa nadería.

Nos quedamos bajo la sombra de la nube; el inglés frunció el ceño y se toqueteó una cinta de la pechera del jubón. Ahora yo sabía para qué había ido a Praga, y por qué quería viajar a Most. Allí estaba preso, por orden del emperador, el hechicero y espía Edward Kelley, en una celda en lo alto de la muralla del castillo de Hněvín. Pero ¿por qué querría un caballero tan encumbrado como sir Henry Wotton hablar con alguien como Kelley, que había caído en desgracia y estaba cautivo y lejos de allí?

En la colina, la campana de la catedral empezó a tañer.

—¡Ah! ¿Tan tarde es? —dijo sir Henry—. Debo dejaros, Herr Doktor, tengo una cita en el castillo —se quitó el sombrero, hizo una reverencia mientras esbozaba una sonrisa untuosa y se marchó.

Desanduve mis pasos hasta mi antigua casa y probé la puerta, pero estaba cerrada y hacía mucho que yo había perdido la llave. Con las manos a ambos lados de la cara, escudriñé la ventana cubierta de telarañas, igual que había hecho una vez Jeppe Schenckel. Se diría que estaba tan vacía como la mañana que me instalé en ella.

Había sido Caterina Sardo quien había dispuesto mi traslado a un alojamiento nuevo y, como ella dijo, más apropiado, en el castillo.

—¡Esto no puede ser! —exclamó un día, mientras volvía a ponerse el vestido—. ¡Ni siquiera tengo donde hacer pipí!

Y así, a la mañana siguiente, cuando salí de la casa con el gato Platón debajo del brazo, los hombres del chambelán regresaron, con la misma discreción que la vez anterior, cogieron mis cosas y las llevaron al castillo, a una habitación del ala norte, cerca de la forja; una habitación con ventanas altas que daban al Foso de los Ciervos y al lugar en el torrente helado donde habían encontrado el cadáver de Jan Madek. Tenía un escritorio muy ornamentado para trabajar, una mesa con las patas labradas en la que comer, y una cama con dosel donde dormir, la misma cama a la que, las tardes perezosas y ebrias de amor, Caterina Sardo venía a verme en secreto.

Este amor mío era una locura, claro, pero ¡ay!, tan dulce. O no, dulce no, pues Caterina tenía un regusto amargo. Para mí, nuestra pasión era un largo trago de un licor oscuro e instantáneamente embriagador. Y vaya si estaba ebrio: mi estado de ánimo era una euforia constante y aterrorizada. Era como un condenado en el patíbulo que contemplase un bello paisaje soleado sin reparar en el nudo que llevaba alrededor del cuello, un nudo de seda tan suave que apenas lo notaba, el nudo que, cuando llegara el terrible momento, se apretaría y me estrangularía para siempre.

Caterina se burlaba de mis temores.

—¡Oh!, Rudi está demasiado absorto en sus cachivaches. No nos descubrirá —decía—. Y si nos descubre, no le importará. Te quiere más a ti que a mí..., más incluso que a nuestros hijos, a aquellos a los que se ha dignado reconocer.

Bromeaba sobre nuestra diferencia de edad. Decía que yo debía de pensar que era una bruja; después se tumbaba y sonreía al oír mis solemnes afirmaciones de que era la criatura más lozana, encantadora y cautivadora que por una suerte milagrosa había estrechado jamás entre mis brazos. En realidad, su carne tenía una textura ligeramente deslustrada, pero, por antinatural que parezca, esa falta de lustre era la cualidad que más me excitaba y embelesaba. Se tumbaba lánguida en mis brazos como una enorme muñeca de piel pálida y suave demasiado manoseada. Luego, en otras ocasiones, parecía sumirse en una inmovilidad felina, y me daba la espalda, inerte e indiferente.

Yo estaba deseando romper el caparazón de su divertido desdén. Ni una sola vez dijo que me quisiera sin reírse.

Le encantaba provocarme.

—Vamos —decía—, golpéame. No lo notaré. Y si lo noto, me gustará.

Era ella quien había escogido y pagado mi nueva ropa, quien me había dicho que me cortara el pelo y me dejara la barba juvenil, quien tejió con sus propios dedos la trenza que colgaba sobre mi hombro. A veces me sentía yo mismo como un muñeco, un maniquí para que ella jugara con él, lo vistiera, lo desvistiera, le hiciera rabiar y le regañase, lo acariciara y, al final de todo, lo llevara ardientemente a la cama.

De su descendencia, suya y del emperador —«No tiene niños, sino lobeznos», me dijo Philipp Lang en cierta ocasión con una risa lúgubre—, ella no hablaba y la apartaba de mí. Se enfadaba si aludía a ella, aunque no es que lo hiciera a menudo; el que más despertaba mis reticencias era el extraño hombre-niño don Giulio, a quien había vislumbrado el día en que, de camino a encontrarme por primera vez con su madre, me asomé al ventanuco del rellano de las escaleras y lo vi en la sala de los cuadros, mirándome igual que yo había mirado a su madre.

Los enfados de Caterina eran siempre una súbita incandescencia. Chillaba, escupía y pateaba, me maldecía en italiano; luego, un minuto después, se hincaba de rodillas delante de mí e imploraba mi perdón, me arañaba el pecho y se maldecía por necia, loca y ramera:

—¡Ay, soy una niña muy muy mala!

Hacía que le hablase de todas las mujeres que había conocido y amado. Al principio fui reacio —entre otras cosas, si he de ser sincero, porque había habido muy pocas—, hasta que vi cómo avivaba su pasión oírme hablar de mis amores con detalles precisos y lo más impúdicos posible. Me observaba con avidez mientras hablaba, con los ojos brillantes, los labios húmedos y un poco separados y el aliento cada vez más parecido a un lento y silencioso gemido.

Sacaba libros, textos vulgares y obscenos de Aretino y otros semejantes, de la bien provista biblioteca de Rodolfo, y me pedía que se los leyera en voz alta mientras ella yacía a mi lado con las faldas arremangadas y se daba placer perezosamente.

Era una sacerdotisa de la pasión, a la que se entregaba con los ojos entornados y un frío deleite. En una de las ocasiones en que yacimos juntos en la casa del Callejón del Oro —estoy convencido de que si me lo pidieran podría recordar y contar con imágenes perfectamente detalladas cada una de esas ocasiones—, se levantó desnuda de la cama y se volvió para decirme algo, y por un momento el sol invernal que entraba por la ventana formó un suave halo radiante alrededor de su cabeza. Fue entonces cuando vi lo mucho que se parecía a la Venus pintada que había despertado mi secreto deseo aquel día en casa del obispo Malaspina. Creo que en el interior de cada hombre cuelga un retrato estilizado de la mujer ideal, un modelo con el que comparar a esta o a aquella mortal de carne y hueso que sostiene entre sus brazos. Caterina Sardo no era una imagen de una belleza perfecta —su piel tenía un tono levemente cetrino, sus pechos y su vientre ya no eran los de una joven, sus piernas muy delgadas se tocaban en las rodillas—, pero a mí me parecía el ser que había anhelado toda la vida y había encontrado por fin, mi golosina manoseada, mi querido súcubo.

Fue a ella a quien fui a ver después de mi encuentro con sir Henry Wotton; siempre iba a verla cuando estaba preocupado o necesitaba consejo. Entonces no me di cuenta, y probablemente no debería admitirlo ahora, pero por supuesto uno de los resortes de mi amor por ella era el hecho de que, con solo unos pequeños cambios, podría haber sido mi madre.

Ese día estaba en la sala de costura acompañada, como siempre, de Petra y sus otras dos jóvenes damas de compañía, a quienes yo llamaba para mis adentros las Alegres Arpías. Cuando entré les dio permiso para irse, y salieron entre risitas tontas como de costumbre. «Dios mío —pensaba yo en esas ocasiones con el corazón encogido de miedo como un puño—, ¿y si a una de ellas se le ocurriera traicionarnos a su señora y a mí?».

Caterina dio unas palmadas a los cojines que había a su lado y me pidió que me sentara.

—¿El inglés? —dijo asintiendo con la cabeza—. ¡Ah! —cuando se paraba a pensar, los labios se le ponían lívidos y finos y entornaba los ojos—. Debemos contárselo al chambelán. Le gustará saberlo.

—¿Permitirá a sir Henry viajar a Most? —pregunté.

Ella se rio en voz baja, negando ahora con la cabeza.

—Por supuesto que no —dijo, divertida por mi ingenuidad—. Wotton es el hombre más vigilado de Praga..., después de ti, claro.

—¿Después mí? —pregunté, asustado—. ¿Me vigilan? ¿Quién?

Una vez más se echó a reír.

—¡Todos, mi dulce y querido tontorrón! —exclamó—. Nadie ha ascendido tan deprisa en el favor real desde... desde los tiempos en que el mentor de Kelley, el mago Dee, encandiló al pobre Rodolfo e hizo que se portara como un idiota.

Caminé hasta la ventana, y ahora fui yo quien se quedó pensando.

Pese a mi recién hallada vanidad, en el fondo me sentía más inseguro y acobardado que nunca. No había hecho el menor avance para descubrir quién había asesinado a Magdalena Kroll, e hiciera lo que hiciese me encontraba ante el vacío y la confusión. Solo recibía respuestas vagas y claramente evasivas de todo el mundo con quien hablaba y de quien podía esperarse que supiera dónde había estado la chica y qué había hecho las horas antes de su muerte. Unos la habían visto esa noche cerca de los aposentos privados del emperador; otros juraban haberla visto en un carruaje camino de casa de su padre en la Ciudad Vieja. Pero Rodolfo me aseguraba que ese día no había estado con él, y su padre insistía en que no la había visto ni había hablado con ella la semana previa a su muerte. Sin embargo, en algún sitio tenía que haber estado, algo debía de haber estado haciendo antes de que la capturaran y la asesinaran.

En cuanto a Madek, hacía tiempo que yo había llegado a la conclusión de que su muerte la había ordenado el propio emperador. ¿Acaso no había ido el joven por toda la ciudad injuriando a Rodolfo, llamándolo tirano, monstruo e incluso murmurando amenazas contra el trono? ¿Qué rey toleraría ese comportamiento en un joven exaltado a cuya amada le había arrebatado desdeñosamente ese mismo rey?

Luego, los días dedicados a la celebración del nacimiento de Cristo, Rodolfo pareció perder todo el interés por el asunto e incluso dejó de pronunciar el nombre de Magdalena Kroll. Sin embargo, ahora lo conocía lo

bastante para saber que su atención era como un río que se sumerge bajo tierra y desaparece para volver a brotar con fuerza en otro sitio. Llegaría el día en que me llamaría a su presencia y me pediría que me explicase y le dijera qué avances había hecho en el esclarecimiento del misterio de la muerte de la joven. ¿Y qué contestaría yo? Que había fracasado y vuelto a fracasar en mi intento por descubrir la más mínima pista de quién la había asesinado, y por qué.

Una mañana me llamaron con urgencia al Salón del Trono. Allí encontré a mi señor yendo y viniendo de un lado a otro con una hoja de papel en la mano. Era una carta que había recibido del padre de Madek, que rogaba a Su Majestad Imperial que hiciera justicia a su hijo y encontrara y castigase a quien hubiera acabado con su vida.

—¿Qué vamos a responderle? —gimoteó en voz baja Rodolfo—. ¿Qué vamos a decir?

Cogí la carta, y le dije que yo la respondería, aunque debo confesar que no tenía intención de hacerlo; ¿qué podría decirle que no le dijera Rodolfo?

En cualquier caso, como yo había imaginado, le alivió que le quitara de encima el peso de verse obligado a responder a ese hombre afligido.

Esos días tenía otros asuntos que le preocupaban y, esperaba yo, le distraían, no solo en la corte sino también en el detestado mundo exterior. La rivalidad de su hermano Matías, por ejemplo, que ambicionaba el trono, y la constante agitación fomentada por su joven primo Fernando de Austria, azote de los protestantes, eran una fuente constante de torturas e inquietud para él. Le traían sin cuidado los planes y las ambiciones que pudieran tener; lo único que quería era que lo dejaran en paz, con sus marfiles y sus esmaltes, sus basiliscos y sus bezoares, y los miles de relojes que marcaban sin cesar las horas fatigosas de su hastiada vida.

Yo también tenía otros asuntos que atender. En uno de sus caprichos, Rodolfo había decidido un día ponerme a cargo de la supervisión de la labor de los alquimistas reales en los numerosos laboratorios y talleres ubicados en la Torre de la Pólvora. Además, también a instancias del emperador, me había embarcado en la redacción de un ambicioso texto en el que hacía una detallada interpretación de determinados pasajes sobre la transmutación de los metales en la obra de Alberto Magno, el dudoso sabio que se había convertido en una de las obsesiones de Rodolfo en esa época. Ambas tareas me resultaban extremadamente fatigosas: la Torre de la Pólvora resultó ser un nido de canallas e intrigantes, y Alberto Magno era tan seco como el polvo.

Como es evidente, mi inicial fascinación por Praga y todo lo que había imaginado que representaba había perdido gran parte de su brillo. Rodolfo era un tirano exigente, tan caprichoso en sus asuntos personales como en los públicos. Se entusiasmaba por este o aquel tema o autor, se dedicaba a él con apasionamiento, y luego pasaba incansable a otra fuente de fascinación, una nueva promesa de revelación e iluminación definitiva.

En cuanto a mí, muchas de las cosas que Su Majestad apreciaba habían llegado a desagradarme en secreto. En particular, desarrollé un profundo e incurable escepticismo por la alquimia; tuve ocasiones de verla funcionar y me vi obligado a tratar a quienes la practicaban, y llegué a la conclusión de que la mitad estaban locos y la otra mitad eran unos farsantes. Y de que a todos los movía el interés y temblaban por miedo a ser descubiertos.

Que nadie me malinterprete: seguía siendo fiel a mi convicción del orden oculto del mundo y a la interconexión de todas las cosas. Pero ya no creía que el gran código pudiera descifrarlo ese hatajo de orates de la Torre de la Pólvora, que se pasaban el día como duendes hechizados, inmolando metales y obteniendo de su trabajo tan solo unos montoncitos de polvo negro y humeante. Eran una pandilla atormentada, y casi me inspiraban lástima. Su mundo era una masa de transformaciones potenciales; en él nada era estable y nada podía controlarse. Para ellos era como un puñado de mercurio, y todo lo que creían poder agarrar se les escapaba entre los dedos impotentes.

Por supuesto, no dejé que Rodolfo, que era tan crédulo como obsesivo, notara el menor indicio de estas dudas y desilusiones, y no se me habría ocurrido destruir su ingenua fe en sus hechiceros, ni aunque hubiese estado en mi mano hacerlo. Sí, había aprendido muy deprisa a disimular con la misma sutileza y habilidad que cualquiera de los cortesanos que me rodeaban, y a los que despreciaba en el fondo de mi corazón embustero.

No obstante, nunca me sentía seguro. No se me iba de la cabeza la idea de que un día, antes o después, Rodolfo se cansaría de mí cuando una nueva estrella se alzase en su firmamento. Y si me expulsaba, ¿me expulsaría también de la cama de su amante? Por mucho que yo fuese su esclavo, no me hacía ilusiones sobre la solidez del afecto que me tenía Caterina Sardo, pues a su manera era tan caprichosa como el propio Rodolfo.

Cuando me paraba a pensar en esto notaba que el temible nudo de seda se apretaba un poco más alrededor de mi cuello.

—Tienes que hablar con el chambelán —dijo Caterina detrás de mí, sacándome de mi ensimismamiento—. Debes advertirle de que Wotton quiere



entrometerse. Nadie te lo agradecerá si callas y el inglés puede seguir con sus tretas.

Me volví hacia ella con intención de decir algo, pero me silenció cogiéndome la mano y llevándola hasta su pecho.

—Ahora, tócame —dijo, con un susurro áspero—. Tócame aquí..., sí. Y aquí. Y ahora aquí. ¡Ah!

Sus labios húmedos se separaron, y sus párpados pestañearon.

Y al pie del patíbulo en el que me hallaba, la muchedumbre invisible esperó, conteniendo al mismo tiempo el aliento en expectante anticipación de mi caída.

Poco después, esa misma tarde, cuando Caterina me liberó por fin de lo que le divertía llamar los deberes de alcoba, anduve en la creciente oscuridad hasta el Callejón del Oro, donde volví a escudriñar a través de la ventana de mi antigua casa. No había nadie ni nada que ver, pero aun así me quedé. Lo que me había llevado hasta allí no era la nostalgia —aunque, como es natural, Serafina estaba en mis pensamientos—, sino la convicción, basada en no sé muy bien qué, de que allí se ocultaba una parte del acertijo que me habían encargado resolver, y de que la encontraría si acertaba a mirar en el lugar adecuado.

La calle estrecha estaba desierta, y en la penumbra invernal reinaba el silencio. Me aparté de la casa y recorrí la breve distancia que me separaba del lugar donde había yacido el cadáver de la joven. No quedaba ni rastro de ella, solo, para mí, un eco, una resonancia de terror y dolor. Dicen que la vida es barata, pero a mí me parece cara, muy cara. ¿Por qué había sido asesinada Magdalena Kroll? Esa era una de las preguntas que no cesaba de repetirme, pues sabía que solo cuando tuviese la respuesta podría empezar a averiguar en serio quién había cometido el hecho. La otra pregunta, no obstante, la del motivo, me parecía con mucho la más apremiante. ¿No era raro? Sin embargo, estaba convencido, una vez más por ninguna razón en particular, de que la muerte de la joven, el asesinato en sí mismo, había sido un hecho incidental, una llamarada aislada en la periferia de una deflagración mucho mayor.

Se oyó un ruido a mis espaldas, el roce de algo que huía a toda prisa, estaba seguro. Me volví y escudriñé aquí y allá la creciente oscuridad. La calle en ambas direcciones estaba desierta y tranquila.

Seguí el consejo de mi amante —todos sus consejos eran órdenes— y a la mañana siguiente volvía a estar en el cuartito del reclinatorio y el engañoso tapiz colgante. Sin embargo, las circunstancias de mi visita en esta ocasión fueron muy diferentes. En lugar de acudir vigilado por guardias o soldados, me precedió un paje con medias amarillas y un sombrero de tres picos. Era un joven desgarbado con el pelo mal cortado y unas desagradables pústulas en la nuca: pero un paje es un paje y siempre es preferible a un guardia armado.

Tan engreído me había vuelto que, al cruzar la plaza y pasar por delante del palacio real, me complacieron el ruido de los talones de mis botas españolas resonando con importancia sobre el empavesado, y el tacto de mi capa corta ribeteada de piel de zorro, aleteando a mi espalda en la brisa.

El chambelán Lang llevaba su hábito negro como de costumbre. Me hizo esperar, también como de costumbre, y luego entró en la sala a toda prisa con esos curiosos pasos rápidos, como si se deslizara —la verdad es que parecía una zanquilarga y atareada ave acuática de color negro—, con los dedos entrelazados delante de él en una parodia de piedad y con su amplia y astuta sonrisa.

—Así que Wotton ha estado haciéndoos propuestas sediciosas —dijo alegremente.

—No las describiría así —respondí—; sediciosas, no. Solo me preguntó si sería posible viajar a Most.

—Sí, y pasarse por el castillo de Hněvín para conspirar con ese irlandés traidor de Kelley, apostarí cualquier cosa. ¿Os habló de él?

—No dijo ningún nombre —respondí—, pero supuse que Kelley sería la razón de su viaje a Most.

—No me cabe duda de que acertasteis —frunció pensativo los labios—. ¿Con qué propósito, me gustaría saber, querría encontrarse y hablar con ese canalla? ¿Eh?

Me estaba observando de soslayo con su fina y diabólica sonrisa y una ceja arqueada.

Repuse que no se me ocurría qué podría querer de Kelley; ya había aprendido que callar las propias opiniones era, por lo general, la mejor política en la corte repleta de conspiradores de Rodolfo.

Entre el chambelán Lang y yo se había desarrollado un trato receloso, que a él le gustaba fingir que era una relación cálida y abierta, o incluso una amistad. Pero yo no me fiaba y él lo sabía; era una criatura tan voluble y enigmática que se me hacía imposible saber cuáles podrían ser el afecto o las emociones que sentía por mí.

Sabía, como todo el mundo en la corte, que Felix Wenzel y él estaban enfrentados en una implacable e intrincada lucha por el poder. Mi escaso buen juicio me aconsejaba unir mi destino al más fuerte de los dos, que era sin duda Lang. Pero me resistía a perder mi independencia, o lo que creía que era mi independencia, así que seguía atrapado entre estos dos hombres inteligentes, fríos y peligrosos; una nuez no demasiado dura que ninguno de los dos podía cascar, al menos mientras Rodolfo continuara sonriéndome y manteniéndome a su lado.

También estaba la preocupante cuestión de qué era el chambelán para Caterina Sardo, y qué era ella para él. Cuando me paraba a pensarlo, me atravesaba la sospecha, como un cuchillo finísimo y afilado, de que él podía haber sido una vez lo que yo era en ese momento. Pues la pasión por esa mujer no me cegaba tanto para pensar que no le había echado antes el ojo —y alguna cosa más— a otro hombre poderoso y bien situado en la corte.

Me hallaba en un laberinto por el que avanzaba con cautela, dando un giro tras otro, pero sin saber si me dirigía hacia la salida o hacia el centro. Llegaría un día, estaba seguro, en el que tendría que girar y correr, tal vez por mi vida. Con esa eventualidad siempre presente, ahorré de manera escrupulosa todas las monedas de oro o de plata que recibía del emperador. Ese dinero para la huida lo guardaba en la bolsa de cuero que mi padre el obispo me había enviado desde su lecho de muerte. A esas alturas la bolsa estaba tranquilizadamente llena, seguía llenándose día a día, y era un consuelo muy necesario para mí.

El chambelán, todavía con las manos entrelazadas delante, empezó a ir y venir por el reducido espacio de la habitación, musitando en voz baja, como hacía siempre que tramaba algo.

—Esto es lo que vamos a hacer —dijo por fin—: en lugar de dejar que Wotton viaje a Most... —se interrumpió, avanzó hacia donde yo estaba y bajó

la voz hasta convertirla en un murmullo conspiratorio—, y no creo que debamos dejarle, ¿no creéis?

Era uno de sus recursos favoritos: hacer una pausa dramática, como si una duda hubiera interrumpido el curso de sus pensamientos, y pedir muy serio una confirmación, que por supuesto no necesitaba ni deseaba, ya que jamás hubo un hombre más seguro de su propia certeza que Philipp Lang.

Otra vez empezó a ir y venir, entre el frufrú de la túnica negra como ala de cuervo.

—No —dijo—, vigilaremos de cerca a Wotton, y en lugar de permitirle ir a Most, traeremos aquí a Kelley. Tal vez así averigüemos qué quiere el inglés de ese granuja —volvió a detenerse junto al fuego y me miró mientras se daba la vuelta con su sonrisa traviesa—. ¿Qué decís, Herr Doktor Stern? ¿No os parece un buen plan?

No era una pregunta; de hecho, la mayor parte de las veces las preguntas del chambelán no eran sino provocaciones burlonas.

Se me acercó y me pasó un brazo amistoso sobre los hombros.

—Nos veremos en el banquete de esta noche —dijo—. La señora Sardo me ha dicho que asistiréis. Me parece que os habéis convertido en su caballero y que lleváis su banderola en la lanza.

Parpadeó igual que un lagarto, bajando sin esfuerzo un párpado como una minúscula pestaña de seda. Me apretó el hombro con la mano.

La boca se me quedó seca al instante.

Parte de mi estupidez fue haberme convencido de que podía tener una apasionada relación con la amante del emperador, la madre de sus hijos, sin que nadie se enterase, ni siquiera Philipp Lang, a quien no podía ocultársele nada de lo que ocurría en la corte, como yo bien sabía. Pero así es la juventud, con sus engaños y sus deseos insaciables. Con qué facilidad, además, apartamos de nuestra imaginación a cualquier edad las cosas que más nos asustan.

No obstante, había momentos en los que ese don me fallaba. Aún me despierto a menudo antes del alba, a la hora del lobo, asustado y sudoroso, como el viajero en las montañas que, en un instante en que se abre la niebla, se descubre tambaleándose al borde de un espantoso precipicio. El miedo al principio se alzaba como una especie de niebla, un miasma que me oprimía el cuello y me obligaba a apretar los dientes; después despejaba y me mostraba las formas concretas de lo que más debería asustarme. La primera de todas era mi fracaso a la hora de hacer lo que me había ordenado el emperador y encontrar al asesino de Magdalena Kroll, y pisándole los talones la funesta

comprensión del peligro en que me estaba poniendo al permitirme satisfacer mi pasión por Caterina Sardo. En mitad de todo esto volvía a aparecer delante de mis ojos la imagen del centinela ahorcado, que en mi febril imaginación se había convertido en una figura estilizada, una carta del tarot que me advertía de los terrores venideros.

Esa noche el banquete se celebró en el Salón Español, construido hacía poco para albergar los más raros tesoros de la inapreciable colección de pinturas de Rodolfo. En un lugar destacado, sobre una mesa dorada, estaba *La fiesta del Rosario*, que Su Majestad había contemplado a solas toda la tarde y ahora permitía a regañadientes que viéramos todos.

No es que hubiera muchos en la mesa que le dedicaran la menor atención. Uno de los descubrimientos más decepcionantes que había hecho desde mi entrada en el círculo real era lo poco cortés que era la vida cortesana. Las cenas como esa acostumbraban ser especialmente turbulentas; los comensales eran una chusma fastuosamente ataviada —¡tanto satén y seda, tantas pieles fabulosas!— que gritaban y aullaban como una jauría de perros hambrientos, y se lanzaban huesos roídos y cortezas de pan unos a otros. No era raro que llegasen a las manos, a veces con tanta violencia que había que llamar a la guardia imperial para restaurar un mínimo de orden. En una de esas cenas vi a una dama de alto rango realizando impúdicamente un acto de frotamiento con su vecino, uno de los ebrios generales de Rodolfo, con el ojo lívido de su polla y la ocupada mano de ella bien visibles para cualquiera que se molestase en mirar por debajo de la mesa.

Esa noche el emperador se hallaba en un estado de ánimo de lo más taciturno y, repantigado con la gruesa barbilla hundida en la gorguera y el gorro de marta ladeado, contemplaba con los ojos entornados las groseras cabriolas que se producían a su alrededor. ¿Cómo adivinar qué atormentados pensamientos se agitaban detrás de su ceño fruncido?

Enfrente, pero en el otro extremo de la mesa, estaba Caterina Sardo, su amante y también, por increíble que parezca, la mía. No me miró ni una sola vez, ni yo a ella; esa manera de evitarnos me proporcionaba un placer intenso y peculiar, nuestro secreto pendía en el aire entre los dos como una reluciente esfera de cristal invisible para todos menos para nosotros.

A la izquierda del emperador había una frágil criatura de edad indeterminada. Hasta mitad de la velada no caí en que era don Giulio. Él también se acordaba de mí, como comprendí por el modo en que me miró con sus ojos apagados y penetrantes al mismo tiempo, y esbozó su sonrisa inexpresiva y secreta. Era el primogénito de Rodolfo y Caterina, eso me

habían contado, aunque debería añadir que no fue su madre quien me lo dijo. Una vez, solo una, le pregunté por él, pero se puso hecha una furia, me llamó entrometido y esa noche no acudió a mi lecho.

La presencia de don Giulio al lado de su padre me causó una hiriente punzada de celos. No es que yo hubiera querido que Caterina trajese al mundo un hijo mío, pues no quería nada de ella excepto a ella misma, su carne, el roce de su mano y su fría y tentadora sonrisa. Pero no soportaba la idea de que Rodolfo, esa rana gorda, se hubiera puesto como un saco blando y sin sangre sobre mi esbelta Venus y hubiese introducido en sus tiernas entrañas la semilla de ese engendro enfermizo.

Cerré los ojos y apreté los dedos con fuerza sobre los párpados. ¡La locura! La locura, el deseo y un temible placer: esa era mi difícil situación. Era un hombre atrapado en el piso superior de su casa en llamas que no sabe qué salvar del fuego, si a sí mismo o las cosas que más aprecia.

El chambelán Lang se encontraba allí, y también Felix Wenzel. Lang no paraba de hablar y sonreír a una dama de ojos negros que tenía a su lado —era un seductor incansable, de mujeres, hombres, doncellas o niños; para él todo parecía ser lo mismo—, mientras que Wenzel, sentado enfrente, lo observaba de cerca. Pobre Wenzel, a veces me daba lástima: no sabía disimular sus pasiones ni aunque le fuera la vida en ello. El odio que le inspiraba Lang era tan intenso a su manera como mi amor por Caterina Sardo, los síntomas del amor y el odio son extrañamente similares, como llegué a saber.

En medio de todo estaba el obispo Malaspina, una bola de borra negra, observándolo todo con sus ojillos alegres, a los que no les pasaba nada por alto, ni siquiera, estoy seguro, el rubor de celos en mis mejillas.

Mientras servían el primer plato —lonchas de jabalí asado con un glaseado de vino y miel—, Kepler el astrónomo se sentó muy amable a mi lado. Hacía poco que había llegado a Praga, invitado por Tycho Brahe el danés, y nada más conocernos se forjó un mutuo afecto entre ambos. Fui yo quien lo llevó a dar su primera vuelta por los talleres de la Torre de la Pólvora, donde el aire olía siempre a metal quemado y a ajeno, un olor que recuerdo como si estuviera aún en ese lugar de sueños enloquecidos y amargas cenizas de esperanzas frustradas. Noté, por la sonrisa sardónica a duras penas contenida del astrónomo, que esos pobres jornaleros desesperados encorvados sobre sus crisoles y retortas no le inspiraban mucho más respeto que a mí.

Esa noche Kepler estaba ya medio borracho, como era evidente por el aspecto vidrioso de sus ojos, aunque no es que tuviera muy buena vista, pues se la había dañado un brote de viruela en la infancia que le había dejado visión doble. Siempre bromeaba con eso y preguntaba quién había oído hablar de un astrónomo bizco. Era un tipo menudo y delgado de rostro fino y barba negra, corta y áspera. Por lo general era agradable, aunque se ofendía con facilidad, sobre todo por cualquier cosa relativa a su trabajo y su reputación. Su objetivo era lograr el alto cargo de matemático imperial y desplazar al actual ocupante del mismo, Tycho Brahe, que estaba enfrente de nosotros, en un extremo de la mesa, entre los anchos brazos de su silla, imponente, majestuoso y distante. Aunque Brahe era un astrónomo entregado y famoso, consideraba su ciencia con desprecio aristocrático, y una vez le había confesado a Kepler, eso me contó él, su convicción de que ningún auténtico caballero se rebajaría tanto para publicar un libro.

De pronto el emperador se levantó e hizo ademán de marcharse, y en el acto mi Caterina se levantó también, se adelantó y le cogió del brazo, mientras Jeppe Schenckel, que como de costumbre estaba sentado en un taburete a los pies de su amo, se ponía en pie e iba tras ellos. Los observé marchar. Caterina continuó sin mirar hacia donde yo estaba, aunque debió de sentir el calor de mi anhelante mirada, pues eran los primeros días de nuestro apasionado enredo, y yo estaba loco por ella.

Los comensales, que se habían incorporado entre tambaleos, se quedaron en silencio mientras Su Majestad se dirigía hacia la puerta, pero cuando se marchó aquello volvió a ser una casa de locos.

—Vamos, amigo —dijo Kepler—, marchémonos de esta dorada sordidez.

Fuera, la noche de enero estaba fría y despejada debajo de un vasto cielo aterciopelado y tachonado de estrellas. Fuimos juntos por el Foso de los Ciervos, donde temí encontrarme con el fantasma de Jan Madek saliendo de entre las sombras debajo de cada árbol, y desde allí bajamos a Nový Svět, hasta una taberna que conocía Kepler. Era una tasca estrecha de techo bajo, pero limpia y bien llevada. El tabernero, un tipo sombrío de sonrisa cadavérica, nos sirvió la mejor cerveza Pilsen y unas lonchas de venado frío, tierno y dulce. ¡Qué glotón me había vuelto, cómo me chupaba los dedos y me daba palmaditas en la panza, y todo en cuestión de semanas! De haber seguido así, habría acabado siendo un segundo Malaspina.

Debo decir que en aquel entonces aún no apreciaba del todo la grandeza de Kepler, y lo tenía por poco más que un erudito errante que se esforzaba por

dejar su huella en el mundo, igual que yo. No obstante, apreciaba su compañía y su conversación animada.

Nos sentamos al lado de la ventana de la taberna, con una cuña perforada en el cielo sobre los tejados de enfrente. Kepler, muy borracho a esas alturas, habló sin parar, y con amargo ingenio, de su colega y rival, Brahe el danés: siempre orbitaba sobre el mismo asunto. En sus días de estudiante, el famoso aristócrata se había batido en un duelo en el que había perdido el puente de la nariz, y ahora llevaba uno postizo hecho de una aleación de oro y plata y sujeto con una resina. Bajo el mecenazgo del rey sueco, había construido un enorme observatorio en la isla de Hven, en el estrecho de Øresund de Dinamarca, y desde allí a lo largo de veinte años había amasado un enorme registro de avistamiento de estrellas que Kepler estaba codiciosamente decidido a conseguir.

Tras caer en desgracia con el rey Cristián, Brahe empezó a buscar un nuevo mecenas, y acabó encontrando a Rodolfo. Invitado por el emperador, Brahe se fue muy altivo de Hven con toda su familia y partió hacia Praga en una inmensa caravana de carros y carrozas cargados hasta los topes con toda suerte de objetos, desde sartenes abolladas hasta los más preciosos instrumentos astronómicos.

El principal desastre de ese largo y sin duda fatigoso viaje al sur fue la muerte del amado alce amaestrado de Brahe, que en el castillo donde se alojaba su séquito para pasar la noche subió a uno de los pisos superiores, bebió un plato de cerveza, cayó por las escaleras de piedra en un estupor ebrio y se partió el cuello. Brahe se quedó inconsolable; incluso entonces, después de tanto tiempo, le hablaba lloroso de su mascota perdida a cualquiera que quisiese escucharle.

—Es un buen astrónomo, a su manera mecánica —dijo Kepler, metiendo la nariz en la jarra de cerveza—, pero también un quisquilloso y un fatuo. Teme que pueda llegar a aventajarme, como por supuesto haré —entornó los ojos echados a perder y me miró de cerca un momento—. ¿Sabéis guardar un secreto, Stern? —preguntó, a lo cual respondí, por supuesto, que sí—. Entonces, escuchad —dijo—: llegará el día en el que revelaré el secreto de la armonía cósmica y mostraré los entresijos mismos del universo —se reclinó en el asiento, con los ojos entornados fijos en mí y moviendo muy serio la cabeza.

No era la primera vez que yo oía esta cháchara entre los muchos aspirantes a la grandeza que había congregado Rodolfo todos los rincones del imperio, y no sería la última. Lo que no podía haber imaginado era que, a



diferencia de todos los demás, las fanfarronadas de Kepler resultarían ser un día ni más ni menos que ciertas. Su *Harmonices mundi*, publicado unos veinte años después, en el que entre muchas otras hipótesis atrevidas adelantó la teoría de que los planetas en sus órbitas no describen círculos sino elipses, causaría una revolución en la astronomía tan importante como la de Copérnico cuando colocó el Sol en el centro del sistema planetario.

A esas alturas, los dos estábamos bastante borrachos, aunque él estaba peor que yo.

—Escuchadme, Stern —dijo—: he oído que el emperador os ha encargado la labor de averiguar quién asesinó a su amante..., ¿cómo se llamaba?, Kroll, sí, eso es. ¿Lo habéis resuelto ya? —le respondí que no, y él se quedó pensando en silencio un rato y negó con la cabeza despacio—. He oído decir que el culpable era un joven que estaba enamorado de ella..., ¿no es así?

—No —respondí—, no lo es. Se llamaba Jan Madek. Él también murió.

Kepler volvió a quedarse pensativo un rato.

—Es un mal asunto —dijo. Luego me miró con los ojos entornados—. Haréis bien en procurar salir de él con el pescuezo intacto.

No era algo que me apeteciera oír y me apresuré a llevar la conversación por otros derroteros. Le pregunté qué sabía de Edward Kelley.

—¿El famoso ayudante del doctor Dee? —respondió riéndose—. Un idiota, y un canalla. Prometió a Rodolfo la piedra filosofal y le dio el oro de los tontos. Kelley..., ¡bah!

El secreto desprecio que Kepler y yo compartíamos por ese hatajo de alquimistas que trabajaba sin cesar en la Torre de la Pólvora había forjado un pacto de amistad entre los dos. Encontré en Kepler un alma gemela, pues ambos considerábamos que gran parte de la magia en la que creía Rodolfo no era sino un complicado despropósito ideado por unos charlatanes para deslumbrarle y engatusarle. En particular estábamos de acuerdo en que el gran objetivo de transmutar el metal en oro, el Santo Grial de los alquimistas, era una fantasía vulgar e inútil. Creo recordar que nunca llegamos a hablarlo, al menos con tantas palabras —en Praga había que tener cuidado con lo que se decía, como aprendí muy pronto—, pero los dos sabíamos lo que pensaba el otro, y saberlo nos proporcionaba una leve satisfacción y una diversión compartida. Sí, Kepler era un gran hombre y un espíritu generoso: aún lo extraño. Murió en Ratisbona, nada menos, donde yace en una tumba sin nombre. «Medí los cielos —escribió en su propio epitafio—, ahora mido las sombras».

Un violinista que había junto al fuego interpretó una tonada, y Kepler, que cuando bebía era muy apasionado, abrazó a la hija del tabernero, una joven menuda y simpática, y la hizo girar en una danza desenfrenada, dando talonazos en el suelo y aullando y gritando como un demonio feliz. El tabernero apoyó los brazos en la barra y observó a la pareja con una mirada indecisa pero indulgente; saltaba a la vista que Kepler era uno de sus parroquianos habituales y que le toleraban esas locuras.

Por fin Kepler regresó tambaleándose a la mesa, se desplomó en un taburete y se secó jadeante la frente. Pidió cerveza especiada, y entrechocamos las jarras en un brindis por Terpsícore, la musa de la canción y la danza, y después volvimos a brindar, en esa ocasión por la joven tabernera, que ruborizada, sudorosa y aturdida había ido a esconderse detrás de su desgarrado padre.

—Mi mujer no baila —dijo apesadumbrado Kepler—, y me llama payaso cuando lo hago yo y dice que me rebajo —se quedó pensativo con los ojos legañosos, mordisqueándose el interior de la mejilla—. Se llama Bárbara...; no la habéis conocido, ¿verdad? Confieso que a veces es difícil para mí, aunque reconozco que es una buena madre para los niños —se volvió hacia mí con una sonrisa forzada—. Y vos, señor, ¿no tenéis esposa?

—No —respondí.

Se rio con un ronquido flemoso.

—Pero por lo que he oído no os falta quien os caliente la cama.

—Ah, ¿sí? —respondí, y un flechazo de terror atravesó zumbando la niebla del alcohol y se hundió en mi pecho—. ¿Y dónde lo habéis oído, si puedo preguntarlo?

Me clavó el codo alegremente en las costillas y casi me dejó sin aliento.

—Amigo mío —dijo—, ¿creéis que hay secretos en esta corte? —se rio—. ¡Dios, señor, os gusta correr riesgos!

De nuevo vi el patíbulo alzándose contra un cielo azul, y a mí de pie en él, con plumas y guirnaldas con los colores de Caterina Sardo, y a punto de bailar una última giga.

Kepler estaba escuchando otra vez al violinista, al tiempo que seguía la música con el pie.

—La música —dijo—, ¡ah, la música! ¿Sabéis que los planetas se mueven según sus leyes? Sí, sin duda, hay una música de las esferas, aunque no la que creían los griegos. En mi gran libro, con el que sorprenderé un día al mundo, demostraré que las leyes de la consonancia musical hay que buscarlas no en

los números sino en las proporciones geométricas. El Señor, como puedo demostrar, es un geómetra.

Entre farragosos murmullos, se embarcó en una explicación sobre cómo, según su teoría, Dios había diseñado el mecanismo del sistema solar —del que nuestro mundo forma parte— según las leyes descubiertas mucho tiempo ha por el divino Euclides, y las órbitas de los seis planetas que giraban alrededor del Sol se basaban en una especie de cuadrícula geométrica consistente en los cinco sólidos perfectos platónicos, desde el tetraedro de cuatro lados al icosaedro de veinte... y así sucesivamente.

Pensé que todo era una fantasía ebria, y además yo estaba demasiado borracho y era demasiado ignorante para apreciar la exquisita sencillez de su sistema.

Debí de sumirme en una ensoñación inducida por la cerveza y dejé de escucharle, pues de pronto, con un sobresalto, desperté, como ocurre en esos casos, bruscamente. Otra vez estaba hablando de música, aunque no celestial, sino terrenal.

—Se dice... —aseguraba Kepler, acercando la cara a la mía y clavándome un dedo huesudo en la rodilla para subrayar sus palabras— se dice que hay «un lobo en la cuerda». Escuchad —señaló al violinista—. ¿Oís ese espantoso zumbido que hace de cuando en cuando? Ahora, justo ahora, ¿lo habéis oído? ¿Sabéis qué es? No, claro que no. Sucede, amigo mío, ¿me estáis escuchando?, sucede cuando una nota concreta tocada en una cuerda concreta coincide con la frecuencia de resonancia de la madera y produce un aullido cacofónico, no muy distinto al del lobo. ¿No es raro que dos partes del mismo instrumento, en lugar de hacer una música deliciosa entre las dos, se muestren a veces tan discordantes?

Respondí que sí, sí, lo entendía. Lo que me desconcertó fue el tono tan solemne que había adoptado mientras me miraba a la cara y asentía con la cabeza. ¿Qué tenía que ver conmigo ese asunto lobuno y por qué me lo contaba como si fuese una parábola para advertirme? ¡Ah, si hubiese sabido escuchar mejor esos días, cuántas complicaciones me habría ahorrado!

—¿No os gustaría saber —prosiguió— si la cuerda y la madera son conscientes de la áspera discordancia que producen o si solo la oyen los demás?... ¿Eh?

Volvió a asentir con solemnidad y, se diría, de nuevo a modo de advertencia, mientras se tocaba la nariz con el dedo.

Se puso en pie con intención de bailar otra vez, pero, al verlo, la hija del tabernero huyó entre risas a la parte de atrás y dio un portazo. El tabernero

salió de detrás de la barra, tomó a Kepler por el hombro con mano firme pero amistosa, lo acompañó a la puerta y le deseó buenas noches con tono seco y poco ceremonioso.

Le seguí, y los dos avanzamos dando tumbos por la estrecha calle adoquinada, que parecía ahora tan empinada y traicionera como la ladera de una montaña, apoyándonos el uno en el otro para no caernos, aunque no sé cuál de los dos estaba más borracho. Kepler intentó cantar una canción obscena, pero solo recordó el primer verso, que repitió obstinado varias veces antes de rendirse.

Nos detuvimos para aliviarnos contra la pared de una casa, y una anciana con cofia asomó la cabeza por una ventana de los pisos superiores y empezó a chillar y a insultarnos. En ese momento vi, con la súbita claridad que ofrece a veces la bebida, lo mucho que se parecían mis presentes circunstancias a la propia ciudad, donde la grandeza y la opulencia de una gran metrópolis, el mismo centro del mundo, se asentaban sobre una mezcla de sordidez, vicio y violencia.

A trompicones llegamos a otra taberna y Kepler se detuvo y dijo que tenía que beber un dedito de aguardiente para contrarrestar la cerveza especiada y asentar el estómago, cuya rebeldía —me confesó— le había martirizado toda su vida. Me rogó que me quedara con él, pero yo también empezaba a sentir náuseas, y no podía pensar más que en mi cama. Nos dimos un torpe abrazo, aunque él siguió quejándose de que lo abandonara, y me marché con un batiburrillo de figuras geométricas y estrellas girando en la imaginación.

Detrás de mí oí a Kepler forcejeando con la puerta de la taberna, que creo que debía de estar cerrada. Luego hizo otro intento de recordar el resto de su canción obscena, una vez más en vano.

—¡Stern! —me gritó cuando me alejaba, con una risa rijosa—. Stern von Stern, te prevengo. Recuerda, recuerda lo que digo: un lobo en una cuerda. Eso es lo que eres, hijo de mala madre. ¡Ja!

Me sorprendió, y no para bien, descubrir que iba a ser yo quien viajase a Most para llevar al hechicero Kelley de vuelta a Praga. El chambelán Lang me lo dijo de pasada y sin darle mayor importancia: «Será cosa de dos o tres días», como si el viaje a Most fuese un breve paseo al otro lado de las puertas de la ciudad. Quise quejarme, pero luego me lo pensé mejor. Las peticiones del chambelán siempre estaban formuladas para que parecieran una sugerencia vacilante y educadísima, pero era imposible no ver detrás el férreo hilo del poder.

Cuando el emperador se enteró de mi misión, se puso muy nervioso —en esta etapa de su gran carrera, Lang estaba tan seguro de su posición que a menudo tomaba decisiones sin molestarse en informar a su señor imperial—; me llevó consigo a la parte más privada de sus aposentos privados y se sentó conmigo al lado de la ventana, la parte más sombría de la habitación. En torno a nosotros se hallaban algunas de sus posesiones más preciadas, las que guardaba exclusivamente para su propio placer. Entre ellas había un gran cuenco de cristal natural tallado en el que se suponía que estaba grabado el nombre de Cristo —aunque yo solo pude ver un indescifrable remolino de tonos: lapislázuli, verde ácido, cobre parduzco— y que él creía que era el mismísimo Santo Grial. Había también cuadros de Spranger, el pintor de cámara, demasiado indecorosos para exhibirlos en público. Y un objeto muy singular que enseguida atrajo mi atención: una especie de salero de bronce de un maestro italiano en cuya tapa doble había un hombre y una mujer desnudos enfrente uno del otro que, cuando se usaba el salero, se abrazaban en una vigorosa copulación.

—Decidnos —me susurró Rodolfo con su voz entrecortada—, ¿por qué ha requerido el chambelán la presencia de Kelley? ¿Acaso ha olvidado que dimos la orden concreta de que debía ser desterrado a Most?

Últimamente, siempre que caía en este estado de alarma y agitación, tenía la costumbre de cogerme de la mano y tirar de mí hacia él, mirándome a los

ojos como un niño quejoso. Al principio estos gestos de intimidad forzada me habían sorprendido y molestado, pero había llegado a acostumbrarme, igual que a tantas otras de sus peculiaridades.

Le dije lo que sabía, que era que sir Henry Wotton me había preguntado si creía que le permitirían viajar a Most, y que, cuando se lo conté al chambelán, despertó enseguida sus sospechas y este decidió llevar a Kelley a Praga para interrogarle.

—Sí, sí, sí —dijo Rodolfo—, pero ¿para interrogarle sobre qué?

—Eso, señor, lamento decirlo, lo desconozco.

Apartó la mirada, soltó el ruido gutural que hacía cuando estaba distraído y miró aquí y allá, como si no viera nada salvo los demonios que se agolpaban en su imaginación. Un instante después se volvió y me miró con una agudeza repentina y los ojos brillantes; ese era uno de sus rasgos más desconcertantes: de un segundo para otro podía pasar de parecer chocho e inútil a convertirse en un monarca astuto y consciente, el dueño del mundo.

—¿Y qué hay de nuestra querida niña —dijo—, la pobre Magdalena Kroll? ¿Qué habéis descubierto de su muerte?

Tragué saliva con dificultad, y le aseguré que mis investigaciones continuaban, que avanzaba en ciertas direcciones que eran claras, siguiendo determinadas pistas, recopilando una relación de las últimas horas de la joven —una mentira desvergonzada—, preguntando a unos y a otros y considerando la cuestión desde todos los ángulos posibles.

Se hizo un silencio. Carraspeé y evité mirarlo a los ojos. Él suspiró. Me ardía la nuca.

—Y ahora vais a ir a Most —susurró casi con tristeza— por orden de nuestro chambelán —frunció el ceño y negó con la cabeza—. Todos conspiran y conspiran —dijo. Volvió a mirarme, con un brillo de sospecha en la mirada—. ¿Os utiliza el chambelán para enviar mensajes?

—¿Mensajes, Majestad?

—Despachos, quiero decir..., informes, planes —su mano húmeda apretó aún más la mía.

—No, señor —respondí—. No soy su recadero.

—¡Mmm! —me miró a los ojos de un modo que me recordó a Jeppe el enano asomado a mi ventana, ávido e inquisitivo—. ¿Nunca os ha enviado a ver a nuestro primo Fernando de Estiria, por ejemplo?

Cuando me sujetaba de ese modo me sentía como si fuésemos un par de patinadores inmóviles sobre una fina capa de hielo, con los patines a punto de

combarse bajo nuestros pies, con el hielo a punto de resquebrajarse o con uno de los dos a punto de caer y arrastrar al otro consigo.

—Perdonadme, señor —dije—, pero no conozco de nada a vuestro primo, solo su reputación.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es? ¿Qué reputación es esa?

—La de adalid de la causa católica —respondí—. Hasta el punto —añadí, sorprendido de mi propia temeridad— de que hay quien lo tiene por un fanático.

Rodolfo había dejado de escrutar mi cara y su mirada volvió a vagar por la habitación.

—Un fanático, sí —dijo—, y ambicioso, aunque sea tan joven. Le temo. Le temo tanto como a mi hermano Matías... Más, incluso. Cuando pienso en Fernando me parece que oigo crepitar la pira y los gritos del mártir —asintió con la cabeza, con los ojos fijos, contemplando su propio abismo interior—. Es solo cuestión de tiempo que uno de ellos, mi hermano o Fernando, nos destrone y nos robe nuestra corona.

—Vamos, señor —dije—, son imaginaciones vuestras. Ningún monarca podría estar más afianzado en el trono que vos.

Sonrió de forma extraña y triste, se puso mi mano en el pecho y la dejó allí.

—¡Ay, Christian —dijo—, qué joven sois, con toda la certeza de la juventud! Yo soy viejo, más de lo que dicen mis años. Me siento roto, roto en la rueda de mi ser atormentado —me soltó la mano—. Marchaos —dijo—, id a Most, y traednos de vuelta a Kelley. Por canalla que sea, tenemos cierta debilidad por él. Su jactancia nos divertía, sus subterfugios y sus afirmaciones absurdas. ¿Sabíais que le robó su joven esposa a Dee y que tuvo con ella un hijo que a Dee no le quedó más remedio que adoptar? Sí, todo el mundo conoce esa historia. Pobre Dee. Era un inocente, a su manera. Hemos oído que está pasando una mala racha, en Inglaterra, aunque se dice que aún goza del favor de la reina, que no deja que pase hambre. La turba desvalijó su casa de Mortlake y quemó su biblioteca cuando alguien dijo que era un nigromante. ¡Ah, sí, pobre Dee!

Guardó silencio varios minutos. Me levanté despacio y me marché, dejándolo sumido en sus pensamientos. No creo que reparase en mi marcha, perdido como estaba en sus miedos, sus recuerdos, su locura.

Cuando le conté a Caterina Sardo las órdenes del chambelán, le divirtió y enfadó al mismo tiempo.

—¿Por qué enviarte a ti?! —gritó—. ¿Qué se trae entre manos esa bestia astuta? —retorció un botón de mi jubón, como le gustaba hacer, y fijó en mí su mirada turbia—. ¿Qué haré cuando te vayas? —murmuró—. ¿Con quién podré jugar? Tal vez me busque otro amante, alguien noble y guapo, y no tan tosco como tú. Bésame ahora, bésame, mi ingenuo Christian. *Baciami, baciami, mio caro*.

Estábamos en el pasillo a la puerta de su sala de costura, en pleno día. Miré asustado a mi alrededor e imaginé a sus doncellas espiando por las rendijas, riéndose y empujándose unas a otras para ver mejor.

Caterina se echó a reír.

—Qué amante tan nervioso eres —dijo, sonriéndome a la cara—. ¿Temes que vengan los guardias de Rudi a detenerte y te lleven a las cámaras de tortura? Me gustaría verte en el potro, sudando, llorando y llamando a tu mamá. Dicen... —se apretó contra mí— dicen que los hombres se ponen tiesos cuando los estiran así. ¿Lo habías oído? Me levantaría las faldas, me pondría encima a horcajadas, y nadie sabría si tus gemidos eran de placer o de dolor. ¿Te gustaría, mi temeroso amigo? ¿Te gustaría?

Los hilos del botón se rompieron al retorcerlos, y ella se lo metió en la boca y me besó, noté la dura y redondeada oblea de hueso, húmeda con su saliva, deslizarse de sus labios y pasar entre los míos.

Eché la cabeza un poco hacia atrás, todavía con el cuerpo apretado contra el mío.

—Trágatelo —dijo—. Piensa que es la hostia, la santa hostia, y esta, nuestra misa negra.

Me lo tragué, con cierta dificultad, aunque el botón no era muy grande. Volvió a besarme, esta vez solo un beso rápido.

—Ah, *mio eroe!* Ahora vayamos a tu habitación, y consagremos allí nuestro ritual sagrado.

Era un ritual, pero no sagrado, Dios perdone mi alma blasfema.

Caterina Sardo hacía el amor con toda la pasión y la resolución de una devota ante el altar. Tenía una inventiva inagotable e ideaba oscuros placeres para los dos que yo no habría imaginado ni en mis más calenturientas fantasías. Al pensar en ella, aún hoy noto el roce de las llamas de esos días y noches, y vislumbro de nuevo el infernal resplandor que arrojaban. En sus brazos me parecía encontrarme en un infierno paradisíaco.

Esa tarde acabábamos de desmontar de la bestia de dos espaldas que habíamos formado con vigor y estábamos tumbados uno al lado del otro en mi cama, sudando y jadeando, cuando se oyó un ruido al otro lado de la puerta



que me dejó sin aliento e hizo que me incorporara asustado. Eran el mismo roce y la misma respiración que había oído aquella noche a la puerta de mi casa en el Callejón del Oro, como si un animal estuviera escarbando allí. Enseguida me puse la camisa y me levanté del lecho, con intención de acercarme sin ruido a la puerta, abrirla de golpe y sorprender a lo que quiera que estuviese allí, pero Caterina me cogió del brazo y me contuvo.

—Quédate —dijo en voz baja—. Quédate, amor mío.

—Pero ahí fuera hay algo —susurré—. Debo ver qué es.

—No —respondió con tono tranquilo, como para calmar a un niño angustiado—. No te inquietes, no es nada. Ven, tumbate aquí y estréchame entre tus brazos.

—¿No has oído...? —empecé a decir, pero ella me puso un dedo en los labios y me hizo guardar silencio.

—No he oído nada —dijo—. Ahí no hay nadie. Ahora calla, calla, y abrázame, así. Eso es. Pon la mano aquí y nota la humedad, la tuya y la mía —me tarareó una melodía al oído, una delicada cancioncilla de cuna—. Qué música tan dulce hacemos los dos, ¿verdad? —soltó una risita y apretó los muslos en torno a mi mano, atrapándola; se volvió de costado y presionó su seno frío y húmedo contra mi pecho—. ¿No la oyes —volvió a reírse—, la música de las esferas?

Me aparté de ella y liberé mi mano de su humeante regazo. Había franjas de sombra debajo del techo y una tira de luz invernal ardía blanquecina en un hueco entre los postigos.

«Un lobo en una cuerda —pensé—. Un lobo en una cuerda».

Y poco después, cuando se vistió y estaba a punto de marcharse, le abrí la puerta y, al bajar la mirada, vi con un espasmo de terror el cadáver de mi pobre gato, mi querido Platón, tendido en el umbral, con el cuello cortado y la sangre extendiéndose a su alrededor en un charco rojo y brillante.

Mi amante no le dedicó más que un vistazo —nunca le había gustado— y se levantó el dobladillo de la falda para pasar por encima de esa forma inerte.

—En buena hora —dijo. Me miró con frialdad y se marchó.

Recogí lo que quedaba del animal y lo envolví en un trapo: qué insustancial era, poco más que un jirón de piel y unos cuantos tendones nudosos. Lo llevé al Foso de los Ciervos, casi cegado por las lágrimas —tener el corazón blando ha sido siempre una de mis debilidades—, y lo enterré debajo de una gran piedra redonda al pie de un mirto.

Estaba ascendiendo por la empinada orilla cuando vi una figura sentada en la fría y dura cima, observándome mientras me acercaba.

Era don Giulio, el extraño hijo de Caterina.

Me saludó solemne como un anciano, y yo me detuve y me senté a su lado. Tenía las piernas dobladas y los brazos alrededor de las rodillas huesudas. Era un joven marchito de miembros finos, con el pecho hundido; sin embargo, las manos eran tan grandes como las de un hombre y no guardaban proporción alguna con el resto de su frágil persona. No reconocí en él nada de su padre, y poco de mi amante, su madre, excepto el modo que tenía de ladear apenas la cabeza como si oyera algo leve y lejano. Llevaba un jubón negro, calzas negras y zapatos finos y negros con la punta retorcida hacia arriba; el pelo corto, de aspecto mortecino aunque brillante, parecía un anticuado gorro de satén negro encajado con fuerza sobre el cráneo.

Sus ojos... ¿He hablado de sus ojos? Eran pequeños, hundidos, pálidos y un tanto vidriosos. Siempre me dieron la impresión de que no eran suyos, de que pertenecían, de hecho, a otra criatura aún más extraña que él que se ocultaba en su interior y observaba el mundo a través de dos órbitas de borde sonrosado y unas pestañas lívidas excavadas en la máscara blanquecina de su cara. Su mirada tenía una fijeza turbadora, y cuando parpadeaba, cosa que hacía pocas veces, parecía que sufriera una especie de sobresalto, como si reconociera sin querer una pequeña conmoción interna.

Me preguntó qué había ido a hacer allí, se lo conté y asintió con la cabeza.

—Dicen que los gatos tienen siete vidas —dijo—. Por lo visto este no las tenía.

—Era un gato callejero que me había cogido afecto —respondí—. ¿Quién sabe cuántas vidas, y muertes, habría tenido antes de esta?

Se quedó pensativo, muy solemne, con el ceño fruncido.

Ni siquiera viéndolo así de cerca, me habría atrevido a aventurar su edad. Podría haber sido un joven, pero no lo parecía; y tampoco era un niño. De hecho, más bien se asemejaba a un niño que hubiese seguido siendo niño y al mismo tiempo se hubiera vuelto viejo, frágil y débil. Reparé en que sus manos, esas manazas que parecían todo menos frágiles, tenían un temblor leve y extraño; de hecho, todo él daba la impresión de temblar, como si se estremeciera sin cesar en su interior.

—Lamento lo de vuestro gato —dijo—. Quiero decir que lo lamento por vos, por haberlo perdido.

Le agradecí su consideración. Se había dado la vuelta y estaba mirando hacia el cielo.

—Las nubes son peculiares, ¿no os parece? —dijo—. Como humo de cañón —parpadeó y guiñó los ojos, y luego continuó—: He estado estudiando

la batalla de Lepanto. ¿Sabíais que los turcos vertieron aceite en el mar y le prendieron fuego, de modo que los soldados que se arrojaron al agua desde los barcos en llamas murieron hervidos?

—No —repuse—. No lo sabía.

Soltó una risa leve, no mucho más que un resoplido.

—Veo que pocos lo saben —dijo—. Sé muchas cosas similares. Me acuerdo de todo. Tengo buena memoria —dejó de abrazarse las rodillas y se puso en pie—. ¿No os parece que vuestro nombre es raro? —preguntó.

—No —respondí—. Nunca me lo ha parecido. Pero, claro, estoy acostumbrado.

Se encontraba por encima de mí, y tuve que alzar la mirada, protegiéndome los ojos del duro azul del cielo invernal. Ahí de pie, en lo alto del terraplén, esa criatura joven y vieja parecía no mucho más sustancial que las nubes luminosas que flotaban despacio a su espalda, y por un segundo tuve la sensación de que me hubiese rozado algo frío y punzante, algo reluciente y puntiagudo, una aguja, o una fina cuchilla que me hubiese perforado con infinita delicadeza, sin causarme ningún dolor y dejando solo una marca invisible.

—Tengo que irme —dijo don Giulio.

Y se marchó con su paso rápido, ligero, como si se alejara dando saltitos.

A primera hora de la mañana siguiente, el chambelán Lang envió un carruaje cerrado a recogerme. Bajé a la luz del crepúsculo y ahí estaba, esperando en el patio. Un carruaje detenido siempre tiene un no sé qué de siniestro, o eso me parece: un presentimiento, sin duda, del último viaje. Tampoco me gustó el aspecto del par de jamelgos píos que tiraban de él —parecía que los hubiesen rescatado del matadero—, y dudé de que estuviesen a la altura del viaje. Soy un hombre de ciudad, y la idea de quedarme abandonado en mitad de alguna espantosa llanura en pleno campo me heló la sangre.

Pensé que viajaría solo, pero al subir al carruaje me encontré al paje de las pústulas y las medias amarillas, con el sombrero de tres picos sobre las rodillas, y a su lado a un viejo espantapájaros de aire melancólico con el bigote amarillento y los ojos legañosos. El paje, llamado Norbert, iba a ser mi ayuda de cámara, mientras que el otro, un caballero llamado Kaspar von Kratz, con las botas arañadas y un abrigo de cuero forrado de piel que le llegaba a los tobillos, iba a ser... En fin, la verdad es que nunca llegué a saber con exactitud qué iba a ser, pero como iba armado con un arcabuz y una espada, supuse que debía considerarlo mi escolta.

Habían llevado consigo provisiones de pan, queso y salchichón y estaban desayunando. El queso estaba muy curado y su olor, a esa hora tan temprana, me revolvió el estómago.

—Tenéis mala cara, señor —dijo el viejo caballero. Hurgó en una bolsa que había en el suelo entre sus pies, sacó una botella de vino y me la ofreció —: Tened, recuperaos con un trago o dos de sangre de toro.

Miré el cuello de la botella y los labios húmedos y caídos del hombre; le di las gracias y aparté la botella a un lado. Por alguna razón, esto hizo que Norbert el paje soltara una risotada y me rociase la manga de miga de pan empapada en saliva.

Iba a ser un viaje muy largo, de eso no cabía duda.

Y la dotación aún no estaba al completo. Dejábamos atrás la puerta del castillo cuando el carruaje se detuvo de pronto. Me asomé por la ventanilla y ahí estaba Jeppe el enano, con una gruesa capa negra, unos zapatos de hebilla y su sombrero cónico de brujo. ¡Otro espía! Vio la sorpresa en mi mirada y le hizo gracia.

—Buenos días, Herr Professor —dijo, y se quitó el sombrero y me hizo una reverencia.

Solo Jeppe Schenckel sabía llamarme «Professor» e imprimir a la palabra una nota tan clara de burla y desprecio irónico.

El cochero, un tipo hosco y grueso, se apeó del pescante entre suspiros y maldiciones masculladas, puso las manos debajo de los codos del enano, lo levantó y lo metió de un empujón en el carruaje, y volvimos a ponernos en camino.

El enano ocupó su sitio a mi lado, retorciéndose y haciendo aspavientos. Observó a nuestros dos acompañantes con desaprobación y el ceño fruncido.

—¡Ah!, veo que somos cuatro —dijo—. ¿Dónde pondremos a Kelley? ¿En el techo?

Sir Kaspar le había dado la bienvenida con un saludo tembloroso, del que él había hecho caso omiso. El joven Norbert, con la boca llena de pan y salchichón, lo estaba mirando fascinado, con los ojos saltones, y prudentemente aparté la manga por miedo a que volviera a regarla de masa de pan pegajosa.

De todas las personas que podían haber enviado a acompañarme en esa misión, Jeppe Schenckel era el último al que habría esperado. ¿Por qué estaba allí? ¿Y por orden de quién? Me miró de soslayo y volvió a hacer uso de su don de leerme el pensamiento.

—Soy un préstamo de Su Majestad —dijo, y luego añadió con el gesto muy serio—: Ha pensado que os faltaría compañía. Aunque —volvió a mirar a la variopinta pareja de enfrente— ya veo que estáis más que provisto. Vaya, vaya, el chambelán piensa en todo.

Así que Rodolfo había enviado a su hombre para vigilarme. No me sorprendió, pues Rodolfo no confiaba en nadie. Pero ¿debía creerle? Nada en Praga era tan sencillo; nada era lo que parecía. El primer día el enano me había llevado a casa del doctor Kroll. ¿Era también un enviado de Kroll? ¿O de Wenzel? Podría haberlo sido de cualquiera: Rodolfo, el doctor, el gran senescal, ¿quién lo había enviado a acompañarme? ¿Y con qué propósito? Mi misión consistía en ir a Most y llevar de vuelta a Edward Kelley a Praga. ¿Qué peligro podía haber en eso para que hiciese falta espiarme y vigilarme?

Ese largo día fuimos hacia el norte siguiendo la orilla occidental del Moldava. Eran tierras de meseta, desoladas salvo en algunos claros y en ciertos lugares de una belleza escarchada que me recordaron a mi patria en Baviera.

Los caminos no estaban muy mal, pero nuestros caballos eran viejos y la marcha resultaba lenta y dificultosa. El enano apenas hablaba, se limitó a sentarse a mi lado con todas sus galas —la gorguera, los puños de encaje, las hebillas de plata—, como uno de esos muñecos tan realistas de los salones de las maravillas de Rodolfo. Creo que sabía dormir con los ojos abiertos.

Conforme pasaba el día advertí que la mirada del viejo sir Kaspar se posaba de vez en cuando en mí con una agudeza de la que no le había creído capaz. ¿Acaso se trataba de otro espía y, de ser así, cuál era su misión? ¿Qué asunto crucial me aguardaba en Most para que yo necesitara tanta vigilancia?

El miedo creció en mi interior como una bilis negra, una burbuja abrasadora en mi pecho.

A mediodía nos detuvimos en una sucia posada donde tuve la precaución de no probar la empanada de perca que nos sirvieron: ya la había olido antes de entrar por la puerta baja. El vino, de color rubí oscuro y con sabor a pimienta, al menos se podía beber. Me gustan los vinos de Bohemia: lo que les falta de sutileza, lo suplen con robustez. Ojalá tuviese aquí un poco, en este frío refugio norteño donde he encontrado por fin una suerte de descanso.

Jeppé Schenckel no se molestó en apearse del carruaje, sino que se quedó sentado al lado de la ventana, con la mirada imperturbable fija al frente. Envidié su compostura, por muy poco natural que fuese. Aunque ¿qué tenía de natural ese hombre?

Pronto volvimos a ponernos en camino, rumbo a Mělník, donde el Moldava y el Elba confluyen. El viejo caballero y el paje se entretenían con un juego interminable y para mí incomprensible sobre un tablero de madera con agujeros y pequeñas piezas de madera que movían de aquí para allá con mucha velocidad y destreza. Los dos intentaban hacerse trampas, con gran hilaridad, mientras el muchacho escupía al hablar y el viejo murmuraba, tosía y se frotaba los ojos con los puños. Su alegría me sacaba de quicio; impaciente, daba golpes con el pie en el suelo, cruzaba y descruzaba los brazos, y suspiraba ruidosamente, unas muestras de irritación que ellos pasaron por alto o en las que quizá no reparasen siquiera.

Pasé las tediosas horas dando cabezadas inquietas e intentando ordenar en mi cabeza los diversos aspectos del misterio en cuyo centro me debatía. Sabía que debía resolverlo de algún modo; cada vez estaba más convencido de que

al final mi vida dependería de ello. Al principio yo había sido para Rodolfo la estrella milagrosa llegada a su Belén, un heraldo de prodigios. Pero en las semanas que habían transcurrido desde mi llegada había demostrado ser un empleado muy poco prodigioso, no me quedaba más remedio que reconocerlo. ¿Hasta dónde llegaría la paciencia de Su Majestad, cuánto podía esperar que durase su tolerancia?

La tarea que me habían asignado, por gravosa que fuese, de entrada había parecido sencilla. Rodolfo se había buscado una nueva y joven amante y el muchacho que la quería se había quejado de forma tan clamorosa que le había costado la vida... Eso al menos había deducido yo. Luego la amada del muchacho había muerto a su vez, por órdenes de quién y por qué mano seguía sin saberlo. Había una corte llena de candidatos donde escoger: cualquiera de los íntimos de Rodolfo, tanto amigos como enemigos, podía haber ordenado la muerte de la joven. El chambelán Lang, por ejemplo, podría haber enviado al asesino esa noche de diciembre. Caterina Sardo me había contado que Felix Wenzel había empujado a la joven a los brazos del emperador. ¿Por qué iba a hacer algo así, sino para colar un espía en el serrallo? Si ese era el caso y Magdalena Kroll era una informante de Wenzel, no me cabía duda de que el chambelán Lang, de haberse enterado, no habría dudado en quitarla de en medio. En cuanto a la propia Caterina Sardo, ¿qué me impedía pensar que hubiera asesinado a la usurpadora, aparte de que me hubiese encandilado de forma tan absoluta?

Pensé y pensé, y poco a poco, mientras avanzábamos traqueteando por los caminos helados, una nueva idea cobró forma en mi imaginación. Al principio había dado por supuesto que Jan Madek le había cortado el cuello a su infiel enamorada; luego había sabido que el primero en morir había sido Madek. Eso me había confundido, pero no se me había ocurrido dudar de que las dos muertes estuvieran relacionadas. No obstante, me pregunté ahora, ¿y si no había ninguna relación entre ellas? Tal vez mi creencia filosófica en la unidad oculta de todas las cosas me hubiese engañado en este caso... Tal vez no había concedido importancia al azar.

Si al comienzo eso me había desconcertado, a otros también. Recordé a Wenzel interrogándome aquella noche después de que me sacaran de la cama del León Dorado. Incluso entonces pude darme cuenta de que ignoraba tanto como yo quién había asesinado a Magdalena Kroll. Y luego estaba el extraño gesto de sorpresa, o eso había parecido, del doctor Kroll cuando oyó a Wenzel preguntarme si conocía el paradero de Jan Madek. ¿Tenía el doctor el palpito de que Madek ya estaba muerto?

Si Magda Kroll no estaba relacionada con la muerte de Madek, ¿por qué lo habían matado? ¿Qué sabía que tuvieron que sacárselo por medio de torturas? ¿Qué había visto para que tuvieran que arrancarle los ojos?

A última hora de la tarde, mientras el carruaje avanzaba hacia Most y yo daba vueltas a mis ideas, mi mirada se cruzó con la de sir Kaspar. Me estaba observando desde el rincón opuesto del carruaje con los ojos velados y la mano nudosa en la empuñadura de la espada. Se me ocurrió otra idea, tan alarmante como cualquiera de las anteriores. ¿Y si el caballero no era un espía, sino algo mucho más siniestro? Tal vez yo no debiera volver de Most; tal vez mi acompañante fuese también mi verdugo.

Todavía estábamos en algún punto cerca de Mělník cuando el cochero giró bruscamente hacia el oeste, y pronto llegamos al Ohře y lo seguimos hasta Louny. Nos alojamos a las afueras de la ciudad, en una estación de postas cuyo estado no voy a describir, salvo para señalar que esta vez no tuve que vérmelas con piojos, sino con un escuadrón de pulgas.

Jeppé Schenckel echó un vistazo al lugar y anunció que dormiría en el carruaje. Esa criatura habría podido dormir en un lecho de clavos si no hubiera encontrado nada mejor.

A la mañana siguiente, después de enganchar un par de caballos no mucho menos decrepitos que los anteriores, cruzamos el río por un puente de madera que crujió y rechinó tan ruidosamente que temí que cediera bajo nuestro peso. Me sorprendió que aguantara hasta el final.

Empezaba a atardecer cuando llegamos a Most, una bonita y pequeña ciudad al pie de una colina boscosa, con los tejados de color rojo óxido apiñados y brillando bajo la luz pálida. Los callejones estrechos estaban muy transitados, y me alegró hallarme entre el ruido y el bullicio después de dos largos y fatigosos días por esos caminos desiertos.

Cruzamos la ciudad, salimos por el otro lado y subimos por la colina Hněvín, en cuya cima se alzaba el castillo, una mole no muy impresionante con un foso maloliente y una sola torre ennegrecida en el muro sur. Al entrar por la puerta principal unos pollos salieron corriendo y cacareando entre los cascos de nuestros caballos y un cerdo que había tumbado al sol nos echó una mirada desdeñosa con sus ojillos rosas antes de levantarse y apartarse con un trotecillo de nuestro camino.

Tras detenernos en el patio, el cochero fue a buscar a un caballerizo, y los cuatro pasajeros nos apeamos y estiramos las piernas.

A esas alturas, incluso Jeppé Schenckel parecía polvoriento y fatigado, y su sombrero cónico estaba abollado. Apoyado en su bastón de ébano, miró el



patio mugriento, olisqueó y decidió que aquel sitio era un agujero deprimente.

Sir Kaspar se alejó un poco y soltó un pedo tremendo, casi tan ruidoso como un pequeño cañonazo. Sonriendo, se estremeció como un perro. El paje se rascó las pústulas.

Yo estaba un poco más tranquilo; el lugar parecía demasiado mundano para morir en él.

Entonces apareció una joven enérgica más o menos de mi edad. Era de aspecto severo, con el rostro fino y grandes ojos oscuros. Se trataba de Elizabeth Jane Weston, la hijastra de Kelley. Llevaba un largo mandil blanco y se había arremangado y cubierto el pelo con una cofia de lino blanco. Estaba haciendo mantequilla —«Nos han abandonado aquí para que nos las arreglemos como podamos», nos informó— y no estaba de humor para ser hospitalaria.

—¿Habéis venido a liberar a mi padrastro? —preguntó—. Ya iba siendo hora.

Le respondí que no íbamos a liberarlo, pero que el chambelán Lang nos había enviado para llevarlo de vuelta a Praga.

—¿A Praga? —me espetó—. ¿Por qué razón?

—El chambelán quiere hacerle unas preguntas —repliqué.

Ella apretó mucho los labios y me miró furiosa por debajo de las cejas negras y gruesas.

—El doctor Kelley no puede viajar —dijo—. Está impedido y enfermo.

—El chambelán no tolera que le desobedezcan, señora —repuse.

—¡El chambelán, el chambelán! Ya hemos tenido aquí a ese tal Kroll y a sus hombres, que amenazaron con maltratar a mi padrastro, y ahora vos. Escribiré a Su Majestad. Me conoce, sabe quién soy. Le suplicaré y me quejaré de vos.

—No habrá tiempo para eso, señora. Partiremos hacia Praga por la mañana.

Volvió a mirarme furiosa y acto seguido, sin decir palabra, dio media vuelta y se marchó.

Kelley estaba encerrado en la torre. El carcelero, un tipo lento y solemne de ojos desconfiados, abrió la puerta y dejó que el enano y yo subiéramos por una serpenteante y fría escalera de piedra que me hizo recordar con un estremecimiento la noche en Praga en la que me encarcelaron en una torre no muy distinta de esa.

Había imaginado que Kelley sería un anciano, y al entrar en su celda me sorprendió encontrarme a un hombre de no mucho más de cuarenta años,

aunque era evidente que estaba enfermo y dolorido. Era delgado y huesudo, con los bigotes lacios y una barba con forma de pala que había encanecido antes de tiempo. Para disimular la falta de orejas, llevaba el pelo muy largo por los lados. Tenía la pierna izquierda vendada y apoyada en un cojín sobre un taburete.

Estaba sentado a una mesa cubierta de libros y manuscritos al lado de la ventana. Llevaba un bonete negro y un abrigo forrado de piel, y se había echado un chal también negro sobre los hombros. Comprendí que se había enterado de nuestra llegada y había adoptado esa pose de erudito para impresionarnos.

Nos miró con ojos vivos e inquisitivos y luego fijó la vista en mí.

—Vos debéis de ser ese Christian Stern de quien tanto se ha hablado —dijo—. Incluso aquí, en estos páramos dejados de la mano de Dios, hemos oído hablar de vos.

—Buenos días tengáis, doctor —respondí—. Sí, soy Christian Stern.

Eché una mirada amarga al enano.

—Schenckel —añadió—, a vos sí que no os esperaba. ¿Sigue Su Majestad tratándoos como a un perrillo faldero y echándoos huesos debajo de la mesa?

—Veo que estáis un poco descalabrado, doctor —replicó el enano—, aunque vuestra lengua sigue tan afilada como siempre —esbozó una sonrisa sardónica—. Hemos venido para llevaros a Praga... Seguro que eso os alegra y mejora vuestro ánimo.

Kelley volvió a mirarme.

—¿Quién quiere que vuelva a Praga? —preguntó—. ¿Wenzel? Ya envió a Kroll a interrogarme y atormentarme con toda suerte de preguntas absurdas.

—No —respondí—; no nos envía el gran senescal, sino el chambelán Lang.

—¡Ah, Lang! —dijo Kelley, asintiendo lúgubre con la cabeza; me pareció que palidecía un poco al oír su nombre. Después de una pausa añadió—: ¿Qué hay de esos asesinatos de los que hemos oído hablar, la hija de Kroll y el joven Madek? ¿Habéis venido por eso? En tal caso, perdéis el tiempo.

—¿Qué sabéis vos de esas muertes? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Solo las escasas noticias que llegan aquí..., chismes y cotilleos en su mayor parte —su mirada se volvió más torva y aguda—. ¿Quién los mató?

—No se sabe —respondí—. Es un misterio.

—¡Un misterio! —soltó un bufido—. Confío en que el chambelán Lang no crea que sé quién es el culpable. Tal vez piense que me escapé a Praga y

los maté yo mismo —señaló hacia su pierna vendada—. Como veis, tengo los pies ligeros.

Jeppe Schenckel se adelantó, pasó por delante de la mesa, y contempló por la ventana el paisaje crepuscular del bosque, las montañas y la ciudad.

—Aquí tenéis una bonita vista —dijo—. En el mundo hay prisiones peores —se volvió hacia Kelley—. Me han dicho que Madek estuvo aquí. ¿Fue una visita interesante? ¿Provechosa?

Kelley apartó la cuestión a un lado con un ademán desdeñoso.

—No sé nada de Madek —dijo, y fingió rebuscar con gesto ausente entre los papeles que tenía delante. Vi por su actitud que estaba mintiendo—. No lo he visto nunca.

El enano se rio.

—¿Habéis visto cómo es? —me dijo—. Miente por diversión, para no perder la práctica —luego volvió a dirigirse a Kelley—: Madek estuvo aquí. Es un hecho conocido. ¿Por qué vino?

Kelley lo miró de arriba abajo con una leve sonrisa.

—¡Vaya con la comadreja! —dijo—. ¿Os ha dado permiso Su Excelencia el chambelán para interrogarme en su nombre?

Schenckel sonrió también.

—Como sabéis, señor —dijo en voz baja—, no soy el hombre del chambelán.

Kelley se volvió hacia mí.

—Pero vos sí, ¿me equivoco? Espero que tengáis una cuchara muy larga para cenar con ese demonio.

Suspiré, pues se me estaba agotando la paciencia. Estaba fatigado del viaje; me dolían la cabeza y los huesos después del traqueteo del carruaje. Me sentía hambriento y desanimado, y no me apetecía aguantar las pullas de ese hombre.

—Señor —dije—, partiremos al despuntar el alba. Tened la bondad de prepararos para el camino. No es un viaje fácil, como sin duda sabéis.

Negó con la cabeza.

—No puedo andar. Me rompí la pierna derecha y solo se curó a medias, y esta otra —de nuevo señaló a los vendajes— se niega a curarse, temo que se gangrene. Acercaos y oledla, si queréis.

—Encontraremos la manera —dije—. Pero estad preparado cuando vengamos a buscaros.

Eché la cabeza un poco atrás y me miró casi divertido.

—¡Caramba, señor, sí que sois altanero! El favorito del emperador, no hay duda. Os deseo suerte en las mareantes alturas hasta las que os habéis alzado... Será un largo descenso.

Miré a Schenckel y él asintió con la cabeza. Nos fuimos sin decir palabra, bajamos las escaleras —¡ver al enano esforzarse por esos empinados y traicioneros peldaños era todo un espectáculo!— y pedimos al carcelero que nos dejara salir.

—No es que sea muy necesario encerrarlo con llave —le dije a aquel tipo —, teniendo en cuenta el estado en que se encuentra vuestro prisionero.

—¡Bueno, se las arregla para ir renqueando cuando quiere! —fue su respuesta—. Aunque he de admitir que nunca he conocido a nadie que aguante el dolor como él.

—¿Veis lo que hace Kelley? —me dijo el enano mientras atravesábamos el patio, donde el crepúsculo empezaba a dar paso a la noche—, ¿cómo se gana a las almas más sencillas?

—Sí —respondí—, y a otras no tan sencillas.

Se rio y asintió con la cabeza.

—Dios bendiga a Su Majestad —dijo—. Es cierto que el mundo lo toma por un necio. ¿Qué sería de él sin personas como vos para salvarle de sus locuras?, por no hablar de los Edward Kelley de este mundo.

—Sois atrevido, enano —dije.

—Ah, ¿sí? —preguntó, adoptando un gesto de enorme sorpresa.

—No me gusta oír hablar de Su Majestad en esos términos, como si fuera un necio o un tonto.

—¡Ah!, pero vos no me traicionaréis, ¿verdad? —dijo sonriendo el enano. Luego su gesto cambió y se volvió perverso—. Puede que yo sea atrevido —añadió—, pero vos adolecéis de una desventaja aún mayor: no podéis evitar tener un corazón ingenuo. Eso será vuestra perdición.

Me embargó una oleada de rabia: ¿quién era ese tipo para darme lecciones? Pero dejé que la ola pasara sin romper: estaba demasiado cansado para resistirme. Y además, ¿acaso no tenía razón?

Para cenar, por así llamarlo, me dieron unas gachas aguadas y un correoso muslo de pollo asado. No había sal, las galletas de avena estaban duras y de beber solo me ofrecieron agua. El comedor era amplio y tenía muchas corrientes de aire, las paredes de piedra vista y el techo alto con vigas negras.

Comí solo. Jeppe Schenckel, que parecía alimentarse del aire, había rechazado con un gesto las gachas y el pollo requemado y había pedido a un criado que le indicase dónde estaba su cama. Sir Kaspar y el paje se aventuraron a ir a la ciudad en busca de una cervecería: los dos se habían hecho muy amigos, aunque fuesen una pareja muy extraña. Me había llevado conmigo el volumen del viejo y fiel Plinio, pero esa noche no estaba de humor para su plácida sabiduría. Dejé el libro sin abrir a mi lado en la mesa.

De pronto apareció Elizabeth Weston y se sentó enfrente de mí. Se había quitado el mandil y la cofia. No era guapa, pero tenía un aire de inteligencia y dominio de sí misma que me pareció atractivo, a pesar de su rabia contenida y de la amargura de sus modales. Me observó mientras comía. Su silencio estaba erizado de indignación.

—No deberíais pensar que le deseo ningún mal a vuestro padre —dije por fin.

—¡Oh, claro! —me espetó, con crudo sarcasmo—. Solo lo llevaréis a Praga hasta la cámara de tortura y luego os retiraréis discretamente —miró enfadada a un lado—. Pero en todo caso es mi padrastro, no mi padre. Mi padre murió cuando era pequeña; no me acuerdo de él.

—Sí, claro —dije—, lo había olvidado. Perdonadme.

Se volvió hacia mí y me miró con frialdad unos segundos.

—No vayáis a creer que siento un gran afecto por el hombre de la torre —dijo—. Es un intrigante y un estafador. Por su culpa he acabado aquí, en este agujero. En sus días de gloria, cuando el doctor Dee regresó a Inglaterra y Rodolfo le nombró alquimista de la corte, tenía muchas posesiones: tierras, fincas, pueblos enteros. Era dueño de una destilería, un molino, nueve casas,

¡nueve!, en Jílové, donde están las minas de oro, y dos grandes mansiones en la plaza Carlos. Yo era una niña y di por sentado que todo era nuestro. Luego los católicos conspiraron contra él, y Rodolfo, temeroso del Papa, lo desterró, y a mí con él. Aun así —se llevó la mano fatigada a la frente—, no quisiera verlo sufrir —hizo una pausa—. ¿Qué quiere de él el chambelán?

Dudé si contarle que la torpe intervención de sir Henry Wotton había despertado las sospechas de Lang. Los católicos, pensé, no eran los únicos dados a la conspiración. Isabel de Inglaterra tenía intereses aquí, en Bohemia, y Wotton era solo uno de los muchos que le servían de ojos y oídos en la corte de Rodolfo. La reina tenía motivos para desconfiar: Rodolfo era dado a cambiar de bando religioso y, además, era un Habsburgo y sobrino de Felipe de España, el archienemigo de Isabel. ¿Y qué era esta otra Elizabeth que yo tenía enfrente? Y, si vamos a eso, ¿qué era yo? Ninguno de los dos éramos más que paja ante el huracán de los grandes asuntos mundanos.

—Solo soy el enviado del chambelán —dije—. No conozco sus planes ni sus pensamientos.

Ella hizo un gesto despectivo.

—Vamos, señor —dijo—. Puede que os haya enviado el chambelán, pero mi padrastro me ha contado que sois el principal consejero y confidente del emperador.

—Señora —respondí, apartando el cuenco de gachas—, en la corte hay asuntos demasiado enmarañados para que incluso yo pueda dilucidarlos, por muy grande que creáis que es mi influencia.

¿Y qué influencia era esa, a la postre? No ocupaba ningún puesto, ningún cargo, ningún título; había pedido al emperador que me nombrase miembro del Consejo Privado, pero él se limitó a vacilar y a posponer su decisión y no hizo nada. Yo conocía de sobra lo precario de mi situación. Era como un árbol aferrado a una roca, sujeto solo por unas raíces finas y medio podridas.

—Tenéis que saber qué quiere Lang de mi padrastro —insistió Elizabeth Weston—. No me creo que no lo sepáis.

—Robaron algo valioso —dije—. Un joven y su prometida murieron asesinados. Unos hechos muy misteriosos.

Sí, sí, pensé de pronto, el cofre: ¿era eso, el robo, la verdadera causa de la muerte de Madek? Me habían hablado tanto de él que no le había prestado atención. Pero tal vez tuviese una importancia crucial.

—¿Y qué tiene que ver mi padrastro con esos «hechos misteriosos»? —quiso saber la joven.

—Jan Madek, el hombre que murió, estuvo aquí —dije—. A algo tuvo que venir.

Ella guardó silencio y me observó. Una corriente de aire hizo que temblara la llama de las velas y las sombras bailaron un instante en la pared que teníamos al lado.

—¿Qué robaron? —preguntó.

—Un cofre con unos documentos cuya naturaleza exacta no puedo revelaros.

—¿No podéis, no queréis... o la desconocéis?

No respondí. Ella volvió a mirar a un lado y asintió pensativa con la cabeza.

—Cuando estuvo aquí, Kroll preguntó lo mismo —dijo—. Él y los suyos amenazaron a mi padrastro y le hicieron daño... Oí sus gritos en la torre. Es un hombre enfermo; no deberían tratarle así.

—Hay quien cree —respondí— que Madek se llevó el cofre y lo escondió en alguna parte.

Elizabeth siguió mirando hacia otro lado, y no tuve la certeza de si me estaba escuchando o estaba abstraída en sus propios pensamientos.

—Su padrastro niega que el joven estuviera aquí —dije—, pero sé que está mintiendo.

Ella soltó una risa en voz baja, y luego un suspiro de amargura.

—Nunca debería hacerle preguntas directas... Siempre responderá con una mentira. Él es así.

—Eso me han dicho.

Una vez más, la corriente agitó la llama de las velas, una vez más las sombras danzaron. Elizabeth Weston se levantó, se dirigió a un alto aparador de madera que había en un rincón y volvió con una botella de barro y dos vasitos de cristal. Sirvió un trago para cada uno y me tendió un vaso.

—Licor de ciruelas —dijo—. Lo hago yo misma..., igual que todo lo que tenemos. Su Graciosa Majestad no nos da nada, ni siquiera una asignación para vivir.

La bebida era dulzona y un tanto empalagosa, pero tenía un efecto reconfortante que me alegró. Fuera se estaba levantando viento, y en alguna parte de las profundidades del castillo una puerta que alguien había dejado abierta empezó a dar golpes y más golpes.

La joven que tenía delante, un poco aplacada su rabia, sorbió su bebida y no dijo nada durante un rato. Luego apoyó la mejilla en el puño y me miró con aire especulativo.

—¿De dónde sois? —preguntó—. Quiero decir, ¿dónde nacisteis?

—En Ratisbona —dije—. ¿Y vos?

—En Inglaterra, en el condado de Oxford.

—Vuestro alemán es admirable.

—También hablo checo, italiano y latín.

—Por supuesto, he leído vuestros versos latinos —dije.

Sonrió con ironía.

—Veo que sois también un mentiroso, como mi padrastro.

Seguro que me ruboricé: no había leído su poesía, y lo había dicho solo para halagarla. Conocía su reputación, aunque en la época aún era escasa. Después, con la muerte de Kelley, cuando le permitieron volver a instalarse en Praga, se hizo famosa y escribió recargadas odas a Rodolfo, a Praga y a Bohemia, a sí misma y a su círculo de admiradores. Era una mujer notable, es decir, llegó a serlo al hacerse famosa. No puedo hablar de la calidad de sus versos, salvo para decir que no eran de mi gusto.

Cogió la botella y rellenó mi vaso y el suyo.

—¿Creéis que mi padrastro está loco? —preguntó.

—¿Loco? —dije yo—. A mí no me lo parece. Fue el hombre de confianza de John Dee, y se dice que también un maestro en el arte de la adivinación.

—¡Oh!, esa sarta de disparates —me echó una mirada burlona—. Solo los hombres podrían tomárselo en serio. ¿Vos lo creéis?

Tuve que sonreír, a mi pesar.

—Caramba, señora —dije—, hacéis preguntas muy difíciles —hice una pausa. La puerta seguía dando golpes al viento—. Creo —continué— que el mundo es un gran código que debemos descifrar. No me cabe duda de que hay hombres que nacen con el don de ver la esencia de las cosas y que tienen un conocimiento secreto de la verdadera naturaleza de la materia y sus posibilidades.

Elizabeth miró distraída su vaso. Una racha de viento golpeó los muros y las ventanas con acariciante estrépito.

—Afirma que habla con los ángeles, como hacía el doctor Dee —dijo—. Una vez me lo encontré a cuatro patas en el suelo y aullando como un lobo. A veces se planta de noche en lo alto de la torre, con los brazos extendidos, gritando blasfemias al cielo e invocando a los espíritus. En momentos así no sé si reírme o asustarme de él. En ocasiones pienso que tiene el juicio perturbado...

—A menudo esa es la impresión que nos da a los demás la gente con poderes ocultos.



—... pero luego veo lo astuto y calculador que es y cambio de opinión — inclinó el vaso e hizo girar la base como un aro sobre la mesa—. ¿Os interesan tales asuntos: la alquimia, la transmutación de los metales y demás?

—Los estudié muchos años —dije—, y los creí. Pero entonces era joven y creía muchas cosas.

Me sonrió casi con calidez.

—No es que ahora seáis muy viejo —dijo.

—Tengo fe en la filosofía natural, claro —proseguí—, en la ciencia de cuanto puede probarse y refutarse en el mundo visible. Pero en lo que respecta a lo demás, tengo serias dudas.

—Entonces ¿no creéis en la magia?

Me encogí de hombros.

—Hay fenómenos que la razón sola no puede explicar —respondí—, eso os lo concedo. Pero muchos de los prodigios de los que vuestro padrastro y el doctor Dee decían ser capaces me parecen..., en fin, patrañas.

Vi que en esta ocasión había dejado de escuchar. Estaba contemplando la sala con el ceño fruncido.

—Para mí es difícil vivir aquí —dijo—. Estoy sola y tengo miedo. Los guardias... —se interrumpió; esperé. Negó con la cabeza—. Veo cómo me miran, oigo lo que dicen. Este es un sitio desagradable, inhóspito y olvidado. No estoy hecha para un lugar así y no puedo vivir en paz.

Entonces llegó el súbito azote de la lluvia de fuera. El viento cobró renovada intensidad y dos de las cuatro velas de la mesa se apagaron.

—¿No tenéis a nadie más en el mundo? —pregunté.

Estaba ocupada volviendo a encender las velas.

—Oh, sí, tengo a mi madre, y a mi hermano, John, pero están en Praga... Viven allí en secreto, sin que lo sepa el emperador, mientras yo sufro el destierro.

Llenó otra vez los vasos. La tormenta aullaba en torno al castillo, un enorme temporal de viento, lluvia y granizo. Pensé en el hombre de la torre, sentado a su mesa, murmurando sortilegios para sí y para la noche.

Un gran destello de luz iluminó toda la sala un instante; luego llegó el retumbar del trueno. Vi que Elizabeth Weston se había puesto pálida y que le temblaba el labio.

—Tengo miedo —dijo—. Tengo miedo del mundo —me miró angustiada—. ¿Creéis que la ha conjurado él?

—¿La tormenta?

—Sí. Para demostraros su poder.

Me recliné en el asiento y la miré.

—Vos misma habéis dicho que es un farsante. E incluso si no lo fuese, ningún mortal tiene el poder de dominar los elementos, por mucho que digan el doctor Dee y sus acólitos —alargué el brazo y le toqué la mano—. No tengáis miedo.

Pensé que se apartaría, pero no lo hizo. Tenía la mano caliente.

Otro destello, otro estruendo.

—Por favor, no tengáis miedo —repetí, en voz más baja.

Me miró, miró mi mano.

—¿Me llevaréis a Praga? —preguntó entrelazando sus dedos con los míos con tanta fuerza como si quisiera rompérmelos—. Llevadme —dijo con ferocidad, mirándome a los ojos—. Llevadme con vos.

Su dormitorio era otra vasta y fría sala de piedra equipada con grandes muebles de propósito incierto. En contraste con los baúles y cómodas enormes y excesivamente ornamentados estaba su cama cerrada de madera de cedro, tan alta, ancha, profunda y sencilla como un guardarropa, apartada en un rincón, como si hubiese huido allí asustada por la inmensa inutilidad que la rodeaba. En esa cama, que tenía un par de puertas anchas, nos habíamos metido, temblando los dos por el frío y entre las disculpas de ella por no haber encendido la estufa. Cerró las puertas a nuestra espalda y nos envolvió la oscuridad. El colchón de plumas era alto y suave.

Fuera, detrás de las toscas paredes de la habitación, la tormenta seguía rugiendo como un gigante enfurecido que golpeara los puños contra la casa y lanzara rayos contra las ventanas.

—Abrazadme —susurró temblorosa la joven entre mis brazos—. ¡Oh, abrazadme!

Después de esa súplica susurrada y apremiante de que la abrazara y protegiese, no dijo una palabra, sino que se concentró en hacer el amor con callada vehemencia, jadeando entre los dientes apretados, retorciéndose debajo de mí y golpeándome con los puños. Se debatió con violencia, como si la estuvieran violando, no yo, sino ella a sí misma. Noté que le daba rabia haber cedido a su temor, su necesidad y su deseo.

Yo estaba un poco asustado: me atemorizaba ella, y, confusamente, también yo mismo.

Cuando acabamos exhaustos aquel asalto, nos quedamos tumbados en la oscuridad la una junto al otro y me acomodé como mejor pude al reducido espacio. La cama era corta, pues estaba pensada para dormir medio sentado, y daba con los pies contra la parte de abajo y con los codos contra las puertas.

La culpa se había abatido sobre mí, como el águila de Prometeo. De nada me servía repetirme que ella me había entregado el botín de su cuerpo a sabiendas, como un paquete de mercancías preciosas, después de poner el

recibo en mi mano con sus dedos cálidos. Ahora no tendría más opción que llevarla conmigo a Praga. Ese era el precio de mi placer, y si sufría las consecuencias lo tendría bien merecido. Imaginé a Caterina Sardo mirando a la joven y comprendiendo en el acto lo que había ocurrido esa noche, en esa cama minúscula y cerrada, mientras rugía la tormenta y la puerta abierta giraba sobre los goznes y daba golpes a lo lejos.

Nos quedamos dormidos, los dos, ella dándome la espalda y yo abrazado a ella. Ignoro cuánto tiempo dormimos, pero cuando nos despertamos, despertamos a la vez con un violento sobresalto.

—¿Ha sido eso un grito? —susurró, buscándome a tientas en la oscuridad y cogiéndome de la muñeca.

—¿Un grito? —respondí—. No he oído nada —¿o sí?—. ¿Cómo que un grito?

—Ahí fuera, en la noche.

—Probablemente sean sir Kaspar y el muchacho, que vuelven borrachos de la ciudad.

—No, no ha sido el grito de un borracho.

Buscó su ropa en la cama.

—¿Qué hacéis? —dije—. No podéis salir con semejante tempestad.

Los truenos se habían alejado un poco, pero el viento seguía soplando con fuerza y llovía tanto como al principio. Volví a rodearla con mis brazos y la obligué a tumbarse. Noté los rápidos latidos de su corazón. Se echó a llorar, con rabia al principio, dejándose llevar por el pesar después.

—¿Por qué habéis tenido que venir? —dijo, sollozando—. ¿Es que no bastaba con desterrarnos y abandonarnos aquí? ¿No hemos sufrido lo suficiente? Ahora os lo llevaréis a Praga y lo meterán en una mazmorra para torturarlo —se sentó a toda prisa—. Escuchad —prosiguió; yo apenas distinguía su silueta en la oscuridad—, ¿y si os digo lo que el chambelán y los demás quieren saber? ¿Regresaríais a Praga y dejaríais a mi padrastro en paz?

—¿Cómo sabéis lo que quieren saber? —pregunté.

La oí ponerse la camisa. Sus lágrimas se habían secado; de pronto, todo era urgencia y determinación. Como si hubiese olvidado nuestro apasionado combate de antes, o como si no hubiese ocurrido nunca.

Había comprendido qué hacer; había visto una salida.

Pasó por encima de mí, bañándose en sus intensos aromas femeninos, abrió las puertas y salió al suelo de piedra. Yo también empecé a vestirme e hice ademán de seguirla.

—No, no, quedaos —dijo—. Aquí hace demasiado frío; solo voy a buscar una lámpara.

Volví a sentarme en la cama deshecha con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra el panel de madera de detrás. Ella cogió la lámpara, la puso sobre una mesita enfrente de las puertas abiertas, y de nuevo subió a la cama alta y profunda y se instaló a mi lado.

—¿Qué tenéis que decirme? —pregunté.

Me cogió de la mano.

—Creo que sois un buen hombre, Christian Stern —dijo—. ¿Tengo razón?

—No lo sé —respondí. Aún no me había dirigido a ella por su nombre, ni una sola vez—. No creo que nadie sea bueno o malo del todo. Somos una mezcla y actuamos de acuerdo a las circunstancias en que nos encontramos.

Pero, una vez más, su atención se había distraído y había dejado de escucharme.

—Quiero confiar en vos —dijo, y me apretó la mano—. Necesito confiar en alguien —guardó silencio un instante; noté cómo pensaba y pensaba. En la distancia seguía retumbando el trueno—. El gran senescal, Felix Wenzel —dijo por fin—, nos escribía aquí.

Por un momento me quedé atónito. Era lo último que habría esperado que dijese.

—¿Cartas? —pregunté—. ¿Queréis decir a vuestro padrastro?

—Sí, pero no eran para él.

—Entonces ¿para quién?

—Para... otra persona. Wenzel utilizaba a mi padrastro como canal, un canal entre él y...

—¿Y? —pregunté.

Se mordió el labio y cerró los ojos.

—La reina —susurró, en voz tan baja que apenas oí la palabra.

—¿La reina? —repetí—. ¿Qué reina?

—Nuestra reina... Isabel.

—¿Isabel? ¿Isabel de Inglaterra?

Por un segundo noté un vacío en el pecho. Fue como si se quedara sin aire, como si la fuerza del viento sulfuroso y tormentoso lo hubiese aspirado allí mismo.

La joven se estremeció.

—Dios mío —murmuró—. ¿Qué he dicho?

A lo lejos, la puerta golpeaba con más frecuencia y más fuerza, como si estuviera enfadándose.

No se me ocurrió qué pensar. ¿Mentía? Mas, si era así, ¿con qué propósito? ¿Era una trampa para salvar a su padrastro, para salvarse a sí misma? Pero ¿en qué consistía y cómo funcionaba?

—¿De qué se escribían —pregunté— Wenzel y la reina?

—No lo sé —respondió con impaciencia—. Secretos, supongo, planes y estrategias. Conjuras... Las cosas que traman las personas como ellos.

—Pero ¿cómo sabéis lo de las cartas? ¿Las habéis visto? ¿Os las mostró vuestro padrastro?

Intentó apartarse de mí.

—¡Dejadme! —gritó—. ¡Me hacéis daño!

Le solté la mano; no me había dado cuenta de que estaba agarrándola con tanta fuerza.

—Lo siento —me excusé—. Pero tenéis que decírmelo. He de saberlo.

—Vi una carta. Cometió el descuido de dejarla sobre la mesa. Era de Wenzel, creo.

—¿Qué decía?

—No pude descifrarla. Estaba escrita en clave.

—¿Qué clase de clave?

—Una inventada por él.

—¿Por vuestro padrastro?

—Sí. Le pedí que me la explicara. Había ideado dos códigos, uno para Isabel, el otro para Wenzel. Solo él sabía descifrar ambos. Las cartas llegaban por medio de mensajeros secretos, de Praga, de Londres. Él las traducía de un código al otro y las enviaba, las de Wenzel a la reina, y las de la reina a Wenzel. Para eso lo utilizaban. Era su... su intermediario.

—¿Por qué lo hacía? ¿Qué sacaba él a cambio?

—Wenzel prometió que cuando llegase al poder permitiría a mi padrastro volver a Praga, instalarse en una de las mansiones que había tenido en la plaza Carlos..., volver a ser un gran hombre.

—¿Cuando llegase al poder? —repetí—. ¿Wenzel?

—Sí. Cuando hubiese derribado a Lang, y al emperador, y puesto a su hermano en el trono.

—¿Al hermano del emperador? ¿Matías?

—Sí, sí, supongo que sí. No lo sé —otra vez se echó a llorar, abstraída, casi ausente; sus lágrimas brillaban a la luz de la lámpara—. ¡Ay, Dios; ay, Dios! —murmuró, llevándose los dedos a la boca. Luego se calmó, bajó las

manos y se recostó, como si se hubiese quedado de pronto sin energías—. ¿Qué he hecho? —se preguntó, tan tranquila y llanamente como si esperara una respuesta—. No debería haber hablado.

Me recliné contra el panel de madera de la cama y cerré los ojos. Yo también me sentía exhausto. Era como si hubiese estado cargando con un peso enorme mucho tiempo sin darme cuenta y me hubiese percatado en ese momento, algo lo bastante pesado para romperme la espalda y que no sabía que estuviese ahí.

—No lo entiendo —dije, y no pude evitar que me temblara la voz—. La caja, el cofre que Madek le robó a Kroll...

—Lo trajo aquí —respondió Elizabeth Weston.

Ella también se había apoyado contra el panel que teníamos a nuestra espalda; ella también daba la impresión de haberse quedado sin fuerzas.

—¿Qué había en el cofre? —pregunté.

—Papeles mágicos, documentos, hechizos, cosas así... Cosas que Kroll había recopilado a lo largo de muchos años, y que el emperador ambicionaba y quería para él.

Así que lo que había dicho Jeppe Schenckel era cierto: había documentos valiosos, y Madek los había robado.

—Se los ofreció a mi padrastro —continuó— para que él a su vez pudiera ofrecérselos a Rodolfo, y así poner fin a su exilio y que le permitieran regresar a Praga —suspiró—. Pobre Madek... Estaba decidido a vengarse de Wenzel, y de Kroll. Quería recuperar a su Magdalena, y castigar a su padre y al gran senescal por haber permitido que se la quitaran. Estaba loco de celos y de rabia.

—Así que le dio el cofre a vuestro padre —dije.

—Sí —su voz sonó muy baja.

—¿Y qué le pidió a cambio Madek? —por supuesto, ya sabía la respuesta; cómo no saberla.

—Las cartas —dijo ella—. Se suponía que mi padrastro debía destruir los originales después de escribirlas en código, pero se las guardó en secreto.

—¿Y se las dio?

Ella miró la luz de la lamparilla que había sobre la mesa y asintió con la cabeza.

—Sí. Sabía que Wenzel le había engañado, que todas sus promesas eran falsas. Sabía que no volvería triunfal a Praga. Llevaba aguardando demasiado tiempo y había perdido la esperanza. Ahora quería vengarse, quería acabar con Wenzel y también con Kroll. Así que sacó los papeles de Kroll del cofre

y metió en su lugar los de la reina y las cartas de Wenzel, lo cerró, se lo dio a Madek y le dijo: «Lleváoslas a Praga. Destruid a Wenzel como mejor os plazca. Derribad los pilares del templo».

Una vez más, nos quedamos callados.

—Y los papeles que estaban en el cofre, los papeles de Kroll que el emperador anhelaba, ¿qué hizo vuestro padrastro con ellos?

Ella soltó una risita en voz baja.

—Los echó a la chimenea y los quemó —respondió. Hizo una pausa y prosiguió—: Le habían traicionado, todos ellos: Wenzel, Ulrich Kroll, el emperador mismo. Y ahora, por medio de ese joven vengativo, se resarciría.

Eché la cabeza atrás y la giré despacio de un lado al otro apoyado contra el panel de madera. Sí, sí, sí, lo vi claro. Kelley había comprendido que le habían engañado, que Wenzel no tenía intención de devolverlo a su antigua posición de poder e influencia; y que el emperador tampoco lo liberaría de su exilio en Most. Los días de grandeza habían quedado atrás para siempre: era el final, habían despojado al hechicero de sus poderes. Solo le quedaba la venganza.

—No sé lo que sucedió cuando Madek fue a Praga —dijo Elizabeth Weston con una voz débil y tranquila que parecía llegar de muy lejos—. Supongo que le dijo a Wenzel que tenía las cartas y le amenazó con ellas, y Wenzel lo hizo detener.

—Le torturaron —dije—. Le arrancaron los ojos. Luego lo estrangularon con un cordel y lo arrojaron al Foso de los Ciervos —hice una pausa, esforzándome por organizar mis ideas y sacar algo en claro de ellas—. Pero ¿qué fue del cofre? —pregunté, más para mis adentros que a ella—. Debió de decirles dónde estaba. Es imposible que callara con los tormentos que le infligieron.

Ella negó con la cabeza.

—No se lo dio. Hiciera lo que hiciese, no se lo dio. Por eso vino Kroll, con sus hombres, a buscarlo. También torturaron a mi padrastro. Lo habrían matado como mataron a Jan Madek, pero supongo que temieron que el emperador cambiara de idea algún día y pidiese que le enviaran de vuelta a su antiguo hechicero.

—¿Le dijo vuestro padrastro a Kroll que le había entregado las cartas a Madek? —pregunté.

Una vez más, negó con la cabeza.

—Lo desconozco. Lo único que sé es que Kroll se marchó furioso y amenazó con volver. Sí, estaba muy enfadado, pero también tenía miedo, lo



noté, miedo de Wenzel, miedo del emperador y de todos esos planes y conjuras en los que se había dejado enredar. Y luego murió su hija.

—Sí —dije—, la asesinaron con crueldad. ¿Sabéis quién?

—¿Qué? —me miró con gesto ausente.

—¿Sabéis quién mató a la hija del doctor?

Hizo un ademán de impaciencia.

—No —respondió sin más—, no, claro que no. ¿Y vos?

Vivimos con la convicción de que estamos a salvo, de que el hielo no se quebrará bajo nuestros pies, de que el rayo no golpeará el árbol bajo el que nos cobijamos de la tormenta, de que la puerta no se abrirá de golpe y los soldados no subirán por las escaleras para apresarnos mientras dormimos. Pero en el fondo sabemos que todo es una ilusión, por más que debamos aferrarnos a ella si no queremos que el miedo nos domine y nos consuma, como el cangrejo letal que crece en el interior del hombre y devora sus entrañas. Y, de hecho, esa noche, sentado en la cama estrecha al lado de esa mujer asustada, me pareció notar en mi interior una pinza aserrada que se abría con sigilo.

Elizabeth Weston se volvió hacia mí.

—Pero ¿por qué habéis venido? —preguntó—. ¿Por qué os ha enviado Lang, por qué ahora?

Dudé.

—Sir Henry Wotton —dijo—, ¿lo conocéis, sabéis quién es?

—Sé que es el hombre de la reina, su representante, su embajador. Hace mucho, en los buenos tiempos, venía a nuestra casa.

—Pidió permiso para viajar a Most —dije—. Y despertó las sospechas del chambelán.

Podría haber añadido que había sido yo quien le había contado al chambelán lo de la petición de sir Henry, pero callé; callé.

El viento se coló por la chimenea; la lámpara tembló. Los truenos habían cesado por fin.

—¿Así que fue solo eso? —dijo Elizabeth Weston, con un tono de fatigosa perplejidad—. ¿La pregunta de Wotton y las sospechas del chambelán? ¿Fue esa la única causa?

—Sí —dije.

Lo dije y, al decirlo, noté algo que se movía en mis entrañas, otra vez la pinza aserrada de la criatura. No era inocente, sino cómplice. Yo era el hombre del chambelán, igual que Jeppe Schenckel lo era del emperador y Kroll de Wenzel. ¿Hay alguien que no sea de alguien?

—Y Lang no le soltará —dijo Elizabeth Weston— ahora que Wotton ha sembrado la duda en su cabeza.

En nuestros esfuerzos amorosos se le habían soltado los alfileres del pelo, y brillantes mechones le caían sobre los hombros. El corpiño que se había puesto estaba sin atar y vislumbré la suave curva de un pecho. Sin embargo, nuestro momento de galanteo parecía muy lejano, una escena estilizada, como el asunto mítico de un cuadro, que el pintor ha colocado muy lejos, en alguna parte en la esquina inferior de un vasto paisaje de árboles, ríos y soñolientas montañas azules.

—¿Qué le harán en Praga? —preguntó la joven.

Los dos teníamos la mirada perdida, sentados a la luz de la lámpara el uno al lado del otro.

—Como he dicho, le interrogarán.

—¿Interrogarle? Bonita manera de decirlo. Le torturarán, ¿no? Es lo que hacen siempre: llaman al de la capucha negra con sus tenazas y sus hierros candentes.

Guardé silencio. Ella asintió despacio con la cabeza, mirando hacia delante. No dijo nada en un buen rato, y luego añadió:

—Lo que he oído era un grito. Sí.

Tenía razón; había oído un grito. Por la mañana encontraron a Kelley al pie de la torre negra, desde lo alto de la cual se había caído o más probablemente se había arrojado a la muerte sobre las losas de piedra de abajo. Fue su hijastra quien lo encontró. Cuando llegué estaba arrodillada en el barro, acunando su cabeza rota y ensangrentada sobre el regazo. Me miró con gesto inexpresivo, aunque la boca estaba extrañamente torcida por las comisuras, como en una sonrisa desquiciada. No se me ocurrió nada que decirle.

Jepe el enano apareció, pisando con cuidado con sus elegantes zapatos en el fango que había formado la tormenta.

—¿Qué es esto? —dijo—. ¿El hechicero vuela demasiado cerca del sol y se le funden las alas?

—Id a buscar a nuestro cochero —le respondí—. Decidle que partiremos dentro de una hora.

Yo mismo fui a buscar a sir Kaspar y al paje. Habían vuelto a medianoche, borrachos y empapados por la tormenta, y como no habían encontrado a nadie que les mostrara el camino a una cama, habían dormido en un granero fuera de las murallas del castillo. Cuando los localicé estaban despatarrados en la paja como un par de cadáveres. Les di una patada en la suela de las botas para despertarlos. El muchacho soltó un gañido lastimero y no abrió los ojos hasta que lo cogí del cogote y le obligué a ponerse en pie, e incluso entonces quedó colgando de mí como una marioneta sin hilos. Con la ropa mojada olía como una oveja, y la pechera de su jubón estaba cubierta de vómito seco. También tenía un ojo morado y un labio roto.

—Discutió con el guardia, sí señor —dijo sir Kaspar con voz ronca, sentándose y bostezando.

—Maldita sea, señor —dije—; podríais haber cuidado mejor de él.

El caballero me echó una larga mirada ofendida. Después de ponerse en pie tambaleante, se estremeció; luego gargajeó y escupió. Su aspecto desaliñado recordaba a la propia mañana: la tormenta había pasado, pero el

cielo seguía hosco, con nubes de color humo que pasaban a toda prisa y entre las que bailaba y se ocultaba un sol acuoso.

—El doctor Kelley está muerto —dije.

El viejo caballero me miró.

—Lo han matado, ¿no?

—Se cayó de la torre en algún momento de la noche.

—¡Cristo bendito! —exclamó el caballero, y soltó una risa sibilante y satisfecha moviendo la cabeza—. ¡El chambelán se cobrará vuestro pellejo por esto!

—Y el vuestro, no me cabe duda —dije—. El enano ha ido a despertar al cochero. Id también y preparaos para partir.

Noté cómo sopesaba desafiarme —después de todo, era un caballero, aunque polvoriento, ¿y qué era yo más que un sofista y un escribano?—, pero al final encogió los hombros huesudos y se marchó murmurando.

Yo continuaba sujetando a Norbert, el muchacho horrible; lo solté, le di un puntapié y le envié a buscarme algo para desayunar. Volví al frío salón donde había cenado la noche anterior, pero no vi a ningún criado y no habían encendido el fuego. Después de deambular un rato por otras salas, seguí sin encontrar a nadie... El castillo parecía abandonado.

Por fin di por azar con una pequeña capilla de piedra y vi el cadáver de Kelley tumbado en un féretro y rodeado de velas encendidas. Le habían limpiado la sangre del cráneo, le habían puesto una túnica negra y una gorguera de seda, y le habían atado la mandíbula con un lienzo blanco para que no se le abriera. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Podría haber sido una estatua de sí mismo, con la piel tan pálida como el mármol y la boca muy seria. Qué curiosas las pequeñas bondades que nos brinda la muerte, el bálsamo de dignidad que proporciona. En vida, el hechicero no había parecido ni la mitad de noble y sereno que en ese momento.

Pasé por otra serie de estancias sucias y austeras. Iba en busca de Elizabeth Weston, aunque supuse que no estaría de humor para hablarme. No me cabía duda de que ella, al igual que el chambelán, me consideraría responsable de la muerte de su padrastro.

Me hallaba en un dilema respecto a qué hacer. Parecía imperativo trasladar los restos de Kelley a Praga. Había sido un gran hombre en esa ciudad, y el emperador, estaba seguro, querría que se le presentaran los respetos debidos, se celebrara su funeral y se le enterrara allí. Pero ¿y Elizabeth Weston? ¿Qué debía hacer con ella? Su destierro habría terminado, ahora que su padrastro había muerto, pero ¿tenía yo autoridad para permitir

que acompañase al cadáver de Kelley a la ciudad, a pesar de la promesa apresurada que le había hecho la noche anterior con el acaloramiento del deseo y después de beber demasiadas copas de licor de ciruelas? Y cuando llegase a Praga, ¿qué? Su madre y su hermano podrían acogerla, pero dado que estaban allí en secreto no querrían llamar la atención, aunque fuese por una hija y una hermana. Y además estaba la cuestión de Caterina Sardo. ¿Qué diría y, más importante aún, qué haría cuando me viese llevando conmigo a una joven? Por muy bien que se me dieran los disimulos, conocía a mi Caterina, de ojos penetrantes y garras afiladas.

Había vuelto al salón y estaba sentado a la mesa vacía —¿dónde se había metido mi criado con el desayuno?— dándole vueltas a tan delicadas cuestiones cuando sir Kaspar entró, todavía demacrado y resacoso. Él también parecía indeciso, y se paseó por la sala toqueteándolo todo, atizó las brasas frías de la chimenea, se sirvió un vaso de agua y se detuvo en el umbral para contemplar el patio mientras silbaba en voz baja y sin melodía para sus adentros. Al final, perdí la paciencia.

—¡Por el amor de Dios, dejad de pulular, señor caballero! —le espeté—. Si tenéis algo que decir, decidlo.

Se sentó a la mesa sin mirarme y dejó que sus ojos tristes de sabueso se fijaran aquí y allá.

—Es el retaco —dijo—. ¿Cómo se llama?

—¿Os referís al enano, Schenckel?

—Sí, al enano —hurgó en los nudos de la mesa con un pulgar calloso—. He subido al cuarto del doctor, a su celda, ya me entendéis, para echar un vistazo...

—¿Por qué? —pregunté. Él me miró con el ceño fruncido. Me contuve, y volví a preguntar—: ¿Por qué habéis ido a su celda?

Se encogió de hombros y una vez más dejó que su mirada vagase por el salón.

—Solo para comprobar que todo estaba... que todo estaba en orden y demás. El caso es que me he encontrado al enano.

—Ah, ¿sí? —me incorporé en la silla y puse las manos sobre la mesa—. ¿Y qué estaba haciendo?

Se inclinó hacia delante y entornó los ojos en un gesto confidencial.

—Había estado registrando.

—¿Registrando?

—Las cosas del doctor, ya sabéis..., sus documentos y demás —hizo una pausa—. Supongo que ya debía de haber encontrado algo, pues en cuanto me

vio se hizo a un lado, se metió algo en el jubón y luego se dio la vuelta y me miró con gesto altanero y preguntó qué pintaba yo allí y qué creía que estaba haciendo.

—¿Y qué le respondisteis?

—Que me habíais enviado vos a poner orden y comprobar que todo estuviera en su sitio.

—¿Y os creyó?

Sonrió, lo cual, con su rostro alargado y sus dientes descoloridos, le dio por un instante un notable parecido con un caballo.

—¿Qué más da que me creyera o no? —dijo—. ¿Qué es él sino el bufón del emperador?

—¿Le exigisteis que os mostrara lo que había cogido?

Volvió a sonreír.

—He pensado dejaros eso a vos, Herr Doktor —respondió.

Norbert, el paje, que parecía un poco recuperado de los excesos de la noche —aunque ver su ojo hinchado, púrpura y amarillo no era agradable—, llegó para anunciar que no había encontrado nada de comer en el castillo. Por lo visto, los criados habían huido a esconderse en la ciudad nada más enterarse de la muerte del doctor.

Solté una blasfemia y me volví hacia sir Kaspar.

—¿Qué hay del carruaje? —pregunté—. ¿Estamos preparados para partir?

—El carruaje está listo —respondió—, pero el mozo de cuadra ha dejado a los caballos sin comer, y dudo que estén dispuestos a ponerse en camino sin su pitanza.

—¡Cristo bendito! —exclamé—. ¡Qué país!

El viejo caballero asintió con sabiduría.

—En eso no os falta razón —dijo—. No es sitio para nosotros, que venimos de tierras alemanas.

Después de otra búsqueda, encontré a Jeppe Schenckel en el patio fangoso, apoyado en su bastón al lado del carruaje, con el aire de quien lleva mucho tiempo esperando y está impaciente por partir. El sol estaba más alto, brillaba con fuerza entre las nubes veloces y arrojaba manchas de un resplandor pálido para luego volver a ocultarse en las sombras. Nuestro cochero había enganchado los caballos, que tenían la nariz metida en los morrales que el hombre había conseguido en alguna parte.

El enano siguió con gesto ausente y evitó mirarme a los ojos.

—¿Qué os habéis llevado de la celda de Kelley? —le pregunté—. Y no digáis que nada porque os han visto.

Miró hacia sir Kaspar y luego hacia mí. Estaba claro que pensaba resistirse.

—No sé de qué me habláis —dijo—. ¿Qué se supone que me he llevado?

El paje, que estaba haraganeando en el umbral, observó la escena con animada anticipación: se respiraba la tensión en el aire. Hasta el grueso cochero dejó de apretar las cinchas y las hebillas de los caballos para mirarnos.

—Os lo repetiré —dije—. ¿Qué os habéis llevado?

—¡Bah, señor! —respondió el enano—. ¿Quién soy yo para quedarme aquí y que me interrogue alguien como vos?

Detrás de él, sir Kaspar, con lenta determinación, desenfundó su espada —un arma temible— y, poniendo la hoja plana, golpeó con fuerza al enano en los omóplatos. El enano soltó el bastón, alzó los brazos y cayó con un gemido sobre las rodillas contrahechas, con la cara contorsionada por el dolor. Se quedó arrodillado y mareado, hasta que sir Kaspar, con una espantosa sonrisa, se adelantó y le plantó el pie en la parte baja de la espalda. Gritó: «¡Abajo, perro!», le empujó y el hombrecillo cayó de bruces en el barro.

Detrás de nosotros, Norbert el paje soltó una risotada.

El viejo caballero volvió a levantar el pie, lo apoyó en la nuca del enano, inmovilizándolo contra el fango, y se volvió hacia mí como si tal cosa.

—¿Qué decís, señor? ¿Queréis que lo rebane un poco? —preguntó con impaciencia.

—¡Basta! —dije alzando una mano—. Basta ya.

No me agrada ver a un hombre retorcerse en el barro con el pie de otro hombre en el cuello, sea quien sea y haya hecho lo que haya hecho. Además, si lo que Jeppe había escamoteado de la celda de Kelley era un documento y lo llevaba oculto en el jubón, el barro lo estropearía.

El viejo caballero, claramente decepcionado al no poder seguir divirtiéndose, se agachó y, mientras decía: «¡Arriba!», tiró del enano y lo puso en pie.

El rostro de Schenckel era una máscara de barro, en la que sus ojos brillaban con furia asesina.

Extendí la mano.

—Entregádmelo —dije—. Sea lo que sea lo que hayáis cogido del escritorio del doctor, entregádmelo ahora.

Era mediodía cuando por fin conseguimos ponernos en marcha en una desordenada caravana encabezada por nuestro carruaje, con sir Kaspar, Norbert el paje y el enano dentro, y yo sentado arriba al lado del cochero para hacer de centinela —y, si he de ser sincero, para no tener que ver al enano humillado y vengativo—; detrás iba un carro tirado por una mula apolillada con el cadáver del doctor Kelley envuelto en un sudario de lienzo. Yo había insistido en que Elizabeth Weston ocupara mi asiento en el carruaje y dejara que el joven Norbert viajase en el carro, pero quiso ser ella quien acompañara a su padrastro en su último viaje. Apartándose de mí con gesto inflexible, subió al pescante, después de desdeñar la mano que le ofrecí, e hizo restallar las riendas del carro como si fuesen un par de látigos. Llevaba sus cosas empaquetadas a sus pies en una bolsa de cuero.

El enano ofrecía un espectáculo lamentable, sucio, amoratado y dolorido. Elizabeth Weston se había apiadado de él antes de que nos fuésemos, lo había llevado al castillo y lo había limpiado lo mejor que había podido. Pero seguía teniendo un aspecto penoso, y yo mismo sentía cierta lástima por él, y también un poco de vergüenza por haber dejado que lo trataran con tanta rudeza. Aunque, después de todo, había intentado engañarme y traicionarme.

Lo que se había llevado de entre los papeles del doctor Kelley —que yo debería haber puesto bajo custodia nada más enterarme de su muerte— eran una docena de finas hojas amarillentas de pergamino, con agujeros en la parte izquierda y atadas con un cordel como una especie de panfleto. Las hojas estaban cubiertas de arriba abajo, con una caligrafía minúscula, de extraños jeroglíficos con letras y símbolos que no pude entender. Cuando presioné al enano para que me dijese qué era y por qué había cogido precisamente eso del montón de documentos que había sobre la mesa de trabajo de Kelley, se negó a responder y apartó la cara con un gesto tan frío e inflexible como el de Elizabeth Weston.



Ahora, mientras emprendíamos el lento camino de regreso a Praga, saqué las hojas de mi bolsa y volví a escudriñarlas de cerca. La escritura, en dos columnas, parecía ser una especie de código, hecho con letras romanas, griegas y hebreas mezcladas con números y muchos símbolos extraños que no logré identificar.

¿Habría sido este documento, me pregunté, uno de los preciosos papeles del doctor Kroll? ¿Se le habría traspapelado a Kelley y habría olvidado destruirlo cuando quemó todos los demás? Sin duda, era lo que había pensado Schenckel.

Después de una hora de debatirme inútilmente con ese misterio, lo comprendí de pronto. Entonces me reí, y al hacerlo reparé en los pocos motivos que había tenido para reírme esos días.

No era un código, sino la clave de un código —dos códigos, el de Isabel y el de Wenzel—. Volví a reírme, esta vez con amargura. Así que esa era la última broma cruel de Kelley: le había entregado las cartas cifradas a Madek, pero no la clave para descifrarlas. Eso era lo que había ido a buscar, sin éxito, Kroll: no debía de ser muy buen torturador si Kelley había conseguido resistirse.

Si el viaje a Most había sido difícil, el regreso fue diez veces peor. Aparte de los malos caminos y del barro que había dejado la tormenta, de nuestros caballos exhaustos y de las horribles posadas en las que nos vimos obligados a detenernos, todo el tiempo tuve presente el carro que avanzaba lentamente detrás de nosotros, con su lúgubre y amortajado cargamento y la implacable mujer que lo conducía.

Además, el tiempo había empeorado, y a lo largo de muchas leguas tuvimos que soportar chubascos de nieve y lluvia helada que me herían la cara y entumecían mis manos. A mi lado, el grueso cochero, envuelto en una sucia y maloliente capa de piel, me ignoró todo el viaje y no paró de quejarse para sus adentros con un sonsonete en voz baja.

Cuando llegamos a él, el Ohře bajaba crecido, y en esta ocasión pensé que pereceríamos sin remedio al cruzar el desvencijado puente. Estábamos justo a mitad de camino cuando oí detrás un espantoso crujido. Al darme la vuelta vi que la rueda izquierda del carro fúnebre se había enganchado en el agujero que había hecho en los tablones del puente. Pero Elizabeth Weston era una mujer decidida y, con un grito y otro chasquido de las riendas sobre la grupa

de la mula, obligó al animal a hacer un esfuerzo mayor y consiguió salvar la situación.

De nuevo nos detuvimos en Louny, pero esta vez encontramos mejor alojamiento intramuros. Pasamos una noche aceptable, aunque Elizabeth Weston seguía sin mirarme a la cara y el enano, pese a estar dolorido y maltrecho, se negó a bajar del carruaje y prefirió dormir en él envuelto en su capa como había hecho en el viaje de ida.

Me aseguré de que Elizabeth Weston tuviera una habitación limpia y cómoda, y le deseé buenas noches. Por única respuesta obtuve el ruido de la puerta al cerrarse en mis narices.

Sabía muy bien por qué estaba enfadada conmigo —¿cómo no saberlo?— e incluso la entendía, hasta cierto punto, y me sentía un poco culpable. Pero yo no era la causa de la muerte de su padrastro. Es cierto que mi misión consistía en llevarlo de vuelta a Praga para que se enfrentase al interrogatorio del chambelán, y probablemente a algo más; el potro siempre está dispuesto y sirve a todos sus amos por igual. Sin embargo, estaba convencido de que no era el chambelán a quien más había temido Kelley, sino su antiguo aliado y conspirador Felix Wenzel. Pues había sido a Wenzel a quien había traicionado Kelley al poner en manos de Jan Madek los medios para amenazar al gran senescal, lo que equivalía a destruirlo, si quería.

Al final, todas las estratagemas de Kelley se habían convertido en polvo. Había servido con fidelidad a Wenzel, había actuado como intermediario con la reina inglesa. Había guardado sus secretos, ayudado a su causa, apoyado sus intereses. Pero en el fondo de su corazón, sabía que Wenzel le traicionaría un día, y le negaría todo lo que le había prometido.

A la mañana siguiente, en Louny, encargué un par de caballos ensillados e hice que sir Kaspar y el paje se adelantaran con la nueva de la muerte de Kelley al chambelán Lang. Juzgué prudente advertirle de la mala noticia que le llevaba envuelta en un sudario de lienzo.

De todos modos, mi principal preocupación era qué hacer con Elizabeth Weston cuando llegásemos a la ciudad. Había confiado en que se fuese con su familia, con su madre y su hermano, dondequiera que estuviesen viviendo en secreto en la ciudad. Pero ella me dio a entender que no tenía intención de hacer tal cosa; estaba claro que ella y sus parientes no se llevaban bien. Tampoco me dijo cuáles eran sus intenciones.

Cuando estábamos a una legua o menos de la ciudad, comprendí que no podía retrasarlo más: detuve nuestra pequeña caravana, me apeé y fui a hablar con ella al pescante del carro, donde seguía temblorosa y con los ojos rojos.

—Señora Weston —dije—, Elizabeth: debéis decirme qué pensáis hacer en Praga, cómo pensáis vivir y dónde.

Silencio.

Había llovido más, pero había parado ya, y el crepúsculo era ventoso. Detrás de ella, el cielo era un resplandor de luz amarilla y fría por el oeste.

Volví a intentarlo.

—Querida —eso me valió una mirada furiosa—, no puedo llegar al castillo con vos y con el cadáver de vuestro padrastro en este carro. No sé qué recibimiento nos cabe esperar, pero sospecho que no será muy caluroso. No querría que sufrieseis por vuestra relación conmigo. Me encargaron traer al doctor Kelley de vuelta a Praga para que fuera interrogado, y en vez de eso no traigo más que su cuerpo sin vida. Permitid que os instale en algún lugar seguro, hasta que tenga tiempo de disponerlo todo lo mejor posible. Son tiempos peligrosos, y Praga es un lugar peligroso.

De nuevo silencio, y la misma mirada fría y fija al frente.

Me quedé allí, sin saber qué más hacer o decir. Ella siguió inmóvil, encorvada y pálida, con las riendas en la mano. Me dolió que no pareciera dar la menor importancia a lo que habíamos sido el uno para el otro, aunque fuese brevemente, mientras rugía la tormenta y ella se retorció y arqueaba entre mis brazos llevada por sus propios impulsos tempestuosos. Podría haberle recordado con qué fuerza se había aferrado a mí, los besos apasionados que habíamos intercambiado, las lágrimas que había vertido en la cumbre de nuestro abrazo, y la suspirante languidez con que se había tendido después a mi lado. Había cien cosas de las que podría haberle hablado, con sentimiento, con ternura, pero ese rostro rígido y el frío rechazo de su mirada me silenciaron.

Regresé al carruaje y ordené al cochero que reemprendiera la marcha. Al final, comprendí que solo había un sitio adonde podía llevarla, y ni siquiera allí estaba seguro de cómo la recibirían.

Pronto avistamos las puertas de la ciudad. El día invernal se desvanecía.

El nuncio estaba cenando y no se le podía molestar: eso dijo la novicia rubicunda que me abrió la puerta de la nunciatura. Pero yo no estaba de humor para sutilezas; la aparté a un lado, entré en el vestíbulo y fui directo al comedor. En la calle había dejado un cadáver en un carro, atendido por una joven empapada y desesperada que, con gran alarma por mi parte, empezaba a tener síntomas de fiebre. No, no estaba de humor para que me impidieran el paso.

La novicia, la hermana Maria, me siguió con pasos cortos y gorjeando preocupada. Hice caso omiso.

Malaspina estaba sentado a la larga mesa de mármol, delante de una bandeja de ganso asado, con un vaso de vino del tamaño de un copón al lado del codo. No mostró la menor sorpresa cuando abrí la puerta y me presenté ante él.

—*Buona sera, signor Stern!* —dijo con una obesa sonrisa, e hizo un gesto con el cuchillo para que tomara asiento.

Me quedé de pie.

Los dos fuegos enfrentados estaban encendidos y el aire latía con su calor.

—Acabo de llegar de Most —dije—. El doctor Kelley ha muerto.

—¿Muerto? —respondió el nuncio—. ¿Lo habéis matado vos?

—Creo que fue él quien se quitó la vida.

—*Dio mio!* —hizo la señal de la cruz en el aire—. Rezaré por su alma, aunque el suicidio es un pecado grave —volvió a sonreír—. Sentaos, doctor. Detesto hablar con alguien que está de pie, *mi rende nervoso*, y vos sois muy alto. ¿Beberéis tal vez un poco de vino? ¿Queréis un poco de comer?

—No quiero nada —respondí—. Nada para mí, quiero decir. El cadáver del doctor está en un carro a vuestra puerta, y su hijastra está con él.

—¿Su hijastra?

—Elizabeth Jane Weston.

—*Ah, sì, l'inglese; la poetessa.*

—Necesita cobijo y cuidados: el viaje ha sido duro y creo que ha contraído unas fiebres. ¿La acogeréis?

Al oírlo, su sonrisa vaciló un poco.

—*Febbre?* —dijo—. Fiebres, eso es malo —pero enseguida se recobró e hizo un gesto con el cuchillo—. *Prego, signore...* Sentaos, por favor.

Fui hasta la chimenea de la izquierda, junto a la cual ambos nos habíamos sentado después de aquel portentoso banquete el día en que me había llevado allí el carruaje prestado del emperador. Extendí las manos, enrojecidas por el frío y los sabañones, al calor de las crepitantes llamas.

—En fin, obispo —dije—, ¿le daréis refugio aquí?

Le oí suspirar. Dejó el cuchillo y el tenedor sobre la mesa.

—Contadme lo ocurrido —respondió—. Decidme por qué estabais en Most.

Yo miraba con fijeza el centro del fuego. El mundo tiene tales extremos, de hielo y fuego, de espacio y profundidad, de dureza adamantina y tenue

insustancialidad: ¿cómo es posible que no vivamos aterrorizados todos los instantes de nuestra vida?

—Me envió el chambelán Lang —repuse—. Mi misión era traer al doctor Kelley a Praga.

—Ah, ¿sí? ¿Y con qué propósito?

—El chambelán deseaba interrogarle.

—Comprendo.

Hasta ese momento le había dado la espalda mientras hablaba, pero ahora me planté delante de él al otro lado de la mesa. Aun así, seguí sin tomar asiento.

Nada de lo que le había contado le había sorprendido. ¿Sabía lo de la muerte de Kelley? Lo más probable era que la noticia hubiera corrido ya por toda la ciudad: era de noche, y sir Kaspar debía de haber llegado poco después de mediodía.

—Permitidme traer a la señora Weston —dije—, aunque solo sea para calentarse delante del fuego.

Se encogió de hombros y extendió las manos suaves y delicadas con las palmas hacia arriba como diciendo: «Por supuesto: ¡No me dejáis elección!».

Fuera estaba cayendo otra vez una lluvia fría, tan fina como un susurro en el aire pero tan punzante como un aguacero de agujas con la punta de hielo. Al llegar, Elizabeth Weston no había querido separarse del cadáver de su padrastro y había intentado quedarse en el carro, pero yo no había tolerado ninguna resistencia, la había tomado firmemente del brazo y la había dejado a resguardo en el carruaje. Antes, al llegar al puente de piedra, el enano se había apeado y se había alejado en el crepúsculo sin decir palabra.

Ahora encontré a la joven apoyada en el marco de la ventanilla. Tenía los ojos cerrados y oí el ritmo acelerado de su respiración.

—Elizabeth —dije—, venid; aquí tenéis un sitio donde estar.

Le toqué la mano: le ardía la piel. Me miró y no pareció saber quién era.

El nuncio había llegado a la puerta del carruaje y la saludó con empalagosa cortesía.

—Sed bienvenida, *signora* —dijo—. La hermana Maria cuidará de vos. Os instalaremos en un buen cuarto en el *secondo piano*, donde estaréis caliente y a salvo.

Ella se volvió hacia mí, aunque siguió sin mirarme a la cara.

—¿Y mi padrastro? —preguntó con voz débil y muy agitada de pronto.

—No os preocupéis, *poverina* —la tranquilizó el nuncio—; las buenas hermanas de la iglesia de San Pedro, que está aquí mismo, se encargarán de

él. Lo lavarán y prepararán, con cirios y flores, y rezarán por su salvación eterna. Vamos, pasad.

Ella intentó resistirse, pero se había quedado sin fuerzas y acabó permitiéndole que la ayudase a bajar del carruaje. Entró vacilante en el vestíbulo, donde la rolliza monja la cogió del brazo y se la llevó. No volvió la vista atrás.

—Y vos, *dottore* —preguntó Malaspina—, ¿qué vais a hacer ahora?

—Debo ir al castillo —respondí— a ver al chambelán Lang. Llevaré mi cuchara larga.

Frunció el ceño, confundido.

—*Il tuo lungo cucchiaio...*, *che cos'è?*

—Es un dicho —respondí—. El doctor Kelley me lo recordó: para comer con el demonio hace falta una cuchara muy larga.

—*Ah, sì, certo* —sonrió, y los ojillos oscuros casi desaparecieron entre los pliegues de carne que los rodeaban—. *Dio ti benedica* —dijo—. Que Dios os bendiga —volvió a hacer la señal de la cruz, aunque no sin un toque de ironía.

—Decid más bien que Dios me asista —respondí.

El cochero estaba dormido, embozado en su capa apestosa, y blasfemó cuando le desperté. Hizo restallar el látigo. Seguimos adelante y dejamos atrás el carro; el lienzo, mojado por la lluvia, había moldeado la forma del cadáver que iba envuelto en él.

Al doblar la esquina, volví la vista atrás. Malaspina seguía en el umbral; alzó la mano a modo de despedida.

Había olvidado preguntar por Serafina.

Había muchas cosas que no había hecho.

En el castillo reinaba un silencio vasto y amenazador. Era como si todo —los muebles, los tapices, los tesoros amontonados en los salones de las maravillas y hasta las paredes mismas— estuviera suspendido en un mutismo angustiado y no osara murmurar siquiera. Todo se debía al emperador, que se había sumido en uno de sus ataques de melancolía y llevaba sin dejarse ver desde el día de mi partida a Most. Se había recluido en el más apartado de sus aposentos privados y no había salido ni una sola vez, ni siquiera para comer. Por la mañana y por la noche dejaban bandejas de comida y bebida a su puerta. Él cogía algunas y otras las dejaba sin tocar, y de las que se llevaba apenas comía nada.

En el palacio real recorrí los salones inmensos y resonantes; nunca dejaba de extrañarme que un lugar donde vivía tanta gente pareciera a menudo tan vacío. Al verme llegar, los acechantes criados desaparecían corriendo entre las sombras, veloces y silenciosos como pececillos de plata. Yo iba en busca del chambelán y al mismo tiempo deseaba no encontrarlo. Sin duda, igual que Elizabeth Weston, me haría responsable de la muerte de Edward Kelley. Para él, siempre tenía que haber algún culpable; era como si necesitase la culpabilidad —la culpabilidad ajena— para mantener un equilibrio necesario, como los pesos en una balanza o el péndulo de un reloj. Una estratagema pensada, sin duda, para aplazar el día inevitable en que él mismo tendría que rendir cuentas.

Esa noche incluso el Gran Salón, siempre un ajetreado centro de cotilleos e intrigas, parecía desierto. A mitad de camino de ese espacio majestuoso, no obstante, vi a Jeppe Schenckel, encaramado al banco de piedra de una aspillera, contemplando las luces de la ciudad con las manos entrelazadas sobre el pomo del bastón y sentado sobre las piernecillas rollizas y contrahechas.

Estaba tan cambiado como pudiera imaginarse desde la última vez que lo había visto, arrodillado en el barro en el castillo de Hněvín y con el aspecto de

un troglodita. Ahora el pelo le brillaba como un gorro de brea estriada y llevaba la mandíbula afeitada y tan brillante y reluciente como los zapatos. Se había puesto unas calzas negras y una chaqueta de seda escarlata, con una gorguera y puños almidonados de encaje. Volvía a estar tan limpio y pulcro como de costumbre. Pero noté su rabia: hacía que el aire vibrara a su alrededor.

Al mirar atrás, creo que siempre tuve miedo de Jeppe Schenckel. ¿Es esa la palabra: miedo? No estoy seguro. Para mí era el símbolo, la imagen misma de la propia Praga, llamativa, siniestra y deforme. Sabía que su corazón albergaba malas intenciones contra mí desde mucho antes de que en Most la espada de sir Kaspar lo derribara a mis pies..., ¡ah!, sí, desde muchísimo antes. Llevaban ahí desde el principio, desde aquel primer día en que lo enviaron a acompañarme para ver al emperador en casa del doctor Kroll.

Pero ¿qué era lo que odiaba de mí? Es cierto que detestaba a todos: detestaba el mundo en el que estaba condenado a ser un monstruo. Pero a mí me reservaba una animosidad especial, y yo siempre notaba su fuerza como un viento brusco y cálido en el rostro. En cierto modo, yo había usurpado su puesto, aunque la idea, la primera vez que se me ocurrió, me llenó de perplejidad y desánimo. No obstante, cuando lo pensé comprendí que era cierto. ¿Qué era yo para Rodolfo más que otra diversión, otra distracción, otro bufón...? Otro monstruo.

Me detuve. Supe que había oído mis pasos, pero no se volvió.

—¿Habéis venido a devolverme lo que me quitasteis? —preguntó con la mirada fija en las luces que parpadeaban y brillaban a lo lejos en la oscuridad. No respondí, y seguí sin responder hasta que se movió, pero solo para mirar de reojo con desprecio en dirección a mis rodillas—. Supongo que preferís dárselo vos mismo a Su Majestad —dijo—, para demostrar una vez más vuestra lealtad y devoción.

—No es lo que pensáis —repuse—. Estabais equivocado.

Se volvió para enfrentarse a mí, liberando las piernas y dejando que colgaran del banco de piedra.

—Es lo que me encargó encontrar Su Majestad —replicó—, o al menos una de las cosas que me mandó encontrar y traerle de vuelta. Fijaos que digo que me lo encargó a mí y no a vos.

Me reí, y él frunció el ceño.

—Os repito —insistí— que estabais equivocado... Lo estáis aún. Creísteis que esas páginas eran parte de la gran colección de conjuros del doctor Kroll que Su Majestad tanto codiciaba. No lo eran. No lo son.



El rostro grande y pálido del enano se encendió de rabia.

—Qué sabio os creéis —dijo—. Pero no sabéis nada.

—Sé algunas cosas, muchas las desconozco —respondí—. Pero de esta estoy seguro. Kelley quemó los papeles de Kroll, todos —saqué las hojas atadas de mi jubón y las sostuve en alto—. Aquí no hay magia ninguna —dije.

Miró las páginas con los ojos encendidos. Después sonrió con fría perversidad.

—Mentís —dijo.

—No miento —repliqué. Doblé las hojas de pergamino y volví a guardarlas en el bolsillo de donde las había sacado—. Lo repito: no es magia.

—Entonces ¿qué es?

—Creo que es mejor que no lo sepáis —respondí.

Me miró con sus ojos fríos y verdes como el cristal. Vi que estaba pensando, juzgando, calculando.

—Están pasando cosas —dijo en voz baja—. Se está llegando a un punto crítico.

—¿Cosas? —pregunté—. ¿Qué cosas?

Sonrió otra vez.

—Ya os lo he dicho —afirmó ahora en voz muy baja—, os lo he dicho: no sabéis nada. Creéis que sí, pero no sabéis nada —hizo una pausa—. Han matado al perro de Kroll..., ¿os habéis enterado?

—¿A su perro?

—Sí, al viejo Schnorr..., ¿lo recordáis? Le cortaron el cuello, igual que a la hija de Kroll. Dicen que casi le arrancaron la cabeza al animal —puso los ojos en blanco con fingido horror—. Ahí fuera hay un demonio —susurró.

Fui a responderle, pero me callé. Por alguna razón acudió a mi memoria la imagen de Serafina, con su gruesa pelliza, sentada a mi lado en el carruaje aquel primer día cuando Malaspina la envió conmigo al Callejón del Oro. Quizá el enano tuviera razón: tal vez no supiera nada, y todas las nada que ignoraba acabaran siendo mi final.

Podría perderlo todo en un abrir y cerrar de ojos. Podría perderlo todo.

Oí pasos a mi espalda, y me di la vuelta para ver acercarse al chambelán Lang, deslizándose con esos pasos extraños y apresurados, como un ave zancuda avanzando a toda prisa por una marisma.

—¡Ah, estáis aquí, Herr Doktor! —dijo sonriéndome y frotándose las manos, como hacía a menudo. Miró al enano y dijo con un tono muy diferente—. Marchaos, monstruo.

Schenckel saltó del banco, y, haciendo muchas reverencias y sonriendo con afectación en una parodia de servilismo, se fue apoyado en su bastón de ébano y me dedicó una última mirada burlona y malévola.

—Mirad a ese animal —me dijo Lang—. Si no fuese el bufón de Su Majestad, ordenaría que le pusieran una piedra al cuello y lo arrojaran a un pozo negro.

Fuimos hasta la ventana y nos quedamos hombro con hombro mirando al exterior. Era noche cerrada. Exiguas rachas de nieve se arremolinaban contra el cristal.

—Decidme, Herr Doktor —continuó el chambelán—, decidme lo que pasó —se estremeció con fingido horror— con todo su espanto.

—Llegamos a Most —respondí—, donde informé a Kelley de que me habíais enviado para traerlo a Praga y que queríais hacerle algunas preguntas.

Se rio.

—Caramba —dijo—, debisteis de hablarle con mucha dureza, para hacer lo que hizo y quitarse la vida. ¿O intentaba ver si podía volar?

—Creía que le torturarían, señor, si regresaba aquí.

—Ah, ¿sí?

—De todos modos, no creo que hubiese tardado en morir. Tenía gangrenada una pierna, y la otra también estaba muy maltrecha.

El chambelán movió la cabeza con cómico desdén.

—Sí, ese tipo no hacía más que caerse —dijo. Se dio unos toquécitos con dos dedos en el labio inferior y frunció el ceño—. ¿Y dónde habéis estado todo este tiempo? He oído que hace horas que llegasteis a Praga.

—Habría venido antes —respondí—, pero tenía asuntos que atender.

—Oh, claro, claro —dijo, melifluo—. Todos sabemos que sois un hombre muy ocupado —me puso un brazo sobre los hombros de esa manera tan exageradamente fraternal típica de él—. Venid a cenar conmigo —prosiguió—, ¿queréis? Debéis de tener hambre después de tan largo viaje.

—Señor —dije—, aguardad un momento.

Hizo una pausa y me quitó el brazo de encima de los hombros. Me cogió de la manga y me miró extrañado manteniéndome a distancia.

—Qué mirada tan seria —dijo—. Creo que no me gusta. ¿Qué más tenéis que contarme?

Saqué las hojas de pergamino y se las di.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras las hojeaba con el ceño fruncido.

—Estaban entre los papeles de Kelley.

—Ah, ¿sí? —dijo con aire ausente, escudriñando las columnas de números y letras—. Pero ¿de qué se trata? No tiene ni pies ni cabeza.

Dudé.

—Jeppe Schenckel las cogió, pero se las quitó.

—¿El enano? —preguntó, mirando hacia la puerta por donde había salido Schenckel—. ¿Por qué iba a llevárselas? ¿Qué importancia tienen para él? —una vez más, se dio unos golpecitos en los labios—. Aunque, claro, es la mascota de Wenzel y está entrenado para hacer lo que le pida su amo.

—Él dijo haberlas cogido por orden de Su Majestad.

El chambelán echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—En este momento Su Majestad no tiene interés en esas cosas. Este parece ser uno de sus peores ataques de melancolía. Su lobo, lo llama él, ¿lo sabíais? «Mi lobo me ha clavado los colmillos», dice, y tiembla y se estremece. Su lobo..., ¡ja!

—Un lobo en una cuerda —murmuré.

Me echó una mirada intensa.

—¿Qué es eso?

—Nada —respondí—. Un lobo en una cuerda..., una expresión musical. Me ha venido a la cabeza.

—¡Ah! Ya —su imaginación estaba en otra parte. Volvió a examinar el pliego de pergamino, sosteniéndolo tan cerca de la cara que casi lo rozaba con la punta de la nariz—. Está escrito en una especie de código, ¿no?

—Sospecho, señor —dije—, que es más bien la clave de varios códigos.

Alzó la vista para mirarme, aunque dio la impresión de no verme, los engranajes de su cerebro daban vueltas y vueltas.

—La clave de varios códigos —dijo—, y el hombre de Wenzel la cogió. Pero ¿qué códigos? Tal vez debamos torturar un poco al enano. ¿Quién sabe qué sucios secretos podría revelar?

Se aproximó más a la ventana y volvió a contemplar las luces amortiguadas de la ciudad. Seguía nevando, pero a rachas, casi sin ganas. Pasó el tiempo. La sala en la que nos hallábamos me pareció un enorme pulmón que respirara en silencio. Pensé en Elizabeth Weston. Pensé en el cadáver de su padrastro envuelto en el sudario de lienzo empapado.

«Cuando hay bandos —me había dicho Felix Wenzel en el Foso de los Ciervos—, si no escoges, otros escogen por ti».

Todo el tiempo yo había sabido, sin saber que lo sabía, que antes o después llegaría el momento en que tendría que ponerme del lado del chambelán Lang o del gran senescal Wenzel. La decisión debería haber sido

fácil. ¿Acaso no era Wenzel quien me había mandado prender, me había acusado de asesinato y me había amenazado con el potro, y Philipp Lang quien me había librado de sus garras?

Pese a nuestras diferencias, yo siempre había creído que en esencia el chambelán y yo no éramos tan distintos. Al igual que a él, el mundo me parecía un lugar de posibilidades, de oportunidades; al igual que él, consideraba el destino no una fuerza fija sino maleable. Wenzel era un fanático, uno de los implacables vengadores de Dios por decisión propia. Uno de esos hombres de la más peligrosa calaña, que se aman y se odian al mismo tiempo.

Sí, elegir entre los dos debería haber sido fácil, pero no lo fue. De todos modos, elegí; no tenía otra opción.

—Señor —dije—, hay algo que deberíais saber.

Lang se volvió en redondo y me miró con atención, con la cabeza alzada y ladeada.

—Ah, ¿sí? ¿Y de qué se trata?

—Había un cofre —dije—. Pertenecía al doctor Kroll, pero Jan Madek se lo llevó. Al principio, en ese cofre se guardaban documentos alquímicos, fórmulas secretas, claves mágicas, cosas que el doctor había ido recopilando a lo largo de los años.

Lang me observaba más atento que nunca, con los ojos entornados.

—Es el cofre que quería Su Majestad, ¿no? —dijo—. Hablaba a menudo de él. Confieso que no le presté mucha atención... Me pareció otra de sus absurdas obsesiones, y sin mucha importancia.

—Sí —respondí—, ese mismo. Madek lo robó, se lo llevó consigo a Most y se lo dio al doctor Kelley.

—Ah, ¿sí? ¡Mmm! ¿Y qué hizo Kelley con él?

—Quemó los documentos que había dentro...

—¡Uf! —exclamó el chambelán—. A Su Majestad no le gustará saberlo.

—Quemó los documentos —proseguí—, y los sustituyó por otros.

—¿Qué otros? Vamos, hombre, tantos enigmas me están dando dolor de cabeza.

Aun así, dudé. A veces, durante el sueño, uno tiene la sensación de tropezar y despierta aterrorizado; siempre he creído que eso con lo que nos parece tropezar es el recuerdo enterrado de un momento de nuestra vida en el que tomamos una decisión peligrosa pero inevitable. Allí, de pie en el Gran Salón, me pareció tener esa sensación de estar tropezando, o más bien de estar cayendo, una especie de caída hacia delante, de una oscuridad a otra. Había

ascendido un peldaño hasta la altura del chambelán, y desde esa altura ya no podría bajar.

Recorrimos juntos el suelo brillante y opaco y luego retrocedimos sobre nuestros pasos. Una vez más el chambelán me pasó el brazo por los hombros. Me escuchó con el mayor interés, sin decir una palabra hasta que terminé de contarle lo que tenía que contarle: lo de Wenzel y la reina inglesa, lo de sus conspiraciones, lo de su correspondencia y lo de cómo la había cifrado Kelley. Luego me soltó y se volvió, asintiendo con la cabeza, y tomó aliento profundamente, como si estuviese aspirando una exquisita fragancia del aire.

—¡Ah, sí! —suspiró—. Sí.

Estaba sonriendo...; ay, esa sonrisa suya como de máscara de carnaval, con los ojos relucientes, la boca escarlata con forma de media luna, la nariz tan curva como si fuese a clavársele en la punta de la barbilla. Contempló la enorme sala abovedada.

—¿Sabéis? —dijo—, siempre me ha desagradado este lugar, este presunto Gran Salón. Se supone que representa la grandeza del imperio, la magnificencia fundamental del soberano, el recinto general del cuerpo político. Lo único que veo es afectación y grandilocuencia —hizo una pausa, tarareando para sus adentros, luego alzó las páginas de pergamino—. ¿Y estas... —dijo— estas páginas son las claves de Kelley?

—Eso creo.

Frunció el ceño, y se rozó una vez más el labio inferior con la punta de los dedos mientras pensaba.

—Sí, por supuesto —murmuró—, por supuesto. Kelley, sano y salvo en Most, era el intermediario perfecto. Por supuesto —me miró con agudeza—. Y los originales, las cartas originales entre Wenzel y la reina..., ¿qué ha sido de ellas?

—Kelley debía destruirlas después de cifrarlas y enviar las versiones codificadas a Isabel en Londres y a Wenzel aquí.

—¿Y lo hizo?

No dije nada.

El chambelán echó la cabeza atrás, me miró largo rato y luego sonrió.

—¡Ah! —dijo—, no las destruyó... Eso es lo que habéis venido a decirme. Las guardó, y las puso en un lugar seguro.

—Las metió en el cofre que le había llevado a Madek, y se las dio a él.

—¡¿Le dio las cartas, esos documentos preciosos, a Madek?! —exclamó—. ¡¿A ese joven exaltado?!

—Sí —respondí—. Pero no le dio —señalé los papeles que tenía en la mano— el libro de claves.

El chambelán rio en voz baja.

—Ah, sí, eso es típico de Kelley; traicionero hasta el final. ¿Y dónde —faltó poco para que se me echara encima— está ese famoso cofre, con las cartas en su interior...? ¿Dónde se encuentra?

—No lo sé.

Nos quedamos callados, mirándonos. Luego asintió con rapidez, y en esta ocasión enganchó su brazo al mío y me llevó hasta la ventana. Qué enorme parecía la ciudad allí abajo en la negrura; qué enorme, extraña y lejana.

—No lo sabéis, decís —prosiguió—. ¿Debo creerlos? ¿Qué hizo Madek con el cofre? ¿Qué hizo con las cartas?

—Creo que las trajo de vuelta a Praga para utilizarlas contra el gran senescal.

—¿Contra él? ¿Con qué fin?

Negué con la cabeza y no dije nada. Me soltó el brazo. Noté solo una extraña vacuidad, como si me hubiesen vaciado y en mi interior no quedara más que un espacio frío, oscuro y resonante. Volví a pensar en Elizabeth Weston, la recordé diciendo: «¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?». Ahora yo me repetía la misma pregunta.

—¿Sabéis? —dijo Lang—, sin esas cartas no puedo hacer nada.

—Sí —dije—. Lo sé.

Extendió la mano y me condujo de nuevo a la ventana, donde volvimos a quedarnos el uno al lado del otro, enfrentados a la noche. La nieve había cesado.

—Y esta... —dijo, mirando el fajo de pergaminos que tenía en la mano— esta es la herramienta crucial, ¿no? —se giró y me miró con los ojos encendidos—. Debéis encontrarlas —dijo.

Empecé a hablar, pero levantó la mano para impedírmelo.

—No —dijo—. Nada de excusas. Encontradlas. Encontradlas, Christian Stern, y cuando las hayáis encontrado y me las hayáis entregado, haré lo que no pudo hacer Madek: destruiré a Felix Wenzel —suspiró feliz—. Oh, sí, lo destruiré.

Justo entonces, cuando el chambelán y yo nos hallábamos junto a la ventana, se abrieron las grandes puertas del extremo del salón y entró un grupo de soldados. Mi primera, temerosa y estremecedora impresión fue que un ejército invasor había conquistado Praga, y que esta era la avanzadilla enviada para asegurar el castillo. Había tantos guerreros empenachados, con casacas de seda, erizados de lanzas, espadas y alabardas, avanzando decididos hacia nosotros hombro con hombro en formación cerrada que mi segunda impresión fue la de una pintura heroica que hubiese cobrado vida de pronto. El chambelán ocultó a toda prisa el libro de claves en el bolsillo de su hábito negro.

Al frente de aquella tropa había un hombre alto de rostro alargado, con barba a la española, un grueso mostacho encerado y ojos agudos y recelosos. Llevaba un sombrero con plumas, una gorguera un tanto raída y un jubón reforzado de cuero negro y cruzado por una ancha banda de seda. Sus calzones españoles eran de color terracota y sus botas altas estaban tan cepilladas que brillaban.

Enseguida reconocí al archiduque Matías, el hermano pequeño de Rodolfo, a quien el emperador temía y detestaba.

El archiduque se detuvo ante nosotros con un estrépito metálico.

—¡Ah, Lang! —le dijo al chambelán—. ¿Seguís aquí? ¿Aún no os han detenido y enviado al tajo?

—No, Vuestra Alteza Real —el chambelán se llevó un dedo al cuello—. La cabeza sigue en su sitio, como veis —hizo una reverencia con almidonada y deliberada insolencia—. No os esperábamos hasta mañana.

El aristócrata sonrió, mostrando una temible hilera de dientes largos y amarillentos con varios huecos entre ellos.

—Os hemos sorprendido, ¿eh? —dijo—. No os gustan las sorpresas —echó una fría mirada hacia donde yo estaba—. Y este individuo larguirucho con pieles y perifollos..., ¿quién es?

Lang no se alteró lo más mínimo.

—Este es Herr Doktor Stern —respondió, melifluo—, el chambelán de Su Majestad vuestro hermano.

Miré a Lang, esforzándome por ocultar mi sorpresa. Matías le dedicó una mirada furiosa, aunque lo único que consiguió fue la más insulsa de las sonrisas.

—¿El chambelán? —dijo Matías—. Pensaba que ese erais vos.

—Estrictamente, señor, yo soy el gran chambelán.

Matías volvió a sonreír y mostró de nuevo su espantosa dentadura.

—O sea, que es vuestro correveidile —dijo, mirándome por segunda vez—. Lo parece.

Lang volvió a hacer una reverencia seguida de un gesto obsequioso con los brazos, como si estuviese extendiendo una tela de seda ante los pies del archiduque.

—Vuestra Alteza sigue tan ingenioso como siempre —dijo—. El Doktor Stern es una estrella muy próxima al corazón de Su Majestad.

Matías volvió a mirarme de arriba abajo y torció el labio.

—¿Sois sodomita? —me espetó.

De pronto se apartó de mí con el aire de quien suelta algo desagradable que tuviera entre el dedo y el pulgar. Detrás, la escolta seguía boquiabierta y con la mirada perdida entre leves crujidos de cuero; parecían aburridos, cansados y malhumorados, igual que todos los soldados cuando no están combatiendo o saqueando.

—¿Dónde está mi hermano? —quiso saber Matías.

—Su Majestad está... meditando —respondió el chambelán.

—¿Meditando? ¡Ja! Seguro que está hurgando en los legajos con sus brujos como de costumbre, lanzando hechizos y convocando demonios. Siempre ha sido un asno crédulo —miró a su alrededor—. Comida —dijo con aspereza—. Mis hombres están hambrientos y yo también. Hemos hecho un viaje largo y fatigoso desde Viena. Este condenado tiempo de Bohemia...

El chambelán se frotó las manos como si se las lavara. Vi que, a pesar de su mal disimulado desprecio, temía al archiduque: se notaba en lo fijo y frágil de su sonrisa.

—¿Sabíais que mañana es el aniversario oficial del emperador...? —empezó a decir.

—¡Pues claro que lo sé, maldita sea! —le espetó Matías—. ¿Por qué, si no, creéis que estoy aquí?

—Se va a celebrar un gran banquete...



Esta vez el archiduque estampó el tacón de la bota con fuerza contra el suelo. Tenía el aire de quien ha nacido ya de uniforme; supuse que cuando se quitara la armadura seguiría oyéndose un leve tintineo militar, un vago repiqueteo belicoso.

—¡No os pido un banquete, señor! —gritó—. Buena comida sin más: carne, pan y un barril de cerveza.

Esto causó cierta agitación entre los hombres que tenía detrás, una especie de balanceo. Debía de haber sido en efecto un viaje largo, de los que abren el apetito.

El chambelán hizo ademán de responder, pero una vez más las puertas de la otra punta del salón se abrieron de par en par y Felix Wenzel entró a toda prisa. Al ver las figuras al lado de la ventana, se detuvo en seco —había llegado corriendo— y se llevó una mano agitadamente a la gorguera mientras con la otra se alisaba el pelo corto.

—¡Vaya, Wenzel! —exclamó con jovialidad Matías—. ¡Aquí está mi hombre!

Los soldados se apartaron e hicieron un pasillo para su capitán, que cruzó la estancia, tomó la mano del gran senescal entre las suyas y se la estrechó con fuerza.

—Alteza... —dijo jadeante Wenzel—. No me advirtieron de vuestra llegada, yo...

—Sí, he pillado desprevenido a todo el mundo —contestó divertido Matías, mirando por encima del hombro mientras sonreía al chambelán. Se volvió hacia Wenzel—. Mis hombres y yo necesitamos comida y bebida, pero por lo visto no hay nada disponible.

—¡Claro que sí, señor! —balbució Wenzel, esbozando una de sus gélidas sonrisas, que pareció reconstruir a partir de pequeños pedazos—. Ahora mismo mandaré aviso a las cocinas.

—¡Estupendo! —gritó Matías, haciendo un gesto hacia sus hombres—. La pitanza espera.

Y con gran estrépito, como si patearan un montón de sartenes y cazuelas por el suelo, se marcharon, con el archiduque y Wenzel en cabeza.

Las puertas se cerraron de golpe tras ellos.

Me di la vuelta hacia Lang.

—¿Chambelán? —dije.

Se rio.

—Sí... Enhorabuena. ¡Oh!, no os preocupéis tanto. Algo tenía que decir; debía responder por vos. Y, además, al encumbraros a vos, me exalto a mí

mismo. Si Wenzel puede ser gran senescal, ¿por qué no voy a ser yo gran chambelán?

—Pero Su Majestad...

—Le recordaré que había olvidado concederos un título. Si es que se molesta en preguntar, claro.

—Me siento como el caballo de Calígula —dije—, cuando lo hizo senador.

El chambelán volvió a reírse.

—¡Y sois un corcel magnífico! —dijo dándome una palmada en el hombro—. Ahora, vayamos a cenar... El archiduque y sus arcabuceros no son los únicos que están hambrientos, ¿eh?

Se lo agradecí, pero le pedí que me diera media hora para quitarme la ropa del viaje. Guardó silencio un instante y me miró con los ojos entornados y el rastro de una enigmática sonrisa.

—Habrà mucho que hacer —dijo— ahora que ha venido Matías. ¿Y habéis oído que Fernando, el primo de Su Majestad, llega mañana? Muchos querrán ganarse vuestra lealtad, Herr Doktor. Recordaréis a quién se la debéis, ¿verdad? Y también lo que debéis hacer. Esas cartas están en alguna parte, aquí, en Praga. Vuestra misión es averiguar su paradero, recuperarlas y traérmelas.

Me quedé mirándolo con gesto impasible. Los dos sabíamos que no hacía falta que me recordara esas cosas: tenía mi alma en sus manos. Volvió a reírse, me dio un golpe con el nudillo en el esternón, me guiñó el ojo y se marchó.

Yo fui a mis aposentos muy confuso. Sentía la urgente necesidad de hablar con el emperador, aunque solo fuese para tener el consuelo de oírle decir que continuaba disfrutando de su favor, pero dudé que quisiera verme en su actual estado de desolación. ¿Acudiría al banquete de su aniversario al día siguiente? Sin duda, no se perdería uno de los días más importantes del calendario imperial... No se lo permitirían.

Seguí por un pasillo de piedra, dudando entre dirigirme a los aposentos privados de Su Majestad e intentar engatusarlo, y, si todo lo demás fracasaba, abrirme paso a la fuerza. Al doblar una esquina, entré en un tramo oscuro donde el viento, o eso supuse, había apagado dos lámparas sucesivas de la pared. De pronto, con violenta precipitación, algo, un ser de alas negras —al principio pensé que tenía alas— llegó volando contra mí. Me agaché a un lado, grité de puro pánico y levanté los brazos para protegerme. La espantosa

arremetida duró solo un instante y luego pasó, pasó de largo, hacia la oscuridad.

Me quedé acurrucado, con los brazos delante de la cara, paralizado de terror. Aquella cosa, fuese lo que fuese, no me había tocado sino que había pasado de largo a toda velocidad, como un ave nocturna que hubiese salido de la negrura y vuelto a ocultarse en ella. Solo que no había sido un pájaro: había notado su olor humano.

Me recobré y volví corriendo al rincón, adonde debía de haber ido la criatura, pero cuando llegué y me asomé al pasillo iluminado, no había nada que ver. Sentí un dolor agudo en el hombro derecho, y por un momento pensé que me habían apuñalado, hasta que recordé que al apartarme había perdido el equilibrio y me había caído contra la pared, donde debía de haberme golpeado contra algo puntiagudo.

Me quedé allí escuchando. Al principio no oí nada, pero luego percibí, vagamente, más allá del áspero ascenso y caída de mi propio jadeo, un ruido familiar de algo que olisqueaba y rebuscaba, y se alejaba hacia las profundidades del castillo. Era el mismo ruido que había oído a mi puerta en el Callejón del Oro, el mismo que había oído a la puerta de mi habitación aquel día en que Caterina Sardo y yo estábamos en la cama desfallecidos y exhaustos, y ella no me permitió levantarme para averiguar qué había fuera.

Entonces comprendí, por primera vez, que lo que había oído no era algo que olisqueara y rebuscara, al modo de un animal escarbando y clavando las garras, como me había parecido. Era una risa.

Sí, una risa: una especie de risilla áspera y gutural.

Gimiendo de dolor, volví a internarme en el trecho de oscuridad hacia el santuario de mi cámara.

Al abrir la puerta, me llevé otro sobresalto. La sala estaba iluminada, con muchas lámparas y velas encendidas. Solo tuve un momento para verlo antes de sufrir un segundo ataque, aunque en esta ocasión reconocí enseguida a mi asaltante.

—*Te la sei scopata!* —chilló Caterina Sardo.

—¿Qué? ¿Yo...?

—¡Has fornicado con ella!

Tenía levantada la mano derecha y empuñaba una daga: vi con claridad el destello de luz como una minúscula joya en la punta. Yo tenía la espalda apoyada contra la puerta. Cuando estaba a punto de echárseme encima, le puse la mano en el pecho y le di un empujón que la envió trastabillando al pie de la cama. Se detuvo un instante, respirando con fuerza, y de pronto, con un

grito felino y peculiar, volvió a abalanzarse contra mí con el cuchillo en alto. Esta vez me adelanté y la agarré de las muñecas; la intensidad de su furia le daba fuerzas, y nos quedamos allí balanceándonos y gruñendo como un par de luchadores muy igualados.

—¿De qué estás hablando? —jadeé.

—*Quel troia di merda!* —silbó—. De esa arpía inglesa..., ¿de quién va a ser? ¡Te has acostado con ella!

Nunca la había visto así, acalorada y sudorosa, con el rostro crispado de ira, los ojos encendidos y los dientes cubiertos de espumarajos. Su voz era apenas reconocible, parecía surgir, espesa e hinchada, de lo más profundo de su ser, y cada palabra que lograba pronunciar volvía a tragársela como si se le atragantara.

—Caterina, escucha...

—*Vaffanculo, maiale!* ¡Lo has hecho, te has acostado con ella, lo sé!

Dio un tirón con la mano derecha, la que blandía el cuchillo, intentando sorprenderme para liberarla. Apreté su muñeca con todas mis fuerzas hasta que noté los huesos rozar entre sí. Ella gimió de dolor, apretó los ojos y soltó por fin la daga. Le di un puntapié que la hizo girar por el suelo hasta que desapareció debajo de la cama.

Seguimos agarrados, tambaleándonos y empujándonos; yo la sujetaba de las muñecas y ella curvaba los dedos como si fuesen garras.

—Basta, Caterina —le imploré—. ¡Por favor, basta!

Por toda respuesta intentó darme una patada, y lo habría conseguido de no ser por las gruesas faldas.

Me dolían los brazos; sabía que no podría contenerla mucho más tiempo: su fuerza resultaba aterradora. Di un paso a un lado y la aparté de mí. Ella trastabilló y cayó sobre una mesita de mármol que se volcó, despacio al principio y mucho más deprisa después, y se estrelló contra el suelo; el borde se rompió y arrancó unas esquirlas de piedra blanca.

Me estaba enjugando el sudor de la frente cuando, para mi sorpresa, vi que volvía a arremeter contra mí con otro cuchillo, más pequeño, en la mano... ¿De dónde lo había sacado?, ¿dónde lo llevaba escondido?

—*Maiale!* —me espetó de nuevo—. ¡Cerdo! ¡Puñetero cerdo!

Retrocedí. Temí que hubiera perdido por completo la cordura, y por primera vez tuve la impresión de que lograría matarme. La idea me pareció al mismo tiempo espantosa y en cierto modo cómica.

Yo había calculado mal la distancia a la cama, y choqué con el borde y caí de espaldas sobre el cobertor de seda. Aún no sé si fue ese error lo que salvó

mi vida. Caterina se plantó entre mis rodillas abiertas y se quedó mirándome, con las aletas de la nariz dilatadas y la frente sudorosa. Me apuntó con la hoja de aquel cuchillo más pequeño, aunque no tanto para no poder perforarme el corazón o la garganta con él. Murmuró algo con esa voz nueva y gutural, unas palabras en italiano que no entendí, y luego de pronto se echó a reír.

—Debería cortarte la polla —dijo—. Ya ha cacareado bastante —inclinó el cuchillo hasta que apuntó a mi entrepierna—. A lo mejor lo hago... ¿Qué te parece, eh?

Volvió a reírse y lanzó el cuchillo por encima del hombro. Se agachó, se levantó las faldas, se arrodilló en la cama y se plantó a horcajadas sobre mis caderas.

—Muy bien —susurró—, ahora hazme a mí lo que le hiciste a ella —hurgó entre sus piernas, intentando desabrocharme los calzones—. *Merda* —susurró—. No puedo. ¿Por qué los hombres os embridáis como un ganso de Navidad?

Apoyé la cabeza en la cama, cerré los ojos y respiré despacio. El corazón me latía a toda prisa después de toda esa violencia, de todo ese espanto.

—Caterina —dije—, por favor.

—¿Qué pasa? ¿No puedes? ¿Pudiste hacérselo *a quella vacca inglese* pero no a mí? —me puso los brazos en los costados y, toda dulzura, se inclinó y me besó en los labios—. ¡Ay, mi pobre estrella! —dijo—, ahora ya no brillas tanto.

La tormenta había pasado. Volvió a sentarse sobre mi regazo y me miró con una ceja arqueada.

—Dime, ¿cómo fue? —preguntó—. ¿Te chupó tu cosa? Dicen que a las inglesas les gusta. Cuéntamelo.

Alargué los brazos y se los puse en las caderas.

—Caterina, lo siento.

—No te perdono, nunca te perdonaré... A menos que me hagas ahora lo mismo que a ella, pero mejor.

Volvió a reírse e hizo un ruido gutural en lo más profundo de la garganta.

Nos quitamos la ropa y nos acostamos como tantas otras veces.

Nuestro lance amoroso duró poco, y luego nos quedamos tranquilos abrazados. Estuvo amable, casi distraída, ahora que su furia se había extinguido. Apoyó la cabeza en mi hombro, levantó una mano y estuvo jugueteando con la trenza que me colgaba sobre la mejilla.

—¿De verdad habrías derramado mi sangre? —pregunté.

Se encogió de hombros con un mohín.

—Puede que aún la derrame —me tiró con fuerza de la trenza—. Eres un animal —dijo—. Te pierdo de vista un día y montas a la primera que se cruza en tu camino.

—Se sentía sola —dije.

—¡Oh, qué pena!

Volvió a tirarme del pelo, acercó mi cara a la suya y me besó.

—¿Cómo lo has sabido? —pregunté.

—Por sir Kaspar, claro.

—¡Ah! Así que él también era tu espía.

—Antes fue mi amante.

La miré con fijeza.

—¿Ese viejo? —exclamé.

Volvió a reírse.

—No siempre ha sido viejo. Y yo era muy joven. Mi padre quiso casarme con él. Luego Rudi me cautivó, o yo a él.

Liberé el brazo y me senté. Envolviéndola en una especie de niebla mental, había conseguido aceptar más o menos la idea de ella y Rodolfo juntos, pero la imagen de ella de joven entregándose a sir Kaspar, aquel viejo decrepito de ojos pitañosos y rodillas huesudas, se me hizo intolerable... Intolerable y, al mismo tiempo, una vez más, casi risible.

Había veces, y esta era una de ellas, en las que me parecía ver a esta mujer desde la distancia, como si fuese una desconocida, lejana e inescrutable, como esa Venus lasciva con el niño monstruoso a su lado del cuadro del comedor del nuncio. ¿Por qué locura había dejado que me atrajera hasta sus brazos?

—¿En qué piensas? —preguntó.

Estaba tumbada de costado, apoyada sobre un codo, con una mano debajo de la mejilla. Nunca aparentaba tanto su edad como en esa postura, desnuda, con los pechos y el vientre caídos de lado y las pantorrillas brillantes y moteadas cruzadas. Y aun así, a pesar de la confusión de imágenes que daban vueltas en mi cabeza —su carne fofa, la boca pequeña y húmeda de Rodolfo, las piernas largas y huesudas de sir Kaspar—, me bastaba con recordar cómo, unos minutos antes, había yacido debajo de mí en un rapto de placer para empezar a notar un nuevo cosquilleo en la entrepierna.

—Dime —pregunté—, ¿asistirá Su Majestad mañana?

—¿A su cumpleaños? —se rio—. ¡Pues claro que sí! Le encantan los cumpleaños, si son suyos. Celebra dos al año, ya sabes: el verdadero y la farsa oficial de mañana. Habrá regalos; príncipes, legados, jefes bárbaros..., todos

le traerán cosas bonitas en las que regodearse. Este año le han prometido un trozo de..., ¿cómo se llama esto?

Alargó la mano y pellizcó el caño flácido de mi miembro.

—El prepucio —respondí, con una mueca de dolor.

—Sí, eso es, el prepucio de Cristo... El gran visir de no sé dónde lo va a traer en un cofre de oro. *Certo*, eso curará a Rudi de su melancolía y le hará salir de su madriguera, frotándose las obesas zarpas.

Se levantó de la cama y fue a mi mesa, donde había un cuenco dorado lleno de cerezas. Regresó con él a la cama y se sentó a mi lado con las piernas cruzadas.

—¿Sabes que está aquí el hermano del emperador? —dije.

Empezó a comerse las cerezas.

—¿Matías el Magnífico?

—Ha llegado un día antes de lo previsto.

—Le gusta sorprender; cree que es su estrategia en el campo de batalla. Matías... ¡Ja! Basta con ver su barba a la española para darse cuenta de lo que es. Y sus ojos, siempre vigilantes detrás de tanta jactancia. Es de los que espiarían a sus hermanas en el retrete.

Tenía un hueso de cereza entre los dientes, me puso la mano en la nuca, acercó mi cara a la suya y me besó. Al mismo tiempo me introdujo el hueso en la boca, igual que había hecho con el botón de hueso arrancado de mi jubón, para sellar nuestro pacto amoroso. Luego me soltó y se rio. Yo escupí el hueso hacia la chimenea; cayó en el hogar.

—Y mañana llegará su primo Fernando —dijo metiéndose otra cereza en la boca—. El joven Cabeza de Nabo en persona. Tienes que..., *come si dice?*, cultivarlo.

—¿Yo?

Asintió con la cabeza. Ahora fue su turno de escupir el hueso de cereza; tenía mejor puntería que yo, y cayó en mitad del fuego con un leve silbido.

—Sí, Fernando es nuestro hombre —alzó la mirada e hizo rápidamente la señal de la cruz sobre el pecho—; que Dios nos ayude.

—No entiendo —respondí—. ¿Nuestro hombre? ¿Quiénes somos «nosotros»?

Volvió la cabeza y me miró con gesto incrédulo.

—¿De verdad sabes tan poco, o solo lo finges? ¿Es que no has hablado con el chambelán? ¿No te ha explicado la situación?

—El chambelán me dice muchas cosas —respondí—. Unas las creo, otras no, y otras no las entiendo.

Envió otro hueso de cereza describiendo un largo arco hasta las llamas. De pronto vi una imagen clara y concreta de ella de pequeña con un vestido rosa, sentada debajo de un cerezo un día soleado, comiendo fruta y escupiendo el hueso al suelo. Para todos, incluso para ella, ha habido un tiempo de inocencia.

—Es muy sencillo —dijo—. Wenzel, el doctor Kroll y sus hombres querrían echar del trono al pobre Rudi y poner a Matías en su lugar. Nosotros, el chambelán, tú, tanto si quieres saberlo como si no, y yo queremos que Rodolfo el Loco muera de viejo y Fernando ocupe su lugar —me miró y negó apesadumbrada con la cabeza—. Todavía no lo entiendes, ¿verdad? Matías toleraría a los protestantes y mantendría la paz, para ser soldado no le gusta mucho combatir; en cambio, Fernando el Feroz los quemará a todos.

—¿Y eso es lo que «nosotros» queremos?

Pensó un momento, mirando otra vez hacia arriba y chupando una cereza.

—Sí —respondió—, eso es lo que queremos —me miró y se rio—. Piensa —dijo en voz baja, dándome un golpecito en la frente con el dedo—, piensa en qué sería de nosotros, de nosotros dos, si Matías llegara al trono. *Ah, mio caro*, piénsalo —sujetó el cuenco en alto y su voz se convirtió en un susurro—. Se acabaron las cerezas.

Guardamos silencio. Yo me quedé pensando en lo que me había dicho. Al cabo, dije:

—La hija de Kroll..., ¿por qué murió?

—¿Qué? —preguntó con aire ausente—. No entiendo.

—Ni yo —suspiré—. Hace un rato, Jeppe Schenckel me ha dicho que no sé nada. Tal vez tenga razón. A veces tengo la sensación de no saber nada de nada.

Se quedó observándome. Había dejado el cuenco en el suelo, al pie de la cama.

—Quizá —respondió— haya cosas que sea mejor no saber.

La cogí de la barbilla y la obligué a mirarme.

—Tú lo sabes —dije—. Tú podrías decírmelo.

Y así era..., pero ¿quería yo oírlo?

—Suelta —dijo—, me haces daño.

La solté, y ella se frotó la barbilla con un mohín.

—¿Qué es lo que sé? —frunció el ceño—. Ese Kroll —añadió—, *che lenone*.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Qué significa eso?



—Consentidor —respondió—. ¡Alcahuete! Prostituyó a su hija con mi Rudi para que espiara para Wenzel. Me alegro de que esa zorra muriese —se estremeció—. Tengo frío —dijo—. ¿Te importaría calentarme?

Me echó los brazos al cuello y se frotó despacio contra mí.

Yo aparté la mirada.

—Algo —dije—, o alguien..., no lo sé, me ha atacado en el pasillo.

—¿Que te ha atacado? ¿Cuándo?

—Justo ahora, cuando venía.

—¿Y te ha hecho daño? —se inclinó hacia delante y me lamió el cuello con delicadeza—. Enséñame las heridas.

—Era una especie de... Parecía un animal, pero no lo era. Era humano, un monstruo humano.

—Mmmm —dijo—, sabes muy bien..., a sal —tenía la boca en mi oreja, noté su aliento cálido y con olor a cereza—. ¿Te ha asustado? —susurró.

—Sí.

—Debía de ser un espíritu maligno —dijo— que volaba por el castillo en busca de sangre —atrapó el lóbulo de mi oreja entre los dientes y lo mordió con suavidad—. Un súcubo —dijo—, ¿se dice así? Un súcubo conjurado por uno de los magos de Rudi.

Volvió a tocarme entre las piernas, inclinó la cabeza y me lamió también allí.

—Mmmm —murmuró—. Noto mi sabor en ti. También es salado, como el mar —me besó. Su lengua era al mismo tiempo suave y áspera, un caracol cubierto de arena—. *Mio caro porcellino salato* —dijo apartándose y mirándome a los ojos—. Cuéntame otra vez lo de la inglesa —susurró—. Cuéntamelo todo, no te calles nada.

Se me había olvidado —¿es de extrañar, después de la hora que acababa de pasar con Caterina Sardo?— que el chambelán me había invitado a cenar con él, y ahora era demasiado tarde. No obstante, me levanté de la cama y empecé a vestirme. Al mirar hacia la puerta, vi algo que brillaba en el suelo. Lo recogí. Era un trozo de papel muy bien plegado. Lo desdoblé.

*Venid a mi casa.  
Kroll*

Arrugué el papel en el puño y me vestí a toda prisa. Al ir a dejar la habitación, Caterina, todavía desnuda en la cama, me agarró por la parte de atrás de los calzones y soltó su risa gutural.

—No me dejes —gritó—. Vuelve, *dolce porcellino mio*.

Aún se estaba riendo cuando salí por la puerta. Me detuve en el pasillo y miré a izquierda y derecha, por miedo a que volviese a atacarme la misteriosa y aterradora criatura que se había abalanzado antes sobre mí. Un criado había encendido de nuevo las dos lámparas apagadas, y me alegré de no verme forzado a atravesar otra vez aquella mancha de oscuridad.

Fuera, la noche era fría y punzante, y había montones de nieve helada en el suelo, pero el cielo estaba despejado y la luna alta, pequeña y plana como una moneda. Bajé a pie por Kleinseite. Tuve la sensación, mientras andaba, de hallarme cerca de alguna formulación grande y todavía por desvelar; me sentía como el vigía de un barco en la noche, navegando junto a la costa de un continente que no llega a distinguir. La imaginación puede saber cosas que no sabe que sabe.

Crucé el puente de piedra. Abajo, el río oscuro, en el que el hielo había empezado a descongelarse, empujaba y se estremecía, mostraba motas de espuma aquí y allá como la crin plateada de unos veloces corceles. La plaza de la Ciudad Vieja estaba vacía, la luna brillaba sobre los adoquines. Pasé junto al fino perfil de la Týn Kirche y me desvié por una callejuela, una

callejuela que conocía. Un farol brillaba en la puerta de una cervecería, y dentro oí el son de un violín y a alguien que cantaba con voz de borracho. Pasé por debajo de un balcón, me detuve y miré hacia arriba. Aquí era donde aquel día la puta se había asomado, había llamado a Jeppe el enano, se había reído de él y le había escupido.

Jeppe Schenckel. Era uno de los países de ese continente invisible, una de las cosas que no sabía que sabía.

La casa del doctor estaba sumida en la oscuridad. Al llegar a la puerta principal me agaché y miré por el ojo de la cerradura. Al fondo del vestíbulo había un resplandor, vago y granulado, como una neblina amarillenta. Estaba a punto de marcharme cuando oí un levísimo crujido. El viento debía de haber movido un poco la puerta, o quizá me hubiese apoyado en ella sin darme cuenta, pero vi que no habían echado la llave y estaba entreabierta. Dudé, la empujé y se abrió despacio sobre los goznes. Una vez más dudé, y me quedé escuchando. No oí nada excepto el son amortiguado del violín y la voz trémula del cantante en la calle.

Cerré la puerta con cuidado a mi espalda —¿por qué la habían dejado abierta a esas horas de la noche?— y crucé el vestíbulo sin hacer ruido, acordándome de la otra ocasión en que había estado allí en compañía del enano, cuando me invitó a pasar Fricka, el ama de llaves. Había habido muchos comienzos, de los cuales ese no era más que uno. ¿Se acercaba ahora un final? Noté el latido sordo y lento de mi corazón.

Entonces mis oídos captaron un ruido lejano, tan leve que apenas podía llamarse ruido, que llegaba desde el corazón de la casa, un ruido similar al de un callado lamento. Seguí andando rumbo al resplandor dorado y neblinoso.

Al doblar la esquina hacia el pasillo encontré otra puerta entreabierta, por la que se colaba un abanico de luz en el suelo. Me quedé quieto un instante, escuchando. El lamento llegaba desde el interior del cuarto: alguien estaba llorando. Di un paso adelante como cuando en un sueño cruzas sin hacer ruido el umbral de un mundo a otro.

Era la habitación a la que me había llevado Jeppe Schenckel aquel día y donde aguardé sin saberlo la llegada del emperador. Un fuego ardía en el hogar; justo enfrente de un sillón en el que el doctor estaba sentado igual que la primera vez que lo vi aquella noche en el castillo, con Wenzel oculto entre las sombras. Estaba reclinado exactamente igual que entonces, con la barbilla apoyada sobre el pecho y un brazo caído a un lado del sillón.

Fricka, la anciana sirvienta, acuclillada a sus pies y abrazada a sí misma, se balanceaba despacio atrás y adelante y gemía en voz baja. Al oír mis pasos,

volvió hacia mí un rostro gris, contraído y apenado.

La pechera del jubón del doctor estaba empapada con una mancha de color rubí. Por un segundo pensé que debía de haberse derramado un vaso de vino encima. Luego vi la herida de cuchillo en un lado del cuello.

Enseguida pensé en nosotros dos en la catedral, cuando fuimos andando desde el Callejón del Oro, y Kroll se quedó mirando el crucifijo del altar mayor y me habló de sangre y de sacrificio.

Desdoblé el papel que había encontrado en mi cámara y se lo mostré a la anciana.

—¿Es esta la letra del doctor? —pregunté. Ella negó con la cabeza—. Entonces, ¿la habéis escrito vos?

No se molestó en responder y apartó el rostro.

No recuerdo cuándo salí de la casa. Estaba en aquel cuarto, con la mirada perdida en el hombre asesinado y hablando con la anciana acurrucada en el suelo, y un momento después estaba en la calle, bajo un cielo tachonado de estrellas, oyendo otra vez la música entrecortada que llegaba de la cervecería. La luna estaba más alta, más redonda, más grande. Me quedé contemplándola, preguntándome cómo podía cambiar así de tamaño. Es una ilusión, pensé, causada por el aire mismo: el aire debe de ser una especie de lente, una gran lente suave y cristalina. La idea me gustó.

De pronto reparé en una conmoción cercana, voces que se alzaban, pasos apresurados y el estrépito de las armaduras.

—¡Ahí está! —gritó una voz—. ¡Ahí! ¡Mirad! ¡Detenedlo! ¡Alto, asesino!

Corrí. Corrí mucho rato. Una ciudad es inacabable: una calle lleva a otra calle, una plaza a otra plaza; hay casas, ventanas, umbrales, todos distintos y todos parecidos. Uno podría correr eternamente. Al principio los soldados me persiguieron, pero los dejé atrás; los hombres de armas no están equipados para ser veloces.

Llegué a la iglesia de San Pedro y me apoyé jadeante a la sombra del atrio; cada bocanada de aire era como una llamarada de fuego en mi garganta.

El cadáver de Kelley se hallaba en una capilla lateral, tendido en un féretro, con las manos descansando sobre el pecho. Le habían quitado el lienzo que le sujetaba la mandíbula. Uno de sus ojos no estaba cerrado del todo, y vi que lo cubría una especie de película que reflejaba apenas el brillo de las velas.

Una de las corpulentas novicias de Malaspina, la hermana Maria, ocupaba una silla junto al féretro. Se había quedado dormida y roncaba un poco, con la barbilla apoyada en un círculo prominente de carne alrededor del cuello.

Pasé sin ruido a un banco y me senté. Al cabo de un rato, mi corazón dejó de latir tan deprisa y pude respirar con más calma. Mi imaginación estaba abarrotada de fragmentos y jirones y no podía pensar con claridad. El terror se agazapaba atento y tembloroso en mi interior, como un animal acorralado escuchando los ruidos de la cacería.

Por fin encontré el valor para aventurarme a salir —la hermana Maria continuaba profundamente dormida— y me escabullí a la sombra de las casas, evitando el claro de luna. Me detuve varias veces a escuchar, pero no oí nada; al menos de momento había escapado a mis perseguidores.

Fui a la nunciatura. Aunque me pareció que debía de ser de madrugada, encontré al nuncio despierto, acomodado en su enorme sillón al lado del fuego, leyendo a Virgilio. Al verme, dejó el libro a un lado, se levantó y fue hacia mí.

—*Dio mio!* —exclamó—. ¿Estáis herido?

No le entendí.

—Toda esa sangre —añadió—. ¡Mirad!

Era raro: no recordaba haber tocado el cadáver del doctor Kroll, pero debí de hacerlo, pues al nuncio no le faltaba razón: tenía las manos cubiertas de sangre seca y la pechera de mi jubón, también manchada.

—No es mía —dije—. No es mi sangre.

—Entonces ¿de quién?

Era como estar en un sueño, pero no era ningún sueño.

Me llevaron una palangana con agua tibia y me lavé lo mejor que pude. Qué sonrosada estaba el agua de la palangana, el color pálido y ruboroso de los pétalos de rosa.

—He ido a casa del doctor Kroll —dije, todavía mirando el agua—. Lo han asesinado... Alguien le ha apuñalado en el cuello.

—*Gesù!* —murmuró el obispo al tiempo que se persignaba.

De algún lejano rincón de la casa llegó el son de la música de viola, la misma frase repetida una y otra vez; a pesar de ser tan tarde, una de las novicias estaba ensayando.

—La señorita Weston —dije— ¿cómo se encuentra?, ¿le ha bajado la fiebre?

—No, sigue mal —dijo Malaspina—, pero sobrevivirá. Serafina está con ella.

—¿Puedo verla? —pregunté.

Me guio a lo largo del pasillo y por las escaleras. En estas últimas jadeó y resolló, acarreando su propia carga de un escalón al siguiente, igual que Sísifo

empujando su roca imposible.

En el cuarto de la enferma una lámpara de aceite con una pantalla de cristal rojo difundía un leve resplandor rosado, como el agua ensangrentada de la palangana. Elizabeth Weston yacía en la cama con los ojos cerrados. Tenía las mejillas lívidas e hinchadas y le brillaba la frente por el sudor. Miré su pelo húmedo extendido sobre la almohada, y pensé en Magdalena Kroll y en el halo negro y brillante sobre el que había descansado su cabeza sin vida. Serafina estaba sentada al lado de la cama, en un taburete de tres patas. No me miró. Estaba refrescando la frente de la enferma con un paño húmedo.

En el dedo corazón de la mano izquierda llevaba aún el anillo de mi madre.

Elizabeth Weston gimió en sueños, movió la cabeza de un lado al otro y volvió a calmarse.

Me quedé a la cabecera de la cama. El nuncio se había ido.

Serafina miró las manchas oscuras de mi jubón. Permitted que le cogiera la mano. Tenía las mejillas húmedas de lágrimas.

—Serafina —dije—. Serafina.

Elizabeth Weston abrió los ojos, miró fijamente al techo y volvió a mover la cabeza de un lado al otro.

—*Ego autem cantabo dissolutio* —recitó con voz áspera—. *In interitum mundi...*

Me quedé allí un buen rato. Serafina y yo nos turnamos para refrescar la frente ardiente de la enferma, las mejillas, el cuello. Pasaba inmóvil largos intervalos, sin respirar apenas. En otras ocasiones se debatía y sacudía las piernas, llorando y murmurando.

El obispo nos envió un cuenco de caldo, una hogaza, higos secos, un queso y una jarra de vino. Serafina colocó la comida en una mesita en un rincón, y nos sentamos a comer a la luz tenue y sonrosada de la lámpara, mientras Elizabeth Weston dormía y suspiraba.

Yo también dormité un poco, después de comer, con la cabeza apoyada en las manos sobre la mesa.

Cuando desperté, habían retirado los platos. Me incorporé y me limpié con el puño un hilo de saliva que se había secado sobre mi barbilla. Serafina había vuelto a sentarse al lado de la cama. Había ido a buscar un cuenco de agua y un trapo limpio.

Le conté que había encontrado al médico muerto en su sillón y a la vieja criada llorando a sus pies. Le conté que los soldados habían intentado detenerme, y que había huido de ellos corriendo por la ciudad como en un

sueño. Vi que no entendía nada de lo que le decía, pero no me importó. La recordé jugando con el gato Platón; no le dije que había encontrado al pobre animal muerto a la puerta de mi habitación.

Abajo, el nuncio dormía en su sillón; el volumen de Virgilio se le había caído del regazo y yacía abierto en el suelo. *Ego autem cantabo dissolutio...*

Aticé las brasas del fuego y eché unas ramas y un par de troncos. Cuando me di la vuelta, Malaspina se había despertado y me observaba con los ojillos brillantes. Acerqué una silla y me senté delante de él.

—Jan Madek vino a veros cuando volví de Most —dije—, ¿no es así?

Durante un rato no hubo respuesta, siguió observándome repantigado en su asiento. Fui incapaz de descifrar su expresión. Por fin se desperezó y trató de incorporarse con un gruñido.

—Madek —dijo con fatigada indignación—. Ese joven loco.

Desvió la mirada hacia el fuego, donde las llamas blancas lamían la leña.

—Pero estuvo aquí, ¿verdad? —dije—. ¿Qué quería?, ¿vino para acogerse a sagrado, como yo?

—No. Quería darme algo, algo que le había dado ese tramposo de Kelley.

—¿Qué era?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. No quise saberlo.

—Era un cofre, un cofre de hierro, que contenía...

Alzó la mano con gesto perentorio.

—No me lo digáis —dijo.

—¿Por qué?

Se inclinó hacia delante y me indicó con un gesto que le diera el atizador. Lo cogió y clavó la punta en el centro del fuego.

—Para no tener que mentir —dijo. Soltó el atizador en el hogar, donde cayó con un estrépito que me crispó los nervios—. Afirmaba cosas descabelladas —dijo—. Iba a desvelar una conspiración, iba a destruir al gran senescal, a echarlo todo abajo. Y todo por una chica que ya lo había olvidado, ahora que estaba con un personaje mucho más encumbrado. *Follia, follia*.

Oí que Serafina se movía en el cuarto de la enferma, encima de donde nos encontrábamos.

—¿Qué hizo con el cofre? —pregunté—. ¿Os lo dio para que se lo custodiarais?

Levantó la mano con apremio y la agitó delante de mi cara.

—No, no, no —dijo—. Escuchad lo que os digo: yo no podía dejar que me contara nada, que me mostrara nada. No podía saberlo.

Me puse en pie y me encaminé hacia el otro extremo de la sala, recorriendo una por una las losas de piedra. Luego volví, me incliné hacia la chimenea y observé cómo se reagrupaban las llamas.

—Fue a ver a Wenzel —dije—. Estaba loco de celos. Profirió amenazas... Sabe Dios cómo creía poder salir bien librado. Wenzel lo hizo detener y torturar. Quería el cofre —me di la vuelta y miré al gordo clérigo que seguía repantigado en el sillón—. ¿Os contó dónde estaba el cofre? ¿Os dijo su paradero?

El nuncio negó despacio con la cabeza.

—Llevaba algo consigo —dijo—, pero yo no quise verlo, por más que insistió. No aceptaba mi negativa, mi negativa a saber.

—¿Qué sucedió?

—Dejó lo que llevaba...

—El cofre.

—... lo que fuese, y cabalgó al castillo para enfrentarse con Wenzel.

—¿Y qué fue del cofre?

—No llegué a verlo. Cerré los ojos y le pedí que se lo llevara. No quiso y lo dejó sobre la mesa, sobre la mesa, ahí, e insistió en que debía ayudarle, en que debía protegerle. Me di la vuelta, no quise mirar. Se marchó. Llamé a Serafina y le pedí que se llevara aquello. Por la mañana, los hombres de Wenzel vinieron a interrogarme. Exigí saber qué había sido de Madek. Se rieron. Supe que el chico había muerto. *Povero* —murmuró—, *povero giovane*.

La música distante de la viola empezó de nuevo, una frase quejosa y descendente.

—Sabían que había venido a pedir os ayuda —dije.

Asintió con la cabeza.

—Sí. Lo torturaron, y él les contó que había venido aquí. Hablaron del cofre. Les dije que no sabía nada, que no lo había visto. ¿Lo entendéis ahora? No podía comprometerme, no podía ponerme en una situación en la que tuviese que mentir —hizo una pausa—. Me amenazaron —dijo—. ¡A mí, al enviado del Papa! Luego se marcharon.

—¿Y qué hizo Serafina?

Volvió a negar con la cabeza.

—No lo sé. Le dije que no me lo contara, que yo no debía saberlo —alzó la vista despacio—. Tal vez sea mejor que le preguntéis a ella.

Fue lo que hice.



No sé decir cómo logré que me entendiera, pues lo ignoro; cuando es necesario, uno puede obrar milagros.

Fue a por la pelliza de piel de cordero, que yo recordaba tan bien. Me trajo tantos recuerdos que faltó poco para que me echara a llorar.

Despertaron a la hermana Maria de su vigilia soñolienta al lado del féretro de Kelley —«Ese diablo puede cuidar de sí mismo», dijo alegremente Malaspina— y le encomendaron el cuidado de Elizabeth Weston, a quien había empezado a bajar la fiebre.

El nuncio me habría prestado su carruaje, pero el cochero, que tenía una secreta afición al vino de su señor, se hallaba sumido en un estupor ebrio y no pudimos espabilarle. Así que Serafina y yo tuvimos que cruzar a pie la ciudad dormida, pasar el puente de piedra y subir por Kleinseite. Fue un largo paseo. Yo estaba muy asustado, temeroso de que en cualquier momento saliera de las sombras un pelotón de soldados y me detuviera. Y, no obstante, ¡cómo brillaban las estrellas!

Por fin llegamos al Callejón del Oro. Me resultó tan extraño andar con la chica muda por los familiares adoquines hasta la vieja puerta que conocía tan bien... Serafina tenía una llave —siempre la había tenido— y entramos. La casita estaba a oscuras, pero encontró una vela y encendió la lámpara de aceite. Ahí seguían la mesa, el catre y, detrás de la cortina, el cagadero de madera donde me sentaba por las mañanas con el volumen de Plinio sobre las rodillas.

Serafina extrajo el orinal de porcelana de su agujero y lo dejó en el suelo, levantó la tabla con bisagras, y allí, en el hueco de debajo, estaba el cofre, donde lo había escondido la noche en que Madek se presentó con él en la nunciatura. Lo saqué. Estaba cerrado con llave. Lo agité y oí deslizarse los documentos en su interior.

Hete ahí, en mis manos, la prueba con la que Madek, llevado por su juventud y su locura, había pensado derribar a Felix Wenzel, recuperar a su amada y vengarse del alcahuete de su padre. Y en vez de eso le habían arrancado los ojos y había acabado en el Foso de los Ciervos con un cordel apretado en torno al cuello.

El cofre era cuadrado, no muy grande y no muy hondo, con los bordes rectos, y un tanto oxidado en la tapa y los laterales. Parecía tan corriente... Un objeto sobre el que yo me había aliviado el vientre por las mañanas sin saberlo, pero por su causa había hombres que habían conspirado y sufrido y muerto.

Me despertaron las campanas. Doblaban en las torres de toda la ciudad, en la airosa catedral sobre la colina, en la plaza de la Ciudad Vieja, en la Týn Kirche, en la pequeña iglesia de San Pedro donde yacían los restos mortales de Edward Kelley. Al principio me sentí confuso y pensé que los engranajes del tiempo habían retrocedido, pues me encontraba en el Callejón del Oro, tumbado en mi camastro como antaño, con el tenue humo de la mañana flotando en el aire a mi alrededor y un haz de luz invernal pálida como el oro viejo atravesando la ventana polvorienta. Nadie había dormido en el camastro desde la última vez que me acosté en él; estaba húmedo y olía a moho. El frío me había calado hasta la médula de los huesos, pues por la noche solo había podido taparme con mi pelliza de castor. Además me dolía el cuello de dormir en un ángulo extraño sin almohadón ni cojín. Incluso los condenados se quejan de la incomodidad de la celda en su última noche.

Me quedé un rato oyendo el tañido de las campanas. Me pregunté a qué podía deberse ese clamor tan solemne, y luego recordé lo que ya sabía: que era el cumpleaños oficial del emperador.

Me senté y miré a mi alrededor. Me habría gustado que Serafina hubiese estado conmigo, pero me hallaba solo. Pensé en los terrores de la noche, en mi descubrimiento del cadáver de otro Kroll, en mi huida a través de la ciudad, en lo que Serafina me había mostrado, oculto aquí.

Al recordar el cofre, me levanté de un salto y fui a comprobar que estuviera a buen recaudo. Lo había metido en mi bolsa de piel de cabra. Allí estaba; una parte de mí deseó que alguien se lo hubiera llevado.

No había nada de comer ni de beber, ni siquiera agua en la jarra para lavarme. No se me ocurrió utilizar el cagadero, ese vulgar y al mismo tiempo crucial escondrijo. Me vestí a toda prisa, me puse la pelliza, me eché al hombro la pesada bolsa y salí de la casa. Recorrí el callejón hasta llegar a una taberna donde sabía que el cerrojo de una puerta lateral siempre estaba sin echar, entré en el patio y usé el retrete.

Después me lavé en el caño de la bomba de agua. En mi aflicción, me sentía como una víctima propiciatoria preparándose para el sacrificio.

Era un día crudo y desapacible, con un cielo purpúreo y amenazador, y el aire estaba amortajado con una niebla blanca y densa. La niebla me alegró, como si fuese una especie de segunda capa en la que envolverme y ocultarme. Es raro andar por el mundo como siempre, moviendo las piernas y los brazos igual que de costumbre, y pensar que al caer la noche es probable que uno esté colgando rígido por el cuello del extremo de la cuerda del verdugo.

La verdad es que no anduve, sino que me deslicé, siempre cerca de las paredes, deteniéndome cada tantos pasos para ocultarme en algún umbral y escudriñar la calle por miedo a que pudieran estar siguiéndome. El mundo se había convertido en una enorme trampa tendida en exclusiva para mí.

Y así continué, con el sombrero calado y el rostro embozado en el cuello de la pelliza.

Las festividades por el aniversario ya habían empezado. En la catedral estaban entonando un *Te Deum*, y oí alzarse la voz del coro y los bramidos del órgano. En la amplia plaza situada delante del palacio real, un escuadrón de la guardia imperial, ataviado de azul y escarlata, iba y venía con envarada ceremonia; los mosquetes que llevaban al hombro los guardias, sus erizadas lanzas y las espuelas de los talones resonaban al unísono. En las calles que salían de la plaza desfilaban otros regimientos; había una gran mezcla de hombres con botas y caballos con coraza, y en todas partes se oía el eco de las órdenes gritadas y la trápala de las herraduras sobre los adoquines.

En el balcón de encima del arco del palacio se había reunido un grupo de cortesanos para contemplar las maniobras de la plaza. Vi que Rodolfo había salido de su escondrijo, pues estaba ahí, al frente del grupo, con aire cohibido y angustiado. A su derecha, su hermano Matías, alto, fuerte, con el sombrero emplumado en la mano, sonreía y saludaba con el brazo. A la izquierda del emperador había un joven esbelto de aspecto más bien hastiado, con armadura ceremonial negra, el sombrero negro repujado de joyas y una enorme gorguera. Supuse que sería el primo de Rodolfo, el archiduque Fernando. Recordé que Caterina Sardo lo llamaba Cabeza de Nabo, pero con la frente abombada y la barbilla prominente separadas por un rígido mostacho castaño me pareció el tacón y la suela de una bota descomunal. Los Habsburgo no eran, por decirlo suavemente, muy agradecidos.

Me escabullí por debajo de un arco y subí por las escaleras en dirección a mi cuarto. En alguna parte del castillo tocaban unos músicos; oí el son de las gaitas y el retumbar del tambor. Me habría gustado saber dónde estaba

Caterina Sardo: no la había visto entre el grupo del balcón. No esperaba verla ese día, pues por discreción procurábamos evitarnos en las ocasiones ceremoniales como esta; en el fondo de mi corazón, dudé de que volviéramos a vernos.

Cuando abrí la puerta de mi cuarto, la primera sorpresa fue encontrar al chambelán Lang, con su largo hábito negro, reclinado cómodamente en mi cama, con la espalda apoyada en unos cojines y los tobillos cruzados, leyendo mi vieja y manoseada copia de Plinio.

—¡Ah!, Herr Doktor Stern —dijo, alzando la vista y sonriendo—. Aquí estáis por fin..., os hemos estado esperando.

La habitación estaba muy desordenada. El escritorio estaba volcado y mis papeles, desperdigados por el suelo entre charcos de tinta derramada. Habían sacado los cajones y vaciado su contenido. Los almohadones del diván habían sido destripados, y habían rajado la tapicería, el relleno de crin de caballo asomaba por las heridas. Habían tirado al suelo un estante de libros, las alfombras estaban del revés, y habían arrancado las cortinas de la ventana.

En mitad de aquel desastre había un joven pálido de frente despejada, ojos vigilantes y mentón retraído sobre el que se veía una boca fruncida y rosada muy pequeña, como un capullo de rosa.

—Este es Curtius —me comentó el chambelán—. Creo que no lo conocéis. Lleva a cabo para mí ciertas tareas delicadas y muy necesarias que surgen de tanto en tanto —miró el caos de la habitación—. Sí, me temo que está un poco revuelta —dijo—, pero ya comprenderéis que había cierta urgencia.

—¿Qué estabais buscando?

Ladeó la cabeza como un pájaro y esbozó una sonrisa astuta.

—¡Oh, vamos —dijo—, los dos sabemos la respuesta! Todos la sabemos, ¿verdad, Curtius?

El joven sin barbilla no respondió.

—Entonces dejad que os pregunte —le dije al chambelán—: ¿qué habéis encontrado?

Lang fingió pensarlo con mucha atención, poniéndose un dedo en la barbilla y alzando la mirada.

—No mucho —replicó—, para seros sincero. Algunos libros discutibles prestados de la biblioteca privada del emperador; muy salaces, Herr Doktor. También es notable una fusta de cuero que me da la impresión de que jamás ha golpeado las ancas de ningún caballo. Uno o dos artículos íntimos femeninos, ¿recuerdos, tal vez?, ¿premios?, ¿favores? No, tenéis razón: no es

asunto mío —Curtius murmuró algo que no llegué a oír, y el chambelán asintió con la cabeza—. Sí, sí, claro, lo había olvidado —se centró otra vez en mí—. Y una bolsa de monedas de oro y plata, en el fondo de un cajón. Por lo visto, habéis estado ahorrando hasta el último *pfennig*, Herr Doktor.

Se levantó de la cama, todavía con mi libro en la mano. Frunció el ceño, como si lo hubiera olvidado, y luego me lo lanzó.

—El viejo Plinio es un poco árido, ¿no os parece? —dijo—. O quizá no vaya con mi temperamento. «La fortuna favorece a los audaces», desde luego: y luego los envenena con una nube de piedra pómez en las laderas del Vesubio.

Me tocó el brazo y me acompañó a la puerta. Allí hizo una pausa y se volvió, mirándonos a su ayudante y a mí.

—¿Qué decís? —me preguntó—. ¿Debería decirle a Curtius que continúe buscando, o sería perder un tiempo nada precioso para él? —no respondí; sonrió y me empujó al otro lado de la puerta—. Muy bien, Curtius —dijo por encima del hombro—, puedes seguir.

En el pasillo hizo una nueva pausa, todavía con la mano en mi brazo; miró a su alrededor con cautela y escuchó con atención. Se oía tocar a los músicos a lo lejos, y el tañido de las campanas aún más lejos.

—Hemos de tener cuidado de que no os vean —dijo—. Vos y yo necesitamos algo de tiempo para hablar. Como os he dicho, el asunto es apremiante.

—¿Y qué asunto es ese? —pregunté.

—Pues el asesinato del doctor Kroll. Y otras cosas.

Me condujo por lóbregos pasadizos y por salones oscuros en los que yo nunca había estado y de cuya existencia no tenía noticia; el castillo era como una madriguera inacabable. Por fin llegamos a un lugar que sí reconocí: su celda, con el reclinatorio, la mesita y el tapiz de Acteón atacado por sus propios perros.

Atravesó el cuarto hasta la ventana y se asomó. De fuera llegaba el estrépito de las trompetas, los hombres desfilando y las voces de los sargentos.

—Qué estupidez —dijo Lang, chasqueando la lengua—. Su Majestad lo detesta, claro —se volvió hacia mí—. Sentaos, Herr Doktor —continuó—, sentaos, por favor. Aquí no nos molestarán.

Sonrió, juntó las manos y recorrió la habitación con sus rápidos saltitos.

—No tenemos mucho tiempo, así que será mejor no malgastarlo —hizo una pausa mientras murmuraba en voz baja—. ¿Sabéis que os buscan por el

asesinato del médico?

—No, no lo sabía —respondí—. ¿Quién me acusa?

Se detuvo, se dio la vuelta y me sonrió.

—Mi querido amigo, os vieron salir de su casa con las manos ensangrentadas.

Lo miré con fijeza.

—¿Quién me vio? —quise saber.

—Unos que bebían en una taberna cercana...

—Imposible... Estaban demasiado lejos para haberme visto.

—¡Ah!, entonces ¿admitís haber estado allí?

—No admito nada.

Asintió con la cabeza. A pesar del supuesto apremio, parecía divertido.

—También la criada del médico —dijo—. Fricka, creo que se llama; ha declarado que estuvisteis allí.

—Sí, la vi... Pero el médico ya estaba muerto.

El chambelán alzó la vista hacia el techo, y se frotó las manos despacio, haciendo un ruido suave.

—Me temo que eso no es lo que ella afirma —murmuró, con los labios fruncidos.

—¿Y qué afirma?

Se encogió de hombros.

—Tan solo esto: que irrumpisteis en la casa y asesinasteis a su amo.

—No lo creo —dije.

—Bueno, el emperador sí lo cree.

—¿Dónde está ahora la mujer? —pregunté.

—Como es natural, la pobre estaba muy impresionada. Esta mañana la han enviado fuera, a un convento en la montaña. Necesita descansar, necesita cuidados.

Me temblaban las manos. Tuve la misma sensación que se tiene un día soleado cuando se aproxima una nube de tormenta, esa impresión de que la luz es expulsada del aire, de una oscuridad que se cuela a pesar de que el sol sigue brillando.

—Escuchadme —dijo el chambelán—, escuchad con atención —se acercó, me cogió de la muñeca, me invitó a sentarme y él se sentó también, delante de mí, tan cerca que una vez más casi nos rozamos las rodillas, como en otra memorable ocasión—: Su Majestad ha ordenado que os detengan y que os acusen del asesinato del doctor Kroll...

—¿Quién le ha contado que me vieron en casa del doctor? ¿Vos?

Echó la cabeza atrás, con dolida sorpresa.

—¿Yo? —dijo—. ¡Por supuesto que no! Soy vuestro amigo... Lo sabéis, ¿no? Solo busco lo mejor para vuestros intereses. No, me temo que quien se lo contó a Su Majestad fue... fue otra persona a quien vos conocéis.

Dio media vuelta, dándose golpecitos con dos dedos en el labio inferior. Fuera, las campanas habían dejado de doblar y una solitaria corneta entonaba un lento lamento militar.

—¿Habéis conocido a don Giulio, el hijo mayor de la señora Sardo? —preguntó Lang—. Oficialmente es don Julius Caesar de Austria; absurdo, ya lo sé, pero su madre prefiere la forma italianizada. Fue mucho tiempo el favorito del emperador y compartía buena parte de sus intereses. Por ejemplo, sentía fascinación por los relojes y... y otras cosas —frunció el ceño—. Sin embargo, en los últimos tiempos se ha vuelto muy extraño, y difícil..., tan difícil, de hecho, que también él va a partir de la ciudad esta mañana. El emperador ha ordenado que lo lleven de inmediato a Krumlov, en el sur, y que lo retengan allí en un castillo, de momento, o hasta que haya recobrado el juicio lo suficiente para poder regresar a Praga... Lo cual, entre vos y yo, no ocurrirá hasta dentro de mucho tiempo. Schenckel el enano será su escolta. Su Majestad está muy disgustado, pero entiende la necesidad de mantener por ahora al joven lejos, bien lejos de Praga y sus... tentaciones.

Hizo una pausa y escudriñó mi rostro asintiendo con la cabeza. Por un momento me vi en aquel rincón oscuro del pasillo, una vez más noté aquel ser vil abalanzándose sobre mí, todo brazos, piernas y manos enormes. Vi también a mi gato asesinado, a mi pobre Platón, tirado en el umbral en un charco de sangre rojiza.

—¿Por qué me habláis de esa persona? —pregunté—. ¿Qué tiene que ver conmigo?

El chambelán entrelazó los dedos delante de la cara y cerró despacio los ojos.

—Paciencia —murmuró—, paciencia —se detuvo un instante y dirigió la mirada hacia el techo—. Don Giulio —dijo— siempre ha tenido un amigo especial, aquí en el castillo. Tiene a su madre, claro, pero también un protector y... y un guía, podría decirse.

—¿Y quién es ese guía? —pregunté.

Me miró con una sonrisa sarcástica y astuta.

—Eso, mi querido Herr Doktor, no lo adivinaría ni siquiera alguien tan sagaz como vos.

Pero se equivocaba. En el acto, como caído del cielo, como un pájaro posándose en una rama, me acometió el recuerdo del primer día, cuando Jeppe Schenckel me llevó a casa del doctor Kroll a conocer al emperador. Nos detuvimos en el lugar donde había yacido el cadáver de Magdalena Kroll, y yo le describí cómo la garganta de la joven estaba desgarrada como por un animal salvaje. Nos vi con claridad a los dos allí, y de nuevo me pareció oír al enano diciendo que el asesino «debía de estar jugando con ella», y me pareció verle fruncir el ceño de un modo tenso y pensativo, que en aquel momento me resultó extraño.

—Es Schenckel —dije—, ¿no?

—¡Ah! —dijo el chambelán, abriendo mucho los ojos—. ¡Es cierto que sois sagaz, Stern, muy sagaz!

Se puso en pie a toda prisa, a su manera brusca y convulsa, y empezó otra vez a dar pasos rápidos con las manos entrelazadas por delante.

—Siempre han sido los tres, ¿sabéis? —dijo—. La señora Sardo, don Giulio y el enano. Ese trío es una mezcla muy poderosa: una mezcla mortífera. Ni siquiera yo podía hacer mucho por controlarlos. El emperador no quería ni oír hablar mal de ellos, es comprensible: se mostraba muy sensible respecto a don Giulio. Cuando Wenzel y el doctor Kroll entregaron a la hija de Kroll a Su Majestad... —se interrumpió—. A propósito, ¿sabíais que la joven Kroll llevaba en su vientre un hijo de Rodolfo?

Sonrió al ver mi mirada perpleja.

—Pensaba que el padre era Madek —dije.

Empezaba, solo empezaba, a ver el camino entre aquella maleza espesa.

Me miró con una sonrisa compasiva.

—Madek no era nada —dijo en voz baja—, nada en absoluto... No para nosotros.

Otra vez «nosotros»: oí con claridad el eco de la voz de Caterina Sardo, sentada desnuda en mi cama con un cuenco de cerezas en el regazo, sonriéndome y diciendo: «Nosotros».

—Entonces fue don Giulio quien asesinó a Magdalena Kroll —dije—. ¿Es eso lo que debo entender?

El chambelán levantó las manos como si se horrorizara.

—¡Chisss! —silbó—. Nadie debe oíros decir tal cosa.

—Pero es lo que estáis insinuando: que don Giulio acabó con la chica, con la connivencia del enano.

Asintió despacio, adoptando ahora un gesto de trágica tristeza.



—Sí —susurró—, con la connivencia del enano. Y más aún: a petición de su madre —me observó con atención—. ¿Os sorprende? Debería. Sé que tenéis a esa dama en alta estima.

Sus labios carmesíes se estiraron formando una sonrisa como una media luna. Luego me dio un golpecito en la rodilla con la punta del dedo índice, se irguió y otra vez empezó a ir y venir. Oí el roce rápido de sus zapatillas sobre las losas de piedra del suelo.

—La buena de la Sardo finge no sentir nada por Su Majestad —continuó—. Se ríe y se burla de él a sus espaldas. Pero hay cosas que no consentirá jamás. Ah, no. Podría haber soportado que la hija de Kroll se convirtiese en amante de Rodolfo, en su pequeña compañera de juegos. Después de todo, ella misma tenía sus propias diversiones —giró la cabeza y me sonrió por encima del hombro—, pero ¿un niño, un cuco Habsburgo en el nido, que no fuese hijo suyo? Hasta ahí podíamos llegar: eso era demasiado.

El corneta tocó el floreo final de su lamento, y el fragor de unos cañones lejanos vino a ocupar el silencio que había dejado: estaban disparando salvas por el aniversario real desde lo alto de Vyšehrad.

—¿Y qué tiene nada de esto que ver con Wenzel —pregunté—, con el doctor Kroll..., con todo eso?

Interrumpió su deambular y volvió a sentarse a toda prisa delante de mí, más parecido que nunca a un enorme cuervo de mirada fija. Esta vez nuestras rodillas no se tocaron.

—¡Nada! —dijo alzando las manos al cielo—. No tenía nada que ver con Wenzel, ni con sus planes, ni con las conjuras en las que había implicado sin que se diera cuenta al pobre doctor Kroll. Eso fue lo que desconcertó tanto a Wenzel: la muerte de la joven. Intentó demostrar que yo estaba detrás de todo, pero no lo consiguió. Y no le encontró ningún sentido. ¿Lo veis? —se arrellanó en el asiento y cruzó los brazos con alegría—. ¡No tenía sentido! Wenzel necesita que todo tenga sentido, y por eso es por lo que os culpó a vos. Pobre Felix, casi me da lástima: es muy torpe, aunque él se cree un zorro astuto y escurridizo.

Se levantó, fue al armarito de la chimenea, sacó una botella y dos copas de cristal, volvió a la mesa con ellas y sirvió vino para ambos.

—Un brindis —dijo, alzando la copa—. ¡Bebamos por Hermes, el dios de la oportunidad!

Se sentó.

—Pensad... —prosiguió— pensad en lo improbable de todo... Os juro que algún dios bromista ha debido de tener algo que ver con esta magnífica

travesura —acercó su silla a la mía—. Madek —dijo nervioso— proclamó su amor por su novia perdida, robó el cofre de palabrería mágica de su padre y se lo llevó a Kelley a Most. Discutieron y hablaron y por fin llegaron a un acuerdo, en virtud del cual Madek regresaría a Praga con un tesoro mayor del que jamás habría podido esperar: la correspondencia entre Wenzel e Isabel de Inglaterra. Eso es lo único que Kroll pudo verificar, cuando fue a Most a petición de Wenzel y volvió a romperle las piernas a Kelley. Madek tenía las cartas. Y cuando ese idiota amenazó a Wenzel con ellas, Wenzel lo mandó detener, le torturó, le sacó toda la información que pudo y luego hizo que lo estrangularan y se deshicieran de él —una vez más se inclinó hacia delante, mostrando los dientes en una sonrisa feroz, y me clavó el dedo en el pecho—. Y entonces asesinaron a la chica. ¿Por qué? ¿Por quién? La falta de sentido y la desconexión de todo le aterrorizaron. Y las cartas seguían perdidas: las cartas de las que os habló la hija de Kelley, que vos encontrasteis y que ahora, ¡amigo mío!, han vuelto a perderse tan misteriosamente.

Guardamos silencio, igual que los cañones. Lang me observaba, esperando a que hablase.

—Y a Kroll —pregunté—, ¿por qué lo han asesinado?

Golpeó con los dedos en el reposabrazos de su silla.

—Ah, bueno, en eso —dijo— me temo que debo confesar cierto grado de... implicación, cierto grado de... de culpa, incluso —sonrió haciendo una mueca y asintió lúgubre con la cabeza—. Sí, me temo que es cierto. Debéis recordar, no obstante, que estaba implicado en una conspiración, con Wenzel, contra el trono. Había que acabar con él, aunque fuese solo por despejar la línea de fuego.

—¿Qué queréis decir? —pregunté—. ¿Qué línea de fuego?

Juntó las manos, como para rezar, y se acarició la boca con la punta de los dedos.

—Digamos que el doctor Kroll era uno de los ángeles menores caídos con el Lucifer de Wenzel. ¿Entendéis?

—¿Y vos sois San Miguel con la espada flamígera?

Sonrió casi con timidez.

—¡Ah, no! —respondió—. No puedo atribuirme tanta santidad.

—Así que lo asesinasteis —dije—. Asesinasteis a Kroll.

—¿Yo? —enarcó las cejas y abrió mucho los ojos—. No, no, no. Yo no asesino a la gente, mi querido Herr Doktor. ¡Qué acusación tan vulgar contra el gran chambelán de Su Majestad!

—Pero lo mandasteis asesinar —respondí.

—No, no, no —repitió, esta vez con más fuerza y negando con vehemencia con la cabeza—. Lo que hice, si es que puede decirse así, fue comentarle a vuestro tullido y pequeño amigo, Herr Schenckel, que el bueno, o quizá debería decir el no tan bueno, del doctor Kroll había deducido por fin quién había matado a su hija y estaba a punto de contárselo todo al emperador. El enano a su vez fue con la mala noticia a Caterina Sardo, y no hizo falta más para soltar al lobezno imperial. Lo demás..., bueno, lo demás fue lo que vos tuvisteis ocasión de ver: sangre, estropicio y una cruel tragedia.

—Y la nota —dije—, la nota que me pedía que fuese a casa de Kroll..., ¿la enviasteis vos?

Curvó las comisuras de los labios como un mimo fingiendo culpa y contrición.

—No puedo mentiros —dijo—. Sé que estuvo mal por mi parte, pero ¿cómo iba a resistirme? Ahí estaban los dos pájaros posados tentadoramente en una valla y yo tenía la piedra en la mano. ¿Quién no habría aprovechado tan feliz ocasión de acabar con ambos?

Sentí alzarse la rabia en mi interior, como una bestia que llevara dormida mucho tiempo y a la que hubiesen despertado de pronto.

—Lo entendéis, ¿no? —argumentó razonable Lang—. Era un modo de convencerlos de que me entregaseis lo que más deseaba de vos. Temía que pudierais intentar conmigo lo que ese idiota de Madek intentó con Wenzel, y que os quedarais con las cartas para vuestro propio beneficio. ¿He sido injusto? —soltó uno de sus suspiros de actor consumado—. He vivido tanto tiempo en la corte que temo haberme vuelto muy desconfiado.

—¿Y si tuvieseis motivos para serlo? —le pregunté sombrío, con el ceño fruncido—. ¿Y si me quedara con las cartas para garantizar mi propia seguridad?

Me miró en silencio. Sus ojos, que hasta ese momento habían brillado divertidos, se apagaron poco a poco.

—Entregádmelas —dijo en voz baja—, entregádmelas y quedaréis libre. Quedáoslas, y tengo testigos que jurarán que os vieron anoche dando tumbos por las calles con la sangre de un crimen en las manos. En Praga no hace falta gran cosa para ahorcar a un hombre, eso ya lo sabéis. No me deis motivos para llamar a Curtius y a sus hombres. Son tan expeditivos como lo fueron los de Wenzel la noche en que mandó deteneros. Supongo que no habréis olvidado esa noche y quién fue el que os salvó el cuello.

El silencio cayó entre los dos. Oí el leve bullicio de las multitudes en la plaza. Una idea se había ido abriendo paso en mi imaginación, en silencio, en

secreto, y ahora se coló por el muro de protección interior.

—¿De quién es hijo? —pregunté.

El chambelán se apartó sobresaltado; luego se contuvo y me miró largo rato.

—¿A quién os referís? —quiso saber.

—A don Giulio... ¿De quién es hijo?

Extendió las manos abiertas.

—Pues de la señora Sardo, claro.

—Pero ¿quién es el padre?

Apartó aún más la cabeza, aunque sin dejar de mirarme.

Recordé el cuadro en la pared de Malaspina, la Venus con el enorme sombrero y el Cupido deforme que le ofrece el panal de miel.

El chambelán asintió despacio y me miró apreciativamente con los ojos entornados.

—¡Ah, no sois tan obtuso como pensé al principio, Christian Stern! —dijo—. Veis lejos y veis profundo.

—«Siempre han sido los tres» —respondí—. Esas han sido vuestras palabras. Los tres: la señora Sardo, el enano y don Giulio, el hijo.

Una raíz de mandrágora, erizada de zarcillos y cubierta de tierra, su forma bifurcada enroscada, sus miembros blancos y brillantes.

El chambelán siguió mirándome, luego levantó de pronto la cabeza y se rio en voz baja.

—¡Al diablo con vos, señor! —dijo, riéndose todavía—. ¡Vaya unas cosas que os permitís imaginar! Aunque... —se tocó la barbilla con el dedo— es cierto que nada existe tan maligno o contrahecho que no pueda conseguir el favor de una dama, cuando hay luna llena —acercó su cara a la mía—. Pero, decidme —murmuró—: ¿tenéis estómago para soportar esa idea que se os ha ocurrido?

«Abandona Praga —me dije—. Vete ahora, márchate, esta misma noche».

Me levanté. No, no tenía estómago para soportarla. Noté una sensación de náusea y un sabor de bilis y amargor en la boca.

El chambelán, sentado todavía, con los dedos entrelazados sobre el regazo, me estaba observando.

—Vamos —dijo, casi con un susurro—. Las cartas..., ¿dónde están?

Le propuse un trato. Enseguida llegamos a un acuerdo, pues mis exigencias eran pocas y sencillas. A cambio de las cartas, él garantizaría mi salida sano y salvo de Praga. Pondría a mi disposición un carruaje, un cochero y una escolta armada que me acompañarían hasta la frontera polaca. Nadie debía saber qué rumbo había tomado..., nadie. Sobre todo, no debía advertir a Su Majestad de mi partida hasta que estuviese lejos. Además, Curtius me devolvería la bolsa del dinero, y tendría que quedarse conmigo mientras yo verificaba la suma hasta la última moneda.

—Todo eso puedo concedéroslo con facilidad —dijo el chambelán—. ¿Y qué más? Pues veo que hay más.

Sí, había algo más: Elizabeth Jane Weston pasaría a disponer de la protección del chambelán.

Al oírlo, me miró confundido.

—¡Ah! ¿Y qué es ella para vos? —preguntó con una sonrisa.

No respondí. Tenía la bolsa en el suelo a mis pies. Me agaché, la levanté y desabroché las correas, saqué el cofre de hierro y lo dejé en la mesa entre los dos. El chambelán se quedó mirándolo. Luego se rio.

—¿Lo teníais con vos todo este tiempo que hemos estado aquí parloteando? —negó con la cabeza—. Me obligáis a revisar al alza la consideración en que os tenía. No sois ni mucho menos el palurdo que pensaba —me miró de reojo—. ¿Habéis visto su contenido? —preguntó.

—Está cerrado —dije—. Tendréis que romperlo para abrirlo.

Se rio entre dientes.

—Oh, no creo —dijo—. Esperad.

Se hurgó en el hábito y sacó el medallón de oro que Magdalena Kroll llevaba la noche que la encontré en la nieve. Lo dejó sobre la mesa, apretó el resorte secreto y la tapa con la cabeza de Medusa se abrió.

—Tuve una idea, me dio la sensación de que estaba pasando algo por alto —dijo—. Luego busqué y lo encontré.

Clavó una uña en la pasta que rellenaba el compartimento secreto, y sacó un objeto que estaba hundido en sus blandas profundidades. Lo frotó entre la palma de las manos para limpiarlo y lo sostuvo en alto.

Era una llave, una diminuta llave de hierro.

—No sabía qué se suponía que debía abrir, pero aun así la guardé. Veámoslo ahora —cogió el cofre, metió la llave en la cerradura y la giró: el mecanismo soltó un chasquido—. ¡Ah! —suspiró—. Yo tenía razón.

Me dirigí a la ventana. Debajo estaba el Foso de los Ciervos. Pensé en el cadáver de Madek flotando en el agua entre los trozos de hielo.

Había depositado mi confianza en Philipp Lang. Tenía que confiar en alguien.

Él había abierto el cofre y sacado las cartas; le oí hojearlas mientras tarareaba para sus adentros.

¿Cómo había llegado la llave del cofre a manos de Magdalena Kroll? Madek debía de habérsela enviado, una prueba de amor traicionado.

—Oh, sí —exclamó en voz baja el chambelán a mi espalda—; oh, sí. Ahora sabremos qué tramaban esos dos —abrió el cajón del reclinatorio y sacó el libro de claves, luego fue a la ventana y agitó las cartas ante mis ojos—. ¡Con estas pruebas contra él, puedo ahorcar a ese tipo diez veces!

No aparté la vista de la ventana y del paisaje invernal del otro lado del vidrio. Recordé que aquella primera noche Wenzel había extendido una mano para ayudar al padre de la joven muerta cuando se tambaleó de dolor. Yo había tomado partido, había elegido un bando: ¿había hecho bien? Luego volví a acordarme de Jan Madek muerto, con los ojos arrancados.

Ningún bando es el correcto, jamás.

—Estáis abatido —dijo a mi lado el chambelán con las cartas en la mano. Sonrió y se encogió de hombros—. Recordad —dijo—: alguien tiene que ganar.

Fui a mi cuarto. Curtius había vuelto a ordenarlo un poco. Para mi sorpresa, encontré la bolsa del dinero en su sitio, al fondo del cajón donde yo lo había ocultado. Conté las monedas de oro y de plata: estaban todas. O bien Curtius era honrado o bien temía demasiado la ira de su señor para atreverse a robarme el oro.

Llené mi bolsa con las pocas cosas que creí que me harían falta: un poco de ropa, el dinero, mi astrolabio... Me quedé un momento sopesando el volumen de Plinio en la palma de la mano; luego lo dejé sobre la mesa. Lang tenía razón: el viejo era un poco árido.

Vi un hueso de cereza en el hogar. No quedaba nada más. Miré la cama. Nada más.

Cuando terminé de hacer el equipaje, apareció Curtius con un poco de comida: estofado de lentejas, pan, unas rodajas de manzana seca y una jarra de cerveza. El hombre del chambelán despedía un olor vago y curioso, como de cera de vela. Era uno de esos pálidos escribanos cuya época de poder bajo el sol —o, mejor dicho, bajo una luna creciente— no tardaría en llegar, cuando Rodolfo desapareciera y su primo Fernando causara una conflagración en el mundo. Era de hombres como Curtius de quienes yo había huido hasta aquí, a esta fría costa, desde la que no había ningún lugar más al norte adonde ir, a menos que acabara en la mismísima Ultima Thule.

Mi siguiente visita fue el chambelán; entró azacanado y de muy buen humor frotándose las manos. Yo me hallaba junto a la ventana con un plato de pan y unas cuantas rodajas de manzana. Miró extrañado la bolsa que había a mis pies.

—¿Os vais tan pronto? —exclamó—. ¿No queréis esperar a ver la caída del gran senescal? Voy a encerrarlo en la celda en que os metió a vos. Podríais visitarlo allí y jactaros un poco, ¿no? Caramba, señor, ¿dónde está vuestro espíritu de venganza? Me contasteis que os amenazó con el potro, y no hay duda de que os habría quebrantado en él, si alguien que yo me sé no hubiese intervenido para salvaros.

No hice caso; estaba harto de aquel hombre, de sus saltitos y sus indirectas. Le pregunté qué medidas había tomado para garantizar la seguridad de Elizabeth Weston.

—¡Oh, Elizabeth Weston, Elizabeth Weston! —exclamó con un ademán—. ¿Por qué os preocupa tanto esa mujer?

—No es asunto vuestro —respondí.

—¡Ah! —dijo asintiendo con la cabeza y sonriendo—. Entiendo. Cielos, joven, ¡prodigáis mucho vuestros favores!

Cogió una corteza de pan de mi plato y empezó a mordisquearla. Fuera empezaba a brillar un sol débil, mientras los primeros copos de nieve flotaban azarosos en el aire.

—Sir Henry Wotton —dije, recordando de pronto—. ¿Qué ha sido de él? El chambelán se rio.

—Cuando se enteró de lo ocurrido en Most, sir Henry recordó de pronto que tenía asuntos urgentes que atender en Italia. Creo que ahora está en Venecia, cortejando al dux y haciendo negocios en el Rialto. Un tipo muy activo, el bueno de sir Henry. ¿Sabéis su definición de un embajador? «Un

caballero honrado enviado al extranjero a mentir por Inglaterra» —soltó una carcajada ululante—. Un sinvergüenza refinado, pero ingenioso al mismo tiempo.

Se oyó un floreo de cornetas en la distancia.

—¡Oíd! —dijo el chambelán, levantando un dedo—. Ese debe de ser Matías, que retorna a Viena. Puente de plata. No haría más que preguntar por el gran senescal y su ausencia le pondría irascible. No he tenido valor para decirle que su hombre estaba en este mismo momento camino de la Torre Blanca —cogió un trozo de manzana del plato y se lo metió en la boca—. Vete a saber qué tal le sentará estar a pan y agua —me dirigió una mirada alegre—. Vos, creo recordar, no encontrasteis esa dieta muy de vuestro gusto.

Me rodeó para aproximarse a la ventana y contempló la nieve con una mirada de pronto sombría.

—Fernando se quedará unos días —dijo—. Habrá festejos... discretos, os lo aseguro, tratándose de Fernando.

—«Nuestro hombre» —dije.

Me miró de reojo.

—¿Cómo?

—Eso dijo de él la señora Sardo, que es «nuestro hombre»: de ella, vuestro y, en teoría, también mío.

—Bueno, sí, sin duda tiene razón. Es nuestro hombre —suspiró, pensativo—. Si hubiese podido elegir, yo habría escogido a alguien más alegre. Culpo a los jesuitas, lo captaron muy pronto y ya no lo soltaron. Aunque, mirad lo que os digo: el joven Fernando no carece de ingenio. No hace mucho juntó a una camarilla de alquimistas que prometieron hacer oro para él y fracasaron, y los colgó igual que a una hilera de pinzones en un patíbulo que mandó pintar de color dorado para la ocasión. Eso casi podría pasar por una broma, ¿eh?, o al menos por una muestra de ironía.

No respondí.

—Ya veo que no os hace gracia —sonrió. El chambelán se apartó de la ventana y dio una suave palmada—. Bueno —dijo—, ¿nos despedimos? —se llevó la mano al pecho—. Nada de lágrimas, espero. Su Majestad os echará de menos, aunque ahora esté enfadado con vos. Al final siempre perdona todo a todo el mundo.

Sonrió, me tocó la mejilla suavemente con el dedo y se marchó muy afanoso.

Dejé el plato sobre el alféizar y apuré la jarra de cerveza.

«Hora de partir».



Pero antes tenía que hacer una última visita, al lugar donde había empezado.

En el Callejón del Oro brillaban los adoquines. Caían grandes y húmedos copos de nieve. Probé la puerta que tan bien conocía: estaba abierta. Entré y me planté en la pequeña habitación entre olores familiares, sombras familiares, sintiéndome yo mismo poco más que una sombra.

Algo brilló en la mesa. Antes de recogerlo ya supe lo que era: el anillo de mi madre.

Serafina.

¿Cómo había sabido que volvería esta última vez? El anillo era demasiado pequeño para ponérmelo en un dedo. Lo metí en mi bolsa con el dinero, donde lo había encontrado.

Era una bolsa vieja, vieja y gastada. ¿Era posible que hubiese pertenecido a mi madre? ¿Y que ella misma lo hubiese metido allí y lo hubiese olvidado, todos esos años, cuando yo era un niño de teta y ella todavía estaba en este mundo? Era posible. Después de todo, el dios de las oportunidades siempre está a nuestro lado agitando los dados en el interior del puño.

Oí unos pasos detrás de mí y me volví. Era una mujer, con una capa gris, encapuchada, con los hombros cubiertos de copos de nieve.

—¡Serafina! —grité.

Pero estaba equivocado.

—¿Así se llama el ratoncillo que tenías para mantenerte caliente aquí? —preguntó Caterina Sardo.

Se quitó la capucha. Llevaba el pelo bronceado y dorado recogido del mismo modo que la primera vez que la vi, con una larga trenza colocada al desgaire sobre el hombro derecho. Cuántas veces había enrollado yo esa preciosa trenza en torno a mi puño y echado su cabeza atrás para exponer el cuello tenso, esa columna de mármol suave y frío.

—Eres tú —dije.

—Oh, soy yo, *certo* —respondió con sequedad—. ¿Te decepciona mucho?

La nieve reflejaba un intenso brillo a su alrededor.

—Hace frío —dijo—, como siempre en este sitio —miró mi morral en el suelo y la bolsa en la mano—. ¿Ibas a marcharte sin despedirte? *Dio mio*, cómo ha cambiado todo.

¿Qué podía decirle? La miré a los ojos y me pareció detectar una nueva expresión, una nueva incertidumbre.

—La joven —dije—. Serafina, de la casa del nuncio.

Me interrumpí. Ella esperó.

—Sì? —preguntó, con un destello de impaciencia—. ¿Qué pasa con ella? Esperé y tomé dos profundas bocanadas de aire.

—Si le haces daño a esa joven —dije—, me enteraré, volveré, te encontraré y nada podrá protegerte de mi cólera.

Se irguió y me miró con ojos inexpresivos. Pasaron unos segundos. En la puerta abierta a su espalda, la nieve caía en silencio como un telón interminable. Luego sonrió, apartó el rostro y suspiró.

—¡Ay, Christian Stern! —dijo. Alargó la mano sin mirar y cerró la puerta—. *Quanto sei stupido...* La verdad es que eres un tonto, pobrecillo.

Se adelantó hasta que estuvo lo bastante cerca para que oliera el perfume de su cuerpo. Tenía nieve fundida en las mejillas y la frente.

—¿Por qué has venido? —pregunté con tono cortante—. Sé lo de tu hijo, lo de Magdalena Kroll, lo de..., todo.

—No, no, no —dijo ella en voz baja, como si calmara a un niño enfadado—. No sabes nada, *caro mio* —su voz se convirtió en un susurro—. Nada.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —inquirí.

—Te he seguido —me cogió de la mano—. Ven —dijo—, ven a sentarte conmigo, solo un momento.

Me llevó a la mesa. Nos sentamos.

—La chica, Serafina —dijo—. No hace falta que te preocupes por su seguridad. Malaspina la protege, y quien pone un dedo sobre Malaspina o sobre cualquier persona que esté a su servicio pone un dedo sobre el mismísimo Papa. Y, si eso ocurre, ese dedo, créeme, no tardará en separarse de su mano.

La miré. ¿Qué había cambiado? Ya no era la bruja encantadora a quien yo había amado tan desesperadamente, en un éxtasis de terror deslumbrante, esas últimas semanas. ¿Era, como Philipp Lang, solo una actriz que ahora había bajado del escenario? Vi las arrugas de los ojos, el vello pajizo en las comisuras de los labios, las venas nudosas en el dorso de la mano. De pronto se había convertido en una mujer de su edad.

—¿Por qué has venido? —volví a preguntar.

—Sé lo que te ha prometido el chambelán.

—¿Cómo...?

Ella cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No importa —dijo.

—Yo creo que sí.

—*Io, io, io!* —dijo ella formando un embudo con los labios y hablando con voz hueca para imitarme. Luego sonrió y me puso la mano en la mejilla —. A veces pareces un niño pequeño —dijo—. Tan seguro y obstinado...

Miré la ventana y la nieve que daba tumbos fuera.

—Dime cómo has sabido lo del chambelán y yo.

—Porque él me lo ha contado —dijo—. Igual que me cuenta todo — apartó la mano de mi mejilla y me la puso en la nuca para acercarse a mí—. Te ha prometido que podrías irte de la ciudad, ¿verdad?

—Sí —respondí—. Al caer la noche pasará a recogerme un carruaje. Por la mañana ya estaré lejos.

Me miró con una sonrisa compasiva.

—No vendrá ningún carruaje, *caro* Christian; nadie te escoltará hasta la frontera. Si te quedas aquí, por la mañana estarás en el fondo del Moldava. Os ahogará, a ti y todo lo que sabes.

Sin soltarme la nuca, se inclinó hacia mí y acercó los labios a mi oído.

—Son órdenes de Rodolfo —murmuró.

Me liberó y se recostó en su silla, mientras asentía con la cabeza.

—No te creo —dije—. Intentas engañarme.

—No, no, no —repitió con su voz suave y zalamera—. Su estrella ha caído. No consentirá que vuelva a alzarse. Es cierto. Ha dado instrucciones a los hombres de Lang.

Me puse en pie hecho una furia y derribé la silla en la que había estado sentado.

—¿Por qué? —quise saber—. ¿Por qué haría Su Majestad algo así?

Guardó silencio largo rato, sentada con las manos sobre el regazo y la cabeza inclinada. Por fin levantó la mirada hacia mí.

—Porque sabes quién asesinó a Magdalena Kroll.

—Pero ¡si fue él quien me ordenó que encontrara a su asesino! —grité.

Ella también se puso en pie. Siempre me sorprendía lo alta que era, lo bastante alta para mirarme directamente a los ojos.

—Sí —respondió—, y tú cumpliste su orden, y ahora ha desterrado a mi hijo...

Furioso, la cogí por los hombros y la zarandeeé. Ella no se resistió y sus miembros temblaron como los de una marioneta.

—¡Tú lo sabías! —grité—. ¡Sabías lo que él hacía! Sabías que había matado a la chica. Sabías que era él quien estaba al otro lado de la puerta aquel día, sabías que fue él quien me atacó en el pasillo... ¡Lo sabías!

La solté, y ella volvió a desplomarse en la silla. Me di la vuelta y anduve por la habitación con los brazos cruzados y sujetándome los puños por miedo a usarlos contra ella.

—¡Mírate! —dije, asqueado—. Ni siquiera puedes llorar.

Ella volvió a levantarse y se arrebujó en la capa.

—Hace frío —murmuró—. Mucho frío.

Me planté delante de ella, bloqueándole el paso. Ella me miró con el ceño vagamente fruncido, como si ya no supiera quién era yo, del mismo modo que yo ya no sabía quién era ella.

—Deberías irte —dijo—. No tardarán en venir.

Pasó por mi lado camino de la puerta. La cogí del brazo. Ella se detuvo y se quedó inmóvil, con la cabeza ladeada. No me miró.

—¿Lo sabías? —pregunté—. ¿Lo de tu hijo, lo del enano, lo que hacían?

Ella se encogió de hombros, todavía apartando la cara.

—Lo sabía —dijo— y no lo sabía. ¿Qué más da?

Le solté el brazo, pero ella siguió allí, con la cabeza gacha y los hombros encorvados.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

—¿Qué voy a hacer? —pronunció las palabras despacio, meditándolas, como si les diera la vuelta para verlas mejor, como si estuviesen en una lengua que ella no conociera—. No voy a hacer nada. Vivir. Todo será igual que antes. Te recordaré un tiempo, y luego te olvidaré. Iré a ver a mi hijo. Lo sabré y no lo sabré.

Entonces se estremeció, se puso la capucha y se apresuró hacia la puerta, la abrió y salió a la nieve. Intenté pronunciar su nombre, pero no pude.

Me dirigí al León Dorado para recomprar mi caballo. Había muerto, me dijo el mozo de cuadra. No le creí, pero no tenía tiempo para discutir. Me ofreció una yegua de lomos curvos y ojos enrojecidos y pidió un precio descabellado. Regateamos. Le pagué la mitad de lo que quería y se marchó mascullando maldiciones.

Fuera, la nieve caía formando remolinos. Monté y la pequeña yegua me dedicó una mirada angustiada. Le hiqué los talones en los costados, sin demasiada fuerza, y echó a trotar. Por delante se extendía un largo camino hacia el norte.

## Nota del autor

*Los lobos de Praga* es una fantasía histórica, pero es cierto que la vida en la corte de Rodolfo II era totalmente fantasmagórica. El mejor relato de la época es *Rudolf II and His World*, de R. J. W. Evans. De tono más popular, pero no menos riguroso, es *The Mercurial Emperor: The Magic Circle of Rudolf II in Renaissance Prague*, de Peter Marshall. Tengo una deuda impagable con la obra de estos dos excelentes eruditos. Ni que decir tiene que son del todo inocentes de mi distorsión a gran escala de los hechos históricos.

También debo al lector separar a los personajes históricos de los inventados por mí. Entre estos últimos están Christian Stern, Jeppe Schenckel —que apareció de otra guisa en la novela de John Banville *Kepler*—, Felix Wenzel, Magdalena Kroll y Jan Madek, sir Kaspar y su compinche Norbert el paje, y, mi favorito, la dulce Serafina.

El emperador Rodolfo por supuesto existió, por extraordinario que fuese, y lo mismo John Dee y Edward Kelley.

Elizabeth Jane Weston era la hijastra de Kelley, y en los años siguientes en Praga fue muy admirada como poeta: merece una novela para ella sola.

En la corte de Rodolfo había un nuncio papal llamado Germanico Malaspina, pero, que yo sepa, no se parecía en nada a mi astuto sibarita; sencillamente, no pude resistirme a ese apellido tan maravilloso.

Oswald Croll, uno de los especialistas del emperador, escribió un tratado alquímico muy respetado, *Basilica chymica*. Una vez más, el doctor Croll histórico apenas guarda semejanza con mi Ulrich Kroll.

Philipp Lang fue un personaje real, y mucho. Judío converso, era originario del Tirol, pero enseguida se trasladó a Praga, donde empezó como ayuda de cámara del emperador y pronto ascendió al puesto de chambelán. Peter Marshall escribe que a medida que aumentaba el poder de Lang, se fue volviendo más «insolente e indispensable», y alimentó la convicción paranoide de su señor imperial de que Praga era un hervidero de asesinos deseosos de acabar con su vida, probablemente por orden de su temido y odiado hermano, el archiduque Matías. No obstante, cuando Matías maniobró

contra Rodolfo en 1608 —Matías se erigió en emperador en 1612, y después le sucedió Fernando II, uno de los principales instigadores de la guerra de los Treinta Años—, Lang cayó en desgracia, y murió en prisión sin un centavo en 1609 o 1610.

Don Julius de Austria —don Giulio— era hijo ilegítimo de Rodolfo, y su favorito. No obstante, el joven era psicótico y tenía un comportamiento tan violento que su padre lo desterró a Český Krumlov, en el sur de Bohemia. Allí, según Peter Marshall, «pasó sus días dedicado a la caza y al libertinaje», mientras que de noche, de acuerdo con otra fuente, sus gritos demenciales resonaban en los corredores del castillo. En 1608 secuestró a la hija de un barbero a la que violó e hizo prisionera, hasta que los sirvientes, alarmados por los gritos de la joven, forzaron la puerta del cuarto de don Julius y, una vez más según Marshall, la encontraron «hecha pedazos con un cuchillo de caza, con los ojos arrancados, los dientes rotos y las orejas cortadas», mientras su captor, «desnudo y cubierto de excrementos», la abrazaba. Unos meses más tarde, don Julius murió «en circunstancias misteriosas».

La peor calumnia del libro es la cometida contra Caterina Sardo, que en la vida real fue Katharina Strada, amante de Rodolfo y madre de sus seis hijos, entre ellos don Julius. Katharina, hija del coleccionista imperial de arte Ottavio Strada, era según todas las fuentes una dama totalmente respetable, pacífica y discreta, y un puntal en la vida de Su cada vez más desquiciada Majestad Imperial. Teniendo en cuenta el retrato que he hecho de esta dama sufrida e inocente, pensé que lo menos que podía hacer era darle un seudónimo, por transparente que fuese. *Mea culpa*.

BENJAMIN BLACK



BENJAMIN BLACK (Wexford, Irlanda, 1945) es el seudónimo de John Banville. Banville ha trabajado como editor de *The Irish Times* y es colaborador habitual de *The New York Review of Books*. Con *El libro de las pruebas* fue finalista del Premio Booker, que obtuvo en 2005 con *El mar*, consagrada además por el Irish Book Award como mejor novela del año. Entre su obra destacan también *El intocable* (2015), la Trilogía Cleave — ciclo de novelas que incluye *Eclipse* (2014), *Imposturas* (2015) y *Antigua luz* (2012), uno de los mejores libros del año según la crítica española—, *La guitarra azul* (2016) y *La señora Osmond* (2018).

Bajo el seudónimo de Benjamin Black ha publicado, con gran éxito de público y de crítica, *El lémur* (2009), la serie de novela negra protagonizada por el doctor Quirke —*El secreto de Christine* (2007), *El otro nombre de Laura* (2008), *En busca de April* (2011), *Muerte en verano* (2012), *Venganza* (2013), *Órdenes sagradas* (2015) y *Las sombras de Quirke* (2017)—, *La rubia de ojos negros* (2014), en la que, por invitación de los herederos de Raymond Chandler, resucita al mítico detective Philip Marlowe, y ahora *Los lobos de Praga*. En 2011 recibió el prestigioso Premio Franz Kafka, considerado por muchos la antesala del Premio Nobel; en 2013 fue galardonado con el Premio Austríaco de Literatura Europea y, en España, con el Premio Leteo y el Premio Liber, y en 2014 le fue otorgado el Premio

Príncipe de Asturias de las Letras, por «su inteligente, honda y original creación novelesca» y por «su otro yo, Benjamin Black, autor de turbadoras y críticas novelas policíacas».